LOS 25 000
MEJORES VERSOS
DE LA LENGUA CASTELLANA

CIRCULO DE LECTORES

NOTA PRELIMINAR

Nadie dudará de que la comunicación espiritual que se establece por medio de la poesía representa una de las riquezas más notables de que puede gozar el hombre, Gracias a ella nos apartamos del mundo de la acción humana positiva, que a veces, por el agobio de las circunstancias, nos hace adoptar una postura hostil, cerrada a los infinitos matices, espirituales y materiales, de lo que nos rodea, con natural menoscabo de un concepto más amplio y bello de la vida.

Componer una antología poética que abarque los autores más significativos de todas las épocas es tarea ciertamente difícil, no sólo porque los poemas elegidos han de ser los más representativos de las corrientes estéticas y culturales coetáneas, sino también porque se tiene que componer con sencillez y objetividad auténticas. Hoy se abusa del subjetivismo antológico que, en último término, resulta estéril, puesto que el lector se interesa por los sentimientos e ideas personales que la obra del poeta despierta en él más que por las doctrinas y la escuela del antólogo subjetivo.

Podemos afirmar que la presente antología de poemas castellanos recoge lo mejor de la producción española y latinoamericana. Se ha preferido prescindir en ella de citas, notas y comentarios eruditos, y se ha recurrido a una división esquemática, para que el lector pueda saborear en estado «puro» los poemas aceptados universalmente como los mejores o, al menos, como los más representativos de la literatura castellana.

PRIMEROS TIEMPOS

ANÓNIMO

(Hacia 1140)

CANTAR DE «MIÓ CID»

(Fragmento)

ADIÓS DEL CID A VIVAR

De los sos ojos —tan fuertemiente llorando,
tornava la cabeça —e estávalos catando.
Vio puertas abiertas —e uços sin cañados,
alcándaras vazías —sin pielles e sin mantos,
e sin faleones —e sin adtores mudados.
Sospiró mío ñid —ca mucho avie grandes cuidados.
Fabló mío Çid —bien e tan mesurado:
«¡Grado a tí, Señor Padre —que estás en alto!
Esto me an buolto —míos enemigos malos.»

.

Una niña de nuef años —a ojo se para va:
«¡Ya Campeador —en buena cinxiestes espada!
E rey lo ha vedado —anoch del entró su carta,
con grant recabdo —e fuertemiente seellada.
Non vos osariemos —abrir nin coger por nada;
si non, perderiemos —los averes e las casas,
e aun demás —los ojos de las caras.
ñid, en nuestro mal —vos non ganades nada;
mas el Criador vos vala —con todas sus virtudes
[santas.»

Esto la niña dixo —e tornos pora su casa.

ANÓNIMO

(Siglo XII)

LOS SIETE INFANTES DE LARA

(Fragmento)

La cabeça de [don] Muño —tornóla en su lugar,
e la de Diago González —[en los brazos] fue a tomar
[e] mesando sus cabellos —e las barbas de su faz:
«¡Señero, so e mezquino, —para estas bodas bofordar!
Fijo Diago González, —a vos amaba yo más,
facíalo con derecho, —ca vos naciérades ante
Grant bien vos quería el conde —ca vos érades su
[alcalde
también toviestes su seña, —en el vado de Cascajar.»

GONZALO DE BERCEO

(1198-1274?)

CÁNTICA

¡Eya velar, eya velar, eya velar!
Velat aljama de los judíos.
¡Eya velar!
Que non vos furten al Fijo de Dios.
¡Eya velar!
Ca furtávoslo querrán,
¡eya velar!

Andrés e Peidro e Joan.

¡Eya velar!

Non sabedes tanto descanto.

¡Eya velar!

Todos son ladronciellos,

¡eya velar!

que asechan por los pestiellos.

¡Eya velar!

Vuestra lengua tan palabarrera,

¡eya velar!

havos dado mala carrera.

¡Eya velar!

Todos son omnes plegadizos,

¡eya velar!

EL LABRADOR AVARO

Era en una tierra un omne labrador,
que usava la reia más que otra lavor:
más amava la tierra que non ai Criador,
era de muchas guisas orne revolvedor.

Facíe una nemiga, faziela por verdat:
cambiaba los mojones por ganar eredat:
facíe a todas guisas tuerto e falsedat,
avíe mal testimonio entre su vecindat.

Queríe, pero que malo, bien a Sancta María,
udíe sus miráculos, davalis acogía:
saludávala siempre, decíela cada día:
«Ave gracia plena que parist a Messía.»

Finó el rastrapaia de tierra bien cargado,
en sogá de diablos fue luego cativado,
rastravando por tienllas, de cozes bien sovado,
pechavanli a duplo el pan de que dio mudado.

Doliéranse los ángeles desta alma mezquina,
por quanto la levaban diablos en rapiña;
quisieron acorrelli, ganarla por vecina,
mas pora fer tal pasta menguábali fariña.

Si lis dizíen los ángeles de bien una razón,
ciento dizíen los otros, malas que buenas non:
los malos a los bonos teníenlos en rencón,
la arma por peccados non issíe de pressón.

Levantósse un ángel, disso; «lo so testigo,
verdat est, non mentira, esto que io vos digo:
el cuerpo, el que trasco esta alma consigo,
fue de Sancta María vassallo e amigo.

Siempre la ementava a iantar e a cena:
dizíeli tres palabras: "Ave gracia plena";
la boca por qui essíe tan sancta cantilena,
non merecíe iazer en tal mal cadena.»
Luego que esti nomnc de la Sancta Reina
udieron los diablos, cojiéronse ad ahina,
derramáronse todos como una neblina,
desampararon todos a la alma mezquina.

Vidiéronla los ángeles seer deseparada,
de pieses e de manos con sogas bien atada,
sedíe como oveia que iaze ensarzada:
fueron e adussieronla pora la su maiada.

Nomne tan adonado e de vertut atanta,
que a los enemigos seguda e espanta,
non nos deve doler nin lengua nin garganta,
que non digamos todos: «Salve Regina Sancta.»

ANÓNIMO

(Siglo XIII)

LIBRO DE ALEXANDRE

ALABANZA A LA PATRIA

El omne en su tierra vive más a sabor;
fázenle a la morte los parientes honor:
los ossos e l'alma han folganc, a maor
cuando muchos parientes están arrededor.

Los omnes de la vida al que es estraño
en cabo del fossario lo echan orellano;
danle cuerno a puerco enna fossa dex mano;
nunca diz más nadie: «Aquí iaz fulano.»

Mas el omne que es de cruda voluntad,
cuida que los otros son sen piedat:
cuerno assí él es leño de malvestat,
tien' que ennos otros non ha caridat.

Non serien las mugieres tan desvergonzadas
que por dulda del sieglo non fuessen defamadas,
que non lieven a la iglesia candelas e obradas,
e non fagan clamores tañer a las vegasdas,

Los fijos e las fijas dulces son de veer,
han de su compañía los parientes plazer:
encara no los puede tanto avorrecer,
que descubiertamente le quieran fallecer.

Amigos, quien quesier' creer e ascuchar,
non plantará majuelo en ajeno lugar;
buscará cuerno pueda a su tierra tornar:
crudo es e loco quien su casa quier¹ desamparar.

ANÓNIMO

(1250-1271?)

POEMA DE FERNÁN GONZÁLEZ

(Fragmento)

Auí a en estas cortes muy gran pueblo sobe jo,
después quel conde vino duro los poquellejo,
ca dióles el buen conde mucho de buen consejo,
dellos en poridad, dellos por buen concejo.

Leuava don Ferrando vn mudado açor,
non auía en Castiella otro tal nin mejor,
otrosy vn cauallo que fuera el Almançor;
auía de todo ello el rey muy grant sabor.

De grant sabor el rey de a ellos lleuar,
luego dixo al conde que los quería comprar:
«Non los vendería, sennor, mandedes los tomar;
vender non vos los quiero, mas quiero vos los dar.»

El rey dixo al conde que non los tomaría,
mas açor e cavallo que ge los compraría,
que d'aquella moneda mil marcos le daría
por açor e. cavallo sy dar ge los quería.

Abeniéronse anbos, fizieron su mercado,
puso quando lo diesse a día sennalado;
sy el auer non fuesse aquel día pagado,
siempre fues cada día al gallarín doblado.

Cartas por ABC partydas y fizieron,
todos los juramentos allí los escriuieron;
en cabo de la carta los testigos pusieron
quantos a esta merca delante estouieron.

Assaz avía al rey buen cauallo comprado,
mas saliól a tres annos muy caro el mercado,
con el auer de Francia nunca sería pagado,
por y perdió el rey Castiella, su condado.

RABÍ SEM TOB

(Siglo XIV)

PROVERBIOS MORALES

(Fragmento)

Sennor noble, rrey alto,
oyd este sermón
que vos dise don Santo,
judío de Carrión.

Comunal-mente rrimado
de glosas y moral-mente
de philosophya sacado,
es el desir syguiente...

El rrey Alfonso fynando,
asy fincó la gente,
comme el pulso, quando
fallesçe al doliente.

Ca ninguno cuydaua
que tan grande mejoría,
en el reino fyncaua:
nin hombre lo creya,
quando es seca la rrosa
que ya su sason sale:
queda el agua olorosa,
rosada que más vale.

Asy quedaste vos del
para mucho durar
y librar lo que él
cobdiciaua librar.

Comino la debda mía
que a vos muy poco monta,
con la cual yo podía
benir syn toda honta.

Yo estando en afruenta
por miedo de pecados,
muchos que fis syn cuenta
menudos y granados;
tenie-me por muerto,
mas vino-me al talante
vn conorte muy çierto,
que me f iso bien andante.

Hombre torpe y sin seso,
sería a Dios baldón
la tu maldad en peso
poner con su perdón.

El te fiso nasçer,
biues en merçed suya:
¿comino podría vencer
a su obra la tuya?

Pecar es la tu manna,
la suya perdonar,

y alongar la sanna,
los yerros baldonar.

Tanta ventaja quanto
ay del çielo a la tierra,
el su poder es tanto
mayor que la tu yerra.

Segund el poder suyo
asy en todo te sobra;
qual es el poder tuyo
atal es la tu obra.

rroban la pobre gente e así la fazen hermar:
Dios solo es aquel que esto podría emendar.

Non pueden vsar justicia los rreyes en la su tierra
ca dizen que lo non sufre el tal tiempo de guerra;
osar es engañado e contra Dios más yerra
quien el camino llano desanpara por la syerra.

PEDRO LÓPEZ DE AYALA

(1332-1407)

AQUÍ FABLA DE LA GUERRA

Cobdician caualleros las guerras de cada día,
por leuar muy grandes sueldos e leuar la quantía;
a f uelgan quando veen la tierra en rrobería
de ladrones e cortones que ellos llieuan en compañía.

Oluidado han a los moros las suas guerras fazer,
ca en otras tierras llanas osar fallan que comer:
vnos son ya capitanes, otros enbían a correr,
sobre los pobres syn culpa se acostumbbran mantener.

Los cristianos han las guerras, los moros están fol-
[gados,
en todos los más rreynos ya tienen rreyes doblados;
e todo aquesto viene por los nuestros pecados,
ca somos contra Dios en todas cosas errados.

Los que con sus bueyes solían las sus tierras labrar,
todos toman ya armas e comiençan a rrobar,

JUAN RUIZ, ARCIPRESTE DE HITIA

(1283-1350?)

CÁNTICA SERRANA

Cerca la Tablada,
la sierra pasada,
fálleme con Aldara
a la madrugada.

En çima del puerto
coydé ser muerto
de nieve e de frío
e d' ese rosió
e de grand' elada.

A la deçida
di una corrida,
fallé una serrana
fermosa, logana,
e bien colorada.

Dixe yo a ella:
«Homíllome bella.»
Dis: «Tú que bien corres,
aquí non te engorres,
anda tu jornada.»

Yo l' dixé: «Frío tengo,

e por eso vengo
a vos, fermosura,
quered por mesura
hoy darme posada.»

Díxome la moza:
«Pariente, mi choça
el que en ella posa
conmigo desposa
e dam' grand soldada.»

Yo l' dixi: «De grado,
mas soy casado
aquí en Ferreros;
mas de mis dineros
darvos he, amada.»

Dis': «Trota conmigo.»
Levóme consigo,
e diom' buena lumbre
como es de costumbre
de sierra nevada.

Diome pan de çenteno
tignano, moreno
e diom' vino malo
agrillo é ralo,
e carne salada.

Diom' queso de cabras:
«Fidalgo», dis': «Abras
ese blago et toma
un tanto de soma,
que tengo goardada.»

Dis': «Huésped, almuerza,
e bebe e esfuerça,
caliéntate, e paga;
de mal mon s' te faga
fasta la tornada.

Quien dones me diere,
quales yo pediere,
avrá bien de çena,
et lechiga buena,
que no l' coste nada.»

«Vos, que eso desides,
¿por qué non pedides
la cosa certera?»

Ella dis: «Maguera,
¿é si m' será dada?»

Pues dam' una cinta
bermeja bien tinta,
et buena camisa,
fecha a mi guisa
con su collarada.

Et dam' buenas sartas
de estanno e fartas,
ct dame halía,
de buena valía,
pelleja delgada.

Et dam' buena toca
listada de cota,
et dame çapatás
de cuello bien altas,
de pieça labradas.

Con aquestas joyas,
quiero que lo oyas,
serás bien venido,
serás mi marido
e yo tu velada.»

«Serrana sennora,
tanto algo agora
non tray' por ventura,
mas faré fiadura
para la tornada.»

Díxome la heda:
«Do non hay moneda
non hay merchandía,
nin hay tan buen día,
nin cara pagada.

Non hay mercadero
bueno sin dinero,
e yo non me pago
dél que non da algo,
nin le do posada.

Nunca de omenaje
pagan hostalaje;
por dineros fase
ornen quanto piase:
cosa es probada.»

DE LAS PROPIEDADES QUE TAS DUENNAS CHICAS HAN

Quiero vos abreviar la predicación,
que siempre me pagué de pequenno sermón;
e de duenna pequenna et de breve rasón,
ca poco et bien dicho afincase el corazón.

Del que mucho fabla ríen, quien mucho ríe, es loco;
es en la duenna chica amor et non poco:
duennas hay muy grandes, que por chicas non troco,
mas las chicas e las grandes se repienden del troco.

De las chicas, que bien diga, el amor me fiso ruego
que diga de sus noblesas, yo quiero las desir luego;
desirvos he de duennas chicas, que lo habredes por
[juego.

Son frías como la nieve e arden como el fuego.

Son frías de fuera, con el amor ardientes,
en la calle solas, trevejo, plasenteras, rientes;
en casa cuerdas, donosas, sosegadas, bien fasientes,
mucho al y fallárcdcs a do bien paredes mientes.

En pequenna gergenza yase grand resplandor,
en azúcar muy poco yase mucho dulzor,
en la duenna pequenna yase muy gran amor:
pocas palabras cumplen al buen entendedor.

Es pequenno el grano de la buena pimienta,
pero más que la nués conorta et calienta;
ansí duenna pequenna, si todo amor consienta,
no ha plaser del mundo que en ella non sienta.

Como en chica rosa está mucho color,
en oro muy poco grand precio et grand valor,
como en poco blasmo yase grand buen olor:
ansí en duenna chica yase muy grand sabor.

Como robí pequenno tiene mucha bondat,
color, virtud e preçio, e noble claridad;
ansí duenna pequenna tiene mucha beldat,
fermosura, donayre, amor, et lealtad.

Chica es la calandrina, et chico el ruysennor,
pero más dulce canta que otra ave mayor;
la muger que es chica por eso es mejor,
con donneo es más dulce que azúcar nin flor.

Son aves pequennas papagayo e orior,
pero cualquier dellas es dulce gritador;
adonada, fermosa, preçiada, cantador,
bien atal es la duenna pequenna con amor.

De la muger pequenna non hay comparación,
terrenal parayso es e grand consolación,
solas, ct alegría, plaser, et bendición,
mejor es en la prueba que en la salutación.

Siempre quis' muger chica más que grande nin mayor,
non es desaguizado del grand mal ser fuidor,
del mal, tomar lo menos, díselo el sabidor,
porende de las mugeres la mejor es la menor.

ALFONSO ALVAREZ DE VILLASANDINO

(Siglos XIV-XV)

CANTIGA

Vysso enamorado,
duélete de my,
pues bivo pensoso
dcseando a ty.

La tu fermosura
me puso en prisyón,
por la qual ventura
de mi coraçón
non parte trystura
en toda ssasón:
por en tu fygura
me entrysteçe assy.

Todo el mi cuydado
es en te loar,
quel tiempo passado
non posso olvidar:
ffarás aguysado
de mí te menbrar,
pues sienpre de grado
leal te serví.

Estoy cada dya
triste syn plazer;
sy tan sólo un día
te pudiesse ver,

yo confortar m'ya
con tu parescer:
por él cobraría
el bien que perdí.

MICER FRANCISCO IMPERIAL

(Siglos XIV-XV)

DESIR A LAS SYETE VIRTUDES

(Fragmento)

...Era çercado todo aquel jardín
de aquel arroyo a guisa de cava,
e por muro muy alto jazmín
que todo a la redonda la çercava:
el son del agua en dulçor passava.
Harpa, dugayna, vyhuela de arco,
e non ssé sy dormía o veía...

Des que bolví a man diestra el rrostro,
vi por la yerva pisadas de omme,
onde alegre fui me por rastro,
el qual derecho a un rrosal llevóme;
e commo quando entre árboles asome
alguno que ante los rramos mesçe,
tal vy un omme; muy cortés saluóme,
e poco a poco todo assy paresce.

Era en vista benigno e suave,
e en color era la su vestidura
ceniza o tierra que seca se cave;
barva e cabello albo syn mesura;
traya un libro de poca escriptura,
escripto todo con oro muy fino,
e comenzaba: *En medio del camino*,
e del laurel corona e çentura...

MARQUES DE SANTILLANA

(Iñigo López de Mendoza)

(13984458)

SERRANILLAS

I

Moça tan fermosa
non vi en la frontera,
como una vaquera
de la Finojosa.

Façiendo la vía
del Calatraveño
a Sancta María,
vençido del sueño
por tierra fragosa
perdí la carrera
do vi la vaquera
de la Finojosa.

En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la vi tan graçiosa,
que apenas creyera
que fuesse vaquera
de la Finojosa.

Non creo las rosas
de la primavera
sean tan fermosas
nin de tal manera,
fablando sin glosa,
si antes sopiera
d'aquella vaquera
de la Finojosa.

Non tanto mirara
su mucha beldat,

porque me dexara
en mi libertat.
Mas dix: «Donosa
(por saber quién era),
¿dónde es la vaquera
de la Finojosa?»

Bien como riendo,
dixo: «Bien vengades,
que ya bien entiendo
lo que demandades:
non es desseosa
de amor, nin lo espera
aquessa vaquera
de la Finojosa.»

II

Después que naçí
non ví tal serrana
como esta mañana.

Allá en la vigüela
a Mata l'Espino,
en ese camino
que va a Loçoyuela,
de guisa la ví,
que mi f iizo gana
la fruta temprana.

Garnacha traía
de oro presada,
con broncha dorada,
que bien parecía.
A ella volví
diciendol: «Loçana,
¿e sois vos villana?»
«Sí soy, caballero;
si por mí lo avedes,
decir: ¿qué queredes?
Fablad, verdadero.»

Yo le dije assí:
«Juro por Santana
que no sois villana.»

JUAN DE MENA

(1411-1456)

LABERINTO

(Fragmento)

LORENZO DAVALOS

Aquel que allí vees al cerco trauado,
que quiere subir e se falla en el ayre,
mostrando su rostro sobrado donayre
por dos desonestas feridas llagado,
aquél es el Dávalos mal fortunado,
aquél es el limpio mancebo Lorenço,
que fizo en un día su fin e comienço,
aquél es el que era de todos amado...

Bien se mostraua ser madre en el duelo
que fizo la triste, después que ya vido
el cuerpo en las andas sangriento tendido
de aquél que criara con tanto recelo;
ofende con dichos crueles el cielo,
con nuevos dolores su flaca salud
e tantas angustias roban su virtud,
que cae por fuerça la triste en el suelo.

E rasga con uñas crueles su cara,
fiere sus pechos con mesura poca;
besando a su hijo la su fría boca,
maldize las manos de quien lo matara,
maldize la guerra do se començara,
buscara con ira crueles querellas,
niega a sí mesma reparo de aquéllas
e tal como muerta biuiendo se para.

COPLAS DR LA PANADERA

(Fragmento)

Di, Panadera.
Panadera soldadera,
que vendes pan de barato,
quéntanos algún rebato
que te aconteció en la vera.

Di, Panadera.
Un miércoles que partiera
el príncipe don Enrique
a buscar algún buen pique
para su espada ropera,
saliera sin otra espera
de Olmedo tan gran compañía,
que con mui hermosa maña
al Puerto se retrujera.

Di, Panadera.

.....
Por más seguro escogiera
el obispo de Sigüença
estar, aunque con vergüença,
junto con la cobijera,
mas tan grande pabor cogiera
en ber fuir labradores,
que a los sus paños menores
fue menester labandera.

Di, Panadera.

.....
Salido como de osera
Rui Días el mayor domo
tan velloso vientre y lomo
como ossa colmenera,
si la fe que prometiera
la guardase según fallo,

no comiera su cauallo
en el real la cibera.

Di, Panadera.

.....
Amarillo como cera
estaua el conde de Haro
buscando todo reparo
por no pasar la ribera,
después bido la manera
como el señor rey pasaba,
pedos tan grandes tiraba,
que se oían en Talabera.

Di, Panadera.

.....
Tu señor, q' eres minera
de toda virtud diuina,
saca de tu medicina
de la tu santa atriaquera,
porq' yo, señor, siquiera
aya más por algún rato,
que del dicho disbarato
a muchos quede dentera.

Di, Panadera.

GÓMEZ MANRIQUE

(1412-1490)

BATALLA DE AMORES

Estando no descuidado
del rebato venidero,
mas a guisa de guerrero
siempre medio salteado,

oí tocar atabales,
tamboriles e trompetas;
a la hora nvs secretas
pasiones muy desiguales
miedos me ponen mortales.

Con una grand turbación
de los sones tanto fieros,
que los daños venideros
témelos el corazón,
a grand priesa demandé
las mis armas defensivas,
dexando los ofensivas
sólo por salvar mi fe,
que nunca vencida fue.

E así, muy bien armado
cuanto para defender,
salí sin me detener
con todo bien demudado:
vi venir mi pensamiento
que estaba por atalaya,
diciéndome: «Guaya, guaya,
que se llega, según siento,
la hora del perdimiento.»

.

E tocando las bastardas
trompetas a pelear,
luego, sin más lo tardar,
se juntan las avanguardas;
e las mis alas firieron
según les fuera mandado;
por recio que cometieron,
no refuir lo pudieron.

JORGE MANRIQUE

(1440-1478)

A LA MUERTE DEL MAESTRE DE SANTIAGO
DON RODRIGO MANRIQUE, SU PADRE

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte,
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando:
cuan presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor,
cómo a nuestro parescer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

Y, pues vemos lo presente
cómo en un punto s'es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.

No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vio,
porque todo ha de pasar
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir:
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;

allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos:
allegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.

INVOCACIÓN

Dexo las invocaciones
de los famosos poetas
y oradores;
no curo de sus ficciones,
que traen yerbas secretas
sus sabores.
A aquél sólo me encomiendo,
a aquél sólo invoco yo
de verdad,
que en este mundo viviendo,
el mundo no conoció
su deidad.

Este mundo es el camino
para el otro, qu' es morada,
sin pensar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.

Partimos cuando nascemos,
andamos mientras vivimos,
y Uegamos,
al tiempo que fenecemos;
así que cuando morimos
descansamos.

Este mundo bueno fue
si bien usásemos del,
como debemos,
porque, según nuestra fe,
es para ganar aquel
que atendemos.

Y aun el Hijo de Dios,
para subirnos al cielo,
descendió
a nacer acá entre nos
y vivir en este suelo
do murió.

Si fuese en nuestro poder
tornar la cara fermosa
corporal,
corno podemos hacer
el alma tan gloriosa
angelical,
¡qué diligencia tan viva
tuviéramos cada hora,
y tan presta,
en componer la cativa,
dexándonosla señora
descompuesta!

Ved de cuan poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos;
que en este mundo traidor
aun primero que muramos
las perdemos.
D'ellas deshace la edad,
d'ellas casos desastrados
que acaescen,
d'ellas por su calidad,
en los más altos estrados
desfallescén.

Decidme: la hermosura,
la gentil frescura y tez
de la cara,
la calor y la blancura,
cuando viene la vejez,
¿cuál se para?
Las mañas y ligereza,
y la fuerza corporal
de juventud,
todo se torna graveza
cuando llega al arrabal
de senectud.

Pues la sangre de los godos,
el linaje y la nobleza
tan crecida,
¡por cuántas vías e modos
se pierde su gran alteza
en esta vida!

Unos por poco valer,
¡por cuán baxos y abatidos
que los tienen!

Otros que por no tener,
con oficios no debidos
se mantienen.

Los estados y riqueza
que nos dexan a deshora,
¿quién lo duda?,
no les pidamos firmeza,
pues que son de una señora
que se muda.

Que bienes son de fortuna
que revuelve con su rueda
presurosa,
la cual no puede ser una
ni ser estable ni queda
en una cosa.

Pero digo que acompañen
y lleguen hasta la huesa
con su dueño;
por eso no nos engañen,
pues se va la vida apriesa
como sueño;
y los deleites de acá
son, en que nos deleitamos
temporales,
y los tormentos de allá,
que por ellos esperamos,
eternales.

Los placeres y dulçores
d'esta vida trabajada
que tenemos,
¿qué son sino corredores,
y la muerte es la celada
en que caemos?

No miran a nuestro daño,
corremos a rienda suelta
sin parar;
des' que vemos el engaño
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar.

Estos reyes poderosos
que vemos por escripuras
ya pasadas,
con casos tristes, llorosos,
fueron sus buenas venturas
trastornadas:
así que no hay cosa fuerte;
que a papas y emperadores
y perlados
así los trata la muerte
como a los pobres pastores
de ganados.

Dexemos a los troyanos,
que sus males no los vimos,
ni sus glorias;
dexemos a los romanos,
aunque oímos y leímos
sus historias.
No curemos de saber
lo de aquel siglo pasado
qué fue d'ello;
vengamos a lo de ayer,
que también es olvidado
como aquello.

¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón,
¿qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué fue de tanta invención
como truxeron?
Las justas e los torneos,
paramentos, bordaduras
e çimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
délas eras?

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?

¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?

¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?

¿Qué se hizo aquel dançar
y aquellas ropas chapadas
que traían?

Pues el otro su heredero,
don Enrique, ¡qué poderes
alcançaba!

¡Cuan blando, cuan alagüero
el mundo con sus placeres
se le daba!

Mas verás cuan enemigo,
cuan contrario, cuan cruel
se le mostró,
habiéndole sido amigo,
cuán poco duró con él
lo que le dio.

Las dádivas desmedidas,
los edificios reales
llenos de oro,
las baxillas tan fabridas,
los enriques y reales
del tesoro;
los jaeces y cavallos
de su gente y atavíos
tan sobrados,
¿dónde iremos a buscarlos?
¿Qué fueron sino rocíos
de los prados?

Pues su hermano el inocente,
que en su vida sucesor
se llamó,
¡qué corte tan excelente
tuvo y cuánto gran señor
que le siguió!

Mas como fuese mortal,
metióle la muerte luego
en su fragua.

¡Oh juicio divinal!
Cuando más ardía el fuego,
echaste agua.

Pues aquel gran condestable
maestre que conocimos
tan privado,
no cumple que d'él se hable,
sino sólo que le vimos
degollado.

Sus infinitos tesoros,
sus villas y sus lugares,
su mandar,
¿qué le fueron sino lloros?
¿Qué fueron sino pesares
al dejar?

Pues los otros dos hermanos,
maestres tan prosperados
como reyes,
c'a los grandes y medianos
trajeron tan sojuzgados
a sus leyes;
aquella prosperidad
que tan alta fue subida
y ensalçada,
¿qué fue sino clefridad
que cuando más encendida
fue amatada?

Tantos duques excelentes,
tantos marqueses y condes
y barones
como vimos tan potentes,
di, muerte, ¿do los escondes
y los pones?
Y sus muy claras hazañas
que hicieron en las guerras
y en las paces,
cuando tú, cruel, te ensañas,
con tu fuerça los atierras
y deshaces.

Las huestes innumerables,
los pendones y estandartes
y banderas,
los castillos impunables,
los muros c baluartes
y barreras,
la cava honda chapada,
o cualquier otro reparo,
¿qué aprovecha?
Cuando tú vienes airada,
todo lo pasas de claro
con tu flecha.

Aquel de buenos abrigo,
amado por virtuoso
de la gente,
el maestre don Rodrigo
Manrique, tanto famoso
y tan valiente,
sus grandes hechos y claros
no cumple que los alabe,
pues los vieron,
ni los quiero hacer caros,
pues el mundo todo sabe
cuáles fueron.

¡Qué amigo de sus amigos!
¡Qué señor para criados
y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados
y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!
¡Cuan benigno a los sujetos,
y a los bravos y dañosos
un león!

En ventura, Octaviano;
Julio César en vencer
y batallar;
en la virtud, Africano;
Aníbal en el saber
y trabajar;

en la bondad, un Trajano;
Tito en liberalidad
con alegría;
en su brazo, un Archidamo;
Marco Tulio en la verdad
que prometía.

Antonio Pío en clemencia;
Marco Aurelio en igualdad
del semblante;
Adriano en elocuencia;
Teodosio en humildad
y buen talante,
Aurelio Afexandre fue
en disciplina y rigor
de la guerra;
un Constantino en la fe;
Camilo en el gran amor
de su tierra.

No dexó grandes tesoros,
ni alcancé muchas riquezas
ni baxillas,
mas hizo guerra a los moros,
ganando sus fortalezas
y sus villas;
y en las lides que venció
caballeros y caballos
se prendieron,
y en este oficio ganó
las rentas e los vasallos
que le dieron.

Pues por su honra y estado
en otros tiempos pasados,
¿cómo se hubo?
Quedando desamparado,
con hermanos y criados
se sostuvo.

Después que hechos famosos
hizo en esta dicha guerra
que hacía,
hizo tratos tan honrosos,
que le dieron muy más tierra
que tenía.

Estas sus viejas historias
que con su braço pintó
en juventud,
con otras nuevas victorias
agora las renovó
en senectud.
Por su gran habilidad,
por méritos y ancianía
bien gastada,
alcancQ la dignidad
de la gran caballería
del Espada.

E sus villas e sus tierras
ocupadas de tiranos
las halló;
mas por cercos e por guerras,
y por fuerças de sus manos
las cobró.
Pues nuestro rey natural
si de las obras que obró
fue servido,
dígalo el de Portugal,
y en Castilla quien siguió
su partido.

Después de puesta la vida
tantas veces por su ley
al tablero;
después de tan bien servida
la corona de su rey
verdadero;
después de tanta hazaña
a que no puede bastar
cuenta cierta,
en la su villa de Ocaña
vino la muerte a llamar
a su puerta,

(HABLA LA MUERTE)

Diciendo: «Buen caballero,
dexad el mundo engañoso
y su halago;
muestre su esfuerço famoso
vuestro coraçón de acero
en este trago;
y pues de vida y salud
hiciste tan poca cuenta
por la fama,
esfuércese la virtud
para sufrir esta afrenta
que os llama.

«No se os haga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáis,
pues otra vida más larga
de fama tan gloriosa
acá dexáis;
aunque esta vida de honor
tampoco no es eternal
ni verdadera,
mas con todo es muy mejor
que la otra temporal
perecedera.

«El vivir que es perdurable
no se gana con estados
mundanales,
ni con vida deleitable
en que moran los pecados
infernales;
mas los buenos religiosos
gánanlo en oraciones,
y con lloros;
los caballeros famosos,
con trabajos y aflicciones
contra moros.

«Y, pues vos, claro varón,
tanta sangre derramas tes
de paganos,
esperad el galardón

que en este mundo ganastes
por las manos:
y con esta confianza
y con la fe tan entera
que tenéis,
partid con buena esperanza,
que esta otra vida tercera
ganaréis.»

(RESPONDE EL MAESTRE)

«No gastemos tiempo ya
en esta vida mezquina
por tal modo,
que mi voluntad está
conforme con la divina
para todo;
y consiento en mi morir
con voluntad placentera,
clara, pura,
que querer hombre vivir
cuando Dios quiere que muera
es locura.»

ORACIÓN

Tú que por nuestra maldad
tomaste forma servil
y baso nombre;
tú que a tu divinidad
juntaste cosa tan vil
como el hombre;
tú que tan grandes tormentos
sufriste sin resistencia
en tu persona,
no por mis merecimientos,
mas por tu sola clemencia,
me perdona.

CABO

Así con tal entender,
todos sentidos humanos
conservados,
cercado de su mujer,
de hijos y de hermanos
y criados,
dio el alma a quien se la dio
(el cual la ponga en el cielo
y en su gloria),
y aunque la vida murió,
nos dexó harto consuelo
su memoria.

JUAN DEL ENCINA

(1469-1529)

VILLANCICO

No te tardes, que me muero,
Carcelero,
¡no te tardes, que me muero!
Apresura tu venida,
por que no pierda la vida,
que la fe no está perdida.
Carcelero,
¡no te tardes, que muero!
Sácame desta cadena,
que recibo muy gran pena,
pues tu tardar me condena:
Carcelero,

¡no te tardes, que me muero!
La primer vez que me viste
sin lo sentir me venciste:
suéltame, pues me prendiste
Carcelero,
¡no te tardes, que me muero!
La llave para soltarme
ha de ser galardonarme,
prometiendo no olvidarme.
Carcelero,
¡no te tardes, que me muero!

CANCIONERO

I

Dentro, en el vergel,
moriré.
Dentro, en el rosal,
matarme han.
Yo m'iba mi madre,
las rosas coger;
hallé mis amores
dentro en el vergel.
Dentro del rosal
matarme han.

II

Rodrigo Martínez
a los ánsares, ¡ahé!
Pensando que eran vacas
silbábalas; ¡He!
Rodrigo Martínez,
atan garrido,

los tus ansarinos
llevólos el río, ¡ahé!
Pensando que eran vacas
silbábalas: ¡He!

III

Por vos mal me viene,
niña, y atendedme.
Por vos, niña virgo,
prendióme el merino,
niña, y atendedme.
Prendióme el merino
traerme mal herido,
niña, y atendedme.
Por vos, niña dalgo,
prendióme el jurado,
niña, y atendedme.
Prendióme el jurado,
hame lastimado,
niña, y atendedme.

IV

No quiero ser monja, no,
que niña namoradica so.
Dejadme con mi placer,
con mi placer y alegría;
dejadme con mi porfía,
que niña malpenadica so.

V

¡Ay, que non era;
mas, ay, que non hay
quien de mi pena se duela!

ROMANCERO

ROMANCES HISTÓRICOS

I

DE BERNARDO DEL CARPIÓ

Las cartas y mensajeros — del rey a Bernardo van,
que vaya luego a las cortes — para con él negociar.
Bernardo, como es discreto, — mal recelado se ha,
las cartas echó en el fuego, — los suyos mandó juntar:
—Cuatrocientos sois, los míos, — los que coméis el mi
[pan,

nunca fuisteis repartidos, — agora os repartirán:
en el Carpió quedan ciento — para el castillo guardar;
los ciento por los caminos, — que a nadie dejéis pasar;
doscientos iréis conmigo, — para con el rey hablar;
si mala me la dijere, — peor se la he de tornar.

Con esto luego se parte — y comienza a caminar;
por sus jornadas contadas — a la corte fue a llegar.
De los doscientos que lleva — los ciento mandó quedar
para que tengan segura — la puerta de la ciudad;
con los ciento que le quedan — se va al palacio real:
cincuenta deja a la puerta — que a nadie dejen pasar,
treinta deja a la escalera — para el subir y el bajar,
con solamente los veinte — a hablar con el rey se va.

A la entrada de una sala — con él se vino a topar;
allí le pidió la mano, — mas no se la quiso dar.
—Dios vos mantenga, buen rey, — ya los que con vos
[están,

—Bernardo, mal seas venido, — traidor hijo de otro tal;
dite yo el Carpió en tenencia — tú tómaslo en heredad.
—Mentides, buen rey, mentides, — que no decides
[verdad,

que nunca yo fui traidor, — ni en mi linaje lo hay.
Acordársevos debiera — de aquella del Encinal,
cuando gentes enemigas — allí os trataron tan mal,

que os mataron el caballo, — y aun a vos querían matar;
Bernardo como traidor — el suyo vos fuera a dar;
con una lanza y adarga — de entre ellos os fue a sacar.
El Carpió entonces me distes — por juro y por heredad;
prometísteme a mi padre, — no me guardastes verdad.
—Prenedlo, mis caballeros, — que atrevido se me ha.
Todos le estaban mirando, — nadie se le osa llegar.
Revolviendo el manto al brazo — la espada fuera a sacar.
—¡Aquí, aquí, los mis doscientos, — los que comedes mi

[pan,
que hoy era venido el día — que honra habedes de

[ganar!
El rey, como aquesto vido, — procuróle de amansar:
—Malas mañas has, sobrino, — no las puedes olvidar;
lo que hombre te dice en burla — de veras vas a tomar.
Yo te do el Carpió, Bernardo, — por juro y por heredad.
—Aquesas burlas, el rey, — no son burlas de burlar.
El castillo está por mí, — nadie me lo puede dar;
quien quitármelo quisiere — yo se lo sabré vedar.

II

LA JURA DE SANTA GADEA

En Santa Gadea de Burgos
do juran los fijosdalgo
allí le toma la jura
el Cid al rey castellano,
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo.
Las juras eran tan recias,
que a todos ponen espanto:
«Villanos mátenete, Alfonso,
villanos, que non fidalgos;
de las Asturias de Oviedo
que non sean castellanos;
abarcas traigan calzadas,
que non zapatos con lazos;
capas traigan aguaderas,

no de contray, ni frisado;
con camisones de estopa,
non de holanda, ni labrados;
vayan cabalgando en burras,
non en muías y caballos;
las riendas traigan de cuerda,
non de cuero fogueados;
mátente con agujadas,
no con lanzas ni con dardos;
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;
mátente por las aradas,
no por villas ni poblados,
sáquente el corazón vivo
por el derecho costado,
si non dijeres verdad
de lo que te es preguntado:
si tú fuiste o consentiste
en la muerte de tu hermano.»

ROMANCES FRONTERIZOS

ABEMAMAR

«¡Abcnámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales había!
Estaba la mar en calma,
la luna estaba crecida:
moro que en tal signo nact,
no debe decir mentira.»
Allí respondiera el moro,
bien oiréis lo que decía:

«No te la diré, señor,
aunque me cueste la vida,
porque soy hijo de un moro
y una cristiana cautiva;
siendo yo niño y muchacho,
mi madre me lo decía:
que mentira no dijese,
que era grande villanía:
por tanto, pregunta, rey,
que la verdad te diría.»

«Yo te agradezco, Abenámar,
aquesa tu cortesía.

¿Qué castillos son aquellos?

¡Altos son y relucían!»

«El Alhambra era, señor,

y la otra la Mezquita:

los otros los Alíxares,

labrados a maravilla.

El moro que los labraba

cien doblas ganaba al día,

y el día que no los labra,

otras tantas se perdía.

Desde que los tuvo labrados

el rey le quitó la vida

porque no labre otros tales

al rey del Andalucía.

El otro es Generalife,

huerta que par no tenía;

el otro Torres Bermejas,

castillo de gran valía.»

Allí hablara el rey don Juan,

bien oiréis lo que decía:

«Si tú quisieras, Granada,

contigo me casaría;

daréte en arras y dote

a Córdoba y a Sevilla.»

«Casada soy, rey don Juan,

casada soy, que no viuda;

el moro que a mí me tiene

muy grande bien me quería.»

¡AY DE MI ALHAMA!

Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada,
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarrambra.
Cartas le fueron venidas
que su Alhama era ganada.
«¡Ay de mi Alhama!»
Las cartas echó en el fuego
y al mensajero matara.
«¡Ay de mi Alhama!»
Apeóse de una muía,
y en un caballo cabalga;
por el Zacatín arriba,
subido se había al Alhambra.
«¡Ay de mi Alhama!»
Como en el Alhambra estuvo
al mismo punto mandaba
que se toquen sus trompetas,
sus añafiles de plata.
«¡Ay de mi Alhama!»
Y que las cajas de guerra
aprieta toquen al arma,
porque ío oigan sus moros,
los de la Vega y Granada.
«¡Ay de mi Alhama!»
Los moros que el son oyeron
que al sangriento Marte llama,
uno a uno y dos a dos
juntado se ha gran compañía.
«¡Ay de mi Alhama!»
Allí fabló un moro viejo,
de esta manera fablara:
«¿Para qué nos llamas, rey,
para qué es esta llamada?»
«Para que sepáis, amigos,
una nueva desdichada:
que cristianos de braveza
ya nos han ganado Alhama.»
«¡Ay de mi Alhama!»

Allí fabló un alfaquí
de barba crecida y cana:
«Bien se te emplea, buen rey,
buen rey, bien se te empleara.
Mataste los Bencerrajes,
que eran la flor de Granada:
cogiste los tornadizos
de Córdoba la nombrada.
Por eso mereces, rey,
una pena muy doblada:
que te pierdas tú y el reino,
y que se acabe Granada.»
«¡Ay de mi Alhama!»

ROMANCES CAROLINGIOS

DOÑA ALDA

En París está doña Alda,
la esposa de don Roldan,
trescientas damas con ella
para bien la acompañar;
todas visten un vestido,
todas calzan un calzar,
todas comen a una mesa,
todas comían de un pan,
si no era doña Alda,
que era la mayoral.
Las ciento hilaban oro,
las ciento tejen cendal,
las ciento instrumento tañen
para doña Alda holgar.
Al son de los instrumentos
doña Alda dormido se ha;
ensoñado había un sueño,
un sueño de gran pesar.

Recordó despavorida
y con un pavor muy grand
los gritos daba tan grandes,
que se oían en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,
bien oiréis lo que dirán:
«¿Qué es aquesto, mi señora?
¿Quién es el que os hizo mal?»
«Un sueño soñé, doncellas,
que me ha dado gran pesar:
que me veía en un monte
en un desierto lugar:
y do so los montes altos,
un azor vide volar,
tras del viene una aguillita
que lo ahinca muy mal.
El azor con grande cuita
metióse so mi brial;
el águila con gran ira
de allí lo iba a sacar;
con las uñas lo despluma,
con el pico lo deshaz.»
Allí habló su camarera,
bien oiréis lo que dirá:
«Aquese sueño, señora,
bien os lo entiendo soltar:
el azor es vuestro esposo,
que de España viene ya;
el águila sedes vos,
con la cual ha de casar,
y aquel monte es la iglesia,
donde os han de velar.»
«Si así es, mi camarera,
bien te lo entiendo pagar.»
Otro día de mañana
cartas de lejos le traen:
tintas venían de fuera
de dentro escritas con sangre
que su Roldan era muerto
en la caza de Roncesvalles.
Cuando tal oyó doña Alda
muerta en el suelo se cae.

ROMANCES NOVELESCOS

BLANCA-NIÑA

«Blanca sois, señora mía,
más que no el rayo del sol.
¡Quién la durmiese esta noche
desarmado y sin temor;
que siete años había, siete,
que no me desarmo, no!»
«Dormílda, señor, dormílda,
desarmado y sin pavor,
que el conde es ido a la caza,
a los montes de León.»
«Si a caza es ido, señora,
caígale mi maldición:
rabia le mate los perros,
y aguillitas el falcón,
lanzada de moro izquierdo
le traspase el corazón.»
Ellos en aquesto estando,
su marido que llegó:
«¿Qué hacéis la Blanca-Niña,
hija de padre traidor?»
«Señor, mala vida paso»
pasóla con gran dolor,
que me dejáis a mí sola
y a los montes os vais vos.»
«Esas palabras, la niña,
no eran sino traición:
¿cuyo es aquel caballo
que allá bajo relinchó?»
«Señor, era de mi padre,
y enviólo para vos.»
«¿Cuyas son aquellas armas
que están en el corredor?»

«Señor, eran de mi hermano
y hoy os las envió.»
«¿Cuya es aquella lanza,
que tiene tal resplandor?»
«Tomadla, conde, tomadla,
matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde,
bien os la merezco yo.»

EL PRISIONERO

Que por mayo era por mayo,
cuando hace la calor,
cuando los trigos encañan
y están los campos en flor;
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor;
cuando los enamorados
van a servir al amor,
sino yo, triste, cuitado,
que vivo en esta prisión,
que ni sé cuando es de día,
ni cuándo las noches son,
sino por una avecilla
que me cantaba al albor.
Matómela un balletero;
déle Dios mal galardón.

DE LA HIJA DEL REY DE FRANCIA

De Francia partió la niña,
de Francia la bien guarnida;
íbase para París,
do padre y madre tenía.

Errado lleva el camino,
errada lleva la vía:
arrimárase a un roble
por esperar compañía.
Vio venir a un caballero
que a París lleva la guía.
La niña desque lo vido
de esta suerte le decía:
«Si te place, caballero,
llévesme en tu compañía.»
«Pláceme, dijo, señora;
pláceme, dijo, mi vida.»
Apeóse del caballo
por hacelle cortesía;
puso a la niña en las ancas
y él subiérase en la silla.
En el medio del camino
de amores la requería.
La niña desque lo oyera
di jóle con osadía:
«Tate, tate, caballero,
no hagáis tal villanía;
hija soy yo de un malato
y de una malatía;
el hombre que a mí llegase
malato se tornarí.»
Con temor el caballero
palabra no respondía.
A la entrada de París
la niña se sonreía.
«¿De qué os reís, mi señora?
¿De qué os reís, vida mía?»
«Ríomc del caballero
y de su gran cobardía;
¡tener la niña en el campo
y catarle cortesía!»
Con vergüenza el caballero
estas palabras decía:
«Vuelta, vuelta, mi señora,
que una cosa se me olvida.»
La niña, como discreta,
dijo: «Yo no volvería,

ni persona, aunque volviese,
en mi cuerpo tocaría;
hija soy del rey de Francia
y Ja reina Constantina;
el hombre que a mí llegase
muy caro le costaría.»

DE LA ROSA FRESCA

Rosa fresca, rosa fresca,
tan garrida y con amor,
cuando vos tuve en mis brazos,
no vos supe servir, no;
y agora que os serviría,
no vos puedo yo haber, no.
«Vuestra fue la culpa, amigo;
vuestra fue, que mía no;
enviásteme una carta
con un vuestro servidor,
y en lugar de recaudar
él dijera otra razón:
que érades casado, amigo,
allá en tierras de León;
que tenéis mujer hermosa
y hijos como una flor.»
«Quien vos lo dijo, señora,
no vos dijo verdad, no;
que yo nunca entré en Castilla
ni allá en tierras de León,
sino cuando era pequeño,
que no sabía de amor.»

ROMANCES LÍRICOS

FONTEFRIDA

Fonte-frida, fonte-frida,
fonte-frida y con amor,
do todas las avecicas
van tomar consolación,
si no es la tortolica,
que está viuda y con dolor.
Por allí fuera a pasar
el traidor de ruiseñor;
las palabras que le dice
llenas son de traición;
«Si tú quisieses, señora,
yo sería tu servidor.»
«Vete de ahí, enemigo,
malo, falso engañador,
que ni poso en ramo verde
ni en prado que tenga flor;
que si el agua hallo clara,
turbia la bebía yo;
que no quiero haber marido,
porque hijos no haya, no;
no quiero placer con ellos,
ni menos consolación,
¡Déjame, triste enemigo,
malo, falso, ruin, traidor,
que no quiero ser tu amiga,
ni casar contigo, no!»

EL CONDE ARNALDOS

SIGLO DE ORO

(Siglo XVI)

¡Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!
Andando a buscar la caza
para su falcón cebar
vio venir una galera
que a tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
la jarcia de oro torzal,
áncoras tiene de plata,
tablas, de fino coral.
Marinero que la manda
diciendo viene un cantar
que la mar hacía en calma,
los vientos face amainar,
los peces que andan nel hondo
arriba los face andar,
las aves que andan volando
nel mástil las faz posar.
Allí fabló el conde Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
«Por tu vida, marinero,
dégasme ora ese cantar.»
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fue a dar:
«Yo no digo esa canción,
sino a quien conmigo va.»

GIL VICENTE

(1470-1539)

DEL ROSAL VENGO, MI MADRE

Del rosal vengo, mi madre,
vengo del rosal.

A riberas de aquel vado
viera estar rosal granado:
vengo del rósale.

A riberas de aquel río
viera estar rosal florido:
vengo del rósale.

Viera estar rosal florido,
cogí rosas con suspiro:
vengo del rósale.

Del rosal vengo, mi madre,
vengo del rósale.

CANCIÓN

¡Dicen que me case yo!
¡No quiero marido, no!
Más quiero vivir segura
nesta sierra a mi soltura

que no estar en ventura
si casaré bien o no.
¡Dicen que me case yo!
¡No quiero marido, no!
Madre, no seré casada
por no ver vida cansada,
o quizá mal empleada
la gracia que Dios me dio.
¡Dicen que me case yo!
¡No quiero casarme, no!
No será ni es nacido
tal para ser mi marido,
y pues que tengo sabido
que la flor yo me la so.
¡Dicen que me case yo!
¡No quiero casarme, no!

CANTIGA

¡Muy graciosa es la doncella!
¡Cómo es bella y hermosa!
Digas tú, el marinero
que en las naves vivías,
si la nave o la vela o la estrella
es tan bella.
Digas tú, el caballero
que las armas vestías,
si el caballo o las armas o la guerra
es tan bella.
Digas tú, el pastorcico
que el ganadico guardas,
si el ganado o los valles o la sierra
es tan bella.

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO

(1490-1550?)

VISITA DE AMOR

Unas coplas muy cansadas,
con muchos pies arrastrando,
a lo toscano imitadas,
entró un amador cantando,
enojosas y pesadas,
cada pie con dos corcovas,
y de peso doce arrobas,
trovadas al tiempo viejo.
Dios perdone a Castillejo,
que bien habló de estas trovas.
Dijo Amor: «¿Dónde se aprende
este metro tan prolijo,
que las orejas ofende?
"Algarabía de allende":
el sujeto frío y duro,
y el estilo, tan oscuro,
que la dama en quien se emplea
duda, por sabia que sea,
si es requiebro o es conjuro.»
«Ved si la invención es basta,
pues Garcilaso y Boscán,
las plumas puestas por asta,
cada uno es un Roldan
y, con todo, no le basta;
yo no alcanzo cuál engaño
te hizo para tu daño,
con locura y desvarío,

meter en mi señorío
moneda de reino extraño.»
«Con dueñas y con doncellas,
dijo Venus, ¿qué pretende
quien las dice sus querellas
en lenguaje que no entiende
él, ni yo, ni vos, ni ella?
Sentencio al que tal hiciere
que la dama por quien muere
lo tenga por cascabel,
y que haga burla del
y de cuanto le escribiere.»

SÁTIRA

*Contra los que dejan los metros castellanos
y siguen los italianos*

Pues la Santa Inquisición
suele ser tan diligente
en castigar con razón
cualquier seta y opinión
levantada nuevamente,
resucítese Lucero
a corregir en España
una muy nueva y extraña,
como aquella de Lutero
en las partes de Alemana.

Bien se pueden castigar
a cuenta de anabaptistas,
pues por ley particular
se tornan a bautizar
y se llaman petrarquistas.
Han renegado la fe
de las trovas castellanas,
y tras de las italianas

se pierden, diciendo que
son más ricas y galanas.
El juicio de lo cual
yo lo dejo a quien más sabe;
pero juzgar nadie mal
de su patria natural
en gentileza no cabe;
y aquella cristiana musa
del famoso Juan de Mena,
sintiendo desto gran pena,
por infieles los acusa
y de alevos los condena.

.....
Mas ellos, caso que estaban
sin favor y tan a solas,
contra todos se mostraban
y claramente burlaban
de las coplas españolas,
canciones y villancicos,
romances y cosa tal,
arte mayor y real,
y pies quebrados y chicos
y todo nuestro caudal.

Y en lugar de estas maneras
de vocablos ya sabidos
en nuestras trovas caseras,
cantan otras forasteras
nuevas a nuestros oídos:
sonetos de grande estima,
madrigales y canciones
de diferentes renglones
de tercia y octava rima
y otras lindas invenciones.

.....
Juan de Mena, como oyó
la nueva copla pulida,
contentamiento mostró,

caso que se sonrió
como de cosa sabida.
y dijo: —Según la prueba,
once sílabas por pie
no hallo causa por qué
se tenga por cosa nueva,
pues yo mismo las usé.

JUAN BOSCAN

(1493-1542)

SONETO

Mueve el querer las alas con gran fuerza
tras el loor de aquella que yo canto;
al comenzar, levántase un espanto
tal, que es peor del seso, si se esfuerza.

Por otra parte, la razón me fuerza;
yo hablo y callo, y estoime así entre tanto;
esfuerzo alguna vez y otras me espanto;
en fin, la gana de escribir refuerza.

Del mundo bien, de nuestros tiempos gloria
fue nacer ésta, por la cual yo vivo:
enmienda fue de cuanto aquí se yerra;
fue declarar lo natural más vivo;
fue de virtud hacer perfecta historia,
y fue juntar el cielo con la tierra.

GARCILASO DE LA VEGA

(1503-1536)

SONETOS

Quando me paro a contemplar mi estado
y a ver los pasos por do me ha traído,
hallo, según por do anduve perdido,
que a mayor mal pudiera haber llegado.

Mas cuando del camino esto olvidado
a tanto mal no sé por do he venido;
sé que me acabo y más he yo sentido
ver acabar conmigo mi cuidado.

Yo acabaré, que me entregué sin arte
a quien sabrá perderme y acabarme,
si ella quisiere, y aun sabrá querello;
que pues mi voluntad puede matarme,
la suya, que no es tanto de mi parte,
pudiendo, ¿qué hará sino hacello?

¡Oh dulces prendas por mí mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía
y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién rae dijera, cuando en las pasadas
horas en tanto bien por vos me vía,
que me habíades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
llevadme junto al mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes porque descastes
verme morir entre memorias tristes.

Si para refrenar este deseo
loco, imposible, vano, temeroso,
y guarecer de un mal tan peligroso,
que es darme a entender yo lo que no creo,
no me aprovecha verme cual me veo,
o muy aventurado o muy medroso
en tanta confusión, que nunca oso
fiar el mal de mí, que lo poseo,
¿qué me ha de aprovechar ver la pintura
de aquél que con alas derretidas,
cayendo fama y nombre al mar ha dado,
y la del que su fuego y su locura
llora entre aquellas plantas conocidas,
apenas en el agua resfriado?

ÉGLOGA PRIMERA

*A don Pedro de Toledo, marqués de Villafraña,
virrey de Nápoles*

SALICIO Y NEMOROSO

El dulce lamentar de dos pastores
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de cantar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo,
y un grado sin segundo,
ahora estás atento, solo y dado
al ínclito gobierno del estado
albano; ahora vuelto a la otra parte,

resplandeciente, armado,
representando en tierra al fiero Marte;
ahora de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andas a caza, el monte fatigando
el ardiente jinete, que apresura
el curso, tras los ciervos temerosos,
que en vano su morir van dilatando:
espera, que en tornando
a ser restituido
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras:
antes que me consuma,
faltando a ti, que a todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
viene a sacarme de la deuda un día,
que se debe a tu fama y a tu gloria;
que es deuda general, no sólo mía,
mas de cualquier ingenio peregrino
que celebra lo digno de memoria:
el árbol de victoria
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente
dé lugar a la hiedra que se planta
debaxo de tu sombra, y se levanta
poco a poco, arimada a tus loores:
y en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido,
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie de una alta haya, en la verdura,
por donde una agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado;
él, con canto acordado
al rumor que sonaba
del agua que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía;

y así, como presente,
razonando con ella, le decía:

SALICIO

¡Oh, más dura que mármol a mis quejas
y al encendido fuego en que me quemó,
más helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
témola con razón, pues tú me dexas;
que no hay, sin ti, el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado,
de ti desamparado,
y de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
donde siempre moraste, no pudiendo
della salir un hora?
Salid, sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente;
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle o alta cumbre
paciendo va segura y libremente,
cuál con el sol presente,
va de nuevo al oficio,
y al usado ejercicio
do su natura o menester le inclina.
Siempre está en llanto esta ánima mezquina
cuando la sombra el mundo va cubriendo
o la luz se avecina.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Y tú, desta vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera,
dexas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fe que ser guardada
eternamente sólo a mí debiera?
¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,

pues ves desde tu altura
esta falsa perjura
causar la muerte de un estrecho amigo,
no recibe del cielo algún castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿qué hará el enemigo?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,
por ti la esquividad y apartamiento
del solitario monte me aguardaba;
por ti la verde yerba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.

¡Ay, cuánto me engañaba!

¡Ay, cuan diferente era

y cuan de otra manera

lo que en tu falso pecho se escondía!

Bien claro con su voz me lo decía

la siniestra corneja, repitiendo

la desventura mía.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
llevaba, por pasar allí la siesta,
a beber en el Tajo mi ganado
y después de llegado
sin saber de cuál arte,
por desusada parte
y por nuevo camino el agua se iba;
ardiendo yo con la calor estiva,
el curso enajenado iba siguiendo
del agua fugitiva.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla, ¿en cuya oreja suena?

Tus claros ojos, ¿a quién los volviste?

¿Por quién tan sin respeto me trocaste?

Tu quebrantada fe, ¿do la pusiste?

¿Cuál es el cuello que, como en cadena,

de tus hermosos brazos anudaste?

No hay corazón que baste,

aunque fuese de piedra,
viendo mi amada hiedra
de mí arrancada, en otro muro asida,
y mi parra en otro olmo entretejida,
que no se esté con llanto deshaciendo
hasta acabar la vida.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperará de aquí adelante,
por difícil que sea y por incierto?

¿O qué discordia no será juntada?

Y juntamente, ¿qué tendrá por cierto?

¿O qué de hoy más no temerá el amante,
siendo a todo materia por ti dada?

Cuando tú enajenada

de mí, cuitado, fuiste,

notable causa diste

y ejemplo a todos cuantos cubre el ciclo,

que el más seguro tema con recelo

perder lo que estuviere poseyendo.

Salid fuera sin duelo,

salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza

de alcanzar lo imposible y no pensado.

Y de hacer juntar lo diferente,

dando a quien diste el corazón malvado,

quitándolo de mí con tal mudanza,

que siempre sonará de gente en gente.

La cordera paciente

con el lobo hambriento

hará su ayuntamiento

y con las simples aves sin ruido

harán las bravas sierpes ya su nido:

que mayor diferencia comprendo

de ti al que has escogido.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano

y en el invierno abundo; en mi majada

la manteca y el queso está sobrado;

de mi cantar, pues, yo te vi agradada,

tanto, que no pudiera el mantuano

Títiro ser de ti más alabado.

No soy, pues, bien mirado,

tan disforme ni feo,

que aún agora me veo

en esta agua que corre clara y pura,

y cierto no trocará mi figura

con ése que de mí se está riendo:

¿trocará mi ventura!

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo...

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?

¿Cómo te fui tan presto aborrecible?

¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?

Si no tuvieras condición terrible,

siempre fuera tenido de ti en precio,

y no viera de ti ese apartamiento.

¿No sabes que sin cuento

buscan en el estío

mis ovejas el frío

de la sierra de Cuenca, y el gobierno

del abrigado Extremo en el invierno?

Mas ¿qué vale el tener, si derritiendo

me estoy en llanto eterno!

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen

su natural dureza y la quebrantan,

los árboles parece que se inclinan,

las aves que me escuchan, cuando cantan,

con diferente voz se condolecen,

y mi morir cantando me adivinan.

Las fieras que reclinan

su cuerpo fatigado

dejan el sosegado

sueño por escuchar mi llanto triste.

Tú sola contra mí te endureciste,

los ojos aun siquiera no volviendo

a lo que tú hiciste.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que a socorrerme aquí no vienes,

no dexes el lugar que tanto amaste,

que bien podrás venir de mí segura,

y dexaré el lugar do me dexaste;

ven, si por sólo esto te detienes.

Ves aquí un prado lleno de verdura,

ves aquí una espesura,

ves aquí una agua clara,
 en otro tiempo cara,
 a quien de ti con lágrimas me quexo.
 Quizás aquí hallarás, pues yo me alexo,
 al que todo mi bien quitarme puede;
 que pues el bien le dexo,
 no es mucho que lugar también le quede.
 Aquí dio fin a su cantar Salicio,
 y suspirando en el postrero acento,
 soltó de llanto una profunda vena.
 Queriendo el monte al grave sentimiento
 de aquel dolor en algo ser propicio,
 con la pesada voz retumba y suena.
 La blanda Filomena,
 casi como dolida
 y a compasión movida,
 dulcemente responde al son lloroso.
 Lo que cantó tras esto Nemeroso
 decílo vos, Piérides, que tanto
 no puedo yo ni oso,
 que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
 árboles que os estáis mirando en ellas,
 verde prado de fresca sombra lleno,
 aves que aquí sembráis vuestras querellas,
 hiedra que por los árboles caminas,
 torciendo el paso por su verde seno;
 yo me vi tan ajeno
 del grave mal que siento,
 que de puro contento
 con vuestra soledad me recreaba,
 donde con dulce sueño reposaba,
 o con el pensamiento discurría
 por donde no hallaba
 sino memorias llenas de alegría;
 y en este mismo valle, donde agora

me entristezco y me canso, en el reposo
 estuve ya contento y descansado.
 ¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
 Acuérdomé durmiendo aquí algún hora
 que, despertando, a Elisa vi a mi lado.
 ¡Oh miserable hado!
 ¡Oh tela delicada,
 antes de tiempo dada
 a los agudos filos de la muerte!
 Mas conveniente fuera aquesta suerte
 a los cansados años de mi vida,
 que es más que el hierro fuerte,
 pues no la ha quebrantado tu partida.
 ¿Do están agora aquellos claros ojos
 que llevaban tras sí como colgada
 mi ánima por doquier que se volvían?
 ¿Do está la blanca mano delicada,
 llena de vencimientos y despojos
 que de mí mis sentidos le ofrecían?
 Los cabellos que vían
 con gran desprecio al oro
 como a menor tesoro,
 ¿adonde están? ¿Adonde el blanco pecho?
 ¿Do la columna que al dorado techo
 con presunción graciosa sostenía?
 Aquesto todo agora ya se encierra,
 por desventura mía,
 en la fría, desierta y dura tierra.

¿Quién me dixera, Elisa, vida mía,
 cuando en aqueste valle al fresco viento
 andábamos cogiendo tiernas flores
 que había de ver con largo apartamiento
 venir el triste y solitario día
 que diese amargo fin a mis amores?
 El cielo en mis dolores
 cargó la mano tanto,
 que a sempiterno llanto
 y a triste soledad me ha condenado;
 y lo que siento más es verme atado
 a la pesada vida y enojosa,
 solo, desamparado,
 ciego sin lumbré en cárcel tenebrosa.

Después que nos dexaste, nunca paze
en hartura el ganado ya, ni acude
el campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude;
la mala yerba al trigo ahoga, y nace
en lugar suyo la infelice avena;
la tierra, que de buena
gana nos producía
flores con que solía
quitar en sólo vellas mis enojos,
produce agora en cambio estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable;
y yo hago con mis ojos
crecer, llorando, el fruto miserable.

Como al partir el sol la sombra crece,
y en cayendo su rayo se levanta
la negra oscuridad que el mundo cubre,
de do viene el temor que nos espanta,
y la medrosa forma en que se ofrece
aquello que la noche nos encubre,
hasta que el sol descubre
su luz pura y hermosa;
tal es la tenebrosa
noche de tu partir, en que he quedado
de sombra y de temor atormentado,
hasta que muerte el tiempo determine
que a ver el deseado
sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto
quejarse, entre las hojas escondido,
del duro labrador, que cautamente
le despojó su caro y dulce nido
de los tiernos hijuelos entretanto
que del amado ramo estaba ausente,
y aquel dolor que siente,
con diferencia tanta,
por la dulce garganta
despide, y a su canto el aire suena,
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
trayendo de su pena
al cielo por testigo y las estrellas;

desta manera suelto yo la rienda
a mi dolor, y así me quexo en vano
de la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
y de allí me llevó mi dulce prenda,
que aquél era su nido y su morada.
¡Ay, muerte arrebatada!
Por ti me estoy quejando
al cielo y enojando
con importuno llanto al mundo todo:
tan desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido.

Una parte guardé de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
que nunca de mi seno se me apartan:
deseó jólos, y de un dolor tamaño
enternecerme siento, que sobre ellos
nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
con suspiros calientes,
más que la llama ardientes,
los enjugo del llanto, y de consuno
casi los paso y cuento uno a uno,
juntándolos, con un cordón los ato.
Tras esto el importuno
dolor me deja descansar un rato.

Mas luego a la memoria se me ofrece
aquella noche tenebrosa, escura,
que siempre aflige esta ánima mezquina
con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
en aquel duro trance de Lucina,
y aquella voz divina,
con cuyo son y acentos
a los airados vientos
pudieras amansar, que agora es muda,
me parece que oigo que a la cruda,
inexorable diosa, demandabas
en aquel paso ayuda;
y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?

¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
¿Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar a tal crudeza
que, conmovida a compasión, oído
a los votos y lágrimas no dieras
para no ver hecha tierra tal belleza,
o no ver la tristeza
en que tu Nemoroso
queda, que su reposo
era seguir tu oficio, persiguiendo
las fieras por los montes y ofreciendo
a tus sagradas aras los despojos?
¿Y tú, ingrata, riendo
dexas morir mi bien ante mis ojos?

Divina Elisa, pues agora el cielo
con inmortales pies pisas y mides,
y su mudanza ves, estando queda,
¿por qué de mí te olvidas y no pides
que se apresure el tiempo en que este velo
rompa el cuerpo, y verme libre pueda,
y en la tercera rueda
contigo mano a mano
busquemos otro llano,
busquemos otros montes y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos,
donde descanse y siempre pueda verte,
ante los ojos míos,
sin miedo y sobresalto de perderte?

Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones que sólo el monte oía,
si mirando las nubes coloradas,
al transmontar del sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fugitivo sol, de luz escaso,
su ganado llevando,
se fueron recogiendo paso a paso.

A LA FLOR DE GNIDO

Si de mi baxa lira
tanto pudiese el son, que en un momento
aplacase la ira
del animoso viento
y la furia del mar y el movimiento;
y en ásperas montañas
con el suave canto enterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese,
y al son confusamente los traxese;
no pienses que cantado
sería de mí, hermosa flor de Gnido,
el fiero Marte airado,
a muerte convertido,
de polvo y sangre, y de sudor teñido;
ni aquellos capitanes
en las sublimes ruedas colocados,
por quien los alemanes
el fiero cuello atados,
y los franceses van domesticados.

Mas solamente aquella
fuerza de tu beldad sería cantada,
y alguna vez con ella
también sería notada
el aspereza de que estás armada;
y cómo por ti sola,
y por tu gran valor y fermosura,
convertido en viola,
llora su desventura
el miserable amante en tu figura.

Hablo de aquel cautivo,
de quien tener se debe más cuidado,
que está muriendo vivo,
al remo condenado,
en la concha de Venus amarrado.

Por ti, como solía,
del áspero caballo no corrige
la furia y gallardía,

ni con freno le rige,
ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por ti, con diestra mano,
no revuelve la espada presurosa,
y en el dudoso llano
huye la polvorosa
palestra como sierpe ponzoñosa.

Por ti, su blanda musa,
en lugar de la cítara sonante,
tristes querellas usa,
que con llanto abundante
hacen bañar el rostro del amante.

Por ti, el mayor amigo
le es importuno, grave y enojoso;
yo puedo ser testigo
que ya del peligroso
nafragio fui su puerto y su reposo.

Y agora en tal manera
vence el dolor a la razón perdida,
que ponzoñosa fiera
nunca fue aborrecida
tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendrada
ni producida de la dura tierra;
no debe ser notada
que ingratamente yerra
quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa
el caso de Anaxárate, y cobarde,
que de ser desdeñosa
se arrepintió muy tarde;
y así, su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando
del mal ajeno el pecho empedernido,
cuando abaxo mirando
el cuerpo muerto vido
del miserable amante, allí tendido.

Y al cuello el lazo atado
con que desenlazó de la cadena
el corazón cuitado,
que con su breve pena
compró la plena punición ajena.

Sintió allí convertirse
en piedad amorosa el aspereza.

¡Oh tardo arrepentirse!
¡Oh última terneza!
¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron
en el tendido cuerpo que allí vieron;
los huesos se tornaron
más duros y crecieron,
y en sí toda la carne convirtieron;

las entrañas heladas
tornaron poco a poco en piedra dura;
por las venas cuitadas
la sangre su figura
iba desconociendo y su natura;

hasta que finalmente
en duro mármol vuelta y transformada,
hizo de sí la gente
no tan maravillada
cuanto de aquella ingratitud vengada.

No quieras tú, señora,
de Némesis airada las saetas
probar, por Dios, agora;
baste que tus perfetas
obras y ferrosura a los poetas

den inmortal materia,
sin que también en verso lamentable
celebren la miseria
de algún caso notable
que por ti pase triste y miserable.

SANTA TERESA DE JESÚS

(1515-1582)

VERSOS NACIDOS DEL FUEGO DEL AMOR
DE DIOS QUE EN SI TENIA

*Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero*

GLOSA

Aquesta divina unión
del amor con que yo vivo,
hace a Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón;
mas causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga;
quítame Dios esta carga
más pesada que el acero,
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza;
muerte do el vivir se alcanza
no te tardes que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
vida, no seas molesta;
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte;
venga ya la dulce muerte,
venga el morir muy ligero,
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
es la vida verdadera;
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva;
muerte no seas esquiva;
vivo muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios que vive en mí,
si no es perderte a ti,
para mejor a El gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues a El solo es el que quiero,
que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
por ser mi mal tan entero,
que muero porque no muero.

FRAY LUIS DE LEÓN

(1533-1594)

VIDA RETIRADA

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la faina
canta con voz, su nombre, pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas y mortal cuidado?

¡Oh campo, oh monte, oh río!

¡Oh secreto seguro deleitoso!

Roto casi el navio
a vuestro almo reposo,
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértenme las aves
con su cantar suave no aprendido,
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
quien al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
de ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido
los árboles menea
con un manso ruido
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un flaco leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida entena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.

A mí, una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada,

me baste, y la baxiJla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
en sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce acordado
del plectro sabiamente meneado.

A FRANCISCO SALINAS

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino
mi alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primero esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamientos se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo ciego adora,
la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es de todas la primera.

Ve cómo el gran maestro
a aquesta inmensa cítara aplicado,
con movimiento diestro
produce el son sagrado
con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta
de números concordés, luego envía
consonante respuesta,
y entrambos a porfía
mezclan una dulcísima armonía.

Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño o peregrino oye o siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
¡Durase en tu reposo
sin ser restituido
jamás a aqueste baxo y vil sentido!

A este bien os llamo,
gloria del apolíneo sacro coro,
amigos, a quien amo
sobre todo tesoro,
que todo lo demás es triste lloro.

¡Oh! Suene de contino,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a lo demás adormecidos.

A FELIPE RUIZ

¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura sin velo?

Allí a mi vida junto
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
el divino poder echó el cimiento
tan a nivel y plomo,
do estable eterno asiento
posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
columnas do la tierra está fundada,
las lindes y señales
con que a la mar airada
la Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra
por qué las hondas mares se embravecen,
dó sale a mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano y decrecen.

De dó manan las fuentes;
quién ceba y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes,
de los helados fríos
veré las causas, y de los estíos.

Las soberanas aguas
del aire en la región quién las sostiene;
de los rayos las fraguas;
dó los tesoros tiene
de nieve Dios, y el trueno dónde viene.

¿No ves cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano?
El día se ennegrece,
sopla el gallego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano;
y entre las nubes mueve
su carro Dios ligero y reluciente,
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente.

La lluvia baña el techo,
envían largos ríos los collados;

su trabajo deshecho,
los campos anegados
miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
veré los movimientos celestiales,
así el arrebatado
como los naturales,
las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por qué están las dos osas,
de bañarse en el mar, siempre medrosas.

Veré este fuego eterno
fuente de vida y luz do se mantiene;
y por qué en el invierno
tan presuroso viene,
por qué en las noches largas se detiene.

Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas
de espíritus dichosos habitadas.

NOCHE SERENA

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado,
el amor y la pena
despiertan en mi pecho una ansia ardiente:
despiden larga vena
los ojos hechos fuente;
la lengua dice al fin con voz doliente:

Morada de grandeza,
templo de claridad y fermosura,
mi alma, que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel, baxa, oscura?

¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino
olvidado, perdido
sigue la vana sombra, el bien fingido?

El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
el cielo vueltas dando
las horas del vivir le va hurtando.

¡Ah! Despertad, mortales;
mirad con atención en vuestro daño;
¿las almas inmortales
hechas a bien tamaño,
podrán vivir de sombra y sólo engaño?

¡Ay! Levantad los ojos
a aquesta celestial eterna esfera,
burlaréis los antojos
de aquesta lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto
el baxo y torpe sucio, comparado
a aqueste gran trasumpto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternals,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales;

la luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos de ella
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de Amor la sigue reluciente y bella;
y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,

y el Júpiter benino
de bienes mil cercado
serena el cielo con su rayo amado;
rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro.

¿Quién es el que esto mira,
y precia la baxeza de la tierra,
y no gime y suspira
por romper lo que encierra
el alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz; aquí asentado
en rico y alto asiento
está el amor sagrado
de glorias y deleites rodeado.

Inmensa fermosura
aquí se muestra toda; y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos!
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!

EN LA ASCENSIÓN

¡Y dexas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y tú rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro!

Los antes bienhadados,
 y los agora tristes y afligidos
 a tus pechos criados,
 de Ti desposeídos,
 ¿a dó convertirán ya sus sentidos?
 ¿Qué mirarán los ojos
 que vieron de tu rostro la hermosura,
 que no les sea enojos?
 Quien oyó tu dulzura,
 ¿qué no tendrá por sordo y desventura?
 Aqueste mar turbado,
 ¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién, concierto
 al viento fiero airado?
 Estando tú encubierto,
 ¿qué norte guiará la nave al puerto?
 ¡Ay! Nube envidiosa
 aun de este breve gozo, ¿qué te aquexas?
 ¿Do vuelas presurosa?
 ¡Cuan rica tú te alexas!
 ¡Cuan pobres y cuan ciegos, ¡ay!, nos dexas!

AL SALIR DE LA PRISIÓN

Aquí la envidia y mentira
 me tuvieron encerrado.
 ¡Dichoso el humilde estado
 del sabio que se retira
 de aqueste mundo malvado!
 Y con pobre mesa y casa
 en el campo deleitoso
 con sólo Dios se acompasa,
 y a solas su vida pasa:
 ni envidiado ni envidioso.

MORADA DEL CIELO

Alma región luciente,
 prado de bienandanza, que ni al hielo
 ni con el rayo ardiente
 falleces, fértil suelo,
 productor eterno de consuelo.

De púrpura y de nieve
 florida la cabeza coronado,
 a dulces pastos mueve
 sin honda ni cayado,
 el buen Pastor en ti su hato amado.

El va, y en pos dichosas
 le siguen sus ovejas, do las paze
 con inmortales rosas,
 con flor que siempre nace,
 y cuanto más se goza más renace.

Ya dentro a la montaña
 del alto bien las guía; ya en la vena
 del gozo fiel las baña,
 y les da mesa llena,
 pastor y pasto él solo, y suerte buena.

Y de su esfera, cuando
 la cumbre toca altísimo subido
 el sol, él sesteando
 de su hato ceñido
 con dulce son deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
 y el inmortal dulzor al alma pasa,
 con que envilece el oro,
 y ardiendo se traspasa
 y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡Oh son, oh voz! ¡Siquiera
 pequeña parte alguna descendiese
 en mi sentido, y fuera
 de sí el alma pusiese
 y toda en ti, oh amor, la convirtiese!

Conocería dónde
 sesteas, dulce Esposo, y desatada

de esa prisión adonde
padece, a tu manada
junta, no ya andará perdida, errada.

IMITACIÓN DE DIVERSOS

Vuestra tirana exención
y ese vuestro cuello erguido
estoy cierto que Cupido
pondrá en dura sujeción.
Vivid esquiva y exenta;
que a mi cuenta
vos serviréis al amor
cuando de vuestro dolor
ninguno quiera hacer cuenta.

Cuando la dorada cumbre
fuere de nieve esparcida
y las dos luces de vida
recogieren ya su lumbre;
cuando la ruga enojosa
en la hermosa
frente y cara se mostrare
y el tiempo que vuela helare
esa fresca y linda rosa;

cuando os viéredes perdida
os perderéis por querer,
sentiréis qué es padecer,
querer y no ser querida.
Diréis con dolor, señora,
cada hora:

¡Quién tuviera, ay, sin ventura,
o agora aquella hermosura,
o antes el amor de agora!

A mil gentes que agraviadas
tenéis con vuestra porfía
dexaréis en aquel día
alegres y bien vengadas.

Y por mil partes volando,
publicando
el amor irá este cuento,
para aviso y escarmiento
de quien huye de su bando.
¡Ay!, por Dios, señora bella,
mirad por vos, mientras dura
esa flor graciosa y pura,
que el no gozalla es perdella,
y pues no menos discreta
y perfeta
sois que bella y desdeñosa,
mirad que ninguna cosa
hay que a amor no esté sujeta.

El amor gobierna el cielo
con ley dulce eternamente,
¿y pensáis vos ser valiente
contra él acá en el suelo?
Da movimiento y viveza
a belleza

el amor, y es dulce vida;
y la suerte, más válida
sin él es triste pobreza.

¿Qué vale el beber en oro,
el vestir seda y brocado,
el techo rico labrado,
los montones de tesoro?
¿Y qué vale si a derecho
os da pecho
el mundo todo y adora,
si a la fin dormís, señora,
en el solo y frío lecho?

SONETO

Agora con la aurora se levanta
mi luz, agora coge en rico ñudo
el hermoso cabello, agora el crudo

pecho ciñe con oro, y la garganta.
 Agora, vuelta al cielo pura y santa,
 las manos y ojos bellos alza, y pudo
 dolerse agora de mi mal agudo;
 agora incomparable tañe y canta.
 Así digo, y, del dulce error llevado,
 presente ante mis ojos la imagino,
 y lleno de humildad y arnor la adoro.
 Mas luego vuelve en sí el engañado
 ánimo, y conociendo el desatino,
 la rienda suelta largamente al lloro.

ALONSO DE ERCILLA

(1533-1594)

LA ARAUCANA

(Fragmento)

CANTO PRIMERO

No las damas, Amor, no gentilezas
 de caballeros, canto, enamorados,
 ni las muestras, regalos y ternezas
 de amorosos afectos y cuidados;
 mas el valor, los hechos, las proezas
 de aquellos españoles esforzados
 que a la cerviz de Arauco no domada
 pusieron duro yugo por la espada.

Chile, fértil provincia y señalada,
 en la región antartica famosa,

de remotas naciones respetada
 por fuerte, principal y poderosa:
 la gente que produce es tan granada,
 tan soberbia, gallarda y belicosa,
 que no ha sido por rey jamás regida,
 ni a extranjero dominio sometida.

Las armas de ellos más ejercitadas
 son picas, alabardas y lanzones,
 con otras puntas largas enastadas
 de la facción y forma de punzones;
 hachas, martillos, mazas barreadas,
 dardos, sargentas, flechas y bastones,
 lazos de fuertes mimbres y bejucos,
 tiros arrojadizos y trabucos.

CANTO SEGUNDO

Tomé y otros caciques me metieron
 en medio de estos bárbaros de presto
 y con dificultad los departieron,
 que no hicieron poco en hacer esto:
 de herirse lugar aún no tuvieron,
 y en voz airada, ya el temor pospuesto,
 Colocólo, el cacique más anciano,
 a razonar así tomó la mano:
 «—Caciques, del estado defensores,
 codicia del mandar no rae convida
 a pesarme de veros pretensores
 de cosa que a mí tanto era debida:
 porque según mi edad, ya veis, señores,
 que estoy al otro mundo de partida;
 mas el amor que siempre os he mostrado
 a bien aconsejaros me ha incitado.

¿Qué furor es el vuestro, ¡oh araucanos!,
 que a perdición os lleva sin sentillo?
 ¿Contra nuestras entrañas tenéis manos,
 y no contra el tirano en resistillo?
 Teniendo tan a golpe a los cristianos,

¿volvéis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
no sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso
a los pechos de aquellos que os han puesto
en dura sujeción con afrentoso
partido, a todo el mundo manifiesto;
lanzad de vos el yugo vergonzoso;
mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
no derramáis la sangre del estado,
que para redimir nos ha quedado...

En la virtud de vuestro brazo espero
que puede en breve tiempo remediarse,
mas ha de haber un capitán primero,
que todos por él quieran gobernarse;
éste será quien más un gran madero
sustentare en el hombro sin pararse;
y pues que sois iguales en la suerte,
procure cada cual ser el más fuerte.»

BALTASAR DEL ALCÁZAR

(1530-1606)

UNA CENA

En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa,
y diréte, Inés, la cosa
más brava de él que has oído.

Tenía este caballero
un criado portugués...
Pero cenemos, Inés,
si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las tazas de vino a punto:
falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo
y echóle la bendición;
yo tengo por devoción
de santiguar lo que bebo.

Franco fue, Inés, este toque,
pero arrójame la bota;
vale un florín cada gota
de aqueste vinillo aloque,

¿De qué taberna se traxo?
Mas ya..., de la del Castillo
diez y seis vale el cuartillo,
no tiene vino más baxo.

Por nuestro Señor, que es mina
la taberna de Alcozer;
grande consuelo es tener
la taberna por vecina.

Si es o no invención moderna,
vive Dios que no lo sé,
pero delicada fue
la invención de la taberna.

Porque allí llego sediento,
pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
pagólo y voyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo;
sólo una falta le hallo:
que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicón
hizo fin: ¿qué viene ahora?
La morcilla, ¡gran señora,
digna de veneración!
¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué través y enjundía tiene!
Páreceme, Inés, que viene
para que demos con ella.

Pues, sus, encójase y entre
que es algo estrecho el camino.

No eches agua, Inés, al vino
no se escandalice el vientre.

Echa de lo trasañejo,
porque con más gusto comas,
Dios te guarde, que así tomas,
como sabia mi consejo.

Mas di, ¿no adoras y precias
la morcilla ilustre y rica?

¡Cómo la traidora pica;
tal debe tener especias!

¡Oué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
y asada por esas manos
hechas a cebar lechónos.

El corazón me revienta
de placer; no sé de ti.
¿Cómo te va? Yo, por mí,
sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios;
mas oye un punto sutil:
¿no pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles;
ya sé lo que puede ser:
con este negro beber
se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,
alto licor celestial;
no es el aloquillo tal,
ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡Qué clareza!
¡Qué paladar! ¡Qué color!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Todo con tanta fineza!

Mas el queso sale a plaza,
la moradilla va entrando,
y ambos vienen preguntando
por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,
el de Pinto no le iguala;
pues la aceituna no es mala,
bien puede bogar su remo.

Haz, pues, Inés, lo que sueles,
daca de la bota llena:
seis tragos; hecha es la cena,
levántense los manteles.

Ya que, Inés, hemos cenado
tan bien y con tanto gusto,
parece que será justo
volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés, hermana,
que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo;
quédese para mañana.

SU MODO DE VIVIR EN LA VEJEZ

Deseáis, señor Sarmiento,
saber en estos mis años,
sujetos a tantos daños,
cómo me porto y sustento.

Yo os lo diré en brevedad,
porque la historia es bien breve,
y el daros gusto se os debe
con toda puntualidad.

Salido el sol por Oriente
de rayos acompañado,
me dan un huevo pasado
por agua, blando y caliente.

Con dos tragos del que suelo
llamar yo néctar divino,
y a quien otros llaman vino
porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso
toca en la meridional,
distanto por un igual
del Oriente y del Ócaso,
me dan asada o cocida
de una gruesa y gentil ave,

con tres veces del suave
licor que alegra la vida.

Después que, cayendo, viene
a dar en el mar Hesperio,
desamparado el imperio
que en este horizonte tiene;
me suelen dar a comer
tostadas en vino mulso,
que el enflaquecido pulso
restituyen a su ser.

Luego me cierran la puerta,
yo me entrego al dulce sueño,
dormido, soy de otro dueño;
no sé de mí nueva cierta.

Hasta que, habiendo sol nuevo
me cuentan cómo he dormido:
y así de nuevo les pido
que me den néctar y huevo.

Ser vieja la casa es esto:
veo que se va cayendo,
voyle puntales poniendo
porque no caiga tan presto.

Mas todo es vano artificio;
presto me dicen mis males
que han de faltar los puntales
y allanarse el edificio.

A UN GIBOSO DE DELANTE

Un socarrón mesonero
dijo a un giboso al revés:
«No me neguéis esta vez
que cargasteis delantero.»

El gibado, a estas razones
replicó: «Es muy importante
llevar la carga delante
quien se halla entre ladrones.»

ADIVINANZA

«¿Qué es cosa y cosa, Constanza?»
«Diréis vos, que yo no sé.»
«Desta vez cogido os he.
¿No es muy buena adivinanza?»
—«Pero vos, en conclusión,
¿me la dais?»— «Cosa es forzosa.
Pues digo que cosa y cosa,
Constanza, dos cosas son.»

FERNANDO HERRERA

(1534-1597)

POR LA VICTORIA DE LEPANTO

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció, del ancho mar, al Trace fiero;
tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
frente de Faraón, feroz guerrero;
sus escogidos príncipes cubrieron
los abismos del mar, y descendieron,
cual piedra, en el profundo, y tu ira luego
loj tragó, como arista seca el fuego.

El soberbio tirano, confiado
en el grande aparato de sus naves,
que de los nuestros la cerviz cautiva
y las manos aviva
al misterio injusto de su estado,
derribó con los brazos suyos graves

los cedros más excelsos de la cima
y el árbol que más yerto se sublima,
bebiendo ajenas aguas y atrevido
pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos
del impío furor suyo; alzó la frente
contra ti, Señor Dios, y con semblante
y con pecho arrogante,
y los armados brazos extendidos,
movió el airado cuello aquel potente:
cercó su corazón de ardiente saña
contra las dos Hesperias, que el mar baña
porque en ti confiadas le resisten
y de armas de tu fe y amor se visten.

Dixo aquel insolente y desdenoso:
«¿No conocen mis iras esas tierras,
y de mis padres los ilustres hechos,
o valieron sus pechos
contra ellos con el húngaro medroso
y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos
pudo salvar los de Austria y los germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
guardallas de mi diestra vencedora?»

Su Roma, temerosa y humillada,
los cánticos en lágrimas convierte;
ella y sus hijos, tristes, mi ira esperan
cuando vencidos mueran;
Francia está con discordia quebrantada,
y en España amenaza horrible muerte
quien honra de las lunas las banderas;
y aquellas en la guerra gentes fieras
ocupadas están en la defensa,
y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?

Los poderosos pueblos me obedecen,
y el cuello con su daño al yugo inclinan,
y me dan por salvarse ya la mano.
Y su valor es vano,
que sus luces cayendo se oscurecen,
sus fuertes a la muerte ya caminan,
sus vírgenes están en cautiverio,
su gloria ha vuelto al centro de mi imperio.

Del Nilo a Eufrates y fértil y Istro frío,
cuanto el sol alto mira todo es mío.»

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
usurpe quien su fuerza osado estima,
prevaleciendo en vanidad y en ira,
este soberbio mira,
que tus aras afea en su vitoria.
No dexes que los tuyos así oprima,
y en su cuerpo, cruel, las fieras cebe,
y en su esparcida sangre el odio pruebe;
que hecho ya su oprobio, dice: «¿Dónde
el Dios de éstos está? ¿De quién se esconde?»

Por la debida gloria de tu nombre,
por la justa venganza de tu gente,
por aquel de los míseros gemidos,
vuelve el brazo tendido
contra éste, que aborrece ya ser hombre;
y las honras que celas Tú consiente;
y tres y cuatro veces el castigo
esfuerza con rigor a tu enemigo,
y la injuria a tu nombre cometida
sea el hierro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso
que tanto odio te tiene; en nuestro estrago
juntó el consejo, y contra nos pensaron
los que en él se hallaron.

«Venid, dixeron, y en el mar ondoso
hagamos de su sangre un grande lago;
deshagamos a éstos de la gente,
y el nombre de su Cristo juntamente,
y dividiendo de ellos los despojos,
hártense en muerte suya nuestros ojos.»

Vinieron de Asia y portentoso Egipto
los árabes y alevs africanos,
y los que Grecia junta mal con ellos,
con los erguidos cuellos,
con gran poder y número infinito;
y prometer osaron con sus manos
encender nuestros fines y dar muerte
a nuestra juventud con hierro fuerte,
nuestros niños prender y las doncellas,
y la gloria manchar y la luz dellas...

Ocuparon del piélago los senos,
puesta en silencio y en temor la tierra,
y cesaron los nuestros valerosos,
y callaron dudosos,
hasta que al fiero ardor de sarracenos
el Señor, eligiendo nueva guerra,
se opuso el joven de Austria generoso
con el claro español y belicoso;
que Dios no sufre ya en Babel cautiva
que su Sión querida siempre viva.

Cual león a la presa apercebido,
sin recelo los impíos esperaban
a los que tú, Señor, eras escudo;
que el corazón desnudo
de pavor, y de amor y fe vestido,
con celestial aliento confiaban.
Sus manos a la guerra compusiste,
y sus brazos fortísimos pusiste,
como arco acerado, y, con la espada,
vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos
rindiéronse temblando y desmayaron;
y tú entregaste, Dios, como la rueda,
como la arista queda
al ímpetu del viento, a estos injustos,
que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
en las espesas cumbres se derrama,
tal en tu ira y tempestad seguiste
y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragón, cortando
las alas de su cuerpo temerosas
y sus brazos terribles no vencidos,
que con hondos gemidos
se retira a su cueva, do silbando
tiembla con sus culebras venenosas,
lento de miedo torpe sus entrañas,
de tu león temiendo" las hazañas;
que, saliendo de España, dio un rugido
que lo dexó asombrado y aturdido.

Hoy se vieron los ojos humillados
del sublime varón y su grandeza,

y tú sólo, Señor, fuiste exaltado;
que tu día es llegado.
Señor de los ejércitos armados,
sobre la alta cerviz y su dureza,
sobre derechos cedros y extendidos,
sobre empinados montes y crecidos,
sobre torres y muros, y las naves
de Tiro, que a los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada
temerá el fuego y la asta violenta,
y el humo subirá a la luz del cielo,
y faltos de consuelo
con rostro oscuro y soledad turbada,
tus enemigos llorarán tu afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde a la esperanza
egipcia y gloria de su confianza,
triste, que a ella pareces, no temiendo
a Dios y a tu remedio no atendiendo.

¿Por qué, ingrata, tus hijas adonaste
en adulterio infame a una impía gente,
que desea profanar tus frutos,
y con ojos enjutos
sus odiosos pasos imitaste,
su aborrecida vida y mal presente?
Dios vengará sus iras en tu muerte,
que llega a tu cerviz con diestra fuerte
la aguda espada suya; ¿quién, cuitada,
reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,
que en tus naves estabas gloriosa,
y el término espantabas de la tierra,
y si hacías guerra,
de temor la cubrías con suspiro,
¿cómo acabaste, fiera y orgullosa?
¿Quién pensó a tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto
y derribar tus íclitos y fuertes,
te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar, que es destruida
vuestra vana soberbia y pensamiento.
¿Quién ya tendrá de ti lástima alguna,
tú, que sigues la luna,

Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por ti? Que a Dios enciende
tu ira y la arrogancia que le ofende,
y tus viejos delitos y mudanza
han vuelto contra ti a pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados
y de tus pinos ir el mar desnudo,
que sus ondas turbaron y llanura,
viendo tu muerte oscura,
dirán, de tus estragos espantados:
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
El Señor, que mostró su fuerte mano
por la fe de su príncipe cristiano
y por el nombre santo de su gloria,
a su España concede esta victoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza,
que, después de los daños padecidos,
después de nuestras culpas y castigo,
rompiste al enemigo
de la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos,
confiese cuanto cerca el ancho cielo
tu nombre, ¡oh nuestro Dios, nuestro consuelo!
Y la cerviz rebelde, condenada,
perezca en bravas llamas abrasada.

POR LA PERDIDA DEL REY DON SEBASTIAN

Voz de dolor y canto de gemido
y espíritu de miedo, envuelto en ira,
hagan principio acerbo a la memoria
de aquel día fatal, aborrecido,
que Lusitania mísera suspira,
desnuda de valor, falta de gloria;
y la llorosa historia
asombre con horror funesto y triste

desde el áfrico Atlante y seno ardiente
hasta do la mar de otro color se viste,
y do el límite rojo del Oriente
y todas sus vencidas gentes fieras
ven tremolar de Cristo las banderas.

¡Ay de los que pasaron, confiados
en sus caballos y en la muchedumbre
de sus carros, en ti, Libia desierta,
y en su vigor y fuerzas engañados,
no alzaron su esperanza a aquella cumbre
de eterna luz, mas con soberbia cierta
se ofrecieron la incierta
victoria, y sin volver a Dios sus ojos,
con yerto cuello y corazón ufano
sólo atendieron siempre a los despojos!
Y el Santo de Israel abrió su mano,
y los dexó, y cayó en despeñadero
el carro, y el caballo y caballero.

Vino el día cruel, el día lleno
de indignación, de ira y furor, que puso
en soledad y en un profundo llanto,
de gente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
el nuevo sol, presagio de mal tanto,
y con terrible espanto
el Señor visitó sobre sus males
para humillar los fuertes arrogantes,
y levantó los bárbaros no iguales,
que con osados pechos y constantes
no busquen oro, mas con hierro airado
la ofensa venguen y el error culpado.

Los impíos y robustos, indignados,
las ardientes espadas desnudaron
sobre la claridad y la hermosura
de tu gloria y valor, y no cansados
en tu muerte, tu honor todo afearon,
mezquina Lusitania sin ventura;
y con frente segura
rompieron sin temor con fiero estrago
tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
la llanura con muertos, aspereza;

cayó en unos vigor, cayó denuedo;
mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son éstos, por ventura, los famosos,
los fuertes, los beligeros varones
que conturbaron con furor la tierra,
que sacudieron reinos poderosos,
que domaron las hórridas naciones,
que pusieron desierto en cruda guerra
cuanto el mar Indo encierra,
y soberbias ciudades destruyeron?
¿Dó el corazón seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron, y perdieron
tanto heroico valor en sólo un día
y, lejos de su patria derribados,
no fueron justamente sepultados?

Tales ya fueron éstos, cual hermoso
cedro del alto Líbano, vestido
de ramos, hojas, con excelsa alteza;
las aguas lo criaron poderoso
sobre empinados árboles crecido,
y se multiplicaron en grandeza
sus ramas con belleza;
y extendiendo su sombra, se anidaron
las aves que sustenta el grande cielo
y en sus hojas las fieras engendraron,
y hizo a mucha gente umbroso velo;
no igualó en celsitud y en hermosura
jamás árbol alguno a su figura.

Pero elevóse con su verde cima
y sublimó la presunción su pecho,
desvanecido todo y confiado,
haciendo de su alteza sólo estima.
Por eso Dios lo derribó deshecho,
a los impíos y ajenos entregado,
por la raíz cortado,
que opreso de los montes arrojados,
sin ramas y sin hojas y desnudo,
huyeron del los hombres, espantados,
que su sombra tuvieron por escudo;
en su ruina y sus ramas cuantas fueron
las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena

murió el vencido reino lusitano,
y se acabó su generosa gloria,
no estés alegre y de ufanía llena,
porque tu temerosa y flaca mano
hubo sin esperanza tal victoria,
indina de memoria;
que si el justo dolor mueve a venganza
alguna vez el español coraje,
despedazada con aguda lanza,
compensarás muriendo el hecho ultraje;
y Luco amedrentado, al mar inmenso
pagará de africana sangre el censo.

SAN JUAN DE LA CRUZ

(1542-1591)

CÁNTICO ESPIRITUAL ENTRE EL ALMA Y CRISTO SU ESPOSO

ESPOSA

¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huíste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.
Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.
Buscando mis amores

iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.
¡Oh bosques y espesuras,
plantados por la mano del Amado,
oh prado de verduras,
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!

RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dexó de su hermosura.

ESPOSA

¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.
Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan
y déxame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.
Mas ¿cómo perseveras,
oh vida, no viviendo donde vives
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes
de lo que del Amado en ti concibes?
¿Por qué, pues has llagado
a aqueste corazón, no lo sanaste?
Y pues me lo has robado,

¿por qué así lo dexaste
y no tomas el robo que robaste?
Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre dellos
y sólo para Ti quiero tenellos.
Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.
¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!
Apártalos, Amado,
que voy de vuelo.

ESPOSO

Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma,
al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA

Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
la ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.
La noche sosegada,
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena, que recrea y enamora.

Cazadnos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una pina,
y no parezca nadie en la montiña.

Detente, Cierzo muerto;
ven, Austro que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto
y corran tus olores,
y pacerá el Amado entre las flores.

Oh ninfas de Judea,
en tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
mora en los arrabales,
y no queráis tocar nuestros umbrales.

Escóndete, Carillo,
y mira con tu haz a las montañas,
y no quieras decillo;
mas mira las compañías
de la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO

A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de las noches veladores,
por las amenas liras
y canto de serenas os conjuro
que cesen vuestras iras
y no toquéis al muro,
porque la Esposa duerma más seguro.

Entrádose ha la Esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

Debajo del manzano,
allí conmigo fuiste desposada,
allí te di la mano,

y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.

ESPOSA

Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

A zaga de tu huella
los jóvenes discurren el camino,
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega
ya cosa no sabía
y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa,
allí le prometí de ser su esposa.

Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio.
Ya no guardo ganado
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Pues ya si en el exido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido,
que andando enamorada
me hice perdidiza, y fui ganada.

De flores y esmeraldas
en las frescas mañanas escogidas
haremos las guirnaldas,
en tu amor florecidas
y en un cabello mío entretejidas.

En solo aquel cabello,
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.

Cuando tú me mirabas
su gracia en mí tus ojos imprimían,
por eso me adamabas
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían.

No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dexaste.

ESPOSO

La blanca palomica
al Arca con el ramo se ha tornado,
y ya la tortolica
al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.

En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

ESPOSA

Gocémonos, Amado,
y vamos a ver en tu hermosura
al monte y al collado,
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.

Y luego, a las subidas
cavernas de las piedras nos iremos,
que están bien escondidas,

y allí nos entraremos
y el mosto de granadas gustaremos.

Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías
allí tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.

El aspirar del aire,
el canto de la dulce filomena,
el soto y su donaire,
en la noche serena,
con llama que consume y no da pena.

Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
y el cerco sosegaba,
y la caballería,
a vista de las aguas descendía.

CANCIONES DEL ALMA

En una noche oscura
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura
por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras, y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía,
sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba
más cierto que la luz de mediodía,
adonde me esperaba

quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.
¡Oh noche, que guiaste,
oh noche amable más que el alborada,
oh noche, que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!
En mi pecho florido,
que entero para él sólo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire de la almena,
cuando ya sus cabellos esparcía,
con su mano serena,
en mi cuello hería
y todos mis sentidos suspendía.

Quédeme y olvídeme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y déjeme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

LLAMA DE AMOR VIVA

¡Oh llama de amor viva
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro.
¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! Oh toque delicado
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

¡Oh lámparas de fuego
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan juntos a su querido!

¡Cuan manso y amoroso
recuerdas en mi seno
donde secretamente solo moras:
y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
cuan delicadamente me enamoras!

ÉNTREME DONDE NO SUPE

Éntreme donde no supe,
y quédeme no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.

Yo no supe donde entraba,
porque, cuando allí me vi,
sin saber donde me estaba,
grandes cosas entendí;
no diré lo que sentí,
que me quedé no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.

De paz y de piedad,
era la sciencia perfeta,
en profunda soledad,
entendida vía reta;
era cosa tan secreta,
que me quedé balbuciendo,
toda sciencia trascendiendo.

Estaba tan embebido,
tan absorto y ajenado,
que se quedó mi sentido
de todo sentir privado;
y el espíritu dotado

de un entender no entendiendo,
toda sciencia trascendiendo.

Cuanto más alto se sube
tanto menos entendía
que es la tenebrosa nube
que a la noche esclarecía;
por eso quien lo sabía
queda siempre no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.

El que allí llega de vero
de sí mismo desfallece;
cuanto sabía primero
mucho bajo le parece;
y su sciencia tanto cresce,
que se queda no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.

Este no saber sabiendo
es de tan alto poder,
que los sabios arguyendo
jamás lo pueden vencer,
que no llega su saber
a no entender entendiendo,
toda sciencia trascendiendo.

Y es de tan alta excelencia
aqueste sumo saber,
que no hay facultad ni sciencia
que le puedan emprender;
quien se supiere vencer
con un no saber sabiendo,
irá siempre trascendiendo.

Y si lo queréis oír
consiste esta suma sciencia
en un subido sentir
de la divinal Esencia.
Es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo,
toda sciencia trascendiendo.

TRAS DE UN AMOROSO LANCE

Tras de un amoroso lance
y no de esperanza falto,
volé tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

Para que yo alcance diese
a aqueste lance divino
tanto volar me convino
que de vista me perdiese;
y con todo, en este trance,
en el vuelo quedé falto,
mas el amor fue tan alto
que le di a la caza alcance.

Cuando más alto subía
deslumbróseme la vista
y la más fuerte conquista
en oscuro se hacía;
mas, por ser de amor el lance,
di un ciego y oscuro salto,
y fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

Cuanto más alto llegaba
de este lance tan subido,
tanto más bajo y rendido
y abatido me hallaba;
dije: «No habrá quien alcance»;
y abatíme tanto, **tanto**,
que fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

Por una extraña manera
mil vuelos pasé de un vuelo,
porque esperanza de cielo
tanto alcanza cuanto espera;
esperé sólo este lance
y en esperar no fui falto,
pues fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

SIN ARRIMO Y CON ARRIMO

Sin arrimo y con arrimo
sin luz y a oscuras viviendo,
todo me voy consumiendo.

Mi alma está desasida
de toda cosa criada,
y sobre sí levantada,
y en una sabrosa vida,
sólo en su Dios arrimada.
Por eso ya se dirá
la cosa que más estimo:
que mi alma se ve ya
sin arrimo y con arrimo.

Y aunque tinieblas padezco
en esta vida mortal,
no es tan crecido mi mal,
porque si de luz carezco
tengo vida celestial;
porque el amor da tal vida,
cuando más ciego va siendo,
que tiene el alma rendida,
sin luz y a oscuras viviendo.

Hace tal obra el amor
después que le conocí,
que, si hay bien o mal en mí,
todo lo hace de un sabor,
y el alma transforma en sí;
y así, en su llama sabrosa,
la cual en mí estoy sintiendo,
aprieta, sin quedar cosa,
todo me voy consumiendo.

¡QUE BIEN SE YO LA FONTE...!

¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche!

Aquella eterna fonte está escondida,
que bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche.

En esta noche oscura de esta vida
que bien sé yo por fe la fonte frida,
aunque es de noche.

Su origen no lo sé, pues no le tiene;
mas sé que todo origen de ella viene,
aunque es de noche.

Sé que no puede ser cosa tan bella,
y que cielos y tierra beben de ella,
aunque es de noche.

Bien sé que suelo en ella no se halla,
y que ninguno puede vadealla,
aunque es de noche.

Su claridad nunca es oscurecida,
y sé que toda luz de ella es venida,
aunque es de noche.

Sé ser tan caudalosas sus corrientes,
que infiernos, cielos riegan, y las gentes,
aunque es de noche.

El corriente que nace de esta fuente
bien sé que es tan capaz y omnipotente,
aunque es de noche.

El corriente que de estas dos procede
sé que ninguna de ellas le precede,
aunque es de noche.

Bien sé que tres en sola una agua viva
residen, y que una de otra se deriva,
aunque es de noche.

Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo Pan por darnos vida,
aunque es de noche.

Aquí se está llamando a las criaturas,
de esta agua se hartan, aunque a oscuras,
porque es de noche.

Aquesta viva fuente que deseo,
en este Pan de vida yo la veo,
aunque es de noche.

ANÓNIMO

(Siglo XVI)

SONETO A JESÚS CRUCIFICADO

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

ANÓNIMO

(Siglo XVI)

EPÍSTOLA MORAL A FABIO

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más astuto nacen canas.

El que no las limare o las rompiere,

ni el nombre de varón ha merecido,
ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido
elija, en sus intentos temeroso,
primero estar suspenso que caído;
que el corazón entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente
antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dio al prudente
que supo retirarse, la fortuna,
que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible e importuna
de contrarios sucesos nos espera
desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar como a la fiera
corriente del gran Betis cuando airado
dilata hasta los montes su ribera.

Aquél entre los héroes es contado,
que el premio mereció, no quien le alcanza
por vanas consecuencias del estado.

Peculio propio es ya de la privanza
cuanto de Astrea fue, cuando regía
con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía
del inicuo procede y pasa al bueno.
¿Qué espera la virtud o qué confía?

Ven y reposa en el materno seno
de la antigua Romúlea, cuyo clima
te será más humano y más sereno.

Adonde por lo menos, cuando oprima
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
«Blanda le sea», al derramarla encima;
donde no dexarás la mesa ayuno
cuando te falte en ella el pecc raro
o cuando su pavón nos niegue Juno.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
como en la oscura noche del Egeo
busca el piloto el eminente faro,
que si acortas y ciñes tu deseo
dirás: «Lo que desprecio he conseguido,
que la opinión vulgar es devaneo.»

Más precia el ruiseñor su pobre nido

de pluma y leves pajas, más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
que halagar lisonjero las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.

Triste de aquel que vive destinado
a esa antigua colonia de los vicios,
augur de los semblantes del privado.

Cese el ansia y la sed de los oficios,
que acepta el don y burla del intento
el ídolo a quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,
y no le pasarás de hoy a mañana,
ni quizá de un momento a otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana
de nuestra antigua Itálica, ¿y esperas?
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñanzas grecianas, fás banderas
del senado y romana monarquía
murieron, y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida más que breve día
do apenas sale el sol cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría?

¿Qué más que el heno, a la mañana verde,
seco a la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
¿Será que deste sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvío
de la vida viviendo, y que está unida
la cauta muerte al simple vivir mío?

Como los ríos, que en veloz corrida
se llevan a la mar, tal soy llevado
al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad, ¿qué me ha quedado?
¿O qué tengo yo, a dicha, en la que espero
sin ninguna noticia de mi hado?

¡Oh, si acabase, viendo como muero,
de aprender a morir antes que llegue
aquel forzoso término postrero;

antes que aquesta mies inútil siegue
de la severa muerte dura mano,
y a la común materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,

el otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano;

las hojas que en las altas selvas vimos
cayeron, ¡y nosotros a porfía
en nuestro engaño inmóviles vivimos!

Temamos al Señor, que nos envía
las espigas del año y la hartura
y la temprana pluvia y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura
a las aguas del cielo y al arado,
ni la vid cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú que fue criado
el varón para rayo de la guerra,
para surcar el piélagos salado,
para medir el orbe de la tierra
y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entendiese cuánto yerra!

Esta nuestra porción, alta y divina,
a mayores acciones es llamada
y en más nobles objetos se termina.

Así aquella que al hombre sólo es dada,
sacra razón y pura, me despierta,
de esplendor y de rayos coronada;

y en la fría región dura y desierta
de aqueste pecho enciende nueva llama,
y la luz vuelve a arder, que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir a quien me llama,
y callado pasar entre la gente,
que no afecto los nombres ni la fama.

El soberbio tirano del Oriente,
que maciza las torres de cien codos
del candido metal puro y luciente,
apenas puede ya comprar los modos
del pecar; la virtud es más barata,
ella consigo mesma ruega a todos.

¡Pobre de aquel que corre y se dilata
por cuantos son los climas y los mares,
perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe

Naturaleza al simple y al discreto,
y algún manjar común, honesto y leve.

No, porque así te escribo, hagas conceto
que ponga la virtud en ejercicio;
que aun esto fue difícil a Epicteto.

Basta al que empieza aborrecer el vicio
y el ánimo enseñar a ser modesto;
después le será el ciclo más propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
de sólida virtud, que aun el vicioso
en sí propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuan forzoso
este camino sea al alto asiento,
morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
aquella inteligencia que mensura
la duración de todo su talento.

Flor la vimos primero hermosa y pura,
luego inalterable acerba y desabrida,
y perfecta después, dulce y madura;
tal la humana prudencia es bien que mida
y dispense y comparta las acciones
que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones
que moran nuestras plazas macilentos,
de la virtud infames histriones;

esos inmundos, trágicos, atentos
al aplauso común, cuyas entrañas
son infaustos y oscuros monumentos.

¡Cuan callada que pasa las montañas
el aura, respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
por el vano, ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
en las costumbres sólo a los mejores,
sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores
en nuestro traje, ni tampoco sea
igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,

un estilo común y moderado,
que no lo note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado
hubo ya quien bebió tan ambicioso
como en el vaso múrino preciado;

y alguno tan ilustre y generoso
que usó, como si fuera plata neta,
del cristal transparente y luminoso.

Sin la templanza, ¿viste tú perfeta
alguna cosa? ¡Oh muerte!, ven callada,
como sueles venir en la saeta,
no en la tonante máquina preñada
de fuego y de rumor, que no es mi puerta
de doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta
su esencia la verdad, y mi albedrío
con ella se compone y se concierta.

No te burlas de ver cuánto confío,
ni al arte de decir, vana y pomposa,
el ardor atribuyas de este brío.

¿Es, por ventura, menos poderosa
que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
se arroja al mar, la ira a las espadas,
y la ambición se ríe de la muerte.

¿Y no serán siquiera tan osadas
las opuestas acciones si las miro
de más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
de cuanto simple amé; rompí los lazos.
Ven y verás al alto fin que aspiro
antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

GASPAR GIL POLO

(t 1591)

CANCIÓN

En el campo venturoso
donde cou clara corriente
Guadalaviar hermoso,
dejando el suelo abundoso,
da tributo al mar potente,

Galatea, desdeñosa
del dolor que a Licio daña,
iba alegre y bulliciosa
por la ribera arenosa
que el mar con sus ondas baña,
entre la arena cogiendo
conchas y piedras pintadas,
muchos cantares diciendo
con el son del ronco estruendo
de las ondas alteradas.

Junto al agua se ponía,
y las ondas aguardaba,
y en verlas llegar huía;
pero a veces no podía
y el blanco pie se mojaba.

Licio, al cual en sufrimiento
amador ninguno iguala,
suspendió allí su tormento
mientras miraba el contento
de su pulida zagala.

Mas cotejando su mal
con el gozo que ella había,
el fatigado zagal
con voz amarga y mortal
de esta manera decía:

«Ninfa hermosa, no te vea
jugar con el mar horrendo,

y aunque más placer te sea,
huye del mar, Galatea,
como estás de Licio huyendo.

Deja ahora de jugar,
que me es dolor importuno;
no me hagas más penar,
que en verte cerca del mar
tengo celos de Neptuno.

Causa mi triste cuidado
que a mi pensamiento crea;
porque ya está averiguado
que si no es tu enamorado
lo será cuando te vea.

Y está cierto, porque amor
sabe desde que me hirió
que para pena mayor
me falta un competidor
más poderoso que yo.

Deja la seca ribera
do está el agua infructuosa;
guarda que no salga afuera
alguna marina fiera
enroscada y escamosa.

Huye ya, y mira que siento
por tí dolores sobrados,
porque con doble tormento
celos me da tu contento;
y tu peligro, cuidados.

En verte regocijada
celos me hacen acordar
de Europa, ninfa preciada,
del toro blanco engañada
en la ribera del mar.

Y el ordinario cuidado
hace que piense contino
de aquel desdeñoso alnado,
orilla el mar arrastrado
visto aquel monstruo marino.

Mas no veo en ti temor
de congoja y pena tanta,
que bien sé por mi dolor
que a quien no teme el amor

ningún peligro le espanta.

Guarte, pues, de un gran cuidado;
que el vengativo Cupido,
viéndose menospreciado,
lo que no hace de grado,
suele hacerlo de ofendido.

Ven conmigo al bosque ameno,
y al apacible sombrío
de olorosas flores lleno
do en el día más sereno,
no es enojoso el estío.

Si el agua te es placentera,
hay allí fuente tan bella,
que para ser la primera
entre todas, sólo espera
que tú te laves en ella.

En aqueste raso suelo
a guardar tu hermosa cara
no basta sombrero o velo,
que estando al abierto cielo
el sol morena te para.

No escuches dulces concentos,
sino el espantoso estruendo
con que los bravosos vientos
con soberbios movimientos
van las aguas revolviendo.

Y tras la fortuna fiera
son las vistas más suaves
ver llegar a la ribera
la destrozada madera
de las anegadas naves.

Ven a la dulce floresta,
do natura no fue escasa,
donde haciendo alegre fiesta
la más calurosa siesta
con más deleite se pasa.

Huye los soberbios mares;
ven, verás cómo cantamos
tan deliciosos cantares,
que los más duros pesares
suspendemos y engañamos.

Y aunque quien pasa dolores

amor le fuerza a cantarlos,
yo haré que los pastores
no digan cantos de amores,
porque huelgues de escucharlos.

Allí, por bosques y prados,
podrás leer a todas horas,
en mil robles señalados,
los nombres más celebrados
de las ninfas y pastoras.

Mas seráte cosa triste
ver tu nombre allí pintado,
en saber que escrita fuiste
por el que siempre tuviste
de tu memoria borrado.

Y aunque mucho estés airada
no creo yo que te asombre
tanto verte allí pintada,
como el ver que eres amada
del que allí escribió tu nombre.

No ser querida y amar
fuera triste desplacer;
mas ¿qué tormento o pesar
te puede, Ninfa, causar
ser querida y no querer?

Mas desprecia cuanto quieras
a tu pastor, Galatea;
sólo que en estas riberas
cerca de las ondas fieras
con mis ojos no te vea.

¿Qué pensamiento mejor
orilla del mar hallarse
que escuchar al ruiseñor,
coger la olorosa flor
y en clara fuente lavarse?

Pluguiera a Dios que gozaras
de nuestro campo y ribera,
y porque más lo preciaras,
ojalá tú lo probaras
antes que yo lo dijera.

Porque cuanto alabo aquí
de su crédito lo quito;
pues el contentarme a mí

bastará para que a ti
no te venga en apetito.»

Licio mucho más le hablara
y tenía más que hablalle,
si ella no se lo estorbara,
que con desdeñosa cara
al triste dice que calle.

Volvió a sus juegos la fiera
y a sus llantos el pastor,
y de la misma manera
ella queda en la ribera
y él en su mismo dolor.

FRANCISCO DE LA TORRE

(1534-1594?)

LA CIERVA

Doliente cierva, que el herido lado
de ponzoñosa y cruda yerba lleno,
buscas el agua de la fuente pura,
con el cansado aliento que en el seno
bello de la corriente sangre hinchado,
débil y decaída tu hermosura;
¡ay!, que la mano dura
que tu nevado pecho
ha puesto en tal estrecho,
gozosa va con tu desdicha cuando
cierva mortal, viviendo, estás penando
tu desangrado y dulce compañero,
el regalado y blando
pecho pasado de veloz montero.

Vuelve, cuitada, vuelve al valle donde

queda muerto tu amor, en vano dando
términos desdichados a tu suerte.

Morirás en su seno, reclinando
la beldad que la cruda mano esconde
delante de la nube de la muerte.

Que el paso duro y fuerte,
ya forzoso y terrible,
no puede ser posible
que le excusen los cielos, permitiendo
crudos astros que muera padeciendo
las asechanzas de un montero crudo
que te vino siguiendo
por los desiertos de este campo mudo.

Mas, ¡ay!, que no dilatas la inclemente
muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
del crudo amor vencido y maltratado;
tú con el fatigado aliento pruebas
a rendir el espíritu doliente
en la corriente de este valle amado.

Que el ciervo desangrado,
que contigo la vida
tuvo por bien perdida,
no fue tampoco de tu amor querido,
que habiendo tan cruelmente padecido
quieras vivir sin él, cuando pudieras
librar el pecho herido
de crudas llagas y memorias fieras.

Cuando por la espesura de este prado
como tórtolas solas y queridas
solos y acompañados anduvisteis;
cuando de verde mirto y de floridas
violetas, tierno acanto y lauro amado,
vuestras frentes bellísimas ceñisteis;
cuando las horas tristes,
ausentes y queridos,
con mil mustios bramidos
ensordecisteis la ribera umbrosa
del claro Tajo, rica y venturosa
con vuestro bien, con vuestro mal sentida
cuya muerte penosa
no deja rastro de contenta vida.

Ahora el uno, cuerpo muerto lleno

de desdén y de espanto, quien solía
ser ornamento de la selva umbrosa;
tú, quebrantada y mustia, al agonía
de la muerte rendida, el bello seno
agonizando, el alma congojosa;
cuya muerte gloriosa,
en los ojos de aquellos
cuyos despojos bellos
son victorias del crudo amor furioso,
martirio fue de amor, triunfo glorioso
con que corona y premia dos amantes
que del siempre rabioso
trance mortal salieron muy triunfantes.

Canción, fábula un tiempo, y caso agora,
de una cierva doliente, que la dura
flecha del cazador dejó sin vida,
errad por la espesura
del monte que de gloria tan perdida
no hay sino lamentar su desventura.

RODRIGO CARO

(1573-1647)

A LAS RUINAS DE ITÁLICA

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipión la vencedora
colonia fue; por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla, y lastimosa
reliquia es solamente

de su invencible gente.

Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
este llano fue plaza, allí fue templo;
de todo apenas quedan las señales.
Del gimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas;
las torres que desprecio al aire fueron
a su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
impío honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido a trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo, representa
cuánta fue su grandeza y es su estrago!

¿Cómo en el cerco vagó
de su desierta arena
el gran pueblo no suena?

¿Dónde, pues ñeras hay, está el desnudo
luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo desapareció, cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo;
mas aun el tiempo da en estos despojos
espectáculos fieros a los ojos,
y miran tan confusos lo presente,
que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
pío, felice, triunfador Trajano,
ante quien muda se postró la tierra
que ve del sol la cuna y la que baña
el mar, también vencido, gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silo peregrino,
rodaron de marfil y oro las cunas;
aquí, ya de laurel, ya de jazmines,
coronados los vieron los jardines,
que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
¡ay!, yace de lagartos vil morada;
casas, jardines, cesares murieron,

y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
la vista en luengas calles destruidas;
mira mármoles y arcos destrozados,
mira estatuas soberbias que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
y ya en alto silencio sepultados
sus dueños celebrados.
Así a Troya figuro,
así a su antiguo muro,
y a ti, Roma, a quien queda el nombre apenas,
¡oh patria de los dioses y los reyes!
Y a ti, a quien no valieron justas leyes,
fábrica de Minerva, sabia Atenas,
emulación ayer de las edades,
hoy cenizas, hoy vastas soledades,
que no os respetó el hado, no la muerte,
¡ay!, ni por sabia a ti, ni a ti por fuerte.

Mas ¿para qué la mente se derrama
en buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente,
que aún se ve el humo aquí, se ve la llama,
aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;
tal genio o religión fuerza la mente
de la vecina gente,
que refiere admirada
que en la noche callada
una voz triste se oye que llorando,
«Cayó Itálica», dice, y lastimosa,
eco reclama «Itálica» en la hojosa
selva que se le opone, resonando
«Itálica», y el claro nombre oído
de Itálica, renuevan el gemido
mil sombras nobles de su gran ruina:
¡tanto aún la plebe a sentimiento inclina!

Esta corta piedad que, agradecido
huésped, a tus sagrados manes debo,
les do y consagro, Itálica famosa.
Tú, si lloroso don han admitido
las ingratas cenizas, de que llevo
dulce noticia asaz, si lastimosa,
permíteme, piadosa

usura a tierno llanto,
que vea el cuerpo santo
de Geroncio, tu mártir y prelado.
Muestra de su sepulcro algunas señas,
y cavaré con lágrimas las peñas
que ocultan su sarcófago sagrado;
pero mal pido el único consuelo
de todo el bien que airado quitó el cielo.
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
para envidia del mundo y sus estrellas.

SIGLO DE ORO

(Siglo XVII)

MIGUEL DE CERVANTES

(1547-1616)

OVILLEJOS

¿Quién menoscaba mis bienes?

¡Desdenes!

¿Y quién aumenta mis duelos?

¡Los celos!

¿Y quién prueba mi paciencia?

¡Ausencia!

De este modo en mi dolencia
ningún remedio me alcanza,
pues me matan la esperanza,
desdenes, celos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?

¡Amor!

¿Y quién mi gloria repuna?

¡Fortuna!

¿Y quién consiente mi duelo?

¡El cielo!

De este modo yo recelo
morir deste mal extraño,
pues se aunan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?

¡La muerte!

Y el bien de amor, ¿quién le alcanza?

¡Mudanza!

Y sus males, ¿quién los cura?

¡Locura!
De este modo no es cordura
querer curar la pasión,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

Pero mi suerte, de quien
jamás espero algún bien,
con el cielo ha estatuido,
que, pues lo imposible pido,
lo posible aún no me den.

DIALOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE

AL TÚMULO DEL REY FELIPE II EN SEVILLA

Voto a Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describí lia,
porque ¿a quién no sorprende y maravilla
esta máquina insigne, esta riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!,
Roma triunfante en ánimo y nobleza.

Apostaré que el ánima del muerto
por gozar este sitio hoy ha dejado
la gloria donde vive eternamente.

Esto oyó un valentón y dijo: «Es cierto
cuanto dice voacé, seor soldado.
Y el que dijere lo contrario, miente.»

Y luego, incontinentemente,
caló el chapeo, requirió la espada
miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

«¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?»
«Porque nunca se come, y se trabaja.»
«Pues ¿qué es de la cebada y de la paja?»
«No me deja mi amo ni un bocado.»
«Anda, señor, que estáis muy mal criado,
pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.»
«Asno se es de la cuna a la mortaja.
¿Qucréislo ver? Miradlo enamorado.»
«¿Es necesidad amar?» «No es gran prudencia.»
«Metafísico estáis.» «Es que no como.»
«Quejaos del escudero.» «No es bastante.
¿Cómo me he de quejar, en mi dolencia,
si el amo y escudero o mayordomo
son tan rocines como Rocinante?»

LUIS DE GONGORA

(1561-1627)

BUSCO EN LA MUERTE LA VIDA

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prisión libertad,
en lo cerrado salida
y en el traidor lealtad.

ANGÉLICA Y MEDORO

En un pastoral albergue
que la guerra entre unos robles
lo dexó por escondido

o lo perdonó por pobre;
do la paz viste pellico
y conduce entre pastores
ovejas del monte al llano
y cabras del llano al monte,
mal herido y bien curado,
se alberga un dichoso joven,
que sin clavarle Amor flecha
le coronó de favores.

Las venas con poca sangre,
los ojos con mucha noche,
lo halló en el campo aquella
vida y muerte de los hombres.

Del palafrén se derriba,
no porque al moro conoce,
sino por ver que la yerba
tanta sangre paga en flores.

Limpíale el rostro, y la mano
siente al Amor que se esconde
tras las rosas, que la muerte
va violando sus colores.

Escondióse tras las rosas,
porque labren sus arpones
el diamante del Catay
con aquella sangre noble.

Ya le regala los ojos,
ya le entra, sin ver por dónde,
una piedad mal nacida
entre dulces escorpiones.

Ya es herido el pedernal,
ya despide el primer golpe
centellas de agua, ¡oh piedad!,
hija de padres traidores.

Yerbas le aplica a sus llagas,
que si no sanan entonces
en virtud de tales manos
lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su venda,
mas ella sus velos rompe
para ligar sus heridas;
los rayos del sol perdonen.

Los últimos nudos daba

cuando el cielo la socorre
de un villano en una yegua
que iba penetrando el bosque.

Enfrénale de la bella
las tristes piadosas voces,
que los firmes troncos mueven
y las sordas piedras oyen;
y la que mejor se halla
en las selvas que en la corte,
simple bondad, al pío ruego
cortésmente corresponde.

Humilde se apea el villano
y sobre la yegua pone
un cuerpo con poca sangre,
pero con dos corazones.

A su cabana los guía,
que el sol deja su horizonte
y el humo de su cabana
le va sirviendo de norte.

Llegaron temprano a ella
do una labradora acoge
un mal vivo con dos almas,
una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de pluma
para lecho les compone,
que será tálamo luego
do el garzón sus dichas logre.

Las manos, pues, cuyos dedos
desta vida fueron dioses,
restituyen a Medoro
salud nueva, fuerzas dobles,
y le entregan, cuando menos,
su beldad y un reino en dote,
segunda envidia de Marte,
primera dicha de Adonis.

Corona un lascivo enjambre
de cupidillos menores
la choza; bien como abejas,
hueco tronco de alcornoque.

¡Qué de nudos le está dando
a un áspid la envidia torpe,
contando de las palomas

los arrullos gemidores!

¡Qué bien la destierra Amor,
haciendo la cuerda azote,
porque el caso no se infame
y el lugar no se inficione!

Todo es gala el africano,
su vestido espira olores,
el lunado arco suspende
y el corvo alfange depone.

Tórtolas enamoradas
son sus roncós atambores
y los volantes de Venus
sus bien seguidos pendones.

Desnuda el pecho anda ella;
vuela el cabello sin orden;
si lo abrocha, es con claveles,
con jazmines si lo coge.

El pie calza en lazos de oro
porque la nieve se goce,
y no se vaya por pies
la hermosura del orbe.

Todo sirve a los amantes,
plumas les baten veloces,
airecillos lisonjeros,
si no son murmuradores.

Los campos les dan alfombras,
los árboles pabellones,
la apacible fuente sueño,
música los ruiseñores.

Los troncos les dan cortezas
en que se guarden sus nombres
mejor que en tablas de mármol
o que en láminas de bronce.

No hay verde fresno sin letra,
ni blanco chopo sin mote;
si un valle *Angélica* suena,
otro *Angélica* responde.

Cuevas do el silencio apenas
deja que sombras las moren,
profanan con sus abrazos
a pesar de sus horrores.

Chozas, pues, tálamo y lecho,

contestes destes amores,
el cielo os guarde, si puede,
de las locuras del conde.

ROMANCE

Servía en Oran al rey
un español con dos lanzas,
y con el alma y la vida
a una gallarda africana,
tan noble como hermosa,
tan amante como amada,
con quien estaba una noche
cuando tocaron al arma.

Trescientos Zenetes eran
deste rebato la causa,
que los rayos de la luna
descubrieron las adargas;
las adargas avisaron
a las mudas atalayas,
las atalayas los fuegos,
los fuegos a las campanas;
y ellas al enamorado,
que en los brazos de su dama
oyó el militar estruendo
de las trompas y las cajas.

Espuelas de honor le pican
y freno de amor le para;
no salir es cobardía,
ingratitude es dejalla.

Del cuello pendiente ella,
viéndole tomar la espada,
con lágrimas y suspiros
le dice aquestas palabras:

«Salid al campo, señor;
bañen mis ojos la cama
que ella me será también,
sin vos, campo de batalla.

Vestios, salid apriesa,
que el general os aguarda;
yo os hago a vos mucha sobra
y vos a él mucha falta.

Bien podéis salir desnudo,
pues mi llanto no os ablanda,
que tenéis de acero el pecho
y no habéis menester armas.»

Viendo el español brioso
cuánto le detiene y habla,
le dice así: «Mi señora
tan dulce como enojada,

porque con honra y amor
yo me quede, cumpla y vaya;
vaya a los moros el cuerpo,
y quede con vos el alma.

Concededme, dueña mía,
licencia para que salga
al rebato en vuestro nombre,
y en vuestro nombre combata.»

ENTRE LOS SUELTOS CABALLOS ...

Entre los sueltos caballos
de los vencidos Zenetes,
que por el campo buscaban,
entre lo rojo lo verde,

aquel español de Oran
un suelto caballo prende,
por sus relinchos lozano
y por sus cernejas fuerte
para que lo lleve a él
y a un moro cautivo lleve,
que es uno que ha cautivado,
capitán de cien Zenetes.

En el ligero caballo
suben ambos, y él parece,

de cuatro espuelas herido,
que cuatro vientos lo mueven.

Triste camina el alarbe,
y lo más bajo que puede
ardientes suspiros lanza
y amargas lágrimas vierte.

Admirado el español
de ver cada vez que vuelve
que tan tiernamente llora
quien tan duramente hiere,

con razones le pregunta
comedidas y corteses
de sus suspiros la causa,
si la causa lo consiente.

El cautivo, como tal,
sin excusarlo, obedece,
y a su piadosa demanda
satisface desta suerte:

«Valiente eres, capitán,
y cortés como valiente,
por tu espada y por tu trato
me has cautivado dos veces.

Preguntado me has la causa
de mis suspiros ardientes,
y débote la respuesta
por quien soy y por quien eres.

Yo nací en Gelves el año
que os perdisteis en los Gelves,
de una berberisca noble
y de un turco matasiete.

En Tremecén me crié
con mi madre y mis parientes
después que murió mi padre,
corsario de tres bajeles.

Junto a mi casa vivía,
porque más cerca muriese,
una dama de lina i e
de los nobles Melioneses:

Extremo de las hermosas,
cuando no de las crueles,
hija al fin destas arenas
engendradoras de sierpes.

Era tal su hermosura,
que se hallaran claveles
más ciertos en sus dos labios
que en los dos floridos meses.

Cada vez que la miraba
salía el sol por su frente,
de tantos rayos vestido
cuantos cabellos contiene.

Juntos así nos criamos,
y Amor en nuestras niñeces
hirió nuestros corazones
con arpones diferentes.

Labró el oro en mis entrañas
dulces lazos, tiernas redes,
mientras el plomo en las tuyas
libertades y desdenes.

Mas, ya la razón sujeta,
con palabras me requiere
que su crueldad perdone
y de su beldad me acuerde;

y apenas vide trocada
la dureza desta sierpe,
cuando tú me cautivaste:
mira si es bien que lamente.

Esta, español, es la causa
que a llanto pudo moverme;
mira si es razón que llore
tantos males juntamente.»

Conmovido el capitán
de las lágrimas que vierte,
parando el veloz caballo,
que paren sus males quiere.

«Gallardo moro, le dice,
si adoras como refieres,
y si como dices amas,
dichosamente padeces.

¿Quién pudiera imaginar
viendo tus golpes crueles,
que cupiera alma tan tierna
en pecho tan duro y fuerte?

Si eres del Amor cautivo,
desde aquí puedes volverte;

que me pedirán por robo
lo que entendí que era suerte.

Y no quiero por rescate
que tu dama me presente
ni las alfombras más finas
ni las granas más alegres.

Anda con Dios, sufre y ama
y vivirás si lo hicieres,
con tal que cuando la veas
pido que de mí te acuerdes.»

Apeóse del caballo,
y el moro tras él desciende,
y por el suelo postrado,
la boca a sus pies ofrece.

«Vivas mil años, le dice,
noble capitán valiente,
que ganas más con librarme
que ganaste con prenderme.

Alá se quede contigo
y te dé victoria siempre
para que extiendas tu fama
con hechos tan excelentes.»

ANDE YO CALIENTE...

*Ande yo caliente,
y riase la gente.*

Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente,
y riase la gente.

Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados
como pildoras dorados,

que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente,
y *ríase la gente*.

Cuando cubra las montañas
de plata y nieve el enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente,
y *ríase la gente*.

Busque muy enhorabuena
el mercader nuevos soles;
yo conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando a Filomena
sobre el chopo de la fuente,
y *ríase la gente*.

Pase a media noche el mar
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
que yo más quiero pasar
de Yepes a Madrigar
la regalada corriente,
y *ríase la gente*.

Pues Amor es tan cruel,
que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada,
do se junten ella y él,
sea mi Tisbe un pastel,
y la espada sea mi diente,
y *ríase la gente*.

LA MAS BELLA NIÑA

La más bella niña
de nuestro lugar,
hoy viuda y sola
y ayer por casar,
viendo que sus ojos
a la guerra van,
a su madre dice
que escuchâ su mal:
Dexadme llorar,
orillas del mar.

Pues me distes, madre,
en tan tierna edad
tan cor Lo el placer,
tan largo el penar,
y me cautivastes
de quien hoy se va
y lleva las llaves
de mi libertad.
Dexadme llorar,
orillas del mar.

En llorar conviertan
mis ojos de hoy más
el sabroso oficio
del dulce mirar,
pues que no se pueden
mejor ocupar
yéndose a la guerra
quien era mi paz.
Dexadme llorar,
Orillas del mar.

No me pongáis freno
ni queráis culpar,
que lo uno es justo,
lo otro por demás.
Si me queréis bien
no me hagáis mal;
harto peor fue
morir y callar.

*Dexadme, llorar,
orillas del mar.*

Dulce madre mía,
¿quién no llorará,
aunque tenga el pecho
como un pedernal,
y no dará voces
viendo marchitar
los más verdes años
de mi mocedad?

*Dexadme llorar,
orillas del mar.*

Vayanse las noches,
pues ido se han
los ojos que hacían
los míos velar;
vayanse, y no vean
tanta soledad
después que en mi lecho
sobra la mitad.

*Dexadme llorar,
orillas del mar.*

HERMANA MARICA...

Hermana Marica,
mañana, que es fiesta,
no irás tú a la amiga
ni yo iré a la escuela.

Pondráste el corpino,
y la saya buena,
cabezón labrado,
toca y albanega;
y a mí me pondrán
mi camisa nueva,
sayo de palmilla,

calza de estameña.

Y si hace bueno
traeré la montera,
que me dio la Pascua
mi señora agüela.

Y el estadal rojo,
con lo que le cuelga,
que trujo el vecino
cuando fue a la feria.

Iremos a misa,
veremos la iglesia,
darános un cuarto,
mi tía la ollera.

Compraremos del
(que nadie lo sepa)
chochos y garbanzos
para la merienda.

Y en la tardecica
en nuestra plazuela,
jugaré yo al toro
y tú a las muñecas,
con las dos hermanas
Juana y Madalena,
y las dos primillas
Marica y la Tuerta.

Y si quiere madre
dar las castañetas,
podrás tanto dello
bailar en la puerta.

Y al son del adufe
cantará Andregüela;
«No me aprovecharon,
mi madre, las yerbas.»

Y yo de papel
haré una librea,
teñida de moras,
porque bien parezca.

Y una caperuza
con muchas almenas;
pondré por penacho
las dos plumas negras
del rabo del gallo

que acullá en la huerta
anaranjemos
las Carnestolendas.

Y en la caña larga
pondré una bandera,
con dos borlas blancas
en sus trezaderas.

Y en mi caballito
pondré una cabeza
de guadamecí,
dos hilos por riendas.

Y entraré en la calle
haciendo corvetas
yo y otros del barrio,
que son más de treinta.

Jugaremos cañas
junto a la plazuela
porque Barbolilla
salga acá y nos vea.

Barbóla, la hija
de la panadera,
la que suele darme
tortas con manteca.

Porque algunas veces
hacemos, yo y ella,
las bellaquerías
detrás de la puerta.

EL FORZADO

Amarrado al duro banco
de una galera turquesa,
ambas manos en el remo
y ambos ojos en la tierra,
un forzado de Dragut
en la playa de Marbella
se quejaba al ronco son

del remo y de la cadena:
«¡Oh, sagrado mar de España;*
famosa playa serena,
teatro donde se han hecho
cien mil navales tragedias!
pues eres tú el mismo mar
que con tus crecientes besas
las murallas de mi patria,
coronadas y soberbias,
tráeme nuevas de mi esposa,
y dime si han sido ciertas
las lágrimas y suspiros
que me dice por sus letras,
porque si es verdad que llora
mi cautiverio en tu arena,
bien puedes al mar del Sur
vencer en lucientes perlas.
Dame ya, sagrado mar,
a mis demandas respuesta,
que bien puedes, si es verdad
que las aguas tienen lenguas,
pero, pues no me respondes,
sin duda alguna que es muerta,
aunque no lo debe ser,
pues que yo vivo en su ausencia;
pues he vivido diez años
sin libertad y sin ella,
siempre al remo condenado,
a nadie matarán penas.»
En esto se descubrieron
de la religión seis velas
y el cómitre mandó usar
al forzado de su fuerza.

SONETOS

Mientras por competir con tu cabello,
oro bruñido, el sol relumbra en vano;
mientras con menosprecio en medio el llano
mira tu blanca frente el lirio bello;
mientras a cada labio, por coqueño,
siguen más ojos que al clavel temprano,
y mientras triunfa con desdén lozano
del luciente cristal tu gentil cuello;
goza cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fue en tu edad dorada
oro, lirio, clavel, cristal luciente,
no sólo en plata o viola troncada
se vuelva, mas tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

Ni en este monte, este aire, ni este río
corre fiera, vuela ave, pece nada,
de quien con atención no sea escuchada
la triste voz del triste llanto mío;
y aunque en la fuerza sea del estío
al viento mi querella encomendada,
cuando a cada cual de ellos más le agrada
fresca cueva, árbol verde, arroyo frío,
a compasión movidos de mi llanto,
dejan la sombra, el ramo y la hondura,
cual yo, para escuchar el dulce canto
de aquel que de Estrimón en la espesura
los suspendía cien mil veces. ¡Tanto
puede mi mal y pudo su dulzura!

A CÓRDOBA

¡Oh excelso muro, oh torres coronadas
de honor, de majestad, de gallardía!
¡Oh gran río, gran rey de Andalucía,
de arenas nobles, ya que no doradas!
¡Oh fértil llano, oh sierras encumbradas,
que privilegia el cielo y dora el día!
¡Oh siempre gloriosa patria mía,
tanto por plumas cuanto por espadas!
Si entre aquellas ruinas y despojos
que enriquece Genil y Darro baña
tu memoria no fue alimento mío,
¡nunca merezcan mis ausentes ojos
ver tus muros, tus torres y tu río,
tu llano y sierra, oh patria, oh flor de España!

LOPE DE VEGA

(1562-1635)

CANCIÓN

¡Oh libertad preciosa,
no comparada al oro,
ni al bien mayor de la espaciosa tierra,
más rica y más gozosa
que el precioso tesoro
que el mar del sur entre su nácar cierra;

con armas, sangre y guerra,
con las vidas y famas,
conquistado en el mundo;
paz dulce, amor profundo,
que el mar apartas y a tu bien nos llamas;
en ti sola se anida

oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida!

Cuando de las humanas
tinieblas vi del cielo
la luz, principio de mis dulces días,
aquellas tres hermanas
que nuestro humano velo
texiendo, llevan por inciertas vías,
las duras penas mías
trocaron en la gloria
que en libertad poseo,
con siempre igual deseo,
donde verá por mi dichosa historia
quien más leyere en ella
que es dulce libertad lo menos della.

Yo, pues, señor exento
desta montaña y prado,
gozo la gloria y libertad que tengo.
Soberbio pensamiento
jamás ha derribado
la vida humilde y pobre que sostengo.
Cuando a las manos vengo
con el muchacho ciego,
haciendo rustro embisto,
venzo, triunfo y resisto
la flecha, el arco, la pozoña, el fuego,
y con libre albedrío
lloro el ajeno mal y canto el mío.

Cuando la aurora baña
con helado rocío
de aljófara celestial el monte y prado,
salgo de mi cabana,
riberas de este río,
a dar el nuevo pasto a mi ganado,
y cuando el sol dorado
muestra sus fuerzas graves,
al sueño el pecho inclino

debaxo un sauce o pino,
oyendo el son de las parleras aves
o ya gozando el aura
donde el perdido aliento se restaura.

Cuando la noche oscura
con su estrellado manto
el claro día en su tiniebla encierra,
y suena en la espesura
el tenebroso canto
de los nocturnos hijos de la tierra,
al pie de aquesta sierra
con rústicas palabras
mi ganadillo cuento
y el corazón contento
del gobierno de ovejas y de cabras,
la temerosa cuenta
del cuidadoso rey me representa.

Aquí la verde pera
con la manzana hermosa,
de gualda y roja sangre matizada,
y de color de rosa
la cermeña olorosa
tengo, y la endrina de color morada;
aquí de la enramada
parra que al olmo enlaza,
melosas uvas cojo;
y en cantidad recojo,
al tiempo que las ramas desenlaza
el caluroso estío,
membrillos que coronan este río.

No me da descontento
el hábito costoso
que de lascivo el pecho noble infama;
es mi dulce sustento
del campo generoso
estas silvestres frutas que derrama;
mi regalada cama,
de blandas pieles y hojas,
que algún rey la envidiara,
y de ti, fuente clara,
que, bullendo, el arena y agua arrojas,
estos cristales puros,

sustentos pobres, pero bien seguros.

Estése el cortesano
procurando a su gusto
la blanda cama y el mejor sustento;
bese la ingrata mano
del poderoso injusto,
formando torres de esperanza al viento;
viva y muera sediento
por el honroso oficio,
y goce yo del suelo,
al aire, al sol y al hielo,
ocupado en mi rústico ejercicio;
que más vale pobreza
en paz que en guerra mísera riqueza.

Ni temo al poderoso
ni al rico lisonjeo,
ni soy camaleón del que gobierna,
ni me tiene envidioso
la ambición y el deseo
de ajena gloria ni de fama eterna;
carne sabrosa y tierna,
vino aromatizado,
pan blanco de aquel día,
en prado, en fuente fría,
halla un pastor con hambre fatigado,
que el grande y el pequeño
somos iguales lo que dura el sueño.

A MIS SOLEDADES VOY...

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.

¡No sé qué tiene la aldea
donde vivo y donde muero,
que con venir de mí mismo
no puedo venir más lejos!

Ni estoy bien ni mal conmigo;
mas dice mi entendimiento
que un hombre que todo es alma
está cautivo en su cuerpo.

Entiendo lo que me basta,
y solamente no entiendo
cómo se sufre a sí mismo
un ignorante soberbio.

De cuantas cosas me cansan,
fácilmente me defiendo;
pero no puedo guardarme
de los peligros de un necio.

El dirá que yo lo soy,
pero con falso argumento,
que humildad y necedad
no caben en un sujeto.

La diferencia conozco,
porque en él y en mí contemplo,
su locura en su arrogancia,
mi humildad en su desprecio.

O sabe naturaleza
más que supo en otro tiempo,
o tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos.

Sólo sé que no sé nada,
dixo un filósofo, haciendo
la cuenta con su humildad,
adonde lo más es menos.

No me precio de entendido,
de desdichado me precio,
que los que no son dichosos,
¿cómo pueden ser discretos?

No puede durar el mundo,
porque dicen, y lo creo,
que suena a vidrio quebrado
y que ha de romperse presto.

Señales son del juicio
ver que todos le perdemos,
unos por carta de más
otros por carta de menos.

Dijeron que antiguamente
se fue la verdad al cielo;

tal la pusieron los hombres
que desde entonces no ha vuelto.

En dos edades vivimos
los propios y los ajenos:
la de plata los extraños
y la de cobre los nuestros.

¿A quién no dará cuidado,
si es español verdadero,
ver los hombres a lo antiguo
y el valor a lo moderno?

Dixo Dios que comería
su pan el hombre primero
con el sudor de su cara
por quebrar su mandamiento,
y algunos inobedientes
a la vergüenza y al miedo,
con las prendas de su honor
han trocado los efectos.

Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos;
el uno se lleva al otro,
llorando van y pidiendo.

Dos polos tiene la tierra,
universal movimiento;
la mejor vida el favor,
la mejor sangre el dinero.

Oigo tañer las campanas,
y no me espanto, aunque puedo,
que en lugar de tantas cruces
haya tantos hombres muertos.

Mirando estoy los sepulcros
cuyos mármoles eternos
están diciendo sin lengua
que no lo fueron sus dueños.

¡Oh, bien haya quien los hizo,
porque solamente en ellos
de los poderosos grandes
se vengaron los pequeños!

Fea pintan a la envidia,
yo confieso que la tengo
de unos hombres que no saben
quién vive pared en medio.

Sin libros y sin papeles,
sin tratos, cuentas ni cuentos,
cuando quieren escribir
piden prestado el tintero.

Sin ser pobres ni ser ricos,
tienen chimenea y huerto;
no los despiertan cuidados,
ni pretensiones, ni pleitos.

Ni murmuraron del grande,
ni ofendieron al pequeño;
nunca, como yo, afirmaron
parabién, ni pascua dieron.

Con esta envidia que digo
y lo que paso en silencio,
a mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

POBRE BARQUILLA MÍA...

¡Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota,
sin velas desvelada,
y entre las olas sola!

¿Adonde vas perdida?
¿Adónde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas.

Como las altas naves,
te apartas animosa
de la vecina tierra,
y al ñero mar te arrojas.

Igual en las fortunadas,
mayor en las congojas,
pequeña en las defensas,
incitas a las ondas.

Advierte que te llevan
a dar entre las rocas

de la soberbia envidia,
naufragio de las honras.

Cuando por las riberas
andabas costa a costa,
nunca del mar temiste
las iras procelosas.

Segura navegabàs,
que por la tierra propia
nunca el peligro es mucho
adonde el agua es poca.

Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa,
ni se estima la perla
hasta dejar la concha.

Diràs que muchas barcas
con el favor en popa,
saliendo desdichadas,
volvieron venturosas.

No mires los ejemplos
de las que van y tornan,
que a muchas ha perdido
la dicha de las otras.

Para los altos mares
no llevas, cautelosa,
ni velas de mentiras,
ni remos de lisonjas.

¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa:
que presumir de nave
fortunas ocasiona.

¿Qué jarcias te entretejen?
¿Qué ricas banderolas
azote son del viento
y de las aguas sombra?

¿En qué gavia descubres,
del árbol alta copa,
la tierra en perspectiva,
del mar incultas orlas?

¿En qué celajes fundas
que es bien echar la sonda,
cuando, perdido el rumbo,
erraste la derrota?

Si te sepulta arena,
¿qué sirve fama heroica?
Que nunca desdichados
sus pensamientos logran.

¿Qué importa que te ciñan
ramas verdes o rojas,
que en selvas de corales
salado césped brota?

Laureles de la orilla
solamente coronan
navios de alto bordo
que jarcias de oro adornan.

No quieras que yo sea,
por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros
que los laureles lloran.

Pasaron ya los tiempos
cuando, lamiendo rosas,
el céfiro bullía
y suspiraba aromas.

Ya fieros huracanes
tan arrogantes soplan
que, salpicando estrellas,
del sol la frente mojan.

Ya los valientes rayos
de la vulcana forja,
en vez de torres altas,
abrasan pobres chozas.

Contenta con tus redes,
a la playa arenosa
mojado me sacabas;
pero vivo, ¿qué importa?

Cuando de rojo nácar
se afeitaba la aurora,
más peces te llenaban
que ella lloraba aljófara.

Al bello sol que adoro
enjuta ya la ropa,
nos daba una cabana
la cama de sus hojas.

Esposo me llamaba,
yo la llamaba esposa,

parándose de envidia
la celestial antorcha.

Sin pleito, sin disgusto,
la muerte nos divorcia;
¡ay de la pobre barca
que en lágrimas se ahoga!

Quedad sobre la arena,
inútiles escotas,
que no ha menester velas
quien a su bien no torna.

Si con eternas plantas
las fixas luces doras,
¡oh dueño de mi barca!,
y en dulce paz reposas,
merezca que le pidas
al bien que eterno gozas
que adonde estás me lleve,
más pura y más hermosa.

Mi honesto amor te obligue,
que no es digna victoria
para quejas humanas
ser las deidades sordas.

Mas, ¡ay!, que no me escuchas.
Pero la vida es corta:
viviendo, todo falta;
muriendo, todo sobra.

CENA DE ISIDRO Y MARÍA DE LA CABEZA

(Fragmento del «Isidro»)

Llegó a su casa contento,
donde esperaba María,
no desdenosa y baldía,
sino alegre, el rostro atento
a ver si Isidro venía.

Dióle en viéndole los brazos,
y aliviando de embarazos,
la pobre cena apercibe,

rica en casa que Dios vive,
y más con tales abrazos.

Sonaba la olla al fuego
con la hortaliza y la vaca,
y mientras ella la saca,
Isidro a los bueyes luego
ata el sustento a una estaca.

Como amigo y jornalero,
pace el animal el yero
primero que su señor:
que en casa del labrador
quien sirve come primero...

Salió, en fin, la pobre cena
de aquel rico labrador,
sabrosa por el sudor,
falta de regalo y llena
de conformidad y amor.

Y cuando igualmente amados,
comen así dos casados,
la envidia, a quien todo pesa,
bien puede estar a su mesa,
contándoles los bocados.

Y pues el contento importa,
¿cuándo mejor le va a quien
le dio el necesario bien
el cielo con mano corta,
que esa fue larga también?

Más que el soberbio Epicuro
toma el sustento seguro
el pobre en la mesa escasa:
que no entra daño en la casa
del que duerme en suelo duro.

Pórsena de barro hizo
la vajilla en que comió;
desta Agatocles se honró;
porque en barro quebradizo
nunca acónito se dio.

Pudo Alejandro envidiar,
que no es justo desear
más de lo que es menester;
si en oro se ha de beber,
las manos han de temblar.

Al pobre jamás le encoge
tocar la dorada orilla:
que el agua limpia y sencilla,
con mano desnuda coge
de la pura fuenteçula.

Con estas estrechas leyes,
las grandezas de los reyes
Fabricio menospreciaba,
y el cónsul Serrano andaba
tras el arado y los bueyes.

Cena, en fin, isidro ufano,
y regala a su María
de la pobreza que había,
que el amor es cortesano
y virtud la cortesía.

Ya, pues, que la hambre cesa,
viene el postre y la camuesa,
el rancio queso y membrillo,
y en un limpio canastillo
se levanta, en fin, la mesa.

No se van a descansar
sin dar gracias del sustento:
que del ordinario aumento
se las comienzan a dar
los dos con igual contento.

Que si al huésped que aposenta
se dan gracias tras la cuenta
a quien intereses mueven,
¿cuántas mayores se deben
a quien de gracias sustenta?

¡DUERME, MI NIÑO!

Pues andáis en las palmas
ángeles santos,
que se duerme mi niño,
¡tened los ramos!

Palmas de Belén
que mueven airados
los furiosos vientos
que suenan tanto,
no le hagáis ruido,
corred más paso,
que se duerme mi niño,
¡tened los ramos!

El niño divino,
que está cansado
de llorar en la tierra
por su descanso,
sosegar quiere un poco
del tierno llanto,
que se duerme mi niño,
¡tened los ramos!

Rigurosos hielos
le están cercando,
ya veis que no tengo
con qué guardarlo:
ángeles divinos
que vais volando,
que se duerme mi niño,
¡tened los ramos!

SONETOS

JUDIT

Cuelga sangriento de la cama al suelo
el hombro diestro del feroz tirano,
que opuesto al muro de Bctulia en vano,
despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto con el ansia el rojo velo
del pabellón a la siniestra mano,
descubre el espectáculo inhumano
del tronco horrible, convertido en hielo.

Vertido Baco, el fuerte arnés afea
los vasos y la mesa derribada,
duermen las guardas que tan mal emplea;
y sobre la muralla, coronada
del pueblo de Israel, la casta hebrea
con la cabeza resplandece armada.

SUELTA MI MANSO, MAYORAL EXTRAÑO..

Suelta mi manso, mayoral extraño,
pues otro tienes tú de igual decoro;
suelta la prenda que en el alma adoro
perdida por tu bien y por mi daño.

Ponle su esquila de labrado estaño,
y no le engañen tus collares de oro;
toma en albricias este blanco toro
que a las primeras yerbas cumple un año.

Si pides señas, tiene el vellocino
pardo, encrespado, y los ojuelos
como durmiendo un regalado sueño.

Si piensas que no soy su dueño, Alcino,
suelta, y verásle si a mi choza viene:
que aún tienen sal las manos de su dueño.

¿QUE TENGO YO, QUE MI AMISTAD PROCURAS?

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate agora a la ventana;
verás con cuánto amor llamar porfia!»

¡Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

PASTOR, QUE CON TUS SILBOS AMOROSOS...

Pastor, que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;
tú, que hiciste cayado dése leño
en que tiendes los brazos poderosos;
vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguir empeño
tus dulces silbos y tus pies hermosos.

Oye, Pastor, que por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres;
espera, pues, y escucha mis cuidados.
Pero, ¿cómo te digo que me esperes,
si estás para esperar los pies clavados?

VARIOS EFECTOS DEL AMOR

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso,
no hallar, fuera del bien, centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso.

Huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño;

creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño:
esto es amor. Quien lo probó lo sabe.

SONETO DE REPENTE

(De «La niña de Plata»)

Un soneto me manda hacer Violante;
en mi vida me he visto en tál aprieto,
catorce versos dicen que es soneto,
burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante
y estoy a la mitad de otro cuarteto;
mas si me veo en el primer terceto,
no hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
y aún parece que entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aún sospecho
que estoy los trece versos acabando:
contad si son catorce, y está hecho.

FRANCISCO DE QUEVEDO

(1580-1645)

AL SUEÑO

¿Con qué culpa tan grave,
sueño blando y suave,
pude en largo destierro merecerte

que se aparte de mí tu olvido manso?
Pues no te busco yo por ser descanso,
sino por muda imagen de la muerte.

Cuidados veladores
hacen inobedientes mis dos ojos
a la ley de las horas;
no han podido vencer a mis dolores
las noches, ni dar paz a mis enojos.
Madrugan más en mí que en las auroras
lágrimas a este llano:

que amanece a mí mal siempre temprano.
y tanto, que persuade la tristeza
a mis dos ojos, que nacieron antes
para llorar que para ver. Tú, sueño,
de sosiego los tienes ignorantes,
de tal manera, que al morir el día
con luz enferma vi que permitía
el sol que le mirasen en poniente.

Con pies torpes al punto, ciega y fría,
cayó de las estrellas blandamente
la noche, tras las pardas sombras mudas,
que el sueño persuadieron a la gente.
Escondieron las galas a los prados
y quedaron desnudas
estas laderas, y sus peñas, solas;
duermen ya entre sus montes recostados
los mares y las olas.
Si con algún acento
ofenden las orejas,
es que entre sueños dan al cielo quejas
del yerto lecho y duro acogimiento,
que blandos hallan en los cerros duros.
Los arroyuelos puros
se adormecen al son del llanto mío,
y a su modo también se duerme el río.

Con sosiego agradable
se dejan poseer de ti las flores;
mudos están los males,
no hay cuidado que hable,
faltan lenguas y voz a los dolores,
y en todos los mortales
yace la vida envuelta en alto olvido.

Tan sólo mi gemido
pierde el respeto a tu silencio santo:
yo tu quietud molesto con mi llanto,
y te desacredito
el nombre de callado, con mi grito.
Dame, cortés mancebo, algún reposo:
no seas digno del nombre de avariento
en el más desdichado y firme amante
que lo merece ser por dueño hermoso.
Débate alguna pausa mi tormento.
Gozante en las cabanas
y debajo del cielo
los ásperos villanos;
hállate en el rigor de los pantanos
y encuéntrate en las nieves y en el hielo
el soldado valiente
y yo no puedo hallarte, aunque lo intente,
entre mi pensamiento y mi deseo
Ya, pues, con dolor creo
que eres más riguroso que la tierra.
Más duro que la roca,
pues te alcanza el soldado envuelto en guerra,
y en ella mi alma por jamás te toca.
Mira que es gran rigor: dame siquiera
lo que de ti desprecia tanto avaro,
por el oro en que alegre considera,
hasta que da la vuelta el tiempo claro;
lo que había de dormir en blando lecho
y da el enamorado a su señora,
y a ti se te debía de derecho.
Dame lo que desprecia de ti agora
por robar el ladrón; lo que desecha
el que envidiosos celos tuvo y llora.
Quede en parte mi queja satisfecha,
tócame con el cuento de tu vara;
oirán siquiera el ruido de tus plumas
mis desventuras sumas;
que yo no quiero verte cara a cara,
ni que hagas más caso
de mí, que hasta pasar por mí de paso;
o que a tu sombra negra por lo menos,
si fueses a otra parte peregrino,

se le haga camino
por estos ojos de sosiego ajenos;
quítame, blando sueño, este desvelo,
o de él alguna parte,
y te prometo, mientras viere el cielo
de desvelarme sólo en celebrarte.

EPÍSTOLA SATÍRICA Y CENSORIA CONTRA
LAS COSTUMBRES PRESENTES DE LOS
CASTELLANOS, ESCRITA AL CONDE-DUQUE
DE OLIVARES

No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca, o ya la frente,
silencio avises o amenaces miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Hoy sin miedo que libre escandalice
puede hablar el ingenio, asegurado
de que mayor poder le atemorice...

En otros siglos pudo ser pecado
severo estudio y la verdad desnuda,
y romper el silencio el bien hablado.

Pues sepa quien lo niega y quien lo **duda**
que es la lengua la verdad de Dios severo
y la lengua de Dios nunca fue muda.

Son la verdad y Dios, Dios verdadero,
ni eternidad divina los separa,
ni de los dos alguno fue primero.

Si Dios a la verdad se adelantara,
siendo verdad, implicación hubiera
en ser y en que verdad de ser dejara...

La justicia de Dios es verdadera,
y la misericordia, y todo cuanto
es Dios todo ha de ser verdad entera.

Señor excelentísimo, mi llanto
ya no consiente márgenes ni orillas:
inundación será la de mi canto.

Ya sumergirse miro mis mejillas,
la vista por dos urnas derramada
sobre las aras de las dos Castillas.

Yace aquella virtud desaliñada
que fue, si rica menos, más temida,
en vanidad y en sueño sepultada.

Y aquella libertad esclarecida
que en donde supo hallar honrada muerte
nunca quiso tener más larga vida.

Y pródiga del alma, nación fuerte,
contaba por afrentas de los años
envejecer en brazos de la suerte.

Del tiempo el ocio torpe, y los engaños
del paso de las horas y del día
reputaban los nuestros por extraños.

Nadie contaba cuánta edad vivía,
sino de qué manera: ni aun un hora
lograba sin afán su valentía.

La robusta virtud era señora,
y sola dominaba al pueblo rudo;
edad, si mal hablada, vencedora.

El temor de la mano daba escudo
al corazón, que, en ella confiado,
todas las armas despreció desnudo...

Multipliqué en escuadras un soldado
su honor precioso, su ánimo valiente,
de sola honesta obligación armado.

Y debajo del cielo aquella gente,
si no a más descansado, a más honroso
sueño entregó los ojos, no la mente.

Hilaba la mujer para su esposo
la mortaja primero que el vestido;
menos le vio galán que peligroso.

Acompañaba el lado ¿el marido,
más veces en la hueste que en la cama,
sano le aventuró, vengóle herido.

Todas matronas y ninguna dama,
que nombres del halago cortésano
no admitió lo severo de su fama.

Derramado y sonoro el Océano
era divorcio de las rubias minas,
que usurparon la paz del pecho humano.

Ni los trujo costumbres peregrinas
el áspero dinero, ni el Oriente
compró la honestidad con piedras finas.

Joya fue la virtud pura y ardiente;
gala el merecimiento y alabanza;
sólo se codiciaba lo decente.

No de la pluma dependió la lanza,
ni el cántabro con cajas y tinteros
hizo el campo heredad, sino matanza.

Y España, con legítimos dineros,
no mendigando el crédito a Liguria,
más quiso los turbantes que los ceros.

Menos fuera la pérdida y la injuria
si se volvieran Muzas los asientos,
que esta usura es peor que aquella furia.

Caducaban las aves en los vientos,
y espiraba decrepito el venado:
grande vejez duró en los elementos.

Que el vientre entonces, bien disciplinado,
buscó satisfacción y no hartura,
y estaba la garganta sin pecado.

Del mayor infanzón de aquella pura
república de grandes hombres, era
una vaca sustento y armadura.

No había venido al gusto lisonjera
la pimienta arrugada, ni del clavo
la adulación fragante forastera.

Carnero y vaca fue el principio y cabo,
y con rojos pimientos y ajos duros
tan bien como el señor comió el esclavo.

Bebió la sed los arroyuelos puros;
después mostraron del carchesio a Baco
el camino los brindis mal seguros.

El rostro macilento, el cuerpo flaco,
eran recuerdo del trabajo honroso,
y honra y provecho andaban en un saco.

Pudo sin miedo un español velloso
llamar a los tudescos «bacanales»
y al holandés «hereje y alevoso».

Pudo acusar los celos desiguales
a la Italia; pero hoy de muchos modos
somos copias, si son originales.

Las descendencias gastan muchos godos;
todos blasonan, nadie los imita,
y no son sucesores, sino apodos.

Vino el betún precioso que vomita
la ballena o la espuma de las olas,
que el vicio, no el olor, nos acredita.

Y quedaron las huestes españolas
bien perfumadas, pero mal regidas,
y alhajas las que fueron pieles solas.

Estaban las hazañas mal vestidas,
y aún no se hartaba de buriel y lana
la vanidad de fembras presumidas.

A la seda pomposa siciliana,
que manchó ardiente múrice, el romano
y el oro hicieron áspera tirana.

Nunca al duro español supo el gusano
persuadir que vistiese su mortaja,
intercediendo el Can por el verano.

Hoy desprecia el honor al que trabaja,
y entonces fue el trabajo ejecutoria,
y el vicio graduó la gente baja.

Pretende el alentado joven gloria
por dejar la vacada sin marido,
y de Ceres ofende la memoria.

Un animal a la labor nacido
y símbolo celoso a los mortales,
que a Jove fue disfraz y fue vestido;
que un tiempo endureció manos reales,
y detrás de él los cónsules gimieron,
y rumia luz en campos celestiales,

¿por cuál enemistad se persuadieron
a que su apocamiento fuese hazaña,
y a las mieses tan grande ofensa hicieron?

¡Qué cosa es ver un infanzón de España,
abreviado en la silla a la jineta,
y gastar un caballo en una cañeta!

Que la niñez al gallo le acometa
con semejante munición apruebo;
mas no la edad madura y la perfeta.

Ejercite sus fuerzas el mancebo
en frentes de escuadrones, no en la frente
del útil bruto la asta del acebo.

El trompeta le llame diligente,
dando fuerza de ley al viento vano,
y al son esté el ejército obediente.

¡Con cuánta majestad llena la mano
la pica, y el mosquete carga el hombro,
del que se atreve a ser buen castellano!

Con asco entre las otras gentes nombro
al que de su persona, sin decoro,
más quiere nota dar que dar asombro.

Jineta y cañas son contagio moro;
restituyanse justas y torneos,
y hagan paces las capas con el toro.

Pasadnos vos de juegos a trofeos,
que sólo grande rey y buen privado
pueden ejecutar estos deseos.

Vos, que hacéis repetir siglo pasado
con desembarazarnos las personas
y sacar a los miembros de cuidado;

vos disteis libertad con las valonas
para que sean corteses las cabezas;
desnudando el enfado a las coronas;

y, pues vos enmendastes las cortezas,
dad a la mejor parte medicina:
vuélvanse los tablados fortalezas.

Que la cortés estrella que os inclina
a privar sin intento y sin venganza,
milagro que a la envidia desatina,
tiene por sola bienaventuranza
el reconocimiento temeroso,
no presumida y ciega confianza.

Y si os dio el ascendiente generoso
escudos, de armas y blasones llenos,
y por timbre el martirio glorioso,
mejores sean por vos los que eran buenos
Guzmanes, y la cumbre desdeñosa
os muestre a su pesar campos serenos.

Lograd, señor, edad tan venturosa;
y cuando nuestras fuerzas examina
persecución unida y belicosa,

la militar valiente disciplina
tenga más platícantes que la plaza;
descansen tela falsa y tela fina.

Suceda a la marlota la coraza,
y si el Corpus con danzas no los pide,
velillos y oropeles no hagan baza.

El que en treinta lacayos los divide,
hace suerte en el toro y con un dedo
la hace en él la vara que los mide.

Mandadlo así, que aseguráros puedo
que habéis de restaurar más que Pelayo,
pues valdrá por ejércitos el miedo
y os verá el cielo administrar su rayo.

LETRILLA SATÍRICA

*Poderoso caballero
es don Dinero.*

Madre, yo al oro me humillo;
él es mi amante y mi amado,
pues, de puro enamorado,
de con tino anda amarillo:
que, pues, doblón o sencillo,
hace todo cuanto quiero,
*poderoso caballero
es don Dinero.*

Nace en las Indias honrado,
donde el mundo le acompaña;
viene a morir en España
y es en Genova enterrado.
Y pues quien le trae al lado
es hermoso, aunque sea ñero,
*poderoso caballero
es don Dinero.*

Es galán y es como un oro,
tiene quebrado el color,
persona de gran valor,
tan cristiano como moro;
pues que da y quita el decoro
y quebranta cualquier fuero,
*poderoso caballero
es don Dinero.*

Son sus padres principales
y es de nobles descendiente,
porque en las venas de Oriente
todas las sangres son reales;
y pues es quien hace iguales
al duque y al ganadero,
*poderoso caballero
es don Dinero.*

Mas, ¿a quién no maravilla
ver en su gloria sin tasa
que es lo menos de su casa
doña Blanca de Castilla?
Pero pues da al baxo silla
y al cobarde hace guerrero,
*poderoso caballero
es don Dinero.*

Sus escudos de armas nobles
son siempre tan principales,
que sin sus escudos reales
no hay escudos de armas dobles;
y pues a los mismos robles
da codicia su minero,
*poderoso caballero
es don Dinero.*

Por importar en los tratos
y dar tan buenos consejos,
en las casas de los viejos
gatos le guardan de gatos.
Y pues él rompe recatos
y ablanda al juez más severo,
*poderoso caballero
es don Dinero.*

Y es tanta su majestad
(aunque son sus duelos hartos),
que con haberle hecho cuartos
no pierde su autoridad;
pero pues da calidad
al noble y al pordiosero,
*poderoso caballero
es don Dinero.*

Nunca vi damas ingratas
a su gusto y afición,

que a las caras de un doblón
hacen sus caras baratas.
Y pues las hace bravatas
desde una bolsa de cuero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Más valen en cualquier tierra,
(mirad si es harto sagaz),
sus escudos en la paz,
que rodela en la guerra.
Y pues al pobre lo entierra
y hace pruprio al forastero,
poderoso caballero
es don Dinero.

SONETOS

MEMORIA INMORTAL DE DON PEDRO GIRÓN, DUQUE DE OSUNA, MUERTO EN LA PRISIÓN

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
pero no a su defensa sus hazañas;
diéronle muerte y cárcel las Españas,
de quien él hizo esclava la fortuna.

Lloraron sus envidias una a una
con las propias naciones las extrañas;
su tumba son de Flandes las campañas
y su epitafio la sangrienta luna.

En sus exequias encendió al Vesubio
Parténope, y Trinacria al Mongibelo;
el llanto militar creció en diluvio.

Dióle el mejor lugar Marte en su cielo;
la Mosa, el Rin, el Tajo y el Danubio
murmuran con dolor su desconsuelo.

YA FORMIDABLE Y ESPANTOSO SUENA...

Ya formidable y espantoso suena
dentro del corazón el postrer día,
y la última hora, negra y fría,
se acerca, de temor y sombras llena.

Si agradable descanso, paz serena,
la muerte en traje de dolor envía,
señas da su desdén de cortesía:
más tiene de caricia que de pena.

¿Qué pretende el temor desacordado
de la que a rescatar, piadosa, viene
espíritu en miserias añudado?

Llegue rogada, pues mi bien previene;
hálleme agradecido, no asustado;
mi vida acabe y mi vivir ordene.

MIRE LOS MUROS DE LA PATRIA MÍA...

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, vi que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados,
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa; vi que, amancillada,
de anciana habitación era despojos;
mi báculo, más corvo y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

A UNA NARIZ

Erase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriba,
érase un peje espada muy barbado.

Era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado.

Erase un espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto;
las doce tribus de narices era.

Erase un naricísimo infinito,
muchísimo nariz, nariz tan fiera,
que en la cara de Anas fuera delito.

UN VALENTÓN

Un valentón de espátula y gregüesco,
que a la muerte mil vidas sacrifica,
cansado del oficio de la pica,
mas no del ejercicio picaresco,
retorciendo el mostacho soldadesco,
por ver que ya su bolsa le repica,
a un corrillo llegó de gente rica,
y en el nombre de Dios pidió refresco.

«Den voacedes, por Dios, a mi pobreza
—les dice—; donde no; por ocho santos
que haré lo que hacer suelo sin tardanza!»

Mas uno, que a sacar la espada empieza,
«¿Con quién habla? —le dice al tiracantos—,
¡cuerpo de Dios con él y su crianza!

Si limosna no alcanza,
¿qué es lo que suele hacer en tal querella?»
Respondió el bravonel: «¡Irme sin ella!»

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(1600-1681)

SONETO

ESTAS QUE FUERON. . .

Estas que fueron pompa y alegría
despertando al albor de la mañana,
a la tarde serán lástima vana
durmiendo en brazos de la noche fría.

Este matiz que al cielo desaffa,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana:
¡tanto se emprende en término de un día!

A florecer las rosas madrugaron,
y para envejecerse florecieron:
cuna y sepulcro en un botón hallaron.

Tales los hombres sus fortunas vieron:
en un día nacieron y espiraron,
que pasados los siglos horas fueron.

LA VIDA ES SUEÑO

(Fragmento primero)

JORNADA PRIMERA

ESCENA II

SEGISM. ¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí
contra vosotros naciendo;
aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido:
bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor,
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.

Sólo quisiera saber
para apurar mis desvelos
(dejando a una parte, cielos,
el delito de nacer),
qué más os pude ofender,
para castigarme más.
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿qué privilegio tuvieron
que yo no gocé jamás?

Nace el ave, y con las galas
que le dan belleza suma,
apenas es flor de pluma,
o ramillete con alas,
cuando las etéreas salas

corta con velocidad,
negándose a la piedad
del nido que deja en calma:
¿y teniendo yo más alma
tengo menos libertad?

Nace el bruto y con la piel
que dibujan manchas bellas
apenas signo es de estrellas
(gracias al docto pincel),
cuando, atrevido y cruel,
la humana necesidad
le enseña a tener crueldad,
monstruo de su laberinto
¿y yo con mejor instinto
tengo menos libertad?

Nace el pez, que no respira,
aborto de ovas y lamas,
y apenas bajel de escamas
sobre las ondas se mira,
cuando a todas partes gira,
midiendo la inmensidad
de tanta capacidad
como le da el centro frío:
¿y yo con más albedrío
tengo menos libertad?

Nace el arroyo, culebra
que entre flores se desata,
y apenas, sierpe de plata,
entre las flores se quiebra,
cuando, músico, celebra
de las flores la piedad,
que le da la majestad
del campo abierto a su huida:
¿y teniendo yo más vida
tengo menos libertad?

En llegando a esta pasión,
un volcán, un Etna hecho,
quisiera arrancar del pecho
pedazos del corazón:
¿qué ley, justicia o razón
negar a los hombres sabe
privilegio tan suave,

excepción tan principal,
que Dios le ha dado a un cristal,
a un pez, a un bruto y a un ave?

(Fragmento segundo)

ESCENA XIX

Es verdad; pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos:
y sí haremos, pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es, hasta despertar.

Sueña el rey que es rey y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso que recibe
prestado, en el viento escribe;
y en cenizas le convierte
la muerte (¡desdicha fuerte!):
¿y hay quien intente reinar
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte?

Sueña el rico en su riqueza
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,

sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí
des Las prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño,
que toda la vida es sueño
y los sueños, sueños son.

NEOCLASICISMO

DIEGO TORRES Y VILLARROEL

(1693-1770)

PAGO QUE DA EL MUNDO A LOS POETAS

Dícese de Quevedo que fue claro,
y que en algunas coplas fue obscuro;
Góngora puede ser que fuese bueno,
pero ya sus comentarios le hacen raro.

El Calderón, que nos lo venden caro,
sólo de lo amatorio fue muy lleno,
y nos dejó en lo cómico un veneno
que nos hemos bebido sin reparo.

La idea de Juan Pérez fue abatida,
de Solís intrincada, ¡infeliz suerte!
¡Oh, ciencia pobre! ¡Facultad perdida!
¡Mundo borracho, que al varón más fuerte
después de ajarlo, miserable, en vida,
predicas estas honras en su muerte!

NICOLÁS FERNANDEZ DE MORATIN

(1737-1780)

FIESTA DE TOROS EN MADRID

Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso
por ser el natal dichoso
de Alimenón de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,
de la hermosa Zaida amante
las ordena celebrar
por si la puede ablandar
el corazón de diamante.

Pasó, vencida a sus ruegos,
desde Aravaca a Madrid;
hubo pandorgas y fuegos
con otros nocturnos juegos
que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores
en las cifras y libreas,
mostraron los amadores,
y en pendones y preseas,
la dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
de toda la cercaña,
y de lejos muchas de ellas:
las más apuestas doncellas
que España entonces tenía.

Aja de Jetafe vino,
y Zahara la de Alcorcón,
en cuyo obsequio muy fino
corrió de un vuelo el camino
el moraicel de Alcabón.

Jarifa de Almonacid,
que, de la Alcarria en que habita,
llevó a asombrar a Madrid
su amante Audalla, adalid
del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa
Meco llegaron allí
dos, cada cual más hermosa,
y Fátima la preciosa,
hija de Alí el alcaadí.

El ancho circo se llena
de multitud clamorosa,
que atiende a ver en la arena,
la sangrienta lid dudosa,
y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
sus dorados miradores
que el arte afiligranó,
y con espejos y flores
y damascos adornó.

Añafiles y atabales,
con militar armonía,
hicieron salva, y señales
de mostrar su valentía
los moros más principales.

No en la vegas de Jarama
pacieron la verde grama
nunca animales tan fieros,
junto al pueblo que se llama,
por sus peces, de Viveros,

como los que el vulgo vio
ser lidiados aquel día;
y en la fiesta que gozó,
la popular alegría
muchas heridas costó.

Salió un toro del toril
y a Tarf e tiró por tierra,
y luego a Benalguacil;
después con Hamete cierra
el temerón de Conil.

Traía un ancho listón
con uno y otro matiz

hecho un lazo por airón,
sobre la enhiesta cerviz
clavado con un arpón.

Todo galán pretendía
ofrecerle vencedor
a la dama que servía;
por eso perdió Almanzor
el potro que más quería.

El alcaide, muy zambrero,
de Guadalajara, huyó
mal herido al golpe fiero,
y desde un caballo overo
el moro de Horche cayó.

Todos miran a Aliatar,
que, aunque tres toros ha muerto,
no se quiere aventurar,
porque en lance tan incierto
el caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparía,
va a ponérsele delante:
la fiera le acometía,
y sin que el rejón le plante
le mató una yegua pía.

Otra monta acelerado:
le embiste el toro de un vuelo
cogiéndole entablero;
rodó el bonete encarnado
con las plumas por el suelo.

Dio vuelta hiriendo y matando,
a los de a pie que encontrara,
el circo desocupando,
y emplazándose, se para,
con la vista amenazando.

Nadie se atreve a salir;
la plebe grita indignada,
las damas se quieren ir,
porque la fiesta empezada
no puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega
y está en medio el toro fijo,
cuando un potrero que llega
de la puerta de la Vega

hincó la rodilla y dijo:

«Sobre un caballo alazano,
cubierto de galas y oro,
demanda licencia, urbano,
para alancear un toro
un caballero cristiano.»

Mucho le pesa a Aliatar;
pero Zaida dio respuesta
diciendo que puede entrar,
porque en tan solemne fiesta
nada se debe negar.

Suspense el concurso entero
entre dudas se embaraza,
cuando en un potro ligero
vieron entrar en la plaza
un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,
belfo labio, juveniles
alientos, inquieto ardor,
en el florido verdor
de sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedaja
por donde el almete sube,
cual mirarse tal vez deja
del sol la ardiente madeja
entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes,
de una cristiana primores,
en el yelmo los plumajes,
por los visos y celajes,
vergel de diversas flores.

En la cuja, gruesa lanza,
con recamado pendón,
y una cifra a ver se alcanza
que es de desesperación,
o a lo menos de venganza.

En el arzón de la silla
ancho escudo reverbera
con blasones de Castilla,
y el mote dice a la orilla;
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galán,

el bruto más generoso,
de más gallardo además:
cabos negros, y brioso,
muy tostado y alazán.

Larga cola recogida
en las piernas descarnadas,
cabeza pequeña, erguida,
las narices dilatadas,
vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
que da Betis con tal fruto
pudo fingir el deseo
más bella estampa de bruto,
ni más hermoso paseo.

Dio la vuelta al rededor;
los ojos que le veían
lleva prendados de amor:
«¡Alah te salve!, decían;
¡déte el profeta favor!»

Causaba lástima y grima
su tierna edad floreciente;
todos quieren que se exima
del riesgo, y él solamente
ni recela ni se estima.

Las doncellas, al pasar,
hacen de ámbar y alcanfor
pebeteros exhalar,
vertiendo pomos de olor,
de jazmines y de azahar.

Mas cuando en medio se para,
y de más cerca le mira
la cristiana esclava Aldara,
con su señora se encara,
y así la dice, y suspira:

«Señora, sueños no son,
así los cielos, vencidos
de mi ruego y aflicción,
acerquen a mis oídos
las campanas de León,

como ese doncel que, ufano,
tanto asombro viene a dar
a todo el pueblo africano,

es Rodrigo de Vivar,
el soberbio castellano.»

Sin descubrirle quién es,
la Zaida desde una almena
le habló una noche cortés,
por donde se abrió después
el cubo de la Almudena.

Y supo que, fugitivo
de la corte de Fernando,
el cristiano, apenas vivo,
está a Jimena adorando
y en su memoria cautivo.

Tal vez a Madrid se acerca
con frecuentes correrías
y todo en torno la cerca;
observa sus saetías,
arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido,
que en medio de aclamaciones
el caballo ha detenido
delante de sus balcones
y la saluda rendido.

La mora se pone en pie
y sus doncellas detrás;
el alcaide que lo ve,
enfurecido además,
muestra cuan celoso esté.

Suena un rumor placentero
entre el vulgo de Madrid:
«No habrá mejor caballero,
dicen, en el mundo entero»,
y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él
torciendo las riendas de oro,
marcha al combate cruel;
alza el galope, y al toro
busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
desde que le vio llegar,
de tanta gala asombrado,
y alrededor ha observado
sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
despedida de la cuerda,
de tal suerte le embistió;
detrás de la oreja izquierda
la aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada;
segunda vez acomete,
de espuma y sudor bañada,
y segunda vez le mete
sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera,
el pueblo, mudo y atento;
con heroico atrevimiento,
se engalla el toro y altera,
y finge acometimiento.

La arena escarba, ofendido,
sobre la espalda la arroja
con el hueso retorcido;
el suelo huele y le moja
en ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,
la diestra oreja mosquea,
vase retirando atrás
para que la fuerza sea
mayor, y el ímpetu más.

El que en esta ocasión viera
de Zaida el rostro alterado,
claramente conociera
cuánto le cuesta cuidado
el que tanto riesgo espera.

Mas, ¡ay, que le embiste, horrendo
el animal espantoso!

Jamás peñasco tremendo
del Cáucaso cavernoso,
se desgaja estrago haciendo,

ni llama así fulminante
cruza en negra oscuridad
con relámpagos delante,
al estrépito tronante
de sonora tempestad,

como el bruto se abalanza
con terrible ligereza;

mas rota con gran pujanza
la alta nuca, la fiereza
y el último aliento lanza.

La confusa vocería
que en tal instante se oyó
fue tanta, que parecía
que honda mina reventó,
o el monte y valle se hundía.

A caballo, como estaba,
Rodrigo, el lazo alcanzó
con que el toro se adornaba:
en su lanza le clavó
y a los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos
le alarga a Zaida, diciendo:
«Sultana, aunque bien entiendo
ser favores excesivos,
mi corto don admitiendo;
si no os dignáredes ser
con él benigna, advertid
que a mí me basta saber
que no lo debo ofrecer
a otra persona en Madrid.»

Ella, el rostro placentero,
dijo, y turbada: «Señor,
yo le admito y le venero,
por conservar el favor
de tan gentil caballero.»

Y besando el rico don,
para agradar al doncel,
le prende con afición
al lado del corazón
por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo,
de envidia ardiendo se ve,
y, trémulo y amarillo,
sobre un tremecén rosillo
lozaneándose fue,

y en ronca voz: «Castellano,
le dice, con más decoros
suelo yo dar de mi mano,
si no penachos de toros,

las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra
cual vienes de fiesta y gala,
vieras que en toda la tierra
al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.»

«Así, dijo el de Vivar,
respondo», y la lanza al ristre
pone, y espera a Aliatar;
mas, sin que nadie administre
orden, tocaron a armar.

Ya fiero bando con gritos
su muerte o prisión pedía,
cuando se oyó en los distritos
del monte de Leganitos
del Cid la trompetería.

Entre la Monclova y Soto
tercio escogido emboscó,
que, viendo como tardó,
se acerca, oyó el alborozo,
y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir
por la puerta a su señor,
y Zaida a le despedir,
iban la fuerza a embestir:
tal era ya su furor.

El alcaide, recelando
que en Madrid tenga partido,
se templó disimulando,
y por el parque florido
salió con él razonando.

Y es fama que, a la bajada,
juró por la cruz el Cid
de su vencedora espada
de no quitar la celada
hasta que gane Madrid.

JOSÉ CADALSO

(1741-1782)

A VENUS

Madre divina del alado niño,
oye mis ruegos, que jamás oíste
otra tan triste lastimosa pena
como la mía.

Baje tu carro desde el alto Olimpo
entre las nubes del sereno cielo,
rápido vuelo traiga tu querida
blanca paloma.

No te detenga con amantes brazos
Marte, que deja su rigor al verte,
ni el que por muerte se llamó tu esposo
sin merecerlo.

Ni las delicias de las sacras mesas,
cuando a los dioses, llenos de ambrosía,
alegre brinda Jove con la copa
de Ganimedes.

Ya el eco suena por los altos techos
del noble alcázar, cuyo piso huellas,
lleno de estrellas, de luceros Heno
y tachonado.

Cerca del ara de tu templo, en Pafos,
entre los himnos que tu pueblo dice,
este infelice tu venida aguarda:
baja volando.

Sobre tus aras mis ofrendas pongo,
testigo el pueblo, por mi voz llamado,
y concertado con mi tono el suyo
te llaman madre.

Alzo los ojos al verter el vaso
de leche blanca y el de miel sabrosa;

ciño con rosas, mirtos y jazmines
esta mi frente...

Ya, Venus, miro resplandor celeste
bajar al templo; tu belleza veo;
ya mi deseo coronaste, ¡oh madre,
madre de amores!

Vírgenes tiernas, niños y matronas,
ya Venus liega, vuestra diosa viene;
el aire suene con alegres himnos,
júbilo santo...

JUAN MELENDEZ VALDES

(1754-1817)

ROSANA EN LOS FUEGOS

Del sol llevaba la lumbre,
y la alegría del alba,
en sus celestiales ojos
la hermosísima Rosana,
una noche que a los fuegos
salió, la fiesta de Pascua,
para abrasar todo el valle
en mil amorosas ansias.
Por doquiera que camina
lleva tras sí la mañana,
y donde se vuelve rinde
la libertad de mil almas.
El Céfito la acaricia
y mansamente la halaga,
los Amores la rodean
y las Gracias la acompañan.
Y ella, así como en el valle
descuella la altiva palma

cuando sus verdes pimpollos
hasta las nubes levanta;
o cual vid de fruto llena
que con el olmo se abraza,
y sus vastagos extiende
al arbitrio de las ramas;
así entre sus compañeras
el nevado cuello alza,
sobresaliendo entre todas
cual fresca rosa entre zarzas.
Todos los ojos se lleva
tras sí, todo lo avasalla;
de amor mata a los pastores
y de envidia a las zagalas.
Ni las músicas se atienden,
ni se gozan las lumbradas;
que todos corren por verla
y al verla todos se abrasan.
¡Qué de suspiros se escuchan!
¡Qué de vivas y de salvas!
No hay zagal que no la admire
y no se esmere en loarla.
Cuál absorto la contempla
y a la aurora la compara
cuando más alegre sale
y el cielo de su albor baña;
cuál, al fresco y verde aliso
que crece al margen del agua
cuando más pomposo en hojas
en su cristal se retrata;
cuál, a la luna, si muestra
llena su esfera de plata,
y asoma por los collados
de luceros coronada.
Otros pasmados la miran
y mudamente la alaban,
y cuanto más la contemplan,
muy más hermosa la hallan;
que es como el cielo su rostro
cuando en la noche callada
brilla con todas sus luces
y los ojos embaraza.

¡Ay, qué de envidias se encienden!
 ¡Ay, qué de celos que causa
 en las serranas del Tormes
 su perfección sobrehumana!
 Las más hermosas la temen,
 mas sin osar murmurarla,
 que como el oro más puro
 no sufre una leve mancha.
 «Bien haya tu gentileza,
 una y mil veces bien haya,
 y abrase la envidia al pueblo
 hermosísima aldeana,
 Toda, toda eres perfecta,
 toda eres donaire y gracia,
 el amor vive en tus ojos
 y la gloria está en tu cara.
 La libertad me has robado,
 yo la doy por bien robada;
 mas recibe el don, benigna,
 que mi humildad te consagra.»
 Ésto un zagal le decía
 con razones mal formadas,
 que salió libre a los fuegos
 y volvió cautivo a casa.
 Y desde entonces perdido
 el día a sus puertas le halla;
 ayer le cantó esta letra
 echándole la alborada:

«Lindazagaleja
 de cuerpo gentil,
*muérome de amores
 desde que te vi.*

Tu talle, tu aseo,
 tu gala y donaire,
 no tienen, serrana,
 igual en el valle.
 Del cielo son ellos
 y tú un serafín:
*muérome de amores
 desde que te vi.*

De amores me muero,
 sin que nada baste

a darme la vida
 que allá te llevaste,
 si ya no te dueles,
 benigna, de mí:
*muérome de amores
 desde que te vi.*

MANUEL JOSÉ QUINTANA

(1772-1857)

A ESPAÑA, DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN
 DE MARZO

¿Qué era, decidme, la nación que un día
 reina del mundo proclamó el Destino,
 la que a todas las zonas extendía
 su cetro de oro y su blasón divino?
 Volábase a Occidente,
 y el vasto mar Atlántico sembrado
 se hallaba de su gloria y su fortuna.
 Doquiera España; en el preciado seno
 de América, en el Asia, en los confines
 del África, allí España. El soberano
 vuelo de la atrevida fantasía
 para abarcarla se cansaba en vano;
 la tierra sus mineros le rendía,
 sus perlas y coral el Océano.
 Y donde quier que revolver sus olas
 él intentase, a quebrantar su furia
 siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,
 abandonada a la insolencia ajena,
 como esclava en mercado, ya aguardaba

la ruda argolla y la servil cadena.
¡Qué de plagas, oh Dios! Su aliento impuro
la pestilente fiebre respirando,
infestó el aire, emponzoñó la vida;
la hambre enflaquecida
tendió los brazos lívidos, ahogando
cuanto el contagio perdonó; tres veces
de Jano el templo abrimos,
y a la trompa de Marte aliento dimos;
tres veces, ¡ay!, los dioses tutelares
su escudo nos negaron, y nos vimos
rotos en tierra y rotos en los mares.
¿Qué en tanto tiempo viste
por tus inmensos términos, oh Iberia?
¿Qué viste ya, sino funesto luto,
honda tristeza, sin igual miseria,
de tu vil servidumbre acerbo fruto?

Así, rota la vela, abierto el lado,
pobre bajel, a naufragar camina,
de tormenta en tormenta despeñado,
por los yermos del mar; ya ni en su popa
las guirnaldas se ven que antes le ornaban,
ni, en señal de esperanza y de contento,
la flámula riendo al aire ondea.
Cesó en su dulce canto el pasajero,
ahogó su vocerío
el ronco marinero,
terror de muerte en torno le rodea,
terror de muerte silencioso y frío;
y él va a estrellarse al áspero bajo.

Llega el momento, en fin; tiende su mano
el tirano del mundo al Occidente,
y fiero exclama: «El Occidente es mío.»
Bárbaro gozo en su ceñuda frente
resplandeció, como en el seno oscuro
de nube tormentosa en el estío
relámpago fugaz brilla un momento
que añade horror con su fulgor sombrío.
Sus guerreros feroces
con gritos de soberbia el viento llenan;
gimen los yunques, los martillos suenan;
arden las forjas. ¡Oh, vergüenza! ¿Acaso

pensáis que espadas son para el combate
las que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estiméis; grillos, esposas
cadenas son que en vergonzosos lazos
por siempre amarren tan inertes brazos.

Estremecióse España
del indigno rumor que cerca oía,
y al gran impulso de su justa saña
rompió el volcán que en su interior hervía.
Sus déspotas antiguos,
consternados y pálidos se esconden;
resuena el eco de venganza en torno,
y del Tajo las márgenes responden:
«¡Venganza!» ¿Dónde están, sagrado río,
los colosos de oprobio y de vergüenza
que nuestro bien en su insolencia ahogaban?
Su gloria fue, nuestro esplendor comienza;
y tú, orgulloso y fiero,
viendo que aún hay Castilla y castellanos,
precipitas al mar tus rubias ondas,
diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»

¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Oh celestial momento!
¿Con qué puede ya dar el labio mío
el nombre augusto de la patria al viento?
Yo le daré; mas no en el arpa de oro
que mi cantar sonoro
acompañó hasta aquí; no aprisionado
en estrecho recinto, en que se apoca
el numen en el pecho
y el aliento fatídico en la boca.
Desenterrad la lira de Tirteo,
y el aire abierto a la radiante lumbre
del sol, en la alta cumbre
del riscoso y pinífero Fuenfría,
allí volaré yo, y allí cantando
con voz que atruene en derredor la sierra,
lanzaré por los campos castellanos
los ecos de la gloria y de la guerra.

¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
único asilo y sacrosanto escudo
al ímpetu sañudo
del fiero Atila que a Occidente oprime!

¡Guerra, guerra, españoles! Es el Betis;
ved del Tercer Fernando alzarse airada
la augusta sombra; su divina frente
mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
blandir el Cid su centelleante espada,
y allá sobre los altos Pirineos,
del hijo de Jimena
animarse los miembros gigantes.
En torvo ceño y desdenosa pena,
ved cómo cruzan por los aires vanos;
y el valor exhalando que se encierra
dentro del hueco de sus tumbas frías,
en fiera y ronca voz pronuncian: «¡Guerra!»

¡Pues qué! ¿Con faz serena
vierais los campos devastar opimos,
eterno objeto de ambición ajena,
herencia inmensa que afanando os dimos?
Despertad, raza de héroes; el momento
llegó ya de arrojarse a la victoria:
que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
que vuestra gloria humille nuestra gloria.
No ha sido en el gran día
el altar de la patria alzado en vano
por vuestra mano fuerte.
Juradlo, ella os lo manda: «¡Antes la muerte
que consentir jamás ningún tirano!»

Sí, yo lo juro, venerables sombras;
yo lo juro también, y en este instante
ya me siento mayor. Dadme una lanza,
ceñidme el casco fiero y refulgente;
volemos al combate, a la venganza;
y el que niegue su pecho a la esperanza,
hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
de la devastación en su carrera
me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura
no se muere una vez? ¿No iré, expirando,
a encontrar nuestros ínclitos mayores?
«¡Salud, oh padres de la patria mía,
yo les diré, salud! La heroica España,
de entre el estrago universal y horrores
levanta la cabeza ensangrentada.

y vencedora de su mal destino,
vuelve dar a la tierra amedrentada
su cetro de oro y su blasón divino.»

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO

(1776-1852)

BLANCA FLOR

{CANCIÓN ROMÁNTICA}

¿A qué es puertas y ventanas
clavar con tanto rigor,
si de par en par abiertas
tengo las del corazón?

Así, con su madre a solas
lamenta su reclusión
la bella niña cenceña,
la del quebrado color,
de amargo llanto los ojos,
el pecho lleno de amor,
*y de par en par abiertas
las puertas del corazón.*

¡Madre, la mi madre, dice,
madre de mi corazón,
nunca yo al mundo naciera,
pues tan sin ventura soy!
Atended a las mis cuitas,
habed de mí compasión,
*y de par en par abridme
las puertas del corazón.*

Yo me levantara un día
cuando canta el ruiseñor,
el mes era de las flores,
a regar las del balcón.

Un caballero pasara
y me dijo: «¡Blanca Flor!»
*Y de par en par abrióme
las puertas del corazón.*

Si blanca, su decir dulce
colorada me paró;
yo callé, pero miréle,
¡nunca le mirara yo!
que de aquel negro mirar
me abrasó en llama de amor,
*y de par en par le abrí
las puertas del corazón.*

Otro día, a la alborada,
me cantara esta canción:
«¿Dónde estás, la blanca niña,
blanco de mi corazón?»
en laúd con cuerdas de oro
y de regalado son,
*que de par en par me abriera
las puertas del corazón.*

El es gallardo y gentil,
gala de la discreción;
si parla, encantan sus labios,
si mira, mata de amor;
y, cual si yo su sol fuera,
es mi amante girasol;
*y abrióme de par en par
las puertas del corazón.*

Yo le quiero bien, mi madre
(¡no me lo demande Dios!),
quírale de buen querer,
que de otra manera no.
Si el querer bien es delito,
muchas las culpadas son
*que de par en par abrieron
las puertas del corazón.*

Vos madre, mal advertida,
me claváis reja y balcón;
clavad, madre, norabuena,
mas de esto os aviso yo:
cada clavo que claváis
es una flecha de amor,

*que de par en par me pasa
las puertas del corazón.*

Yo os obedezco sumisa,
y no me asomo al balcón:
«¿Que no hable?» — Yo no hablo.
«¿Que no mire?» — ¡Miro yo?
Pero «que le olvide», madre...
madre mía, olvidar no,
*que de par en par le he abierto
las puertas del corazón.*

En fin, vos amasteis, madre;
señora abuela ríñój
mas por fin vos os velasteis,
y a la fin fin nací yo.
Si vos reñís, como abuela,
yo amo cual amasteis vos
*al que abrí de par en par
las puertas del corazón.*

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

(1787-1862)

EPÍSTOLA AL SEÑOR DUQUE DE FRÍAS CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU ESPOSA

(Fragmento)

Desde las tristes márgenes del Sena,
cubierto el cielo de apiñadas nubes,
de nieve el suelo, y de tristeza el alma,
salud te envía tu infeliz amigo,
a tí, ¡más infeliz...! y ni le arredra
el temor de tocar la cruda llaga,
que aún brota sangre, y de mirar tus ojos

bañarse en nuevas lágrimas... ¿Qué fuera,
si no llorara nada el hombre?... Yo mil veces
he bendecido a Dios, que nos dio el llanto
para aliviar el corazón, cual vemos
calmar la lluvia al mar tempestuoso.

Lora, pues, llora; otros amigos fieles,
de más saber y de mayor ventura,
de la estoica virtud en tus oídos
harán sonar la voz; yo, que en el mundo
del cáliz de amargura una vez y otra
apuré hasta las heces, no hallé nunca
más alivio al dolor que el dolor mismo:
luchando el alma y reluchando en vano,
hasta que ya cansada, sin aliento,
bajo el inmenso peso se rendía...

¿Lo crearás, *cara* amigo...? Llega tm tiempo
en que gastados del dolor los filos,
ese afán, esa angustia, esa congoja,
truécase al fin en plácida tristeza;
y en ella absorta, embebecida el alma,
repliégase en sí misma silenciosa,
y ni la dicha ni el placer envidia.

Tú dudas que así sea, y yo otras veces
lo dudé como tú; juzgaba eterna
mi profunda aflicción, y grave insulto
anunciarme que un tiempo fin tendría.
Y le tuvo: de Dios a los mortales
es ésta otra merced que así tan sólo,
entre tantas desdichas y miserias,
sufrir pudieran la cansada vida.

Espera, pues; da crédito a mis voces,
y fíate de mí... ¿Quién en el mundo
compró tan caro el triste privilegio
de hablar de la desdicha...? En tantos años,
¿viste un día siquiera, un solo día
en que no me mirases vil juguete
de un destino fatal, cual débil rama
que el huracán arranca y por los aires
la remonta un instante y contra el suelo
la arioja luego y la revuelca, impío...?

ROMANTICISMO

DUQUE DE RIVAS

(1791-1865)

UN CASTELLANO LEAL

ROMANCE PRIMERO

«Hola, hidalgos y escuderos
de mi alcurnia y mi blasón,
mirad como bien nacidos
de mi sangre y casa en pro,
esas puertas se defiendan;
que no ha de entrar, *vive* Dios,
por ellas quien no estuviere
más limpio que lo está el sol.

No profane mi palacio
un fermentado traidor
que contra su rey combate
y que a su patria vendió,
pues si él es de reyes primo,
primo de reyes soy yo,
y conde Benavente
si él es duque de Borbón,
llevándole de ventaja
que nunca jamás manchó
la traición mi noble sangre,
y haber nacido español.»

Así atronaba la calle
una ya cascada voz,
que de un palacio salía,
cuya puerta se cerró,
y a la que estaba a caballo
sobre un negro pisador,
siendo en su escudo las lisos,
más bien que timbre, baldón;
y de pajes y escuderos
llevando un tropel en pos
cubiertos de ricas galas,
el gran duque de Borbón;
el que lidiando en Pavía,
más que valiente, feroz,
gozóse en ver prisionero
a su natural señor,
y que a Toledo ha venido,
ufano de su traición,
para recibir mercedes
y ver al emperador.

ROMANCE SEGUNDO

En una anchurosa cuadra
del Alcázar de Toledo,
cuyas paredes adornan
ricos tapices flamencos,
al lado de una gran mesa,
que cubre de terciopelo,
napolitano tapete
con borlones de oro y flecos;
ante un sillón de respaldo
que, entre bordado arabesco,
los timbres de España ostenta
y el águila del imperio,
de pie estaba Carlos Quinto,
que en España era primero,
con gallardo y noble talle,
con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
viste tabardo tudesco,
de rubias martas orlado,
y desabrochado y suelto,
dejando ver un justillo
de raso jalde, cubierto
con primorosos bordados
y costosos sobrepuestos,
y la excelsa y noble insignia
del Toisón de Oro, pendiendo
de una preciosa cadena,
en la mitad de su pecho.

Un birrete de velludo
con un blanco airón, sujeto
por un joyel de diamantes
y un antiguo camafeo,
descubre por ambos lados,
tanta majestad cubriendo,
rubio, cual barba y bigote,
bien atusado el cabello.

Apoyada en la cadera
la potente diestra ha puesto,
que aprieta dos guantes de ámbar
y un primoroso mosquero,
y con la siniestra halaga
de un mastín muy corpulento,
blanco y las orejas rubias,
el ancho y carnoso cuello.

Con el Condestable insigne,
apaciguador del reino,
de los pasados disturbios
acaso está discurriendo;
o del trato que dispone
con el rey de Francia preso,
o de asuntos de Alemania,
agitada por Lutero,
cuando un tropel de caballos
oye venir a lo lejos
y ante el alcázar pararse,
quedando todo en silencio.

En la antecámara suena
rumor impensado luego,

ábrese al fin la mampara
y entra el de Borbón soberbio,
con el semblante de azufre
y con los ojos de fuego,
bramando de ira y de rabia
que enfrena mal el respeto;
y con balbuciente lengua,
y con mal borrado ceño,
acusa al de Benavente
un desagravio pidiendo.

Del español Condestable
latió con orgullo el pecho,
ufano de la entereza
de su esclarecido deudo.

Y aunque, advertido, procura
disimular cual discreto,
a su noble rostro asoman
la aprobación y el contento.

El Emperador un punto
quedó indeciso y suspenso,
sin saber qué responder
al francés de enojo ciego.

Y aunque en su interior se goza
con el proceder violento
del conde de Benavente,
de altas esperanzas lleno,
por tener tales vasallos,
de noble lealtad modelos,
y con los que el ancho mundo
será a sus glorias estrecho.

Mucho al de Borbón le debe
y es fuerza satisfacerlo;
le ofrece para calmarlo,
un desagravio completo.

Y llamando a un gentilhombre,
con el semblante severo,
manda que el de Benavente
venga a su presencia presto.

ROMANCE TERCERO

Sostenido por sus pajes
desciende de su litera
el conde de Benavente
del alcázar a la puerta.

Era un viejo respetable,
cuerpo enjuto, cara seca,
con dos ojos como chispas,
cargados de largas cejas,
y con semblante muy noble,
mas de gravedad tan seria,
que veneración de lejos
y miedo causa de cerca.

Eran su traje unas calzas
de púrpura de Valencia,
y de recamado ante
un colete a la leonesa.

De fino lienzo gallego
los puños y la gorguera,
unos y otra guarnecidos
con randas barcelonesas.

Un birretón de velludo
con su cintillo de perlas,
y el gabán de paño verde
con alamares de seda.

Tan sóio de Calatrava
la insignia española lleva;
que el Toisón ha despreciado
por ser orden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme,
sube por las escaleras,
y al verle, las alabardas
un golpe dan en la tierra.

Golpe de honor y de aviso
de que en el alcázar entra
un grande, a quien se le debe
todo honor y reverencia.

Al llegar a la antesala,
los pajes que están en ella
con respeto le saludan
abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el conde
sin que otro aviso preceda,
salones atravesando
hasta la cámara regia.

Pensativo está el monarca,
discurriendo cómo pueda
componer aquel disturbio
sin hacer a nadie ofensa.

Mucho al de Borbón le debe,
aún mucho más dél espera,
y al de Benavente mucho
considerar le interesa.

Dilación no admite el caso,
no hay quien dar consejo pueda,
y Villalar y Pavía
a un tiempo se le recuerdan.

En el sillón asentado
y el codo sobre la mesa,
al personaje recibe,
que comedido se acerca.

Grave el conde le saluda
con una rodilla en tierra,
mas como grande del reino
sin descubrir la cabeza.

El Emperador, benigno,
que alce del suelo le ordena,
y la plática difícil
con sagacidad empieza.

Y entre severo y afable
al cabo le manifiesta
que es el que a Borbón aloja
voluntad suya resuelta.

Con respeto muy profundo,
pero con la voz entera,
respóndele Benavente,
destocando la cabeza:

«Soy, señor, vuestro vasallo;
vois sois mi rey en la tierra;

a vos ordenar os cumple
de mi vida y de mi hacienda.

Vuestro soy, vuestra mi casa;
de mí disponed y de ella;
pero no toquéis mi honra
y respetad mi conciencia.

Mi casa Borbón ocupe,
puesto que es voluntad vuestra;
contamine sus paredes,
sus blasones envilezca;

que a mí me sobra en Toledo
donde vivir, sin que tenga
que rozarme con traidores,
cuyo solo aliento infesta.

Y en cuanto él deje mi casa,
antes de tornar yo a ella,
purificaré con fuego,
sus paredes y sus puertas.»

Dijo el conde, la real mano
besó, cubrió su cabeza
y retiróse bajando
a do estaba su litera.

Y a casa de un su pariente
mandó que le condujeran,
abandonando la suya
con cuanto dentro se encierra.

Quedó absorto Carlos Quinto
de ver tan noble firmeza
estimando la de España
más que la imperial diadema.

ROMANCE CUARTO

Muy pocos días el duque
hizo mansión en Toledo
del noble conde ocupando
los honrados aposentos.

Y la noche en que el palacio
dejó vacío, partiendo

con su séquito y sus pajes,
orgulloso y satisfecho,
turbó la apacible luna
un vapor blanco y espeso
que de las altas techumbres
se iba elevando y creciendo.

A poco rato tornóse
en humo confuso y denso,
que en nubarrones oscuros
ofuscaba el claro cielo.

Después, en ardientes chispas
y en un resplandor horrendo
que iluminaba los valles,
dando en el Tajo reflejos,
y al fin su furor mostrando
en embravecido incendio
que devoraba altas torres
y derrumbaba altos techos.

Resonaron las campanas,
conmovióse todo el pueblo,
de Benavente el palacio
presa de las llamas viendo.

El Emperador, confuso,
corre a procurar remedio,
en atajar tanto daño
mostrando tenaz empeño.

En vano todo; tragóse
tantas riquezas el fuego
a la lealtad castellana
levantando un monumento.

Aún hoy unos viejos muros
del humo y las llamas negros
recuerdan acción tan grande
en la famosa Toledo.

EL FARO DE MALTA

Envuelve al mundo extenso triste noche,
ronco huracán y borrascosas nubes
confunden y tinieblas impalpables
el cielo, el mar, la tierra.

Y tú invisible te alzas, en tu frente
ostentando de fuego una corona,
cual rey del caos, que refleja y arde
con luz de paz y vida.

En vano ronco el mar alza sus montes
y revienta a tus pies, do rebramante,
creciendo en blanca espuma, esconde y borra
el abrigo del puerto.

Tú, con lengua de fuego, «Aquí está», dices,
sin voz hablando al tímido piloto,
que como a numen bienhechor te adora,
y en ti los ojos clava.

Tiende apacible noche el manto rico,
que céfiro amoroso desenrolla,
recamado de estrellas y luceros,
por él rueda la luna.

Y entonces tú, de niebla vaporosa
vestido, dejas ver en formas vagas
tu cuerpo colosal, y tu diadema
arde al par de los astros.

Duerme tranquilo el mar; pérfido, esconde
rocas alevés, áridos escollos;
falso señuelo son, lejanas cumbres
engañan a las naves.

Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca;
tú, cuya inmoble posición indica
el trono de un monarca, eres su norte,
les adviertes su engaño.

Así de la razón arde la antorcha,
en medio del fulgor de las pasiones
o de alevés halagos de fortuna,
a los ojos del alma.

Desde refugio de la airada suerte
en esta escasa tierra que presides,
y grato albergue el cielo bondadoso
me concedió, propicio,
ni una vez sólo a mis pesares busco
dulce olvido del sueño entre los brazos
sin saludarte y sin tornar los ojos
a tu espléndida frente.

¡Cuántos, ay, desde el seno de los mares
al par los tornarán...! Tras larga ausencia
unos, que vuelven a su patria amada,
a sus hijos y esposa,
otros, prófugos, pobres, perseguidos,
que asilo buscan, cual busqué, lejano,
y a quienes que lo hallaron tu luz dice,
hospitaria estrella.

Arde, y sirve de norte a los bajeles,
que de mi patria, aunque de tarde en tarde,
me traen nuevas amargas y renglones
con lágrimas escritos.

Cuando la vez primera deslumbraсте
mis afligidos ojos, ¡cuál mi pecho,
destrozado y hundido en amarguras,
palpitó venturoso!

Del Lacio moribundo las riberas
huyendo inhospitables, contrastado
del viento y mar entre ásperos bajíos,
vi tu lumbre divina.

Viéronla como yo los marineros,
y, olvidando los votos y plegarias
que en las sordas tinieblas se perdían,
«¡¡Malta!! ¡¡Malta!!», gritaron;
y fuiste a nuestros ojos la aureola
que orna la frente de la santa imagen
en quien busca afanoso peregrino
la salud y el consuelo.

Jamás te olvidaré, jamás... Tan sólo
trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
la benéfica llama,

por la llama y los fúlgidos destellos
que lanza, reflejando al sol naciente,

el arcángel dorado que corona
de Córdoba la torre.

JOSÉ MARÍA HEREDIA

(1803-1839)

NIÁGARA

Dadme mi lira, dádmela, que siento
en mi alma estremecida y agitada
arder la inspiración. ¡Oh! ¡Cuánto tiempo
en tinieblas pasó, sin que mi frente
brillase con su luz...! Niágara undoso,
sola tu faz sublime ya podría
tornarme el don divino que ensañada
me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
tu trueno aterrador; disipa un tanto
las tinieblas que en torno te circundan,
y déjame mirar tu faz serena,
y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte; siempre
lo común y mezquino desdeñando,
ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
al retumbar sobre mi frente el rayo,
palpitando gocé; vi el Océano
azotado del austro proceloso
combatir mi bajel, y ante mis plantas
sus abismos abrir, y amé el peligro
y sus iras amé; mas su fiera
en mi alma no dejara
la profunda impresión que tu grandeza.

Corres sereno y majestuoso, y luego,
en ásperos peñascos quebrantado,

te abalanzas violento, arrebatado,
como el destino, irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
de la sirte rugiente
la aterradora faz? El alma mía
en vagos pensamientos se confunde
al contemplar la férvida corriente,
que en vano quiere la turbada vista
en su vuelo seguir al borde oscuro
del precipicio altísimo; mil olas,
cual pensamiento rápidas pasando,
chocan y se enfurecen,
y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
y entre espuma y fragor desaparecen.
Mas llegan..., saltan... El abismo horrendo
devora los torrentes despeñados
crúzanse en él mil iris, y asordados
vuelven los bosques el fragor tremendo,
Al golpe violentísimo en las peñas
rómpele el agua y salta, y una nube
de revueltos vapores
cubre el abismo en remolinos, sube,
gira en torno, y al cielo
cual pirámide inmensa se levanta,
y por sobre los bosques que le cercan
al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista,
con inquieto afanar? ¿Por qué no miro
alrededor de tu caverna inmensa,
las palmas, ¡ay!, las palmas deliciosas,
que en las llanuras de mi ardiente patria
nacen del sol a la sonrisa, crecen,
y al soplo de la brisa del Océano
bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...
Nada, ¡oh Niágara!, falta a tu destino,
ni otra corona que el agreste pino
a tu terrible majestad conviene.

La palma y mirto, y delicada rosa,
muelle placer inspiren y ocio blando
en frívolo jardín; a ti la suerte
guarda más digno objeto y más sublime.

El alma libre, generosa y fuerte
viene, te ve, se asombra,
menosprecia los frívolos deleites
y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Dios, Dios de la verdad!, en otros climas
vi monstruos execrables
blasfemando tu nombre sacrosanto,
sembrar error y fanatismo impío,
los campos inundar con sangre y llanto
de hermanos atizar la infanda guerra
y desolar frenéticos la tierra.

Vilos, y el pecho se inflamó a su vista
en grave indignación. Por otra parte,
vi mentidos filósofos, que osaban
escrutar tus misterios, ultrajarte,
y de impiedad al lamentable abismo
a los míseros hombres arrastraban.
Por eso siempre te buscó mi mente
en la sublime soledad; ahora
entera se abre a ti; tu mano siente
en esta inmensidad que me circunda,
y tu profunda voz baja a mi seno
de este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista mi ánimo enajena
y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
hace que al recibirte
no rebose en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
cubrió su faz de nubes agitadas,
dio su voz a tus aguas despeñadas
y ornó con su arco tu terrible frente.

Miro tus aguas que incansables corren,
como el largo torrente de los siglos
rueda en la eternidad: así del hombre
pasan volando los floridos días
y despierta el dolor... ¡Ay!, ya agotada
siento mi juventud, mi faz marchita,
y la profunda pena que me agita

ruja mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
mi mísero aislamiento, mi abandono,
mi lamentable desamor... ¿Podría
un alma apasionada y borrascosa
sin amor ser feliz...? ¡Oh! ¡Si una hermosa
digna de mí me amase
y de este abismo al borde turbulento
mi vago pensamiento
y mi andar solitario acompañase!
¡Cuál gozara al mirar su faz cubrirse
de leve palidez, y ser más bella
en su dulce terror, y sonreírse
al sostenerla en mis amantes brazos...!
¡Delirios de virtud...! ¡Ay!, des-terrado,
sin patria, sin amores,
sólo miro ante mí llanto y dolores.
¡Niágara poderoso!

Oye mi última voz; en pocos años
ya devorado habrá la tumba fría
a tu débil cantor. ¡Duren mis versos
cual tu gloria inmortal! Pueda, piadoso,
al contemplar tu faz algún viajero,
dar un suspiro a la memoria mía.
Y yo, al hundirse el sol en Occidente,
vuele gozoso do el Creador me llama,
y al escuchar los ecos de mi fama
alce en las nubes la radiosa frente.

JOSÉ DE ESPRONCEDA

(1808-1842)

CANTO A TERESA

DESCANSA EN PAZ

Bueno es el mundo, ¡bueno!, ¡bueno!, ¡bueno!
Como de Dios, al fin, obra maestra,
por todas partes de delicias lleno,
de que Dios ama al hombre hermosa muestra.
Salga la voz alegre de mi seno
a celebrar esta vivienda nuestra.
¡Paz a los hombres! ¡Gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

(*María*, por don Miguel de los Santos Alvarez.)

¿Por qué volvéis a la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido,
a aumentar la ansiedad y la agonía
de este desierto corazón herido?
¡Ay!, que de aquellas horas de alegría
le quedó al corazón sólo un gemido,
y el llanto que al dolor los ojos niegan
lágrimas son de hiél que el alma anegan.

¿Dónde volaron, ¡ay!, aquellas horas
de juventud, de amor y de ventura,
regaladas de músicas sonoras,
adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
sus alas de carmín y nieve pura,
al son de mi esperanza desplegando,
pasaban, ¡ay!, a mi alrededor cantando.

Corjeaban los dulces ruiseñores,

el sol iluminaba mi alegría,
el aura susurraba entre las flores,
el bosque mansamente respondía,
las fuentes murmuraban sus amores...
¡Ilusiones que llora el alma mía!
¡Oh! ¡Cuan suave resonó en mi oído
el bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entonces, cual guerrera nave
que el **puerto deja** por la vez primera,
y al soplo de los céfiros suave
orgullosa despliega su bandera,
y al mar dejando que a sus pies alabe
su triunfo en roncós cantos, va, velera,
una ola tras otra, bramadora,
hollandando y diviendo vencedora.

¡Ay!, en el mar del mundo, en ansia ardiente
de amor volaba; el sol de la mañana
llevaba yo sobre mi tersa frente,
y el alma pura de su dicha ufana;
dentro de ella, el amor, cual rica fuente
que entre frescuras y arboledas mana,
brotaba entonces abundante río
de ilusiones y dulce desvarío.

Yo **amaba todo**: un noble sentimiento
exaltaba mi ánimo y sentía
en mi pecho un secreto movimiento,
de grandes hechos generoso guía;
la libertad, con su inmortal aliento,
santa diosa, mi espíritu encendía,
continuo imaginando en mi fe pura
sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente
del noble Bruto, la constancia fiera
y el arrojado de Scévola valiente,
la doctrina de Sócrates severa,
la voz atronadora y elocuente
del orador de Atenas, la bandera
contra el tirano Macedonio alzando,
y al espantado pueblo arrebatando;
el valor y la fe del caballero;
del trovador el arpa y los cantares:
del gótico castillo el altanero

antiguo torreón, do sus pesares
cantó tal vez con eco lastimero,
¡ay!, arrancada de sus patrios lares,
joven cautiva al rayo de la luna,
lamentando su ausencia y su fortuna;
el dulce anhelo del amor que aguarda,
tal vez inquieto y con mortal recelo;
la forma bella que cruzó gallarda,
allá en la noche, entre medroso velo;
la ansiada cita que en llegar se tarda
al impaciente y amoroso anhelo,
la mujer y la voz de su dulzura,
que inspira al alma celestial ternura...

A un tiempo mismo en rápida tormenta
mi alma alborotaban de contino,
cual las olas que azota con violenta
cólera impetuoso torbellino;
soñaba el héroe ya, la plebe atenta
en mi voz escuchaba su destino;
ya el caballero, al trovador soñaba,
y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,
que el alma sólo, recogida, entiende,
un sentimiento misterioso y santo,
que del barro al espíritu desprende;
agreste, vago y solitario encanto
que en inefable amor el alma enciende,
volando tras la imagen peregrina
el corazón de su ilusión divina.

Yo, desterrado en extranjera playa,
con los ojos extáticos seguía
la nave audaz que en argentada raya
volaba al puerto de la patria mía;
yo, cuando en Occidente el sol desmaya,
solo y perdido en la arboleda umbría,
oír pensaba y armonioso acento
de una mujer al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo
de la mágica luna se colora,
del sol poniente al lánguido desmayo,
lejos entre las nubes se evapora;
sobre las cumbres que florece mayo,

brilla fugaz al despuntar la aurora,
cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
juega en las aguas del sereno río.
¡Una mujer! Deslizase en el cielo,
allá en la noche desprendida estrella.
Si aroma el aire recogió en el suelo,
es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
cruza la esfera, y que su planta huella,
y en la tarde la mar olas le ofrece
de plata y de zafir, donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,
mujer que nada dice a los sentidos,
ensueño de suavísima ternura
eco que regaló nuestros oídos;
de amor la llama generosa y pura
los goces dulces del amor cumplidos
que engalana la rica fantasía,
goces que avaro el corazón ansia.

¡Ay!, aquella mujer, tan sólo aquella,
tanto delirio a realizar alcanza,
y esa mujer, tan candida y tan bella,
es mentida ilusión de la esperanza;
es el alma que vivida destella
su luz al mundo cuando en él se lanza,
y el mundo con su magia y galanura,
es espejo no más de su hermosura.

Es el amor que al mismo amor adora,
el que creó las sílfides y ondinas,
la sacra ninfa que bordando mora
debajo de las aguas cristalinas;
es el amor, que, recordando, llora
las arboledas del Edén divinas;
amor de allí arrancado, allí nacido,
que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡Celestial anhelo!
¡Sentimiento purísimo! ¡Memoria
acaso triste de un perdido cielo,
quizá esperanza de futura gloria!
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!
¡Oh, qué mujer! ¡Qué imagen ilusoria
tan pura, tan feliz, tan placentera,

brindó el amor a mi ilusión primera...!

¡Oh, Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,
¡ah!, ¿dónde estáis, que no corréis a mares?
¿Por qué, por qué como en mejores días
no consoláis vosotras mis pesares?
¡Oh!, los que no sabéis las agonías
de un corazón que penas a millares,
¡ay!, desgarraron y que ya no llora,
¡piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh, dichosos mil veces, sí, dichosos
los que podéis llorar! y, ¡ay, sin ventura
de mí, que entre suspiros angustiosos
ahogar me siento en infernal tortura!
¡Retuércese entre nudos dolorosos
mi corazón, gimiendo de amargura!
También tu corazón, hecho pavesa,
¡ay! llegó a no llorar, ¡pobre Teresa!

¿Quién pensara jamás, Teresa mía,
que fuera eterno manantial de llanto
tanto inocente amor, tanta alegría,
tantas delicias y delirio tanto?

¿Quién pensara jamás llegase un día
en que perdido el celestial encanto
y caída la venda de los ojos,
cuanto diera placer causara enojos?

Aún parece, Teresa, que te veo
aérea como dorada mariposa,
ensueño delicioso del deseo,
sobre tallo gentil temprana rosa,
del amor venturoso devaneo,
angélica, purísima y dichosa,
y oigo tu voz dulcísima, y respiro
tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aún miro aquellos ojos que robaron
a los cielos su azul, y las rosadas
tintas sobre la nieve, que envidiaron
las de mayo serenas alboradas;
y aquellas horas dulces que pasaron
tan breves, ¡ay!, como después lloradas,
horas de confianza y de delicias,
de abandono y de amor y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,

y pasaba a la par nuestra ventura;
y nunca nuestras ansias las contaban,
tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura.
Las horas, ¡ay!, huyendo nos miraban,
llanto tal vez vertiendo de ternura;
que nuestro amor y juventud veían,
y temblaban las horas que vendrían.

Y llegaron, en fin; ¡oh!, ¿quién, impío
¡ay!, agostó la flor de tu pureza?
Tú fuiste un tiempo cristalino río,
manantial de purísima limpieza;
después torrente de color sombrío,
rompiendo entre peñascos y maleza,
y estanque, en fin, de aguas corrompidas,
entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caíste despeñado al suelo,
astro de la mañana luminoso?
Ángel de luz, ¿quién te arrojó del cielo
a este valle de lágrimas odioso?
Aún cercaba tu frente el blanco velo
del serafín, y en ondas fulguroso
rayos al mundo tu esplendor vertía,
y otro cielo el amor te prometía.

Mas, ¡ay!, que es la mujer ángel caído
o mujer nada más y lodo inmundado,
hermoso ser para llorar nacido,
o vivir como autómatas en el mundo.
Sí, que el demonio en el Edén perdido
abrasara con fuego del profundo
la primera mujer, y, ¡ay!, aquel fuego
la herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente,
que a fecundar el universo mana,
y en la tierra su límpida corriente
sus márgenes con flores engalana;
mas, ¡ay!, huid; el corazón ardiente,
que el agua clara por beber se afana,
lágrimas verterá de duelo eterno,
que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no queréis que llegue un día
en que, enredado en retorcidos lazos
el corazón, con bárbara porfía

luchéis por arrancároslo a pedazos;
en que al cielo en histérica agonía
frenéticos alcéis entrambos brazos,
para en vuestra impotencia maldecirle
y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años, ¡ay!, de la ilusión pasaron;
las dulces esperanzas que trajeron
con sus blancos ensueños se llevaron
y el porvenir de oscuridad vistieron;
las rosas del amor se marchitaron,
las flores en abrojos convirtieron,
y de afán tanto y tan soñada gloria
sólo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! ¡Al recordarte siento
un pesar tan intenso...! Embarga impío
mi quebrantada voz mi sentimiento,
y suspira tu nombre el labio mío;
para allí su carrera el pensamiento,
hiela mi corazón punzante frío,
ante mis ojos la funesta losa
donde, vil polvo, tu beldad reposa.

¡Y tú, feliz, que hallaste en la muerte
sombra a que descansar en tu camino,
cuando llegabas, mísera, a perderte
y era llorar tu único destino,
cuando en tu frente la implacable suerte
grababa de los reprobos el sino!
Feliz, la muerte te arrancó del suelo,
y, otra vez ángel, te volviste al cielo.

Roída de recuerdos de amargura,
árido el corazón, sin ilusiones*
la delicada flor de tu hermosura
ajaron del dolor los aquilones;
sola, y envilecida, y sin ventura,
tu corazón sacaron las pasiones;
tus hijos, ¡ay!, de ti se avergonzaron,
y hasta el nombre de madre te negaron.

Los ojos escaldados de tu llanto,
tu rostro cadavérico y hundido;
único desahogo en tu quebranto,
el histérico ¡ay! de tu gemido;
¿quién, quién pudiera en infortunio tanto

envolver tu desdicha en el olvido,
disipar tu dolor y recogerte
en su seno de paz? ¡Sólo la muerte!

¡Y tan joven, y ya tan desgraciada!
Espíritu indomable, alma violenta,
en tí, mezquina sociedad, lanzada
a romper tus barreras turbulenta.
Nave contra las rocas quebrantada,
allá vaga, a merced de la tormenta,
en las olas tal vez náufraga tabla,
que sólo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere
y está en mi corazón; un lastimero
tierno quejido que en el alma hiere,
eco suave de su amor primero;
¡ay!, de tu luz, en tanto yo viviere,
quedará un rayo en mí, blanco lucero,
que iluminaste con tu luz querida
la dorada mañana de mi vida.

Que yo, como una flor que en la mañana
abre su cáliz al naciente día,
¡ay!, al amor abrí tu alma temprana
y exalté tu inocente fantasía,
yo inocente también, ¡oh!, cuan ufana
al porvenir mi mente sonreía,
y en alas de mi amor, ¡con cuánto anhelo
pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,
en tus brazos en lánguido abandono,
de glorias y deleites rodeado
levantar para ti soñé yo un trono;
y allí, tú venturosa y yo a tu lado
vencer del mundo el implacable encono,
y en un tiempo, sin horas ni medida,
ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
áridos ni una lágrima brotaban;
cuando ya su color tus labios rojos"
en cárdenos matices se cambiaban;
cuando de tu dolor tristes despojos
la vida y su ilusión te abandonaban,
y consumía lenta calentura

tu corazón al par que tu amargura;
si en tu penosa y última agonía
volviste a lo pasado el pensamiento;
si comparaste a tu existencia un día
tu triste soledad y tu aislamiento;
si arrojó a tu dolor tu fantasía
tus hijos, ¡ay!, en tu postrer momento
a otra mujer tal vez acariciando,
madre tal vez a otra mujer llamando;

si el cuadro de tus breves glorias viste
pasar como fantástica quimera,
y si la voz de tu conciencia oíste
dentro de ti gritándote severa;
si, en fin, entonces tú llorar quisiste
y no brotó una lágrima siquiera
tu seco corazón, y a Dios llamaste,
y no te escuchó Dios y blasferriaste;

¡oh!, ¡cruel!, ¡muy cruel!, ¡martirio horrendo!
¡espantosa expiación de tu pecado!
¡Sobre un lecho de espinas maldiciendo,
morir, el corazón desesperado!
Tus mismas manos de dolor mordiendo,
presente a tu conciencia lo pasado,
buscando en vano, con los ojos fijos
y extendiendo tus brazos, a tus hijos.

¡Oh!, ¡cruel!, ¡muy cruel!... ¡Ay! Yo, entretanto,
dentro del pecho mi dolor oculto,
enjugo de mis párpados el llanto
y doy al mundo el exigido culto;
yo escondo con vergüenza mi quebranto,
mi propia pena con mi risa insulto,
y me divierto en arrancar del pecho
mi mismo corazón, pedazos hecho.

Gocemos, sí; la cristalina esfera
gira bañada en luz: ¡bella es la vida!
¿Quién a parar alcanza la carrera
del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera
los campos pinta en la estación florida;
truequese en risa mi dolor profundo,..
Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela,
un velero bergantín:
bajel pirata que llaman,
por su bravura el *Temido*,
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado; al otro, Europa;
y allá a su frente, Estambul.

«Navega, velero mío,
sin temor;
que ni enemigo navio,
ni tormenta, ni bonanza,
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.

Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
cien naciones
sus pendones
a mis pies.»

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*

«Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra;
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravio,
a quien nadie impuso leyes.

Y no hay playa
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor
que no sienta
mi derecho
y dé pecho
a mi valor.»

Que es mi barco mi tesoro...

«A la voz de " ¡Barco viene!"
es de ver

cómo vira y se previene
a todo trapo escapar;
que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.

En las presas
yo divido
lo cogido
por igual;
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.»

Que es mi barco mi tesoro...

«¡Sentenciado estoy a muerte!

Yo me río;
no me abandone la suerte
y al mismo que me condena
colgaré de alguna entena,
quizá en su propio navio.

Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo

como un bravo
sacudí.»

Que es mi barco mi tesoro...

«Son mi música mejor
aquilones;

el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

Y del trueno
aí son violento
y del viento
al rebramar
yo me duermo
sosegado,
arrullado
por la mar.»

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*

HIMNO A LA INMORTALIDAD

¡Salve, llama creadora del mundo,
lengua ardiente de eterno saber,
puro germen, principio fecundo
que encadenas la muerte a tus pies!

Tú la inerte materia espoleas,
tú la ordenas juntarse y vivir,
tú su lodo modelas, y creas
miles seres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano
vencedora la muerte tal vez;
de sus restos levanta tu mano
nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas,
tú revistes los cielos de azul,
tú la luna en las sombras argentadas,
tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,
verde pompa a los árboles das,
melancólica música al río,
ronco grito a las olas del mar.

Tú el aroma en las flores exhalas,
en los valles suspiras de amor,
tú murmuras del aura en las alas,
en el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra
en arroyos de hirviente metal;
tú abrillantas la perla que encierra
en su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes extiendes,
negro manto que agita Aquilón;
con tu aliento los aires enciendes,
tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,
manantial sempiterno del bien;
luz del mismo Hacedor desprendida,
juventud y hermosura es tu ser.

Tú eres fuerza secreta que el mundo
en sus ejes impulsa a rodar;
sentimiento armonioso y profundo
de los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan
incansables artifices son,
del espíritu ardiente cincelan
y embellecen la estrecha prisión.

Tú, en violento, veloz torbellino,
los empujas enérgica, y van;
y adelante en tu raudo camino
a otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,
desaparecen y llegan sin fin,
y en su eterno trabajo se alcanzan,
y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean
en tu inmenso taller sin cesar,

y en la tosca materia golpean,
y redobla el trabajo su afán.
De la vida en el hondo Océano
flota el hombre en perpetuo vaivén,
y derrama abundante su mano
la creadora semilla en su ser.

Hombre débil, levanta la frente,
pon tu labio en su eterno raudal;
tú serás como el sol en Oriente;
tú serás, como el mundo, inmortal.

LA DESESPERACIÓN

(Atribuída a José de Espronceda)

Me gusta ver el cielo
con negros nubarrones
y oír los aquilones
horrísonos bramar,
me gusta ver la noche
sin luna y sin estrellas,
y sólo las centellas
la tierra iluminar.

Me agrada un cementerio
de muertos bien relleno,
manando sangre y cieno
que impida el respirar,
y allí un sepulturero
de tétrica mirada
con mano despiadada
los cráneos machacar.

Me alegra ver la bomba
caer mansa del cielo,
e inmóvil en el suelo,
sin mecha al parecer,
y luego embravecida

que estalla y que se agita
y rayos mil vomita
y muertos por doquier.

Que el trueno me despierte
con su ronco estampido,
y al mundo adormecido
le haga estremecer,
que rayos cada instante
caigan sobre él sin cuento,
que se hunda el firmamento
me agrada mucho ver.

La llama de un incendio
que corra devorando
y muertos apilando
quisiera yo encender;
tostarse allí un anciano,
volverse todo tea,
y oír como chirrea
¡qué gusto!, ¡qué placer!

Me gusta una campiña
de nieve tapizada,
de flores despojada,
sin fruto, sin verdor,
ni pájaros que canten,
ni sol haya que alumbre
y sólo se vislumbre
la muerte en derredor.

Allá, en sombrío monte,
solar desmantelado,
rae place en sumo grado
la luna al reflejar,
moverse las veletas
con áspero chirrido
igual al alarido
que anuncia el expirar.

Me gusta que al Averno
lleven a los mortales
y allí todos los males
les hagan padecer;
les abran las entrañas,
les rasguen los tendones,
rompan los corazones

sin de ayes caso hacer.

Insólita avenida
que inunda fértil vega,
de cumbre en cumbre llega,
y arrasa por doquier;
se lleva los ganados
y las vides sin pausa,
y estragos miles causa,
¡qué gusto!, ¡qué placer!

Las voces y las risas,
el juego, las botellas,
en torno de las bellas
alegres apurar;
y en sus lascivas bocas,
con voluptuoso halago,
un beso a cada trago
alegres estampar.

Romper después las copas,
los platos, las barajas,
y abiertas las navajas,
buscando el corazón;
oír luego los brindis
mezclados con quejidos
que lanzan los heridos
en llanto y confusión.

Me alegra oír al uno
pedir a voces vino,
mientras que su vecino
se cae en un rincón;
y que otros ya borrachos,
en trino desusado,
cantan al dios vendado
impúdica canción.

Me agradan las queridas
tendidas en los lechos,
sin chales en los pechos
y flojo el cinturón,
mostrando sus encantos,
sin orden el cabello,
al aire el muslo bello...
¡Qué gozo!, ¡qué ilusión!

EL ARREPENTIMIENTO

(Atribuida a José de Espronceda)

A MI MADRE

Triste es la vida cuando piensa el alma,
triste es vivir si siente el corazón;
nunca se goza de ventura y calma
si se piensa del mundo en la ficción.

No hay que buscar del mundo los placeres,
pues que ninguno existe en realidad;
no hay que buscar amigos ni mujeres,
que es mentira el placer y la amistad.

Es inútil que busque el desgraciado
quien quiera su dolor con él partir;
sordo el mundo, le deja abandonado
sin aliviar su mísero vivir.

La virtud y el honor, sólo de nombre
existen en el mundo engañador;
un juego la virtud es para el hombre;
un fantasma, no más, es el honor.

No hay que buscar palabras de ternura,
que le presten al alma algún solaz;
no hay que pensar que dure la ventura,
que en el mundo el placer siempre es fugaz.

Esa falsa deidad que llaman gloria
es del hombre tan sólo una ilusión,
que siempre está patente en su memoria
halagando, traidora, el corazón.

Todo es mentira lo que el mundo encierra,
que el niño no conoce, por su bien;
entonces la niñez sus ojos cierra,
y un tiempo a mí me los cerró también.

En aquel tiempo el maternal cariño
como un Edén el mundo me pintó;
yo lo miré como lo mira un niño,
y mejor que un Edén me pareció.

Lleno lo vi de fiestas y jardines,
donde tranquilo imaginé gozar;
oí cantar pintados colorines
y escuché de la fuente el murmurar.

Yo apresaba la blanca mariposa,
persiguiéndola ansioso en el jardín,
bien al parar en la encarnada rosa
o al posarse después en el jazmín.

Miraba al sol, sin que jamás su fuego
quemase mis pupilas ni mi tez;
que entonces lo miré con el sosiego
y con la paz que infunde la niñez.

Mi vida resbalaba entre delicias
prodigadas, ¡oh madre!, por tu amor.
¡Cuántas veces, entonces, tus caricias
acallaron mi llanto y mi clamor!

¡Cuántas veces, durmiendo en tu regazo,
en pájaros y flores yo soñé!
¡Cuántas me diste, oh madre, un tierno abrazo
porque alegre y risueño te miré!

Mis caricias pagaste con exceso,
como pagan las flores al abril;
mil besos, ¡ay!, me dabas por un beso,
por un abrazo tú me dabas mil,

Pero yo te abandoné
por seguir la juventud;
en el mundo me interné,
y al primer paso se fue
de la infancia la quietud;

que aunque tu voz me anunciaba
los escondidos abrojos
del camino que pisaba,
mi oído no te escuchaba
ni te miraban mis ojos.

¡Sí, madre! Yo no creí
que fuese cierto tu aviso;
tan hechizado lo vi,
que al principio para mí

era el mundo un paraíso.

Así viví sin temor,
disfrutando los placeres
del mundo tan seductor;
en él encontré el amor
al encontrar las mujeres.

Mis oídos las oyeron,
y mis ojos las miraron,
y ángeles me parecieron;
mis ojos, ¡ay!, me engañaron
y mis oídos mintieron.

Entre placeres y amores
fueron pasando mis años
sin recelo ni temores,
mi corazón sin engaños
y mi alma sin dolores.

Mas hoy ya mi corazón
por su bien ha conocido
de los hombres la traición
y mi alma ha descornado
el velo de la ilusión.

Ayer vi el mundo risueño
y hoy triste lo miro ya;
para mí no es halagüeño;
mis años han sido un sueño
que disipándose va.

Por estar durmiendo ayer,
de este mundo la maldad
ni pude ni quise ver,
ni del amigo y mujer
conocí la falsedad.

Por el sueño, no miraron
mis ojos teñido un río
de sangre, que derramaron
hermanos que se mataron
llevados de un desvarío.

Por el sueño, madre mía,
del porvenir, sin temor,
ayer con loca alegría
entonaba en una orgía
cantos de placer y amor.

Por el sueño fui perjuro

con las mujeres allí;
y en lugar de tu amor puro,
amor frenético, impuro,
de impuros labios bebí.

Mi corazón fascinaste
cuando me ofreciste el bien;
pero (¡oh mundo!), me engañaste
porque en infierno trocaste
lo que yo juzgaba Edén.

Tú me mostraste unos seres
con rostros de querubines
y con nombres de mujeres,
tú me brindaste placeres
en ciudades y festines.

Tus mujeres me engañaron,
que al brindarme su cariño
en engañarme pensaron
y sin compasión jugaron
con mi corazón de niño.

En tus pueblos no hay clemencia,
la virtud no tiene abrigo;
por eso con insolencia
los ricos, en su opulencia,
escarnecen al mendigo.

Y en vez de arroyos y flores
y fuentes y ruiseñores,
se escuchan en tus jardines
los gritos y los clamores
que salen de los festines.

Por eso perdí el reposo
de mis infantiles años;
dime, mundo peligroso,
¿por qué siendo tan hermoso
contienes tantos engaños?

Heme a tus pies llorando arrepentido,
fría la frente y seco el corazón;
¡ah!, si supieras cuánto he padecido,
me tuvieras, ¡oh madre!, compasión.

No te admires de hallarme en este estado,
sin luz los ojos, sin color la tez;
porque mis labios, ¡ay!, han apurado
el cáliz del dolor hasta la hez.

¡Que es veneno el amor de las mujeres
que en el mundo, gozoso, yo bebí!
Pero, a pesar de todos los placeres,
jamás pude olvidarme yo de ti.

Siempre, extasiado, recordó mi mente
aquellos días de ventura y paz
que a tu lado viví tranquilamente
ajeno de este mundo tan falaz.

Todo el amor que tiene es pasajero,
nocivo, receloso, engañador;
no hay otro, no, más puro y verdadero
que dure más que el maternal amor.

Vuelve, ¡oh madre!, a mirarme con cariño;
tus caricias y halagos tórname;
yo de ti me alejé, pero era un niño,
y el mundo me engañó, ¡perdóname!

Yo pagaré tu amor con el exceso
con que pagan las flores al abril;
mil besos te daré por sólo un beso,
por un abrazo yo te daré mil.

Dejemos que prosigan engañando
los hombres y mujeres a la par;
de nuestro amor sigamos disfrutando
en sus engaños, madre, sin pensar.

Porque es triste vivir si piensa el alma,
y mucho más si siente el corazón;
nunca se goza de ventura y calma
si se piensa del mundo en la ficción.

GABRIEL GARCÍA TASSARA

(1817-1875)

HIMNO AL MESÍAS

Baja otra vez al mundo,
¡baja otra vez, Mesías!
De nuevo son los días
de tu alta vocación;
y en su dolor profundo
ía humanidad entera
el nuevo oriente espera
de un sol de redención.

Corrieron veinte edades
desde el supremo día
que en esta cruz te vía
morir Jerusalén;
y nuevas tempestades
surgieron y bramaron,
de aquellas que asolaron
al primitivo Edén.

De aquellas que le ocultan
al hombre su camino
con ciego torbellino
de culpa y expiación;
de aquellas que sepultan
en hondos cautiverios
cadáveres de imperios
que fueron y no son.

Sereno está en la esfera
el sol del firmamento:
la tierra en su cimiento,
inconmovible está;

la blanca primavera,
con su gentil abrazo,
fecunda el gran regazo
que flor y fruto da.

Mas, ¡ay!, que de las almas
el sol yace eclipsado;
mas, ¡ay!, que ha vacilado
el polo de la fe;
mas, ¡ay!, que ya tus palmas
se vuelven al desierto;
no creen, no, en el huerto
del que tu pueblo fue.

Tiniebla es ya la Europa,
ella agotó la ciencia,
maldijo su creencia,
se apacentó con hiél;
y rota ya la copa
en que su fe bebía,
se alzaba y te decía:
«¡Señor!, yo soy Luzbel.»

Mas, ¡ay!, que contra el cielo
no tiene el hombre rayo,
y en súbito desmayo
cayó de ayer a hoy;
y en son de desconsuelo,
y en llanto de impotencia,
hoy clama en tu presencia:
«Señor, tu pueblo soy.»

No es, no, la Roma atea
que entre aras derrocadas
despide a carcajadas
los dioses que se van:
es la que, humilde rea,
baja a las catacumbas
y palpa entre las tumbas
los tiempos que vendrán.

Todo, Señor, diciendo
está los grandes días
de luto y agonías,
de muerte y orfandad
que, del pecado horrendo
envuelta en eí sudario,

pasa por un calvario
la ciega humanidad.

Baja, ¡oh Señor!, no en vano
siglos y siglos vuelan;
los siglos nos revelan
con misteriosa luz
el infinito arcano
y la virtud encierra,
trono de cielo y tierra,
tu sacrosanta cruz.

Toda la historia humana,
¡Señor!, está en tu nombre:
tú fuiste Dios del hombre,
Dios de la humanidad.
Tu sangre soberana
es su Calvario eterno;
tu triunfo del infierno
es su inmortalidad.

¿Quién dijo, Dios clemente,
que tú no volverías,
y a horribles gemonías,
y a eterna perdición,
condena a esta doliente
raza del ser humano
que espera de tu mano
su nueva salvación?

Sí, tú vendrás. Vencidos
serán con nuevo ejemplo
los que del santo templo
apartan a tu grey.
Vendrán, y confundidos
caerán con los ateos
los nuevos fariseos
de la caduca ley.

¿Quién sabe si ahora mismo
entre alaridos tantos
de tus profetas santos
la voz no suena ya?
Ven, saca del abismo
a un pueblo moribundo;
Luzbel ha vuelto al mundo
y Dios, ¿no volverá?

¡Señor! En tus juicios
la comprensión se abisma;
mas es siempre la misma
del Gólgota la voz.
Fatídicos auspicios
resonarán en vano;
no es el destino humano
la humanidad sin Dios.

Ya pasarán los siglos
de la tremenda prueba;
¡ya nacerás, luz nueva
de la futura edad!
Ya huiréis, ¡negros vestigios
de los antiguos días!
Ya volverás, ¡Mesías!,
en gloria y majestad.

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

(1814-1873)

AMOR Y ORGULLO

Un tiempo, hollaba por alfombra rosas,
y nobles vates, de mentidas diosas
prodigábanme nombres;
mas yo, altanera, con orgullo vano,
cual águila real a vil gusano
contemplaba a los hombres.

Mi pensamiento —en temerario vuelo-
ardiente osaba demandar al cielo
objeto a mis amores;
y, si a la tierra con desdén volvía

triste mirada, mi soberbia impía
marchitaba sus flores.

Tal vez por un momento, caprichosa,
entre ellas revolé cual mariposa,
sin fijarme en ninguna;
pues el místico bien siempre anhelante,
clamaba en vano, como tierno infante
quiere abrazar la luna.

Hoy, despeñada de la excelsa cumbre
do osé mirar del sol la ardiente lumbre
que fascinó mis ojos,
cual hoja seca al raudito torbellino,
cedo al poder del áspero destino...
¡Me entrego a sus antojos!

Cobarde corazón, que el nudo estrecho
gimiendo sufres, dime: ¿qué se ha hecho
tu presunción altiva?

¿Qué mágico poder, en tal baja
trocando ya tu indómita fiera,
de libertad te priva?

¡Mísero esclavo de tirano dueño,
tu gloria fue cual mentiroso sueño,
que con las sombras huye!
Di, ¿qué se hicieron ilusiones tantas
de necia vanidad, débiles plantas
que el aquilón destruye?

En hora infausta a mi feliz reposo,
¿no dijiste soberbio y orgulloso:
«Quién domará mi brío?

¡Con mi solo poder haré, si quiero,
mudar de rumbo al céfiro ligero
y arder al mármol frío!»

¡Funesta ceguedad! ¡Delirio insano!,
te gritó la razón... Mas, ¡cuan en vano
te advirtió tu locura!

Tú mismo te forjaste la cadena,
que a servidumbre eterna te condena,
y a duelo y amargura.

Los lazos caprichosos que otros días
—por pasatiempo— a tu placer tejías,
fueron de seda y oro;
los que ahora rinden tu valor primero

son eslabones de pesado acero,
templados con tu lloro.

¿Qué esperaste, ¡ay de ti!, de un pecho helado
de inmenso orgullo y presunción hinchado,
de víboras nutrido?

Tú —que anhelabas tan sublime objeto—,
¿cómo al capricho de un mortal sujeto
te arrastras abatido?

¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,
que por flores tomé duros abrojos,
y por oro la arcilla... ?

¡Del torpe engaño ruis rivales ríen,
y mis amantes, ¡ay!, tal vez se engríen
del yugo que me humilla!

¿Y tú lo sufres, corazón cobarde?
¿Y de tu servidumbre haciendo alarde
quieres ver en mi frente
el sello del amor que te devora...?

¡ Ah! Velo, pues, y búrlese en buen hora
de mi baldón la gente.

¡Salga del pecho —requemando el labio—
el caro nombre, de mi orgullo agravio,
de mi dolor susLento!

¿Escrito no le ves en las estrellas
y en la luna apacible, que con ellas
alumbraba el firmamento?

¿No le oyes de las auras al murmullo?
¿No le pronuncia —en gemido arrullo—
la tórtola amorosa?

¿No resuena en los árboles, que el viento
halaga con pausado movimiento
en esa selva hojosa?

De aquella fuente entre las claras linfas,
¿no le articulan invisibles ninfas
con eco lisonjero?

¿Por qué callar el nombre que te inflama,
si aun el silencio tiene voz, que aclama
ese nombre que quiero?

Nombre que un alma lleva por despojo,
nombre que excita con placer enojo,
y con ira ternura;
nombre más dulce que el primer cariño

de joven madre al inocente niño,
copia de su hermosura;
y más amargo que el adiós postrero
que al suelo damos, donde el sol primero
alumbró nuestra vida,
nombre que halaga y halagando mata;
nombre que hiere —como sierpe ingrata—
al pecho que le anida.

¡No, no lo envíes, corazón, al labio!
¡Guarda tu mengua con silencio sabio!
¡Gimnin, guarda tu mengua!
¡Callad también vosotras, auras, fuente,
trémulas hojas, tórtola doliente,
como calla mi lengua!

JOSÉ ZORRILLA

(1817-1893)

LA CARRERA DE AL-HAMAR

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvaje,
ganando a saltos locos la tierra desigual,
salvando de los brezos el áspero ramaje,
a riesgo de la vida de su jinete real.
El, con entrambas manos, le recogió el rendaje
hasta que el rudo belfo tocó con el petral;
mas todo en vano, ciego, gimiendo de coraje,
indómito al escape, tendióse el animal.

Las matas, los collados, las peñas, los arroyos
las zarzas y los troncos que el viento descuajó,
los calvos pedregales, los cenagosos hoyos
que el paso de las aguas del temporal formó,
sin aflojar un punto ni tropezar incierto,

cual si escapara en circo a la carrera abierto,
cual hoja que arrebatan los vientos del desierto
el desbocado potro veloz atravesó.

Y matas y peñas, vallados y troncos
en rápida, loca, confusa ilusión,
del viento a los silbos, ya agudos, ya roncros,
pasaban al lado del suelto bridón.
Pasaban huyendo, cual vagas quimeras
que forja el delirio, febriles, ligeras,
risueñas o torvas, mohinas o fieras,
girando, bullendo, rodando en montón.

Del álamo blanco las ramas tendidas,
las copas ligeras de palmas y pinos,
las varas revueltas de zarzas y espinos,
las yedras colgadas del brusco peñón,
medrosas fingiendo visiones perdidas,
gigantes y monstruos de colas torcidas,
de crespas melenas al viento tendidas,
pasaban en larga, fatal procesión.

Pasaban, sueños pálidos, antojos
de la ilusión; fantásticos e informes
abortos del pavor; mudas y enormes
masas de sombra sin color ni faz.
Pasaban de Al-hamar ante los ojos,
pasaban aturdiendo su cabeza
con diabólico impulso y ligereza,
en fatigosa hilerera pertinaz...

CORRIENDO VAN POR LA VEGA

Corriendo van por la vega
a las puertas de Granada
hasta cuarenta gómeles
y el capitán que los manda.

Al entrar en la ciudad,
parando su yegua blanca,
le dijo éste a una mujer

que entre sus brazos lloraba:
«Enjuga el llanto, cristiana
no me atormentes así,
que tengo yo, mi sultana,
un nuevo Edén para ti.

Tengo un palacio en Granada,
tengo jardines y flores,
tengo una fuente dorada
con más de cien surtidores,
y en la vega del Genil
tengo parda fortaleza,
que será reina entre mil
cuando encierre tu belleza.

Y sobre toda una orilla
extiendo mi señorío;
ni en Córdoba ni en Sevilla
hay un parque como el mío.

Allí la altiva palmera
y el encendido granado,
junto a la frondosa higuera,
cubren el valle y collado.

Allí el robusto nogal,
allí el nópalo amarillo,
allí el sombrío moral
crecen al pie del castillo.

Y olmos tengo en mi alameda
que hasta el cielo se levantan
y en redes de plata y seda
tengo pájaros que cantan.

Y tú mi sultana eres,
que desiertos mis salones
están, mi harén sin mujeres,
mis oídos sin canciones.

Yo te daré terciopelos
y perfumes orientales;
de Grecia te traeré velos
y de Cachemira chales.

Y te dará blancas plumas
para que adornes tu frente,
más blanca que las espumas
de nuestros mares de Oriente.

Y perlas para el cabello,

y baños para el calor,
y collares para el cuello;
para los labios... ¡amor!»

«¿Qué me valen tus riquezas
—respondióle la cristiana—,
si me quitas a mi padre,
mis amigos y mis damas?

Vuélveme, vuélveme, moro
a mi padre y a mi patria,
que mis torres de León
valen más que tu Granada.»

Escuchóla en paz el moro,
y manoseando su barba,
dijo como quien medita,
en la mejilla una lágrima:
«Si tus castillos mejores
que nuestros jardines son,
y son más bellas tus flores,
por ser tuyas, en León,
y tú diste tus amores
a alguno de tus guerreros,
hurí del Edén, no llores;
vete con tus caballeros.»

Y dándole su caballo
y la mitad de su guardia,
el capitán de los moros
volvió en silencio la espalda.

DUEÑA DE LA NEGRA TOCA

Dueña de la negra toca,
la del morado monjil,
por un beso de tu boca
diera a Granada Boabdil.

Diera la lanza mejor

del Zenete más bizarro,
y con su fresco verdor
toda una orilla del Darro.

Diera la fiesta de toros
y, si fueran en sus manos,
con la zambra de los moros
el valor de los cristianos.

Diera alfombras orientales,
y armaduras y pebetes,
y diera... ¡que tanto vales!,
hasta cuarenta jinetes.

Porque tus ojos son bellos,
porque la luz de la aurora
sube al Oriente desde ellos,
y el mundo su lumbre dora.

Tus labios son un rubí,
partido por gala en dos...
Le arrancaron para ti
de la corona de Dios.

De tus labios, la sonrisa,
la paz de tu lengua mana...
leve, aérea, como brisa
de purpurina mañana.

¡Oh, qué hermosa nazarena
para un harén oriental,
suelta la negra melena
sobre el cuello de cristal,
en lecho de terciopelo,
entre una nube de aroma,
y envuelta en el blanco velo
de las hijas de Mahoma!

Ven a Córdoba, cristiana,
sultana serás allí,
y el sultán será, ¡oh sultana!,
un esclavo para ti.

Te dará tanta riqueza,
tanta gala tunecina,
que ha de juzgar tu belleza
para pagarle, mezquina.

Dueña de la negra toca,
por un beso de tu boca
diera un reino Boabdil;

y yo por ello, cristiana,
te diera de buena gana
mil cielos, si fueran mil.

A BUEN JUEZ, MEJOR TESTIGO

TRADICIÓN DE TOLEDO

I

Entre pardos nubarrones
pasando la blanca luna,
con resplandor fugitivo,
la baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
juguetona no murmura,
y las veletas no giran
entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
la opaca atmósfera cruza,
y unas en otras las sombras
confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
un momento se columbran,
como lanzas de soldados
apostados en la altura.
Reverberan los cristales
la trémula llama turbia,
y un instante entre las rocas
riela la fuente oculta.
Los álamos de la Vega
parecen en la espesura
de fantasmas apiñados
medrosa y gigante turba;
y alguna vez desprendida

gotea pesada lluvia,
que no despierta a quien duerme,
ni a quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
entre las sombras confusa,
y el Tajo a sus pies pasando
con pardas ondas lo arrulla.
El monótono murmullo
sonar perdido se escucha,
cual si por las hondas calles
hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
cuando a lo lejos susurran
los álamos que se mecen,
las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
que el sueño del triste endulzan,
y en tanto que sueña el triste,
no le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
como la noche que enluta
la esquina en que desemboca
una callejuela oculta,
se ve de un hombre que guarda
la vigilante figura,
y tan a la sombra vela
que entre las sombras se ofusca.
Frente por frente a sus ojos
un balcón a poca altura
deja escapar por los vidrios
la luz que dentro le alumbraba;
mas ni en el claro aposento,
ni en la callejuela oscura
el silencio de la noche
rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,
que pudiera haberse duda
de si es hombre, o solamente
mentida ilusión nocturna;
pero es hombre, y bien se ve,
porque con planta segura,
ganando el centro a la calle,

resuelto y audaz pregunta:
«¿Quién va?», y a corta distancia
el igual compás se escucha
de un caballo que sacude
las sonoras herraduras.
«¿Quién va?», repite, y cercana
otra voz menos robusta
responde: «Un hidalgo, ¡calle!»
Y el paso el bulto apresura,
«Téngase el hidalgo», el hombre
replica, y la espada hirviente.
«Ved más bien si me haréis calle,
repitieron con mesura,
que hasta hoy a nadie se tuvo
I van de Vargas y Acuña.»
«Pase el Acuña y perdónese»,
dijo el mozo en faz de fuga,
pues, teniéndose el embozo,
sopla un silbato y se oculta.
Paró el jinete a una puerta,
y con precaución difusa
salió una niña al balcón
que llama interior alumbraba.
«¡Mí padre!», clamó en voz baja,
y el viejo en la cerradura
metió la llave pidiendo
a sus gentes que le acudían.
Un negro por ambas bridas,
tomó la cabalgadura,
cerróse detrás la puerta
y quedó la calle muda.
En esto desde el balcón,
como quien tal acostumbra,
un mancebo por las rejas
de la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
hizo cara a Iván de Acuña,
y huyeron en el embozo
velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena
pasa la siguiente tarde,
y el sol tocando su ocaso
apaga su luz gigante;
se ve la imperial Toledo
dorada por los remates,
como una ciudad de grana
coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
sus anchos cimientos lame,
dibujando en las arenas
las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
en las ondas desiguales,
como en prendas de que el río
tan afanoso la bañe.
A lo lejos en la Vega
tiende galán por sus márgenes,
de sus álamos y huertos
el pintoresco ropaje;
y porque su altiva gala
más a los ojos halague,
la salpica con escombros
de castillos y de alcázares.
Un recuerdo en cada piedra
que toda una historia vale,
cada colina un secreto
de príncipes o galanes.
Aquí se bañó la hermosa
por quien dejó un rey culpable
amor, fama, reino y vida
en manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
a su receloso amante,
en esa cuesta que entonces
era un plantel de azahares.
Allá por aquella torre
que hicieron puerta los árabes,

subió el Cid sobre *Babieca*
con su gente y su estandarte.
Más lejos se ve el castillo
de San Servando, o Cervantes,
donde nada se hizo nunca
y nada al presente se hace.
A este lado está la almena
por do sacó vigilante
el conde don Peranzules
al rey, que supo una tarde
fingir tan tenaz modorra,
que, político y constante,
tuvo siempre el brazo quedo
las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
gran cifra de un pueblo grande,
y aquí la antigua basílica
de bizantinos pilares,
que oyó en el primer concilio
las palabras de los Padres
que velaron por la Iglesia
perseguida o vacilante.
La sombra en este momento
tiende sus turbios cendales
por todas esas memorias
de las pasadas edades;
y del Cambrón y Bisagra
los caminos desiguales,
camino a los toledanos
hacia las murallas abren.
Los labradores se acercan
al fuego de sus hogares,
cargados con sus aperos,
cargados con sus afanes.
Los ricos y sedentarios
se tornan con paso grave,
calado el ancho sombrero,
abrochados los gabanes;
y los clérigos y monjes
y los prelados y abades,
sacudiendo el leve polvo
de capelos y sayales.

Quédase sólo un mancebo
de impetuosos ademanes,
que se pasea ocultando
entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
con decisión de evitarle,
y él contempla a los que pasan
como si a alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
los pasos al divisarle,
cual temiendo de seguro
que les proponga un combate;
y los valientes le miran
cual si sintieran dejarle
sin que libres sus estoques
en riña sonora dancen.
Una mujer, también sola,
se viene el llano adelante,
la luz del rostro escondida
en tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso
y en lo flexible del talle
puede a través de los velos
una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que guarda,
y él al encuentro le sale
diciendo... cuanto se dicen
en las citas los amantes.
Mas ella, galanterías
dejando severa aparte,
así al mancebo interrumpe
en voz decidida y grave:
«Abreviemos de razones,
Diego Martínez; mi padre,
que un hombre ha entrado en su ausencia
dentro mi aposento sabe,
y así quien mancha mi honra
con la suya me la lave;
o dadme mano de esposo,
o libre de vos dejadme.»
Miróla Diego Martínez
atentamente un instante,

y echando a su lado el embozo
repuso palabras tales:
«Dentro de un mes, Inés mía,
parto a la guerra de Flandes;
al año estaré de vuelta
y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca
con honra mía se lave,
que por honra vuelven honra
hidalgos que en honra nacen.»
«Júralo», exclama la niña,
«Más que mi palabra vale
no te valdrá un juramento.»
«Diego, la palabra es aire.»
«¡Vive Dios, que estás tenaz!
Dalo por jurado y baste.»
«No me basta; que olvidar
puedes la palabra en Flandes.»
«¡Voto a Dios! ¿Qué más pretendes?»
«Que a los pies de aquella imagen
lo jures como cristiano
del Santo Cristo delante.»
Vaciló un punto Martínez.
Mas porfiando que jurase,
llevóle Inés hacia el templo
que en medio la Vega yace.
Enclavado en un madero,
en duro y postrero trance,
ceñida la sien de espinas,
descolorido el semblante,
víase allí un crucifijo
teñido de negra sangre
a quien Toledo devota
acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
llegaron ambos amantes,
y haciendo Inés que Martínez
los sagrados pies tocase,
preguntóle
«Diego, ¿juras
a tu vuelta desposarme?»
Contestó el mozo:

«¡Sí, juro!»,
y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego, que a Flandes partió.

Lloraba la bella inés
oraba un mes y otro raes
su vuelta aguardando en vano,
del crucifijo a los pies
do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
después de traspuesto el sol,
y a Dios llorando pedía
la vuelta del español,
y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
sin dueña y sin escudero,
en un manto una mujer
el campo salía a ver
al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume
su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
que el duelo con que él se abruma
al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
precioso y funesto don,
pues los amantes desvelos
cambian la esperanza en celos
que abrazan el corazón.

Si es cierto lo que se espera
es un consuelo en verdad;
pero siendo una quimera,
en tan frágil realidad

quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
sin acabar de esperar,
y su tez se marchitaba,
y su llanto se secaba
para volver a brotar.

En vano a su confesor
pidió remedio o consejo
para aliviar su dolor,
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.

En vano a Iván acudía,
llorosa y desconsolada;
el padre no respondía,
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
callando el padre severo
y suspirando la bella,
porque nació mujer ella
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir,
y las guerras acabaron,
y los de Flandes tornaron
a sus tierras a vivir.

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y el tercer año corría:
Diego a Flandes se partió,
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,
doraba el sol de Occidente
del Tajo la Vega amena,
y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
las riberas azotando
bajo las murallas solas,
musgo, espigas y amapolas
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido

creció entre la hierba blanda
sobre las aguas tendido
se reflejaba perdido
en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado
entre su fresca espesura
daba al aire embalsamado
su cántico regalado
desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colores,
tornasolada la escama,
saltaba a besar las flores,
que exhalan gratos olores
a las puntas de una rama.

Y allá, en el trémulo fondo,
el torreón se dibuja
como el contorno redondo
del hueco sombrío y hondo
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
el rigor de su fortuna,
y así la tarde pasaba
y al horizonte trepaba
la consoladora luna.

A lo lejos, por el llano,
en confuso remolino,
vio de hombres tropel lejano
que en pardo polvo liviano
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
y llegando recelosa
a las puertas del Cambrón,
sintió latir zozobrosa
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero
dejó ver la escasa luz
por bajo el arco primero
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hombrera
y sin pluma al diestro lado,

el sombrero derribado
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro,
hierro al cinto suspendido
y a una cadena prendido
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete
sobre potros jerezanos
de lanceros hasta siete,
y en adarga y coselete
diez peones castellanos.

Asióse a su estribo Inés,
gritando: «¡Diego, eres tú!»
Y él viéndola de través,
dijo: «¡Voto a Belcebú,
que no me acuerdo quién es!»

Dio la triste un alarido
tal respuesta al escuchar,
y a poco perdió el sentido,
sin que más voz ni gemido
volviera en tierra a exhalar.

Frunciendo ambas a dos cejas
encomendóla a su gente,
diciendo: «Malditas viejas,
que a las mozas malamente
enloquecen con consejas!»

Y aplicando el capitán
a su potro las espuelas,
el rostro a Toledo dan,
y a trote cruzando van
las oscuras callejuelas.

IV

Así por sus altos fines
dispone y permite el cielo
que puedan mudar al hombre
fortuna, poder y tiempo.

A Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas
allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores
alzabase en pensamientos,
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos,
que el mismo rey a su vuelta
le armó en Madrid caballero,
tomándole a su servicio
por capitán de lanceros.
Y otro no fue que Martínez
quien ha poco entró en Toledo,
tan orgulloso y ufano
cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro a quien se dirige,
cobrado el conocimiento,
la amorosa Inés de Vargas,
que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
olvidó su nombre mesmo,
puesto que Diego Martínez
es el capitán don Diego,
ni se ablanda a sus caricias
ni cura de sus lamentos,
diciendo que son locuras
de gente de poco seso:
que ni él prometió casarse
ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan a los hombres
fortuna, poder y tiempo!
En vano porfía Inés
con amenazas y ruegos;
cuanto más ella importuna
está Martínez severo.
Abrazada a sus rodillas,
enmarañado el cabello,
la hermosa niña lloraba
prosternada por el suelo.
Mas todo empeño era inútil,
porque el capitán don Diego

no ha de ser Diego Martínez,
como lo era en otro tiempo.
Y así, llamando a su gente,
de amor y piedad ajeno,
mandóles que a Inés llevaran
de grado o de valimiento.
Mas ella, antes que la asieran,
cesando un punto en su duelo,
así habló, el rostro lloroso
hacia Martínez volviendo:
«Contigo se fue mi honra,
conmigo tu juramento;
pues buenas prendas son ambas,
en buen fiel las pesaremos.»
Y la faz descolorida
en la mantilla envolviendo,
a pasos desatentados
salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo
por el rey, gobernador,
el justiciero y valiente
don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
el buen viejo peleó;
cercenado tiene un brazo,
mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
los jueces en derredor,
los corchetes a la puerta
y en la derecha el bastón.
Está, como presidente
del tribunal superior,
entre un dosel y una alfombra,
reclinado en un sillón,
escuchando con paciencia

la casi asmática voz
con que un tétrico escribano
solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
al murmullo arrullador;
los jueces, medio dormidos,
hacen pliegues al ropón;
los escribanos repasan
sus pergaminos al sol,
los corchetes a una moza
guiñan en un corredor,
y abajo, en Zocodover,
gritan en discorde son,
los que en el mercado venden,
lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,
en faz de grande aflicción,
rojos de llorar los ojos,
ronca de gemir la voz,
suelto el cabello y el manto,
tomó plaza en el salón
diciendo a gritos: «¡Justicia,
jueces, justicia, señor!»

Y a los pies se arroja humilde
de don Pedro de Alarcón,
en tanto que los curiosos
se agitan alrededor.
Alzóla cortés don Pedro,
calmando la confusión
y el tumultuoso murmullo
que esta escena ocasionó,
diciendo:

«Mujer, ¿qué quieres?»
«Quiero justicia, señor.»
«¿De qué?»
«De una prenda hurtada.»
«¿Qué prenda?»
«Mi corazón.»
«¿Tú lo diste?»
«Lo presté.»
«¿Y no te le han vuelto?»
«No.»

«¿Tienes testigos?»
«Ninguno.»
«¿Y promesa?»
«¡Sí, por Dios!
Que al partirse de Toledo
un juramento empeñó.»
«¿Quién es él?»
«Diego Martínez.»
«¿Noble?»
«Y capitán, señor.»
«Presentadme al capitán,
que cumplirá si juró.»
Quedó en silencio la sala,
y a poco en el corredor
se oyó de botas y espuelas
el acompasado son.
Un portero, levantando
el tapiz, en alta voz
dijo: «El capitán don Diego.»
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
llenos de orgullo y furor.
«¿Sois el capitán don Diego
—di jóle don Pedro— vos?»
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:
«Yo soy.»
«¿Conocéis a esta muchacha?»
«Ha tres años, salvo error.»
«¿Hicisteisla juramento
de ser su marido?»
«No.»
«¿Juráis no haberlo jurado?»
«Sí, juro.»
«Pues id con Dios.»
«¡Miente!», clamó Inés llorando
de despecho y de rubor.
«Mujer, ¡piensa lo que dices...!»
«Digo que miente, juró.»
«¿Tienes testigos?»
«Ninguno.»
«Capitán, idos con Dios,

y dispensad que acusado
dudara de vuestro honor.»

Tornó Martínez la espalda,
con brusca satisfacción,
e Inés, que le vio partirse;
resuelta y firme gritó:
«Llamadle, tengo un testigo;
llamadle otra vez, señor.»
Volvió el capitán don Diego,
sentóse Ruiz de Alarcón,
la multitud aquietóse
y la de Vargas siguió:
«Tengo un testigo a quien nunca
faltó verdad ni razón.»
«¿Quién?»

«Un hombre que de lejos
nuestras palabras oyó,
mirándonos desde arriba.»
«¿Estaba en algún balcón?»
«No, que estaba en un suplicio
donde ha tieinpo que expiró.»
«¿Luego es muerto?»
«No, que vive.»
«Estáis loca, ¡vive Dios!
¿Quién fue?»

«El Cristo de la Vega,
a cuya faz perjuró.»
Pusiéronse en pie los jueces
al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor,
y Diego bajó los ojos
de vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
don Pedro en secreto habló,
y levantóse diciendo
con respetuosa voz:
«La ley es ley para todos;
tu testigo es el mejor,
mas para tales testigos

no hay más tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos.
Escribano, al caer el sol
al Cristo que está en la Vega
tomaréis declaración.»

VI

Es una tarde serena,
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma de flores
sus hojas plegando exhalan,
y el céfiro entre perfumes
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor las aguas,
y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.

Allá por el *Miradero*
por el Cambrón y Bisagra,
confuso tropel de gente
del Tajo a la Vega baja.
Vienen delante don Pedro
de Alarcón, Iván de Vargas,
su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias;
y detrás, monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
en la Vega les aguarda,
cada cual comentariando
el caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote a la borgoñesa,

melena desmelenada,
el sombrero guarnecido
con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro,
y el puño en el de la espada.
Los plebeyos, de reojo,
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme
y las mozas a la cara.
Llegado el gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
cuatro cirios y una lámpara
y de hinojos un momento
le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega
la cruz en tierra posada,
los pies alzados del suelo
poco menos de una vara;
hacia la severa imagen
un notario se adelanta
de modo que con el rostro
al pecho santo llegaba.
A un lado tiene a Martínez,
a otro lado a Inés de Vargas,
detrás al gobernador
con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
la acusación entablada,
el notario a Jesucristo,
así demandó en voz alta:

*Jesús, Hijo de María,
ante nos esta mañana,
citado como testigo
por boca de Inés de Vargas,
¿juráis ser cierto que un día
a vuestras divinas plantas
juró a Inés Diego Martínez
por su mujer desposarla?*

Asida a un brazo desnudo

una mano atarazada
vino a posar en los aitos
la seca y hendida palma,
y allá en los aires: «¡Sí, juro!»
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista a la imagen santa...
Los labios tenía abiertos
y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos, temblando
dieron de esta escena fe,
firmando como testigos
cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,
donde hasta el tiempo que corre,
y en cada año una vez,
con la mano desclavada
el crucifijo se ve.

ANTONIO DE TRUEBA

(1821-1889)

A LA ORILLA DEL ARROYO

I

Una mañana de mayo,
una mañana muy fresca,
éntreme por estos valles,
éntreme por estas vegas.
Cantaban los pajaritos,
olían las azucenas
eran azules los cielos
y claras las fuentes eran.
Cabe un arroyo más claro
que un espejo de Venecia,
hallara una pastorcica,
una pastorcica bella.
Azules eran sus ojos,
dorada su cabellera,
sus mejillas como rosas
y sus dientes como perlas.
Quince años no más tendría
y daba placer el verla,
*lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas.*

II

«Pastorcica de mis ojos,
admirado la dijera.
Dios te guarde por hermosa;

bien te lavas, bien te peinas.
Aquí te traigo estas flores
cogidas en la pradera;
sin ellas estás hermosa
y estaráslo más con ellas.»
«No me placen, mancebico,
respondióme la doncella;
no me placen, que me bastan
las flores que Dios me diera.»
«¿Quién te dice que las tienes?
¿Quién te dice que eres bella?»
«Me lo dicen los zagales
y las fuentes de estas vegas.»
Así habló la pastorcica
entre enojada y risueña,
*lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas.*

III

«Si no te placen las flores,
vente conmigo siquiera,
y allá, bajo las encinas,
sentadicos en la hierba,
contaré te muchos cuentos,
con tárete cosas buenas.»
«Pues eso menos me place,
porque el cura de la aldea
no quiere que con mancebos
vayan al campo doncellas.»

Tal dijo la pastorcica
y no pude convencerla
con ésta y otras razones,
con ésta y otras promesas.
Partíme desconsolado,
y prorrumpiendo en querellas,
lloré por la pastorcica,
que, sin darme otra respuesta,
siguió cabe el arroyuelo

entre enojada y contenta,
lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas.

IV

Éntreme por estos valles,
éntreme por estas vegas;
mas... ¡mi corazón estaba
muñéndose de tristeza,
que odiosas me eran las flores
y odiosas las fuentes me eran!
Torné cabe el arroyuelo
donde a la doncella viera...
El arroyo encontré al punto,
¡mas no encontré la doncella!
Pasaron días y días,
y hasta semanas enteras,
y yo no paso ninguna
sin que al arroyuelo vuelva;
pero ¡ay!, que la pastorcica
mis ojos aquí no encuentran,
lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas.

JOSÉ SELGAS

(1824-1882)

EL ESTÍO

Mayo recoge el virginal tesoro;
desciñe Flora su gentil guirnalda;

la sombra busca el manantial sonoro
del alto monte en la risueña falda;
campos son ya de púrpura y de oro
los que fueron de rosa y esmeralda;
y apenas riza su corriente el río
a los primeros soplos del estío.

El soto ameno y la enramada umbrosa
el valle alegre y la feraz ribera,
con voz desalentada y cariñosa,
despiden a la dulce primavera;
muere en su tallo la inocente rosa,
desfallece la altiva enredadera,
y en desigual y tenue movimiento
gime en el bosque, fatigado, el viento.

Por la alta cumbre del collado asoma
la blanca aurora su rosada frente,
reparte perlas y recoge aroma;
se abre la flor que su mirada siente;
repite sus arrullos la paloma
bajo las ramas del laurel naciente
y allá, por los tendidos olivares,
se escuchan melancólicos cantares.

Del aura dócil al impulso blando
la rubia mies en la llanura ondea;
del dulce nido alrededor volando
la alondra gira y de placer gorjea;
las ondas de la fuente suspirando
quiebran el rayo de la luz febea,
y en delicados mágicos colores
el fruto asoma al expirar las flores.

Sobre los montes, que cercando toca
la niebla, tiende su bordado encaje;
desde el peñón de la desierta roca
lánzase audaz el águila salvaje;
el seco vientecillo que sofoca
cubre de polvo el pálido follaje,
y por el monte y por la vega umbría
crece el calor y se derrama el día.

Y en el árido ambiente se dilata
la esencia de la flor de los tomillos,
y lento el río su raudal desata
entre mimbres y juncos amarillos;

y si al cubrir sus círculos de plata
con sus plumeros blandos y sencillos
la caña dócil la corriente roza,
trémula el agua de placer solloza.

Del valle en tanto en la pendiente orilla
manso cordero del calor sosiega;
se oyen los cantos de la alegre trilla;
suenan los ecos de la tarda siega;
ardiente el sol en el espacio brilla;
el cielo azul su majestad despliega,
y duermen a la sombra los pastores,
y se abrasan de sed los segadores.

Presta sombra a la rústica majada
la noble encina que a la edad resiste;
en su copa de fruto coronada
la vid de verde majestad se viste;
a su pie la doncella enamorada
canta de amor, pero su canto es triste,
que, en el profundo afán que la devora,
amores canta porque celos llora.

Y el eco de su voz, dulce al oído
más que el tierno arrullar de la paloma,
por el monte y el valle repetido,
tristes confusas vibraciones toma;
en las ondas del aire suspendido
se escapa al fin por la quebrada loma,
y sin que el aura devolverlo pueda
todo en reposo y en silencio queda.

Mudas están las fuentes y las aves;
no circula ni un átomo de viento;
cortadas por el sol, lentas y graves
caen las hojas del árbol macilento;
tenue vapor de ráfagas suaves
se levanta con fácil movimiento,
y mezclando en la luz su sombra extraña
va formando la nube en la montaña.

Hinchada, al fin, soberbia, se desprende
del horizonte azul la nube densa,
y el fuego del relámpago la enciende,
y gira por la atmósfera suspensa.
Y ya sus flancos inflamados tiende,
ya el vapor de su seno se condensa,

y soltando el granizo en lluvia escasa
la rompe el trueno, y se divide y pasa.

Y el sol, que se reclina en Occidente,
de su encendido manto se despoja,
y en los blancos celajes del Oriente
se pierde el rayo de su lumbrer roja.
Brilla la gota de agua transparente
detenida en el polvo de la hoja,
y tendiendo el crepúsculo su planta
del fondo de los valles se levanta.

Como el ensueño dulce y regalado
que en la fiebre de amor templea el desvelo,
vertiendo en nuestro espíritu agitado
la misteriosa esencia del consuelo,
así por el ambiente reposado
de estrellas y vapor bordando el cielo,
breves y llenas de feraz rocío
cruzan las noches del ardiente estío.

Y en tristes ecos el silencio crece,
y en tibio resplandor la sombra vaga,
la luz de las estrellas se estremece,
y en el limpio raudal brilla y se apaga;
Naturaleza entera se adormece
en el hondo placer que la embriaga,
y lleva al aura en vacilantes giros
besos, sombras, perfumes y suspiros.

Más puro que la tímida esperanza
que sueña el alma en el amor primero,
su rayo débil desde Oriente lanza,
sol de la noche, virginal lucero;
triste y sereno por el cielo avanza
de la candida luna mensajero.
Por ella viene, y suspirando ella,
sigúele en pos enamorada y bella.

Cuantos guardáis la tímida inocencia
que a la esperanza y al amor convida;
los que en el alma la impalpable esencia
de su primer amor lloráis perdida;
cuantos con dolorosa indiferencia
vais apurando el cáliz de la vida,
todos llegad, y bajo el bosque umbrío
sentid las noches del ardiente estío.

Las del tirano amor, desengañadas,
pálidas y dulcísimas doncellas,
vosotras que lloráis desconsoladas
sólo el delito de nacer tan bellas,
mirad entre las nubes sosegadas
cómo cruzan el cielo las estrellas,
que no hay duda, ni afán, ni desconsuelo
que no se calme contemplando el cielo.

Y tú, tierna a mi voz, blanca hermosura,
fuente de virginal melancolía,
más hermosa a mis ojos y más pura
que el rayo azul con que despunta el día;
corazón abrasado de ternura,
espíritu de amor y de armonía,
ven y derrama en el tranquilo viento
el ámbar delicado de tu aliento.

La dulce vaguedad que me enajena
aumenta la inquietud de mi deseo;
tu voz perdida en el ambiente suena;
donde mis ojos van tu sombra veo;
de amor y afán mi corazón se llena,
porque en tu amor y en mi esperanza creo,
y así suspende el sentimiento mío
la tibia noche del ardiente estío.

Noche serena y misteriosa, en dónde
dormido vaga el pensamiento humano,
todo a los ecos de tu voz responde
la mar, el monte, la espesura, el llano;
acaso Dios entre tu sombra esconde
la impenetrable luz de algún arcano;
tal vez cubierta de tu inmenso vélo
se confunde la tierra con el cielo.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

(1836-1870)

RIMAS

I

No digáis que, agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira;
podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso,
palpiten encendidas;
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista;

mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías;
mientras haya en el mundo primavera,
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance
las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista;

mientras la Humanidad, siempre avanzando,
no sepa a dó camina;
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

Mientras sintamos que se alegra el alma
sin que los labios rían;
mientras se llore sin que el llanto acuda
a nublar la pupila;

mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan;
mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen

los ojos que los miran;
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira,
mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas;
mientras exista una mujer hermosa,
¡habrá poesía!

II

Espíritu sin nombre,
indefinible esencia,
yo vivo con la vida
sin formas de la idea.
Yo nado en el vacío,
del sol tiemblo en la hoguera,
palpito entre las sombras
y floto con las nieblas.
Yo soy el fleco de oro
de la lejana estrella;
yo soy de la alta luna
la luz tibia y serena.
Yo soy la ardiente nube
que en el ocaso ondea;
yo soy del astro errante
la luminosa estela.
Yo soy nieve en las cumbres,
soy fuego en las arenas,
azul onda en los mares
y espuma en las riberas.
En el laúd soy nota,
perfume en la violeta,
fugaz llama en las tumbas;
y, entre las ruinas, hiedra.
Yo atrueno en el torrente,
y silbo en la centella,
y ciego en el relámpago,
y rujo en la tormenta.
Yo ondulo con los átomos

del humo que se eleva
y al cielo lento sube
en espiral inmensa.
Yo, en los dorados hilos
que los insectos cuelgan,
me mezclo entre los árboles,
en la ardorosa siesta.
Yo río en los alcores,
susurro en la alta hierba,
suspiro en la honda pura,
y lloro en la hoja seca.
Yo corro tras las ninfas
que en la corriente fresca
del cristalino arroyo
desnudas juguetean.
Yo, en bosques de corales
que alfombran blancas perlas,
persigo en el océano
las náyades ligeras.
Yo en las cavernas cóncavas,
do el sol nunca penetra,
mezclándome a los gnomos,
contemplo sus riquezas.
Yo busco de los siglos
las ya borradas huellas
y sé de esos imperios
de que ni el nombre queda.
Yo sigo en raudo vértigo
los mundos que voltean
y mi pupila abarca
la creación entera.
Yo sé de esas regiones
a donde un mar no llega,
adonde informes astros
de vida un soplo esperan.
Yo soy, sobre el abismo,
el puente que atraviesa;
yo soy la ignota escala
que el cielo une a la tierra.
Yo soy el invisible
anillo que sujeta
el mundo de la forma

al mundo de la idea.
Yo, en fin, soy ese espíritu,
desconocida esencia,
perfume misterioso,
de que es vaso el poeta.

III

Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece alborozada.

Oigo, flotando en olas de armonía,
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?
¡Es el amor que pasa!

IV

Cendal flotante de leve bruma,
rizada cinta de blanca espuma,
rumor sonoro
del arpa de oro,
beso del aura, onda de luz;
eso eres tú.

Tú, sombra aérea, que cuantas veces
voy a tocarte, te desvaneces
como la llama, como el sonido,
como la niebla, como el gemido
del lago azul.

En mar sin playas onda sonante,
en el vacío cometa errante,
largo lamento
del ronco viento,
ansia perpetua de algo mejor;
eso soy yo.

¡Yo, que a tus ojos, en mi agonía,
los ojos vuelvo, de noche y día;
yo, que incansable corro y demente,
tras una sombra, tras la hija ardiente
de una visión!

V

¿A qué me lo decís? Lo sé: es mudable.
Es altanera y vana y caprichosa;
antes que el sentimiento de su alma
brotará el agua de la estéril roca.

Sé que en su corazón, nido de sierpes,
no hay una fibra que al amor responda:
que es una estatua inanimada... Pero...
¡es tan hermosa!

VI

Su mano entre mis manos,
sus ojos en mis ojos,
la amorosa cabeza
apoyada en mi hombro,
¡Dios sabe cuantas veces,
con paso perezoso,
hemos vagado juntos
bajo los altos olmos
que de su casa prestan
misterio y sombra al pórtico!
Y ayer... Un año apenas,
pasado como un sople,
con qué exquisita gracia,
con qué admirable aplomo,
me dijo, al presentarnos
un amigo officioso:
«Creo que en alguna parte
he visto a usted.» ¡Ah! bobos,

que sois de los salones
comadres de buen tono
y andáis por allí a caza
de galantes embrollos,
¡qué historia habéis perdido!
¡Qué manjar tan sabroso
para ser devorado
sotto vaca, en un corro,
detrás del abanico
de plumas y de oro!

Discreta y casta luna,
copudos y altos olmos,
paredes de su casa,
umbrales de su pórtico:
callad y que el secreto
no salga de vosotros.
Callad, que por mi parte
lo he olvidado todo.
Y ella, ella... ¡No hay máscara
semejante a su rostro!

VII

Dejé la luz a un lado, y en el borde
de la revuelta cama me senté,
mudo, sombrío, la pupila inmóvil
clavada en la pared.
¿Qué tiempo estuve así? No sé; al dejarme
la embriaguez horrible del dolor,
expiraba la luz y en mis balcones
reía el sol.
Ni sé tampoco en tan horribles horas
en qué pensaba, o qué pasó por mí;
sólo recuerdo que lloré y maldije
y que en aquella noche envejecí.

VIII

Me ha herido recatándose en las sombras,
sellando con un beso su traición.
Los brazos me echó al cuello y, por la espalda,
partióme a sangre fría el corazón.
Y ella prosigue, alegre, su camino,
feliz, risueña, impávida. ¿Y por qué?
Porque no brota sangre de la herida...
¡Porque el muerto está en pie!

IX

Alguna vez la encuentro por el mundo
y pasa junto a mí;
y pasa sonriéndose y yo digo:
«¿Cómo puede reír?»
Luego asoma a mi labio otra sonrisa,
máscara del dolor,
y entonces pienso: ¡Acaso ella se ríe
como me río yo!

X

Olas gigantes, que os rompéis bramando,
en las playas desiertas y remotas:
envuelto entre las sábanas de espumas,
¡llevadme con vosotras!
Ráfagas de huracán, que arrebatáis
del alto bosque las marchitas hojas:

arrastrado en el ciego torbellino,
¡llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad, que rompe el rayo,
y en fuego ornáis las desprendidas orlas:
arreatado entre la niebla oscura,
¡llevadme con vosotras!

Llevadme, por piedad, a donde el vértigo
con la razón me arranque la memoria...
¡Por piedad!... ¡Tengo miedo de quedarme
con mi dolor a solas!

XI

Al ver mis horas de fiebre
e insomnio lentas pasar,
a la orilla de mi lecho
¿quién se sentará?

Cuando la trémula mano
tienda, próxima a expirar,
buscando una mano amiga
¿quién la estrechará?

Cuando la muerte vidrie
de mis ojos el cristal,
mis párpados aún abiertos
¿quién los cerrará?

Cuando la campana suene
(si suena en mi funeral),
una oración, al oírla,
¿quién murmurará?

Cuando mis pálidos restos
oprime la tierra ya,
sobre la olvidada fosa,
¿quién vendrá a llorar?

¿Quién, en fin, al otro día,
cuando el sol vuelva a brillar,
de que pasé por el mundo,
quién se acordará?

XII

CERRARON SUS OJOS

Cerraron sus ojos,
que aún tenía abiertos;
taparon su cara
con un blanco lienzo
y unos sollozando,
otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron.

La luz, que en un vaso
ardía en el suelo,
al muro arrojaba
la sombra del lecho;
y entre aquella sombra
veíase a intervalos
dibujarse rígida
la forma del cuerpo.

Despertaba el día,
y a su albor primero,
con sus mil ruidos
despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
de vida y misterios,
de luz y tinieblas,
medité un momento:
*¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

De la casa en hombros
lleváronla al templo
y en una capilla
dejaron el féretro.
Allí rodearon
sus pálidos restos
de amarillas velas
y de paños negros.

Al dar de las ánimas

el toque postrero,
acabó una vieja
sus últimos rezos;
cruzó la ancha nave,
las puertas gimieron,
y el santo recinto
quedóse desierto.

De un reloj se oía
compasado el péndulo,
y de algunos cirios
el chisporroteo.
Tan medroso y triste,
tan oscuro y yerto
todo se encontraba...
que pensé un momento:
*¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

De la alta campana
la lengua de hierro,
le dio, volteando,
su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
amigos y deudos
cruzaron en fila,
formando el cortejo.

Del último asilo,
oscuro y estrecho,
abrió la piqueta
el nicho a un extremo.
Allí la acostaron,
tapiáronla luego,
y con un saludo
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro
el sepulturero,
cantando entre dientes,
se perdió a lo lejos.
La noche se entraba,
reinaba el silencio;
perdido en las sombras
medité un momento:
¡Dios mío, qué solos

se quedan los muertos!

En las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
a solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
con un son eterno;
allí la combate
el soplo del cierzo.
Del húmedo muro
tendida en el hueco,
acaso de frío
se hielan sus huesos.

.....

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
que al par nos infunde
repugnancia y miedo,
al dejar tan tristes,
tan solos, los muertos!

XIII

Las ropas desceñidas
desnudas las espaldas,
en el umbral de oro de la puerta,
dos ángeles velaban.
Me aproximé a los hierros

que defienden la entrada,
y, de las dobles rejas en el fondo,
la vi, confusa y blanca.

La vi como la imagen
que en leve sueño pasa,
como un rayo de luz, tenue y difuso,
que entre tinieblas nada.

Me sentí de un ardiente
deseo llena el alma;
¡como atrae un abismo, aquel misterio
hacia sí me arrastraba!

Mas, ¡ay!, que de los ángeles
parecían decirme las miradas:
«¡El umbral de esta puerta
sólo Dios lo traspasa!»

XIV

¿Será verdad que, cuando toca el sueño
con sus dedos de rosa nuestros ojos,
de la cárcel que habita huye el espíritu
en vuelo presuroso?

¿Será verdad que, huésped de las nieblas,
de la brisa nocturna al tenue soplo,
alado, sube a la región vacía
a encontrarse con otros?

¿Y allí, desnudo de la humana forma,
allí, los lazos terrenales rotos,
breves horas habita de la idea
el mundo silencioso?

¿Y ríe y llora y aborrece y ama
y guarda un rastro del dolor y el gozo,
semejante al que deja, cuando cruza
el cielo, un meteoro?

¡Yo no sé si ese mundo de visiones
vive fuera o va dentro de nosotros;
pero sé que conozco a muchas gentes
a quienes no conozco!

XV

Saeta que voladora
cruza arrojada al azar,
sin adivinarse donde
temblando se clavará;

hoja que del árbol seca
arrebata el vendaval,
sin que nadie acierte el surco
donde a caer volverá;

gigante ola que el viento
riza y empuja en el mar,
y rueda, y pasa, y no sabe
qué playa buscando va;
luz que en cerros temblorosos
brilla, próxima a expirar,
ignorándose cuál de ellos
el último brillará;

ése soy yo que al acaso
cruzo el mundo, sin pensar
en donde vengo, ni adonde
mis pasos me llevarán.

XVI

Como la brisa que la sangre orea
sobre el oscuro campo de batalla,
cargada de perfumes y armonías
con el silencio de la noche vaga;
símbolo del dolor y la ternura,
del bardo inglés en el horrible drama,
la dulce Ofelia, la razón perdida,
cogiendo flores y cantando pasa.

XVII

Besa el agua que gime blandamente
 las leves olas que jugando riza;
 el sol besa la nube de occidente
 y de púrpura y oro la matiza;
 la llama en derredor del tronco ardiente
 por besar otra llama se desliza,
 y hasta el sauce inclinándose a su peso,
 al río que lo besa, vuelve un beso.

XVIII

Del salón en el ángulo oscuro
 de su dueño tal vez olvidada,
 silenciosa y cubierta de polvo
 veíase el arpa.
 ¡Cuánta nota dormida en sus cuerdas,
 como el pájaro duerme en las ramas,
 esperando la mano de nieve
 que sabe arrancarlas!
 ¡Ay!, pensé; ¡cuántas veces el genio
 así duerme en el fondo del alma,
 y una voz, como Lázaro, espera
 que le diga: «¡Levántate y anda!»

XIX

Hoy la tierra y los cielos me sonrén;
 hoy llega al fondo de mi alma el sol;
 hoy la he visto..., la he visto y me ha mirado:
 ¡Hoy creo en Dios!

XX

Fatigada del baile,
 encendido el color, breve el aliento,
 apoyada en mi brazo,
 del salón se detuvo en un extremo.
 Entre la leve gasa
 que levantaba el palpitante seno,
 una flor se mecía
 en compasado y dulce movimiento.
 Como en cuna de nácar
 que empuja el mar y que acaricia el céfiro,
 tal vez allí dormía
 al soplo de sus labios entreabiertos.
 ¡Oh! ¡Quién así—pensaba—
 dejar pudiera deslizarse el tiempo!
 ¡Oh, si las flores duermen,
 qué dulcísimo sueño!

XXI

¿Qué es poesía?, dices mientras clavas
 en mi pupila tu pupila azul.
 ¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
 Poesía... eres tú.

XXII

Por una mirada, un mundo.
 Por una sonrisa un cielo;
 por un beso..., ¡yo no sé
 lo que diera por un beso!

Los suspiros son aire, y van al aire.
 Las lágrimas son agua, y van al mar.
 Dime, mujer: cuando el amor se olvida,
 ¿sabes tú dónde va?

XXIV

Volverán las oscuras golondrinas
 en tu balcón sus nidos a colgar,
 y otra vez con el ala a sus cristales
 jugando llamarán.
 Pero aquellas que el vuelo refrenaban
 tu hermosura y mi dicha al contemplar,
 aquellas que aprendieron nuestros nombres...,
 ésas..., ¡no volverán!
 Volverán las tupidas madreselvas
 de tu jardín las tapias a escalar,
 y otra vez a la tarde, aún más hermosas,
 sus flores abrirán.
 Pero aquellas cuajadas de rocío,
 cuyas gotas mirábamos temblar
 y caer, como lágrimas del día...
 ésas..., ¡no volverán!
 Volverán del amor en tus oídos
 las palabras ardientes a sonar;
 tu corazón de su profundo sueño
 tal vez despertará.
 Pero mudo y absorto y de rodillas,
 como se adora a Dios ante su altar,
 como yo te he querido..., desengáñate,
 ¡así no te querrán!

Despierta, tiemblo al mirarte;
 dormida, me atrevo a verte;
 por eso, alma de mi alma,
 yo velo mientras tú duermes.
 Despierta, ríes; y al reír, tus labios
 inquietos me parecen
 relámpagos de grana que serpean
 sobre un cielo de nieve.
 Dormida, los extremos de tu boca,
 pliega sonrisa leve,
 suave como el rastro luminoso
 que deja un sol que muere...
 —¡Duerme!
 Despierta, miras, y al mirar, tus ojos
 húmedos resplandecen
 como la onda azul, en cuya cresta
 chispeando el sol hiere.
 A través de tus párpados, dormida,
 tranquilo fulgor viertes,
 cual derrama de luz templado rayo
 lámpara transparente...
 —¡Duerme!
 Despierta, hablas, y al hablar, vibrantes
 tus palabras parecen
 lluvia de perlas que en dorada copa
 se derrama a torrentes.
 Dormida, en el murmullo de tu aliento
 acompasado y tenue,
 escucho yo un poema, que mi alma
 enamorada entiende...
 —¡Duerme!
 Sobre el corazón la mano
 me he puesto porque no suene
 su latido, y de la noche
 turbe la calma solemne.
 De tu balcón las persianas
 cerré ya, porque no entre

el resplandor enojoso
de la aurora y te despierte.
—¡Duerme!

XXVI

Asomaba a sus ojos una lágrima
y a mi labio una frase de perdón;
habló el orgullo y se enjugó su llanto.
Y la frase en mis labios expiró,
Yo voy por un camino; ella por otro;
pero al pensar en nuestro mutuo amor,
yo digo aún: ¿Por qué callé aquel día?
Y ella dirá: ¿Por qué no lloré yo?

XXVII

Cuando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas;
me apoyé contra el muro y un instante
la conciencia perdí de donde estaba.
Cayó sobre mi espíritu la noche;
en ira y en piedad se anegó el alma...
¡Y entonces comprendí por qué se llora,
y entonces comprendí por qué se mata!
Pasó la nube de dolor... con pena
logré balbucear breves palabras...
¿Quién me dio la noticia?... Un fiel amigo...
¡Me hacía una gran favor!... Le di las gracias.

XXVIII

¡Hoy como ayer, mañana como hoy,
y siempre igual!
¡Un cielo gris, un horizonte eterno...

y andar... andar!

Moviéndose a compás, como una estúpida
máquina, el corazón;
la torpe inteligencia del cerebro,
dormida en un rincón...

¡El alma, que ambiciona un paraíso...
buscándolo sin fe;
fatiga sin objeto, ola que rueda
ignorando el por qué!

¡Voz que incesante con el mismo tono
canta el mismo cantar;
gota de agua monótona que cae,
y cae sin cesar!

Así van deslizándose los días
unos de otros en pos,
hoy lo mismo que ayer... y todos ellos
sin goce ni dolor.

¡Ay! A veces me acuerdo suspirando
del antiguo sufrir...
¡Amargo es el dolor, pero siquiera
padecer es vivir!

XXIX

No sé lo que he soñado
en la noche pasada;
triste, muy triste debió ser el sueño,
pues despierto la angustia me duraba.
Noté, al incorporarme,
húmeda la almohada,
y, por primera vez sentí, al notarlo,
de un amargo placer henchirse el alma.
Triste cosa es el sueño
que llanto nos arranca;
mas tengo en mi tristeza una alegría...
¡Sé que aún me quedan lágrimas!

VICENTE W. QUE ROL

(1836-1889)

EN NOCHEBUENA

A mis ancianos padres.

I

Un año más en el hogar paterno
celebramos la fiesta de Dios-Niño,
símbolo augusto del amor eterno
cuando cubre los montes el invierno
con su manto de armiño.

II

Como en el día de la fausta boda
o en el que el santo de los padres llega,
la turba alegre de los niños juega,
y en la ancha sala la familia toda
de noche se congrega

III

La roja lumbre de los troncos brilla
del pequeño dormido en la mejilla

que con tímido afán su madre besa;
y se refleja alegre en la vajilla
de la dispuesta mesa.

IV

A su sobrino, que lo escucha atento,
mi hermana dice el pavoroso cuento,
y mi otra hermana la canción modula
que o bien surge vibrante o bien ondula
prolongada en el viento.

V

Mi madre tiende las rugosas manos
al nieto que huye por la blanda alfombra;
hablan de pie mi padre y mis hermanos,
mientras yo, recatándome en la sombra,
pienso en hondos arcanos.

VI

Pienso que de los días de ventura
las horas van apresurando el paso,
y que empaña el Oriente niebla oscura,
cuando aún el rayo trémulo fulgura,
último del ocaso.

VII

¡Padres míos, mi amor! ¡Cómo envenena
las breves dichas el temor del daño!
Hoy presidís nuestra modesta cena,

pero en el porvenir... yo sé que un año
vendrá sin Nochebuena.

VIII

Vendrá, y las que hoy son risa y alborozo
serán muda ficción y hondo sollozo.
No cantará mi hermana, y mi sobrina
no escuchará la historia peregrina
que le da miedo y gozo.

IX

No dará nuestro hogar rojos destellos
sobre el limpio cristal de la vajilla,
y, si alguien osa hablar, será de aquellos
que hoy honran nuestra fiesta tan sencilla
con sus blancos cabellos.

X

Blancos cabellos cuya amada hebra
es cual corona de laurel de plata,
mejor que esas coronas que celebra
la vil lisonja, la ignorancia acata
y el infortunio quiebra.

XI

¡Padres míos, mi amor! Cuando contemplo
la sublime bondad de vuestro rostro,
mi alma a los trances de la vida templo,
y ante esa imagen para orar me postro,
cual me postro en el templo.

XII

Cada arruga que surca ese semblante
es del trabajo la profunda huella,
o fue un dolor de vuestro pecho amante.
La historia fiel de una época distante
puedo leer yo en ella.

XIII

La historia de los tiempos sin ventura
en que luchasteis con la adversa suerte,
y en que, tras negras horas de amargura,
mi madre se sintió más noble y pura
y mi padre más fuerte.

XIV

Cuando la noche toda en la cansada
labor tuvisteis vuestros ojos fijos,
y, al venceros el sueño a la alborada,
fuerzas os dio posar vuestra mirada
en los dormidos hijos.

XV

Las lágrimas correr una tras una
con noble orgullo por mi faz yo siento,
pensando que hayan sido, por fortuna,
esas honradas manos mi sustento
y esos brazos mi cuna.

XVI

¡Padres míos, mi amor! Mi alma quisiera
pagaros hoy la que en mi edad primera
sufristeis sin gemir, lenta agonía,
y que cada dolor de entonces fuera
germen de una alegría.

XVII

Entonces vuestro mal curaba el gozo
de ver al hijo convertirse en mozo,
mientras que al verme yo en vuestra presencia
siento mi dicha ahogada en el sollozo
de una temida ausencia.

XVIII

Si el vigor juvenil volver de nuevo
pudiese a vuestra edad, ¿por qué estas penas?
Yo os daría mi sangre de mancebo,
tornando así con ella a vuestras venas
esta vida que os debo.

XIX

Que de tal modo la aflicción me embarga
pensando en la posible despedida,
que imagino ha de ser tarea amarga
llevar la vida, como inútil carga,
después de vuestra vida.

XX

Ese plazo fatal, sordo, inflexible,
miro acercarse con profundo espanto,
y en dudas grita el corazón sensible:
«Si aplacar al destino es imposible,
¿para qué amarnos tanto?»

XXI

Para estar juntos en la vida eterna
cuando acabe esta vida transitoria;
si Dios, que el curso universal gobierna,
nos devuelve en el cielo esta unión tierna,
yo no aspiro a más gloria.

XXII

Pero, en tanto, buen Dios, mi mejor palma
será que prolonguéis la dulce calma
que hoy nuestro hogar en su recinto encierra;
para marchar yo sólo por la tierra
no hay fuerzas en mi alma.

ROSALÍA DE CASTRO

(1837-1885)

LAS CAMPANAS

Yo las amo, yo las oigo,
cual oigo el rumor del viento,

el murmurar de la fuente
o el balido del cordero.

Como los pájaros, ellas,
tan pronto asoma en los cielos
el primer rayo del alba,
le saludan con sus ecos.

Y en sus notas, que van prolongándose
por los llanos y los cerros,
hay algo de candoroso,
de apacible y de halagüeño.

Si por siempre enmudecieran,
¡qué tristeza en el aire y el cielo!
¡Qué silencio en las iglesias!
¡Qué extrañeza entre los muertos!

A LAS ORILLAS DEL SAR

(Fragmento)

I

Yo no sé lo que busco eternamente
en la tierra, en el aire y en el cielo;
yo no sé lo que busco; pero es algo
que perdí no sé cuándo y que no encuentro,
aun cuando sueñe que invisible habita
en todo cuanto toco y cuanto veo.
¡Felicidad, no he de volver a hallarte
en la tierra, en el aire, ni en el cielo,
aun cuando sé que existes
y no eres vano sueño!

II

¡Poeta!, en fáciles versos,
y con estro que aliente los ánimos,
ven a hablarnos de esperanzas,
pero no de desengaños.

III

Astros y fuentes y flores, no murmuréis de mis
[sueños;
sin ellos ¿cómo admiraros, ni cómo vivir sin ellos?

IV

En los ecos del órgano, o en el rumor del viento,
en el fulgor de un astro o en la gota de lluvia,
te adivinaba en todo y en todo te buscaba,
sin encontrarte nunca.

Quizás después te ha hallado, te ha hallado y te ha
[perdido

otra vez, de la vida en la batalla ruda,
ya que sigue buscándote y te adivina en todo,
sin encontrarte nunca.

Pero sabe que existes y no eres vano sueño,
hermosura sin nombre, pero perfecta y única.
Por eso vive triste, porque te busca siempre
sin encontrarte nunca.

V

¡Oh tierra, antes y ahora, siempre fecunda y bella!

JOSE ASUNCIÓN SILVA

(1865-1896)

NOCTURNO

Una noche,
una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de
[músicas de alas,
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las
[luciérnagas fantásticas,
a mi lado lentamente, contra mí ceñida toda, muda
[y pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura,
caminabas;
y la luna llena,
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía
[su luz blanca,
y tu sombra,
fina y lánguida,
y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban
y eran una,
y eran una,
y eran una sombra larga,
y eran una sombra larga, .
y eran una sombra larga...
Esta noche
solo; el alma

llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
separado de ti misma por el tiempo, por la tumba
[y la distancia

por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba...

Y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida,
y el chirrido
de las ranas...

Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras niveas
de las mortuorias sábanas.

Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.

Y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,

iba sola por la estepa solitaria;
y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,

como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes
[y de músicas de alas,

se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,

se acercó y marchó con ella... ¡Oh, las sombras enla-
jadas!

¡Oh, las sombras de los cuerpos que se juntan con las
[sombras de las almas!

¡Oh, las sombras que se buscan en las noches de
[tristezas y de lágrimas...!

RAMÓN DE CAMPOAMOR

(1817-1901)

EL TREN EXPRESO

CANTO PRIMERO

La noche

I

Habiéndome robado el albedrío
un amor tan infausto como mío,
ya recobrados la quietud y el seso,
volvía de París en tren expreso.
Y cuando estaba ajeno de cuidado,
como un pobre viajero fatigado
para pasar bien cómodo la noche,
muellemente acostado,
al arrancar el tren subió a mi coche,
seguida de una anciana,
una joven hermosa,
alta, rubia, delgada y muy graciosa,
digna de ser morena y sevillana.

II

Luego, a una voz de mando,
por algún héroe de las artes dada,
empezó el tren a trepidar, andando
con un trajín de fiera encadenada.

Al dejar la estación lanzó un gemido
la máquina, que libre se veía,
y corriendo al principio solapada,
cual la sierpe que sale de su nido,
ya, al claro resplandor de las estrellas,
por los campos, rugiendo, parecía
un león con melena de centellas.

III

Cuando miraba atento
aquel tren que corría como el viento,
con sonrisa impregnada de amargura
me preguntó la joven con dulzura:
«¿Sois español?» Y a su armonioso acento,
tan armonioso y puro que aún ahora
el recordarlo sólo me embelesa,
«Soy español —le dije—. ¿Y vos, señora?»
«Yo —dijo— soy francesa.»
«Podéis —la repliqué con arrogancia—
la hermosura alabar de vuestro suelo;
pues, creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
un país tan hermoso como el cielo.»
«Verdad que es el país de mis amores,
el país del ingenio y de la guerra;
pero, en cambio —me dijo—, es vuestra tierra
la patria del honor y de las flores.
No os podéis figurar cuánto me extraña
que, al ver sus resplandores,
el sol de vuestra España
no tenga, como el de Asia, adoradores.»
Y después de halagarnos, obsequiosos,
del patrio amor el puro sentimiento,
entrambos nos quedamos silenciosos,
como heridos de un mismo pensamiento.

IV

Caminar entre sombras es lo mismo
 que dar vueltas por sendas mal seguras
 en el fondo sin fondo de un abismo.
 Juntando a la verdad mil conjeturas,
 veía allá a lo lejos, desde el coche,
 agitarse sin fin, cosas oscuras,
 y en torno cien especies de negruras
 tomadas de cien partes de la noche,
 ¡Calor de fragua a un lado; al otro, frío!
 ¡Lamentos de la máquina espantosos,
 que agregan el terror y el desvarío
 a todos estos limbos misteriosos...!
 ¡Las rocas, que parecen esqueletos...!
 ¡Las nubes con entrañas abrasadas...!
 ¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas...!
 ¡El horror, que hace grandes los objetos...!
 ¡Claridad espectral de la neblina...!
 ¡Juegos de llama y humo indescriptibles...!
 ¡Unos grupos de bruma blanquecina
 esparcidos por dedos invisibles!
 ¡Masas informes...! ¡Límites inciertos...!
 ¡Montes que se hunden! ¡Arboles qué crecen!
 ¡Horizontes lejanos que parecen
 vagas costas del reino de los muertos!
 ¡Sombra, humareda, confusión y nieblas...!
 ¡Acá lo turbio..., allá lo indescernible...!
 Y entre el humo del tren y las tinieblas,
 aquí una cosa negra, allí otra horrible.

V

¡Cosa rara! Entretanto,
 al lado de mujer tan seductora
 no podía dormir, siendo yo un santo
 que duerme, cuando no ama, a cualquier hora.
 Mil veces intenté quedar dormido,
 mas fue inútil empeño;

admiraba a la joven, y es sabido
 que a mí la admiración me quita el sueño.
 Yo estaba inquieto, y ella,
 sin echar sobre mí mirada alguna,
 abrió la ventanilla de su lado,
 y como un ser prendado de la luna,
 miró al ciclo azulado,
 preguntó, por hablar, qué hora sería,
 y al ver correr cada fugaz estrella,
 «¡Ved un alma que pasa!» me decía.

VI

«¿Vais muy lejos?», con voz ya conmovida
 le pregunté a mi joven compañera.
 «¡Muy lejos —contestó—; voy decidida
 a morir a un lugar de la frontera!»
 Y se quedó pensando en lo futuro,
 su mirada en el aire distraída,
 cual se mira en la noche un sitio oscuro
 donde fue una visión desvanecida.
 «¿No os habrá divertido
 —la repliqué galante—
 la ciudad seductora,
 en donde todo amante
 deja recuerdos y se trae olvido?»
 «¿Lo traéis vos?», me dijo con tristeza.
 «Todo en París lo hace olvidar, señora
 —la contesté—, la moda y la riqueza.
 Yo me vine a París desesperado,
 por no ver en Madrid a cierta ingrata.»
 «Pues yo vine —exclamó—, y hallé casado
 a un hombre ingrato a quien amé soltero.»
 «Tengo un rencor —le dije— que me mata.»
 «Yo una pena —me dijo— que me muero.»
 Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
 siendo su mente espejo de mi mente,
 quedándose en silencio un grande rato,
 pasó una larga historia por su frente.

VII

Como el tren no corría, que volaba,
era tan vivo el viento, era tan frío,
que el aire parecía que cortaba;
así el lector no extrañará que, tierno,
cuidase de su bien más que del mío;
pues hacía una gran frío, tan gran frío,
que echó al lobo del bosque aquel invierno;
y cuando ella, doliente,
con el cuerpo aterido,
«¡Tengo frío!», me dijo dulcemente,
con voz que, más que voz, era un balido,
me acerqué a contemplar su hermosa frente,
y os juro por el cielo,
que a aquel reflejo de la luz, escaso,
la joven parecía hecha de raso,
de nácar, de jazmín y terciopelo.
Y creyendo invadidos por el hielo
aquellos pies tan lindos,
desdoblando mi manta zamorana,
que tenía más borlas verde y grana
que todos los cerezos y los guindos
que en Zamora se crían,
cual si fuese una madre cuidadosa,
con la cabeza ya vertiginosa,
la tapé aquellos pies, que bien podrían
ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII

¡De la sombra y el fuego al claroscuro
brotaban perspectivas espantosas,
y me hacía el efecto de un conjuro
el ver reverberar en cada muro
de la sombra las danzas misteriosas!
¡La joven, que acostada traslucía,
con su aspecto ideal, su aire sencillo,
y que, más que mujer, me parecía

un ángel de Rafael o de Murillo!
¡Sus manos, por las venas serpenteadas
que la fiebre abultaba y encendía,
hermosas manos, que a tener cruzadas
por la oración habitual tendía...!
¡Sus ojos, siempre abiertos, aunque a oscuras,
mirando al mundo de las cosas puras!
¡Su blanca faz, de palidez cubierta!
¡Aquel cuerpo a que daban sus posturas
la celeste fijeza de una muerta...!
¡Las fajas tenebrosas
del techo, que irradiaba tristemente
aquella luz de cueva submarina,
y esa continua sucesión de cosas,
que así en el corazón como en la mente,
acaban de formar una neblina...!
¡Del tren expreso la infernal balumba...!
¡La claridad de cueva que salía
del techo de aquel coche, que tenía
la forma de la tapa de una tumba...!
¡La visión triste y bella
del sublime concierto
de todo aquel horrible desconcierto,
me hacían traslucir en torno de ella
algo vivo rondando un algo muerto!

IX

De pronto, atronadora,
entre un humo que surcan llamaradas,
despide la feroz locomotora
un torrente de notas aflautadas,
para anunciar, al despertar la aurora,
una estación, que en feria convertía
el vulgo con su eterna gritería,
la cual, susurradora y esplendente,
con las luces de gas brillaba enfrente,
y al llegar, un gemido
lanzado, prolongado y lastimero,
el tren en la estación entró seguido,
cual si entrase un reptil en su agujero.

El día

I

Y continuando la infeliz historia,
 que aún vaga como un sueño en mi memoria,
 veo al fin, a la luz de la alborada,
 que el rubio de oro de su pelo brilla
 cual la paja de trigo calcinada
 por agosto en los campos de Castilla,
 y con semblante cariñoso y serio,
 y una expresión del todo religiosa,
 como llevando a cabo algún misterio,
 después de un «¡Ay, Dios mío!»,
 me dijo señalando un cementerio:
 «¡Los que duermen allí no tienen frío!»

II

El humo, en ondulante movimiento,
 dividiéndose a un lado y a otro lado,
 se tiende por el viento
 cual la crin de un caballo desbocado.
 Ayer era otra fauna, hoy otra flora,
 verdura y aridez, calor y frío;
 andar tantos kilómetros por hora
 causa al alma el mareo del vacío;
 pues salvando el abismo, el llano, el monte,
 con un ciego correr que al rayo excede,
 en loco desvarío,
 sucede un horizonte a otro horizonte,
 y una estación a otra estación sucede.

III

Más ciego cada vez por la hermosura
 de la mujer aquélla,
 al fin la hablé con la mayor ternura,
 a pesar de mis muchos desengaños;
 porque al viajar en tren con una bella
 va, aunque un poco al azar y a la ventura,
 muy de prisa el amor a los treinta años.
 «¿Y dónde vais ahora?»,
 pregunté a la viajera.
 «Marcho, olvidada de mi amor primero
 —me respondió sincera—,
 a esperar el olvido un año entero.»
 «Pero... ¿y después —le pregunté—, señora?»
 «Después... —me contestó—, ¡lo que Dios quiera!»

IV

Y porque así sus penas distraía
 las mías le conté con alegría,
 y un cuento amontoné sobre otro cuento,
 mientras ella, abstrayéndose, veía
 las gradaciones de color que hacía
 la luz descomponiéndose en el viento.
 Y haciendo yo castillos en el aire,
 o, como dicen ellos, en España,
 la referí, no sé si con donaire,
 los cuentos que contó Mari-Castaña.
 En mis cuadros risueños,
 pintando mucho amor y mucha pena,
 como el que tiene la cabeza llena
 de heroínas francesas y de ensueños,
 había cada llama
 capaz de poner fuego al mundo entero;
 y no faltaba nunca un caballero
 que, por gustar solícito a su dama,

¡a sirviere, siendo héroe, de escudero.
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
cual si fuese el aliento nuestro idioma,
más bien que con la voz, con las señales,
esta verdad tan grande como un templo
la convertí en axioma;
que para dos que se aman tiernamente,
ella y yo, por ejemplo,
es cosa ya olvidada, por sabida,
que un árbol, una piedra y una fuente
pueden ser el edén de nuestra vida.

V

Como en amor es credo,
o artículo de fe que yo proclamo,
que en este mundo de pasión y olvido,
o se oye conjugar el verbo *te amo*,
o la vida mejor no importa un bledo;
aunque entonces, como a hombre arrepentido,
el ver a una mujer me daba miedo,
más bien desesperado que atrevido;
«y un nuevo amor —le pregunté amoroso—,
¿no os haría olvidar viejos amores?»
Mas ella, sin dar tregua a sus dolores,
contestó con acento cariñoso:
«La tierra está cansada de dar flores;
necesito algún año de reposo.»

VI

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
como aquel que patina por el hielo,
y en confusión extraña
parecen confundidos tierra y cielo
monte la nube, y nube la montaña,
pues cruza de horizonte en horizonte

por la cumbre y el llano,
ya la cresta granítica de un monte,
ya la elástica turba de un pantano,
ya entrando por el hueco
de algún túnel que horada las montañas,
a cada horrible grito
que lanzando va el tren, responde el eco,
y hace vibrar los muros de granito,
estremeciendo al mundo en sus entrañas
y dejando aquí un pozo, allí una sierra,
nubes arriba, movimiento abajo,
en laberinto tal, cuesta trabajo
creer en la existencia de la tierra.

VII

Las cosas que miramos
se vuelven hacia atrás en el instante
que nosotros pasamos,
y conforme va el tren hacia adelante,
parece que desandan lo que andamos;
y, a sus puestos volviéndose, huyen y huyen
en raudó movimiento
los postes del telégrafo, clavados
en fila a los costados del camino,
y como gota a gota, fluyen, fluyen,
uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,
y formando confuso y venicento
el humo con la luz un remolino
no distinguen los ojos deslumhrados
si aquello es sueño, tromba o torbellino.

VIII

¡Oh, mil veces bendita
la inmensa fuerza de la mente humana,
que así el ramblizo como el monte allana,
y al mundo echando su nivel, lo mismo

los picos de las rocas decapita,
que levanta la tierra,
formando un terraplén sobre un abismo
que llena con pedazos de una sierra!
[Dignas son, vive Dios, estas hazañas,
no conocidas antes,
del poderoso anhelo
de los grandes gigantes
que, en su ambición, para escalar el cielo,
un tiempo amontonaron las montañas!

IX

Corría en tanto el tren con tal premura,
que el monte abandonó por la ladera,
la colina dejó por la llanura,
y la llanura, al fin, por la ribera;
y al descender a un llano,
sitio infeliz de la estación postrera,
le dije con amor «¿Sería en vano
que amaros pretendiera?
¿Sería como un niño que quisiera
alcanzar a la luna con la mano?»
Y contestó con lívido semblante:
«No sé lo que seré más adelante,
cuando ya soy vuestra mejor amiga.
Yo me llamo Constancia, y soy constante,
¿qué más queréis —me preguntó— que os diga?»
Y, bajando al andén, de angustia llena,
con prudencia fingió que distraía
su inconsolable pena
con la gente que entraba y que salía,
pues la estación del pueblo parecía
la loca dispersión de una colmena.

X

Y con dolor profundo,
mirándome a la faz desencajada,
cual mira a su doctor un moribundo,
siguió: «Yo os juro, cual mujer honrada,
que el hombre que me dio con tanto celo
un poco de valor contra el engaño,
o aquí me encontrará dentro de un año,
o allí...», me dijo señalando al cielo,
y enjugando después con el pañuelo
algo de espuma de color de rosa
que asomaba a sus labios amarillos.
El tren (cual la serpiente que, escamosa,
queriendo hacer que marcha y no marchando,
ni marcha ni reposa),
mueve y remueve, ondeando y más ondeando
de su cuerpo flexible los anillos;
y al tiempo en que ella y yo la mano alzando,
volvimos, saludando, la cabeza,
la máquina un incendio vomitando,
grande en su horror y horrible en su belleza,
el tren llevó hacia sí, pieza tras pieza;
vibró con furia y lo arrastró silbando.

CANTO TERCERO

El crepúsculo

I

Cuando, un año después, hora por hora,
hacia Francia volvía,
echando alegre sobre el cuerpo mío
mi manta de alameres de Zamora,

porque a un tiempo sentía,
como el año anterior, día por día,
mucho amor, mucho viento y mucho frío,
al minuto final del año entero
a la cita acudí, cual caballero
que va alumbrado por su buena estrella;
mas al llegar a la estación aquella,
que no quiero nombrar..., porque no quiero,
una tos de ataúd sonó a mi lado,
que salía del pecho de la anciana
con cara de dolor y negro traje.
Me vio, gimió, lloró, corrió a mi lado,
y echándome un papel por la ventana,
«¡Tomad —me dijo—, y continuad el viaje!»
Y cual si fuese una hechicera vana,
que, después de un conjuro en alta noche,
quedase entre la sombra confundida,
la mujer, más que vieja, envejecida,
de mi presencia huyó con ligereza,
cual niebla entre la luz desvanecida,
al punto en que, llegando con presteza,
echó por la ventana de mi coche
esta carta, tan llena de tristeza,
que he leído más veces en mi vida
que cabellos contiene mi cabeza.

II

«Mi carta, que es feliz pues va a buscaros,
cuenta os dará de la memoria mía.

Aquel fantasma soy que, por gustaros,
jugó a estar viva a vuestro lado un día.

Cuando lleve esta carta a vuestro oído
el eco de mi amor y mis dolores,
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido,
ya durmiendo estará bajo unas flores.

¡Por no dar fin a la ventura mía
la escribo larga..., casi interminable...!

¡Mi agonía es la bárbara agonía
del que quiere evitar lo inevitable...!

Hundiéndose, al morir, sobre mi frente
el palacio ideal de mi quimera,
de todo mi pasado, solamente
esta pena que os doy borrar quisiera.

Me rebelo a morir, pero es preciso...

¡El triste vive y el dichoso muere...!

¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!

¡Os amo, sí! Dejadme que, habladora,
me repita esta voz tan repetida:

que las cosas más íntimas ahora
se escapen de mis labios con mi vida.

Hasta furiosa, a mí, que ya no existo,
la idea de los celos importuna:

¡Juradme que esos ojos que me han visto
nunca el rostro verán de otra ninguna!

Y si aquella mujer de aquella historia
vuelve a formar de nuevo vuestro encanto,
aunque os ame, gemid en mi memoria;
¡yo os hubiera también amado tanto...!

Mas tal vez allá arriba nos veremos,
después de esta existencia pasajera,
cuando los dos, como en el tren, lleguemos
de nuestra vida a la estación postrera.

¡Ya me siento morir...! ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca o muera el día,
de mirar al lucero de la tarde,
esa estrella que siempre ha sido mía.

Pues yo desde ella os estaré mirando,
y como el bien con la virtud se labra,
para verme mejor, yo haré rezando
que Dios de par en par el cielo os abra,

¡Nunca olvidéis a esta infeliz amante
que os cita, cuando os deja, para el cielo!

¡Si es verdad que me amasteis un instante,
llorad, porque eso sirve de consuelo...!

¡Oh, Padre de las almas pecadoras,
conceded el perdón al alma mía!

¡Amé mucho, Señor, y muchas horas:
mas sufrí por más tiempo todavía!

¡Adiós, adiós! ¡Como hablo delirando,
no sé decir lo que deciros quiero!

¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
que sufro, que os amaba... y que me muero!»

III

Al ver de esta manera
trocado el curso de mi vida entera
en un sueño tan breve,
de pronto se quedó, de negro que era,
mi cabello más blanco que la nieve.
De dolor traspasado
por la más grande herida
que a un corazón jamás ha destrozado
en la inmensa batalla de la vida,
ahogado de tristeza,
busqué a la mensajera envejecida;
mas fue esperanza vana,
pues, lo mismo que un ciego deslumbrado,
ni pude ver la anciana,
ni respirar del aire la pureza,
por más que abrí cien veres la ventana,
decidido a tirarme de cabeza.
Cuando, por fin, sintiéndome agobiado
de mi desdicha al peso,
y encerrado en el coche, maldecía
como si fuese en el infierno preso,
al año de venir, día por día,
con mi grande inquietud y poco seso,
sin alma y como inútil mercancía,
me volvió hasta París el tren expreso.

LO QUE HACE EL TIEMPO

A Blanca Rosa de Osma

Con mis coplas, Blanca Rosa,
tal vez te cause cuidados
por cantar
con la voz ya temblorosa
y los ojos ya cansados
de llorar.

Hoy para ti sólo hay glorias,
y danzas y flores bellas;
mas después
se alzarán tristes memorias
hasta de las mismas huellas
de tus pies.

En tus fiestas seductoras,
¿no oyes del alma en lo interno
un rumor,
que lúgubre, a todas horas,
nos dice que no es eterno
nuestro amor?

¡Cuánto a creer se resiste
una verdad tan odiosa
tu bondad!

¡Y esto fuera menos triste
si no fuera, Blanca Rosa,
tan verdad!

Te aseguro, como amigo,
que es muy raro, y no te extrañe,
amar bien.

Siento decir lo que digo;
pero, ¿quieres que te engañe
yo también?

Pasa un viento arrebatado,
viene Amor, y a dos en uno
funde Dios;

sopla el desamor helado,
y vuelve hacer, importuno,
de uno, dos.

Que amor, de egoísmo lleno,
a su gusto se acomoda
bien y mal;

en él hasta herir es bueno;
si ama o no ama, aquí está toda
su moral.

¡Oh, qué bien cumple el amante,
cuando aún tiene la inocencia,
su deber!

Y ¡cómo más adelante
aviene con su conciencia
su placer!

¿Y es culpable el que, sediento,
buscando va en nuevos lazos
otro amor?

¡Sí!, culpable como el viento
que, al pasar, hace pedazos
una flor.

¿Verdad que es abominable
que el corazón vagabundo
mude así,

sin ser por ello culpable,
porque esto pasa en el mundo
porque sí?

Se ama una vez sin medida,
y aún se vuelve a amar sin tino
más de dos.

¡Cuan versátil es la vida!
¡Cuan vano es nuestro destino,
Santo Dios!

El lleve tu labio ayuno
a algún manantial querido
de placer,
donde, dichosa, ninguno
te enseñe nunca el olvido
del deber.

Siempre el destino inconstante
nos da, cual vil usurero,
su favor:

da amor primero y no amante;
después, mucho amante, pero
poco amor.

Tranquila a veces reposa,
y otra se marcha volando
nuestra fe.

Y esto pasa, Blanca Rosa,
sin saber cómo, ni cuándo,
ni por qué.

Nunca es estable el deseo
ni he visto jamás ternera
siempre igual.

Y ¿a qué negarlo? No creo
ni del bien en la fijeza,
ni del mal.

Este ir y venir sin tasa
y este moverse impaciente,
pasa así,
porque así ha pasado y pasa,
porque sí, ¡ay!, solamente
porque sí.

¡Cuan inútil es que huyamos
de los fáciles amores
con horror,
si cuando más las pisamos,
más nos embriagan las flores
con su olor!

El cielo sin duda envía
la lucha a la tormentosa
juventud;
pues ¿qué mérito tendría
sin esfuerzos, Blanca Rosa,
la virtud?

¡Ay!, un alma inteligente
siempre en nuestra alma divisa
una flor,
que se abre infaliblemente
al soplo de alguna brisa
de otro amor.

Mas dirás: —¿Y en qué consiste
que todo a mudar convida?
¡Ay de mí!

En que la vida es muy triste...
Pero aunque triste, la vida,
es así.

Y si no es amor el vaso
donde el sobrante se vierte
del dolor,
pregunto yo: —¿Es digno acaso
de ocuparnos vida y muerte
tal amor?

Nunca sepas, Blanca Rosa,
que es la dicha una locura,
cual yo sé;
si quieres ser venturosa,
ten mucha fe en la ventura,
mucha fe.

Si eres feliz algún día,
¡guay, que el recuerdo tirano
de otro amor
no se filtre en tu alegría,
cual se desliza un gusano
roedor!

Tú eres de las almas buenas,
cuyos honrados amores
siempre son
los que bendicen sus penas,
penas que se abren en flores
de pasión.

Con tus visiones hermosas,
nunca de tu alma el abismo
llenarás,
pues la fuerza de las cosas
puede más que Hércules mismo,
¡mucho más...!

Si huye una vez la ventura,
nadie después ve las flores
renacer,
que cubren la sepultura
de los recuerdos traidores
del ayer.

¿Y quién es el responsable
de hacer tragar sin medida
tanta hiél?

¡La vida!, ¡ésa es la culpable!
La vida, sólo es la vida
nuestra infiel.

La vida que, desalada,
de un vértigo del infierno
corre en pos;
ella corre hacia la nada;
¿quieres ir hacia lo eterno?
Ve hacia Dios.

¡Sí! Corre hacia Dios, y El haga
que tengas siempre una vieja
juventud.

La tumba todo lo traga;
sólo de tragarse deja
la virtud.

¡QUIEN SUPIERA ESCRIBIR!

I

—Escribidme una carta, señor Cura
—Ya sé para quién es.

—¿Sabéis quién es, porque una noche oscura
nos visteis juntos? —Pues...

—Perdonad; mas... —No extraño ese tropiezo.
La noche... la ocasión...

Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:

Mi querido Ramón:

—¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habéis puesto...

—Si no queréis... —¡Sí, sí!

—*¿Qué triste estoy!* ¿No es eso? —Por supuesto.

—*¿Qué triste estoy sin ti!*

Una congoja, al empezar, me viene...

—¿Cómo sabéis mi mal?

—Para un viejo, una niña siempre tiene
el pecho de cristal.

*¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo? Un edén.*

—Haced la letra clara, señor Cura,
 que lo entienda eso bien.
 —*El beso aquel que de marchar a punto
 te di...* —¿Cómo sabéis...?
 —Cuando se va y se viene y se está junto
 siempre..., no os afrentéis.
*Y si volver tu afecto no procura,
 tanto me harás sufrir...*
 —¿Sufrir y nada más? No, señor Cura,
 ¡que me voy a morir!
 —¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo...?
 —Pues sí, señor: ¡morir!
 —Yo no pongo *morir*. —¿Qué hombre de hielo!
 ¡Quién supiera escribir!

II

—¡Señor Rector, señor Rector!, en vano
 me queréis complacer,
 si no encarnan los signos de la mano
 todo el ser de mi ser.
 Escribidle, por Dios, que el alma mía
 ya en mí no quiere estar,
 que la pena no me ahoga cada día...,
 porque puedo llorar.
 Que mis labios, las rosas de su aliento,
 no se saben abrir;
 que olvidan de la risa el movimiento
 a fuerza de sentir.
 Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
 cargados con mi afán,
 como no tienen quien se mire en ellos,
 cerrados siempre están.
 Que es, dé cuantos tormentos he sufrido,
 la ausencia el más atroz;
 que es un perpetuo sueño de mi oído
 el eco de su voz...
 Que, siendo por su causa, el alma mía
 ¡goza tanto en sufrir...!

Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
 si supiera escribir...!

III

EPILOGO

—Pues, señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo:
A don Ramón... En fin,
 que es inútil saber para esto, arguyo,
 ni el griego ni el latín.

CAROLINA CORONADO

(1823-1911)

A UNA ESTRELLA

Chispa de luz que, fija en lo infinito,
 absorbes mi asombrado pensamiento:
 tu origen, tu existencia, tu elemento,
 menos alcanzo cuanto más medito.
 Si eres ardiente, inamovible hoguera
 ¿dónde el centro descansa de tu lumbre?
 Si eres globo de luz ¿cómo en la cumbre
 no giras tú de la insondable esfera?
 ¿Por qué la tierra sin descanso rueda?
 ¿Por qué la luna el globo majestuoso
 mueve, mientras tu carro misterioso
 inmóvil, fijo, en el espacio queda?
 ¿Es que mi vista de mortal no alcanza
 a percibir, desde su oscuro asiento,
 allá en la altura suma el movimiento
 de tu carroza, que en lo inmenso avanza?

¡Ah, sí! Que, por espíritu movida,
la creación sin descanso se sostiene,
y todo en la creación marcado tiene
forma y destino, movimiento y vida.

Tú giras, sí; tus alas soberanas
surcan el mundo y sus confines tocan...
Mas ¿cómo en su carrera no se chocan
tus millares sin número de hermanas?

Más allá de su límite prescrito,
sediento, avanza, audaz, el pensamiento,
y tu origen, tu vida, tu elemento,
menos alcanzo cuanto más medito.

FEDERICO BALART

(1831-1905)

RESTITUCIÓN

Estas pobres canciones que te consagro,
en mi mente han nacido por un milagro.
Desnudas de las galas que presta el arte,
mi voluntad en ellas no tiene parte;
ya no sé resistirlas ni suscitarlas;
yo ni aun sé comprenderlas al formularlas;
y es en mí su lamento sentido y grave,
natural como el trino que lanza el ave,
santas inspiraciones que tú me envías
puedo decir, esposa, que no son mías;
pensamiento y palabras de ti recibo;
tú en silencio las dictas; yo las escribo.

* * *

Desde que abandonaste nuestra morada,
de la mortal escoria purificada,
transformado está el fondo del alma mía,
y voces oigo en ella que antes no oía.
Todo cuanto en la tierra y el mar y el viento
tiene matiz, aroma, forma o acento,
de mi ánimo abatido turba la calma
y en canción se convierte dentro del alma.
Y es que, en estas tinieblas donde me pierdo,
todo está confundido con tu recuerdo.
¡Sin él todo es silencio, sombra y vacío
en la tierra y el viento y el mar bravío!

* * *

Revueltos peñascales, áspera breña
donde salta el torrente de peña en peña;
corrientes bullidoras del claro río;
religiosos murmullos del bosque umbrío;
tórtola que en sus frondas unes tus quejas
al calmante zumbido de las abejas;
águila que levantas el corvo vuelo
por el azul espacio que cubre el cielo;
golondrina que emigras cuando el octubre,
con sus pálidas hojas el suelo cubre,
y al amor de tu nido tornas ligera
cuando esparce sus flores la primavera;
aura mansa que llevas, en vuelo tardo,
efluvios de azucena, jazmín y nardo;
brisas que en el desierto sois mensajeras
de los tiernos amores de las palmeras
—(¡de las pobres palmeras que, separadas,
se miran silenciosas y enamoradas!)—;
pardas nieblas del valle, nieves del monte,
cambiantes y vislumbres del horizonte;
tempestad que, bramando con ronco acento,
tus cabellos de lluvia tiendes al viento;

solitaria ensenada, restinga ignota
donde oculta su nido la gaviota;
olas embravecidas que pone a raya
con sus rubias arenas la corva playa;
grutas donde repiten con sordo acento
sus querellas y halagos la mar y el viento;
velas desconocidas que en lontananza
pasáis como los sueños de la esperanza;
nebuloso horizonte, tras cuyo velo
sus límites confunden la mar y el cielo;
rayo de sol poniente que te abres paso
por los rotos celajes del triste ocaso;
melancólico rayo de blanca luna
reflejado en la cresta de escueta duna;
negra noche que dejas de monte a monte
granizado de estrellas el horizonte;
lamento misterioso de la campana
que en la nocturna sombra sueñas lejana,
pidiendo por ciudades y por desiertos
la oración de los vivos para los muertos;
plegaria que te elevas entre la nube
del incienso que en ondas al cielo sube
cuando al Señor dirigen himnos fervientes
santos anacoretas y penitentes;
catedrales ruinosas mudas y muertas,
cuyas góticas naves hallo desiertas,
cuyas leves agujas, al cielo alzadas,
parecen oraciones petrificadas;
torres donde, por cima de la veleta
que a merced de los vientos se agita inquieta
señalando regiones que nadie ha visto,
tiende inmóvil sus brazos la fe de Cristo;
luces, sombras, murmullos, flores, espumas,
transparentes neblinas, espesas brumas,
valles, montes, abismos, tormentas, mares,
auras, brisas, aromas, nidos y altares,
vosotros en el fondo del alma mía
despertáis siempre un eco de poesía;
y es que siempre a vosotros encuentro unido
el recuerdo doliente del bien perdido.
Sin él, ¿qué es la grandeza, qué es el tesoro
de la tierra y el viento y el mar sonoro?

* * *

Ya lo ves, las canciones que te consagro
en mi mente han nacido por un milagro.
Nada en ellas es mío, todo es don tuyo;
por eso a *ti*, de hinojos, las restituyo,
¡Pobres hojas caídas de la arboleda,
sin su verdor el alma desnuda queda!
Pero no, que aún te deben mis desventuras
otras más delicadas, otras más puras;
canciones que, por miedo de profanarlas,
en el alma conservo sin pronunciarlas;
recuerdos de las horas que, embelesado,
en nuestro pobre albergue pasé a tu lado,
cuando al alma y al cuerpo daban pujanza,
juventud y cariño, fe y esperanza;
cuando, lejos del mundo parlero y vano,
íbamos por la vida mano con mano;
cuando húmedos los ojos, juntas las palmas,
en una se fundían nuestras dos almas;
canciones silenciosas que el alma hieren,
canciones que en mí nacen y que en mí mueren;
¡hechizadas canciones, con cuyo encanto
a mis áridos ojos se agolpa el llanto!
Y aun a veces aplacan mis amarguras
otras más misteriosas, otras más puras;
canciones sin palabra, sin pensamiento,
vagas emanaciones del sentimiento,
silencioso gemido de amor y pena
que, en el fondo del pecho, callado suena;
aspiración confusa que, en vivo anhelo,
ya es canción, ya es plegaria que sube al cielo;
inquietudes del alma, de amor herida;
vagos presentimientos de la otra vida;
éxtasis de la mente que a Dios se lanza;
luminosos destellos de la esperanza;
voces que me aseguran que podré verte
cuando al mundo mis ojos cierre la muerte.
¡Canciones que, por santas, no tienen nombres
en la lengua grosera que hablan los hombres!
Esas son las que endulzan mi amargo duelo;

ésas son las que el alma llaman al cielo;
ésas de mi esperanza fijan el polo,
¡y ésas son las que guardo para mí solo!

GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(1834-1903)

ESTROFAS

I

La generosa musa de Quevedo
desbordóse una vez como un torrente
y exclamó llena de viril denuedo:
«No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando los labios, ya la frente,
silencio avises o amenazas miedo.»

II

Y al estampar sobre la herida abierta
el hierro de su cólera encendido,
tembló la concusión que siempre alerta,
incansable y voraz, labra su nido,
como gusano ruin en carne muerta,
en todo Esiado exánime y podrido.

III

Arranque de dolor, de ese profundo
dolor que se concentra en el misterio

y huye amargado del rumor del mundo,
fue su sangrienta sátira cauterio
que aplicó sollozando al patrio imperio,
mísero, gangrenado y moribundo.

IV

¡Ah!, si hoy pudiera resonar la lira
que con Quevedo descendió a la tumba,
en medio de esta universal mentira,
de este viento de escándalo que zumba,
de este fétido hedor que se respira,
de esta España moral que se derrumba.

V

De la viva y creciente incertidumbre
que en lucha estéril nuestra fuerza agota;
del huracán de sangre que alborota
el mar de la revuelta muchedumbre;
de la insaciable y honda podredumbre
que el rostro y la conciencia nos azota.

VI

De este horror, de este ciego desvarío
que cubre nuestras almas con un velo,
como el sepulcro impenetrable y frío,
de este insensato pensamiento impío,
que destituye a Dios, despuebla el cielo
y precipita el mundo en el vacío.

VII

Si en medio de esta borrascosa orgía
que infunde repugnancia al par que aterra,
esa lira estallara, ¿qué sería?
Grito de indignación, canto de guerra,
que en las entrañas mismas de la tierra
la muerta humanidad conmoviera.

VIII

Mas ¿porque el gran satírico no aliente
ha de haber quien contemple y autorice
tanta degradación, indiferente?
«¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

IX

¡Cuántos sueños de gloria evaporados
como las leves gotas de rocío,
que apenas mojan los sedientos prados!
¡Cuánta ilusión perdida en el vacío
y cuántos corazones anegados
en la amarga corriente del hastío!

X

No es la revolución raudal de plata
que fertiliza la extendida vega;
es sorda inundación que se desata.
No es viva luz que se difunde grata,
sino confuso resplandor que ciega
y tormentoso vértigo que mata.

XI

Al menos en el siglo desdichado,
que aquel ilustre y vigoroso vate
con el rayo marcó de su censura,
podía el corazón atribulado
salir ileso del mortal combate
en alas de la fe radiante y pura.

XII

Y apartando la vista de aquel cieno
social, de aquellos fétidos despojos,
de aquel lúbrico y torpe desenfreno,
fijar llorando los ardientes ojos
en ese cielo azul, limpio y sereno,
de santa paz y de esperanza lleno.

XIII

Pero hoy, ¿dónde mirar? Un golpe mismo
hiere al César y a Dios. Sorda carcoma
prepara el misterioso cataclismo,
y como en tiempo de la antigua Roma,
todo cruje, vacila y se desploma
en el cielo, en la tierra, en el abismo.

XIV

Perdida en tanta soledad la calma,
de noche eterna el corazón cubierto,
la gloria muda, desolada el alma,
en este pavoroso desconcierto
se eleva la Razón, como la palma
que crece triste y sola en el desierto.

XV

¡Triste y sola, es verdad! ¿Dónde hay miseria mayor? /Dónde más hondo desconsuelo?
¿De qué le sirve desgarrar el velo
que envuelve y cubre la vivaz materia,
y con profundo, inextinguible anhelo,
sondar la tierra, escudriñar el cielo;

XVI

entregarse a merced del torbellino
y en la duda incesante que la aqueja
el secreto inquirir de su destino,
sí a cada paso que adelanta deja
su fe inmortal, como el vellón la oveja,
enredado en las zarzas del caminu?

XVII

¿Si a su culpada humillación se adhiere
con la constancia infame del beodo,
que goza en su abyección y en ella mucre?
¿Si ciega, y torpe, y degradada en todo,
desconoce su origen y prefiere
a descender de Dios surgir del lodo?

XVIII

¡Libertad, libertad! No eres aquella
virgen, de blanca túnica ceñida,
que vi en mis sueños, pudibunda y bella.
No eres, no, la deidad esclarecida
que alumbra con su luz como una estrella
los oscuros abismos de la vida.

XIX

No eres la fuente de perenne gloria
que dignifica el corazón humano
y engrandece esta vida transitoria.
¡ No el ángel vengador que con su mano
imprime en las espaldas del tirano
el hierro enrojecido de la Historia!

XX

No eres la vaga aparición que sigo
con hondo afán desde mi edad primera,
sin alcanzarla nunca... Mas, ¿qué digo?
¡No eres la libertad; disfraces fuera,
licencia desgredada, vil ramera
del motín, te conozco y te maldigo!

XXI

¡Ah! No es extraño que sin luz ni guía
los humanos instintos se desborden
con el rugido del volcán que estalla,
y en medio del tumulto y la anarquía,
como corcel indómito, el desorden
no respete ni látigo ni valla.

XXII

¿Quién podrá detenerle en su carrera?
¿Quién templar los impulsos de la fiera
y loca multitud enardecida,
que principia a dudar y ya no espera
hallar en otra luminosa esfera
bálsamo a los dolores de esta vida?

XXIII

Como Cristo en la cúspide del monte,
rotas ya sus mortales ligaduras,
mira doquier con ojos espantados
por toda la extensión del horizonte
dilatarse a sus pies vastas llanuras,
ricas ciudades, fértiles collados.

XXIV

Y excitando su afán calenturiento
tanta grandeza y tanto poderío,
de la codicia el persuasivo acento
grítale audaz: «¡El cielo está vacío!
¿A quién temer?» Y ronca y sin aliento
la muchedumbre grita: «¡Todo es mío!»

XXV

Y en el tumulto su puñal afila,
y la enconada cólera que encierra
enturbia y enardece su pupila,
y ensordeciendo el aire en son de guerra
hace temblar bajo sus pies la tierra,
como las hordas bárbaras de Atila.

XXVI

No esperéis que esa turba alborotada
infunda nueva sangre generosa
en las venas de Europa desmayada;
ni que termine su fatal jornada,
sobre el ara desierta y polvorosa
otro Dios levantando con su espada.

XXVII

No esperéis, no, que la confusa plebe,
como santo depósito en su pecho,
nobles instintos y virtudes lleve.
Hallará el mundo a su codicia estrecho,
que es la fuerza, es el número, es el hecho
brutal, ¡es la materia que se mueve!

XXVIII

Y buscará la libertad en vano,
que no arraiga en los crímenes la idea
ni entre las olas fructifica el grano.
Su castigo en sus iras centellea
pronto a estallar, que el rayo y el tirano
hermanos son. ¡La tempestad los crea!

MODERNISMO

SALVADOR RUEDA

(1861-1933)

LA SANDIA

Cual si de pronto se entreabiera el día,
despidiendo una intensa llamarada,
por el acero fúlgido rasgada
mostró su carne roja la sandía.

Carmín incandescente parecía
la larga y deslumbrante cuchillada,
como boca encendida y desatada
en frescos borbotones de alegría.

Tajada tras tajada señalando,
las fue el hábil cuchillo separando,
vivas a la ilusión como ningunas.

Las separó la mano de repente,
y de improviso decoró la fuente
un círculo de rojas medias lunas.

LA VACA

Brillante con el brillo de la vida,
de asta pequeña y de pezuña breve,
de piel con la blancura de la nieve

y ubres como una fuente dividida,
va a una cadena de metal prendida
la res lustrosa donde el sol luz llueve
y arrastra al hombre cuyo paso mueve,
retozando, de todo sorprendida.

Muge, brinca, sacude la cabeza;
la espléndida salud, que es su belleza,
muestra en el ancho lomo y cuello altivo.

Y cuando cesa de jugar, cansada,
mansa, enorme, paciente y reposada,
parece, andando, un monumento vivo.

RUBÉN DARÍO

(1867-1916)

CANCIÓN DE OTOÑO EN PRIMAVERA

¡Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer...

Plural ha sido la celeste
historia de mi corazón.
Era una dulce niña en este
mundo de duelo y aflicción.

Miraba como el alba pura,
sonreía como una flor.
Era su cabellera oscura,
hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño;
ella, naturalmente, fue
para mi amor hecho de armiño,
Herodías y Salomé...

¡ Juventud, divino tesoro

ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer...

La otra fue más sensitiva,
y más consoladora y más
halagadora y expresiva,
cual no pensé encontrar jamás.

Pues a su continua ternura
una pasión violenta unía.
En un peplu de gasa pura
una bacante se envolvía...

En sus brazos tomó mi ensueño
y lo arrulló como a un bebé...
Y le mató, triste y pequeño,
falto de luz, falto de fe...

¡Juventud divino tesoro,
te fuiste para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer...

Otra juzgó que era mi boca
el estuche de su pasión;
y que me roería, loca,
con sus dientes el corazón,
poniendo en un amor de exceso
la mira de su voluntad,
mientras eran abrazo y beso
síntesis de la eternidad;

y de nuestra carne ligera
imaginar siempre un Edén,
sin pensar que la Primavera
y la carne acaban también...

¡Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer...

¡Y las demás! En tantos climas,
en tantas tierras, siempre son,
si no pretextos de mis rimas,
fantasmas de mi corazón.

En vano busqué a la princesa
que estaba triste de esperar.
La vida es dura. Amarga y pesa.

¡Ya no hay princesa que cantar!
Mas, a pesar del tiempo terco,
mi sed de amor no tiene fin;
con el cabello gris me acerco
a los rosales del jardín...
¡Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer...
¡Mas es mía el Alba de oro!

SONATINA

La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.
Parlanchína, la dueña, dice cosas banales,
y vestido de rojo, piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el ciclo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China,
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz,
o en el rey de las islas de las rosas fragantes,
o en el que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay!, la pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de mayo,
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azul.
Y están tristes las flores por la flor de la corte;
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
¡Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebreo que no duerme y un dragón colosal!

¡Oh, quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste, la princesa está pálida.)
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe
(la princesa está pálida, la princesa está triste)
más brillante que el alba, más hermoso que Abril!

—¡Calla, calla, princesa —dice el hada madrina—,
en caballo con alas hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con su beso de amor!

MARCHA TRIUNFAL

¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo;
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines,
Ya pasa debajo los arcos ornados de blandas Miner-
ía vas y Martes,
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus lar-
[gas trompetas,

la gloria solemne de los estandartes,
llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el ruido que forman las armas de los cabal-
llos,

los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
los cascos que hieren la tierra,
y los timbaleros,
que el paso acompañan con ritmos marciales.
¡Tal pasan los fieros guerreros
debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
su canto sonoro,
su cálido coro,
que envuelve en su trueno de oro
la angustia soberbia de los pabellones.

El dice la lucha, la herida venganza,
las ásperas crines,
los rudos penachos, la pica, la lanza,
la sangre que riega de heroicos carmines
la tierra;

los negros mastines
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
anuncian el advenimiento
triumfal de la Gloria;
dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los cóndores llegan. ¡Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.

Señala el abuelo los héroes al niño

—ved cómo la barba del viejo

los bucles de oro circunda el armiño—.

Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,

y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;

y la más hermosa

sonríe al más fiero de los vencedores.

¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera!

¡Honor al herido y honor a los fieles

soldados que muerte encontraron por mano extranjera!

¡Clarines! ¡Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros

—las viejas espadas de los granaderos, más fuertes que
[osos,

hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros—.

Las trompas guerreras resuenan,

de voces los aires se llenan...

A aquellas antiguas espadas,

a aquellos ilustres aceros,

que encarnan las glorias pasadas...

Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,

y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;

al que ama la insignia del suelo materno;

al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la

[mano,

los soles del rojo verano,

las nieves y vientos de gélido invierno,

la noche, la escarcha,

y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,

¡saludan con voces de bronce las trompas de guerra que

[tocan la marcha triunfal...!

COSAS DEL CID

Cuenta Barbey, en versos que valen bien su prosa,
una hazaña del Cid, fresca como una rosa,
pura como una perla. No se oyen en la hazaña,
resonar en el viento las trompetas de España,
ni el azorado moro las tiendas abandona
al ver al sol el alma de acero de Tizona.

Babieca, descansando del huracán guerrero,
tranquilo paze, mientras el bravo caballero
sale a gozar del aire de la estación florida.
Ríe la primavera, y el vuelo de la vida
abre lirios y sueños en el jardín del mundo.
Rodrigo de Vivar pasa, meditabundo,

por una senda en donde, bajo el sol glorioso,
tendiéndole la mano, le detiene un leproso.
Frente a frente, el soberbio príncipe del estrago
y ¡la victoria, joven, bello como Santiago,
y el horror animado, la viviente carroña
que infecta los suburbios de hedor y de ponzoña.

Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo,
y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.
«¡Oh, Cid, una limosna!», dice el precito. «¡Hermano,
te ofrezco la desnuda limosna de mi mano!»,
dice el Cid; y quitando su férreo guante, extiende
la diestra al miserable, que llora y que comprende.

Tal es el sucedido que el condestable escancia
como un vino precioso en su copa de Francia.
Yo agregaré este sorbo de licor castellano:

Cuando su guantelete hubo vuelto a la mano
el Cid siguió su rumbo por la primavera
senda. Un pájaro daba su nota de cristal
en un árbol. El cielo profundo desleía
un perfume de gracia en la gloria del día.
Las ermitas lanzaban en el aire sonoro
su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;
el alma de las flores iba por los caminos
a unirse a la piadosa voz de los peregrinos,
y el gran Rodrigo Díaz de Vivar, satisfecho,
iba cual si llevase una estrella en el pecho.
Cuando de la campiña aromada de esencia
sutil, salió una niña vestida de inocencia,
una niña que fuera una mujer, de franca
y angélica pupila, y muy dulce y muy blanca.
Una niña que fuera un hada, o que surgiera
encarnación de la divina Primavera.

Y fue al Cid y le dijo: «Alma de amor y fuego,
por Jimena y por Dios un regalo te entrego;
esta rosa naciente y este fresco laurel.»

Y el Cid sobre su yelmo las frescas hojas siente;
en su guante de fierro hay una flor naciente,
y en lo íntimo del alma como un dulzor de miel.

LOS MOTIVOS DEL LOBO

El varón que tiene corazón de lis,
alma de querube, lengua celestial,
el mínimo y dulce Francisco de Asís
está con un rudo y torvo animal,
bestia temerosa, de sangre y de rabo,
las fauces de furia, los ojos de mal:
el lobo de Gubbia, el terrible lobo.
Rabioso ha assolado los alrededores,
cruel ha deshecho todos los rebaños;
devoró corderos, devoró pastores
y son incontables sus muertes y daños.
Fueres cazadores armados de hierros
fueron destrozados. Los duros colmillos
dieron cuenta de los más bravos perros
como de cabritos y de cordcrillos.
Francisco salió:
al lobo buscó
en su madriguera.
Cerca de la cueva encontró la fiera
enorme, que al verle se lanzó feroz
contra él. Francisco con su dulce voz,
alzando la mano,
al lobo furioso dijo: «¡Paz, hermano
lobo!» El animal
contempló al varón de toscos sayal;
dejó su aire arisco,
cerró las abiertas fauces agresivas,
y dijo: «¡Está bien, hermano Francisco!»
«¡Cómo!, exclamó el santo. ¿Es ley que tú vivas
de horror y de muerte?
¿La sangre que vierte
tu hocico diabólico, el duelo y espanto
que esparces, el llanto
de los campesinos, el grito, el dolor
de tanta criatura de Nuestro Señor,

no han de contener tu encono infernal?

¿Vienes del infierno?

¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
Luzbel o Belial?»

Y el gran lobo, humilde: «¡Es duro el invierno,
y es horrible el hambre! En el bosque helado
no hallé qué comer; y busqué el ganado,
y a veces comí ganado y pastor.

¿La sangre? Yo vi más de un cazador
sobre su caballo, llevando el azor
al puño; o correr tras el jabalí,
el oso o el ciervo; y a más de uno vi
mancharse de sangre, herir, torturar,
de las roncadas trompas al sordo clamor,
a los animales de Nuestro Señor.

Y no era por hambre, que iban a cazar.»

Francisco responde: «En el hombre existe
mala levadura.

Cuando nace viene con pecado. Es triste.
Mas el alma simple de la bestia es pura.

Tú vas a tener
desde hoy qué comer.

Dejarás en paz
rebaños y gente en este país.

¡Que Dios melifique tu ser montaraz!»

«Está bien, hermano Francisco de Asís.»
«Ante el Señor, que todo ata y desata,
en fe de promesa tiéndeme la pata.»

El lobo tendió la pata al hermano
de Asís, que, a su vez, le alargó la mano.
Fueron a la aldea. La gente veía
y lo que miraba casi no creía.

Tras el religioso iba el lobo fiero,
y, baja la testa, quieto le seguía
como un can de casa o como un cordero.
Francisco llamó a la gente a la plaza
y allí predicó.

Y dijo: «He aquí una amable caza.

El hermano lobo se viene conmigo;
me juró no ser ya nuestro enemigo,
y no repetir su ataque sangriento.

Vosotros, en cambio, daréis su alimento

a la pobre bestia de Dios.» «¡Así sea!»,
contestó la gente toda de la aldea.

Y luego, en señal
de contentamiento,
movió testa y cola el buen animal,
y entró con Francisco de Asís al convento.
Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
en el santo asilo.

Sus bastas orejas los salmos oían
y los claros ojos se le humedecían.

Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
cuando a la cocina iba con los legos.

Y cuando Francisco su oración hacía
el lobo las pobres sandalias lamía.

Salía a la calle,

iba por el monte, descendía al valle,
entraba a las casas y le daban algo
de comer. Mirábanle como a un manso galgo.

Un día Francisco se ausentó. Y el lobo
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
desapareció, tornó a la montaña
y recomenzaron su aullido y su saña.

Otra vez sintióse el temor, la alarma,
entre los vecinos y entre los pastores;
colmaba el espanto los alrededores,
de nada servían el valor y el arma,
pues la bestia fiera

no dio treguas a su furor jamás,
como si tuviera

fuegos de Moloch o de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,
todos le buscaron con quejas y llanto,
y con mil querellas dieron testimonio
de lo que sufrían y perdían tanto
por aquel lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.

Se fue a la montaña

a buscar al falso lobo carnicero.

Y junto a su cueva halló a la alimaña.

«En nombre del Padre del sacro universo,
conjuróte —dijo—, ¡oh lobo perverso!,

a que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?

Contesta. Te escucho.»
 Como en sorda lucha habló el animal,
 la boca espumosa y el ojo fatal:
 «Hermano Francisco, no te acerques mucho...
 Yo estaba tranquilo allá, en el convento,
 al pueblo salía,
 y si algo me daban estaba contento
 y manso comía.
 Mas empecé a ver que en todas las casas
 estaban la envidia, la saña, la ira,
 y en todos los rostros ardían las brasas
 de odio, de lujuria, de infamia y mentira.
 Hermanos a hermanos se hacían la guerra,
 perdían los débiles, ganaban los malos,
 hembra y macho eran como perro y perra,
 y un buen día todos me dieron de palos.
 Me vieron humilde, lamía las manos
 y los pies. Seguía tus sagradas leyes;
 todas las criaturas eran mis hermanos,
 los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
 hermanas estrellas y hermanos gusanos.
 Y así, me apalearon y me echaron fuera.
 Y su risa fue como un agua hirviente,
 y entre mis entrañas revivió la fiera,
 y me sentí lobo malo de repente;
 mas siempre mejor que esa mala gente.
 Y recomencé a luchar aquí,
 a me defender y a me alimentar.
 Como el oso hace, como el jabalí
 que para vivir tiene que matar.
 Déjame en el monte, déjame en el risco,
 déjame existir en mi libertad;
 vete a tu convento, hermano Francisco,
 sigue tu camino y tu santidad.»
 El santo de Asís no le dijo nada.
 Le miró con una profunda mirada
 y partió con lágrimas y con desconsuelos,
 y habló al Dios eterno con su corazón.
 El viento del bosque llevó su oración
 que era: «Padre nuestro, que estás en los cielos...»

LO FATAL

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
 y más la piedra dura porque ésa ya no siente,
 pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
 ni mayor pesadumbre que la vida consciente.
 Ser y no saber nada y ser sin rumbo cierto,
 y el temor de haber sido y un futuro terror...
 Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
 y sufrir por la vida y por la sombra y por
 lo que no conocemos y apenas sospechamos,
 y la carne que tienta con sus frescos racimos,
 y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
 y no saber adonde vamos,
 ni de dónde venimos...

LETANÍA DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
 que de fuera alientas y de ensueños vistes,
 coronado de áureo yelmo de ilusión,
 que nadie ha podido vencer todavía,
 por la adarga al brazo, toda fantasía,
 y la lanza en ristre, todo corazón.

Noble peregrino de los peregrinos,
 que santificaste todos los caminos
 con el paso augusto de tu heroicidad,
 contra las certezas, contra las conciencias
 y contra las leyes y contra las ciencias,
 contra la mentira, contra la verdad...

Caballero errante de los caballeros,
varón de varones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, ¡salud!
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes
entre los aplausos o entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!

Tú, para quien pocas fueron las victorias
antiguas y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportas elogios, memorias, discursos,
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y teniendo a Orfeo, tienes a orfeón.

Escucha, divino Rolando del sueño,
a un enamorado de tu Clavileño,
y cuyo Pegaso relincha hacia ti;
escucha los versos de estas letanías,
hechas con las cosas de todos los días
y con otras que en lo misterioso vi.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida
con el alma a tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español.

Ruega por nosotros que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel. Pro nobis ora, gran señor.
(Tiembra la floresta de laurel del mundo
y antes que tu hermano vago, Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor.)

Ruega, generoso, piadoso, orgulloso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
áfonos, recetas que firma un doctor,
de las epidemias, de horribles blasfemias
de las Academias,
líbranos, señor.

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión,
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, todo corazón.

SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA

inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecun-
[da,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar
[nuevos himnos
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos;
[mágicas
ondas de vida van renaciendo de pronto:
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte;
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña,
y en la caja pandórica de que tantas desgracias sur-
[gieron
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
cual pudiera decirla en sus versos Virgilio divino,
la divina reina de luz, ¡la celeste Es_peranza!
Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a
[tumba
o a perpetuo presidio condenasteis al noble entu-
siasmo,
ya veréis al salir del sol en un triunfo de lirás,
mientras dos continentes, abonados de huesos glorio-
[sos,

del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evo-
[cando,

digan al orbe: la alta virtud resucita
que a la hispánica progenie hizo dueña de siglos,

Abominad la boca que predice desgracias eternas,
abominad los ojos que ven sólo zodíacos funestos,
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres,
o que la tea empuñan o la daga suicida.

Siéntense sordos ímpetus de las entrañas del mundo,
la inminencia de algo fatal hoy conmueve la tierra;
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
y algo se inicia como vasto social cataclismo

sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dor-
[midas

no despierten entonces en el tronco del roble gigante
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue

[músculos
y que el alma española juzgue áptera y ciega y tullida?
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en

[polvo,
ni entre momias y piedras reina que habita el se-
[pulgro,

la nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,
que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,
ni la que tras los mares en que yace sepulta la Atlán-

[tida,
tiene su coro de vastagos, altos, robustos y fuertes.

Unanse, brillen, secúndense, tantos vigos dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica.

Sangre de Hispania fecunda, sólidas inéditas razas
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su
[triunfo.

Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ar-
[diente

que regará lenguas de fuego en esa epifanía.

Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,
así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
de los egregios padres que abrieron el surco prístino,
sientan los soplos agrarios de primavera los retornos
y el rumor de espigas que inició la labor triplolémica.

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nue-
[vos himnos.

Latina estirpe verá la gran alba futura,
en un trueno de música gloriosa, millones de labios
saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,
Oriente augusto en donde todo lo cambia y renueva
la eternidad de Dios, la actividad infinita.
Y así sea esperanza la visión permanente en nosotros,
¡inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiñeñor había
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos;
el dueño de las tórtolas, el dueño
de góndolas y liras en los lagos;

y muy siglo dieciocho y muy antiguo
y muy moderno, audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia,
mi juventud, ¿fue juventud ya mía?,
sus rosas aún rae dejan su fragancia,
una fragancia de melancolía.

Potro sin freno se lanzó mi instinto,
mi juventud montó potro sin freno;
iba embriagada y con puñal al cinto;
si no cayó fue porque Dios es bueno.

En mi jardín se vio una estatua bella;
se juzgó mármol y era carne viva;

un alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera
que, encerrada en silencio, no salía
sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melodía...

Hora de ocaso y de discreto beso;
hora crepuscular y de retiro;
hora de madrigal y de embeleso;
de «te adoro», de «ay» y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego
de misteriosas gamas cristalinas,
un renovar de notas del Pan griego
y un desgranar de músicas latinas,
con aire tal y con ardor tan vivo,
que a la estatua nacían de repente
en el muslo viril patas de chivo
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la galatea gongorina
me encantó la marquesa vclrcriana,
y así juntaba a la pasión divina
una sensual hiperestesia humana;
todo ansia, todo ardor, sensación pura
y vigor natural; y sin falsía,
y sin comedia y sin literatura... ;
si hay un alma sincera ésa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo,
y tuve hambre de espacio y sed de cielo
desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura
en el jugo del mar, fue el dulce y tierno
corazón mío, henchido de amargura
por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
el Bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiél en mi existencia,
melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,
bañó el agua castalia el alma mía,
peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.

¡Oh la selva sagrada! ¡Oh la profunda
emanación del corazón divino
de la sagrada selva! ¡Oh la fecunda
fuente cuya virtud vence al destino!

Bosque ideal que lo real complica,
allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;
mientras abajo el sátiro fornicaba,
ebria de azul deslíe Filomela.

Perla de ensueño y música amorosa
en la cúpula en flor del laurel verde,
Hipsipila sutil liba en la rosa
y la boca del fauno el pezón muerde.

Allí va el dios en celo tras la hembra,
y la caña de Pan se alza del lodo;
la eterna vida su semilla siembra,
y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,
temblando de deseo y fiebre santa,
sobre cardo heridor y espina aguda:
así sueña, así vibra y así canta.

Vida, luz y verdad, tal triple llama
produce la interior llama infinita;
el Arte puro como Cristo exclama:
¡ERO sum lux et ventas et vita!

Y la vida es misterio, la luz ciega
y la verdad inaccesible asombra;
la adusta perfección jamás se entrega,
y el secreto ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente;
de desnuda que está, brilla la estrella;
el agua dice el alma de la fuente
en la voz de cristal que fluye de ella.

Tal fue mi intento, hacer del alma pura
mía, una estrella, una fuente sonora,
con el horror de la literatura
y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta
que los celestes éxtasis inspira,
bruma y tono menor —¡toda la flauta!—,
y Aurora, hija del Sol —¡toda la lira!—.

Pasó una piedra que lanzó una honda;
pasó una flecha que aguzó un violento.

La piedra de la honda fue a la onda,
y la flecha del odio fuese al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén... ¡la caravana pasa!

JOSÉ SANTOS CHOCANO

(1867-1935)

¡QUIEN SABE!

Indio que asomas a la puerta
de esa tu rústica mansión,
¿para mi sed no tienes agua?
¿para mi frío, cobertor?
¿parco maíz, para mi hambre?
¿para mi sueño, mal rincón?
¿breve quietud, para mi andanza...?
—¡Quién sabe, señor!

Indio que labras con fatiga
tierras que de otro dueño son,
¿ignoras tú que deben tuyas
ser, por tu sangre y tu sudor?
¡Ignoras tú que audaz codicia,
siglos atrás, te las quitó?
¿Ignoras tú que eres el amo?

—¡Quién sabe, señor!
Indio de frente taciturna
y de pupilas sin fulgor,
¿qué pensamiento es el que escondes
en tu enigmática expresión?,
¿qué es lo que buscas en tu vid»?

¿qué es lo que imploras a tu Dios?
¿qué es lo que sueña tu silencio?

—¡Quién sabe, señor!
¡Oh raza antigua y misteriosa
de impenetrable corazón
que sin gozar ves la alegría
y sin sufrir ves el dolor;
eres augusta como el Ande,
el Grande Océano y el Sol!
Ese tu gesto, que parece
como de vil resignación,
es de una sabia indiferencia
y de un orgullo sin rencor...

Corre en mis venas sangre tuya,
y, por tal sangre, si mi Dios
me interrogase qué prefiero
—cruz o laurel, espina o flor,
beso que apague mis suspiros
o hiél que colme mi canción—
responderé dudando:
—¡Quién sabe, Señor!

NOSTALGIA

Hace ya diez años
que recorro el mundo.
¡He vivido poco!
¡Me he cansado mucho!
Quien vive de prisa no vive de veras,
quien no echa raíces no puede dar frutos.
Ser río que corre, ser nube que pasa,
sin dejar recuerdo ni rastro ninguno,
es triste, y más triste para quien se siente
nube en lo elevado, río en lo profundo.
Quisiera ser árbol mejor que ser ave,
quisiera ser leño mejor que ser humo;

y al viaje que cansa
prefiero el terruño;
la ciudad nativa con sus campesinos,
arcaicos balcones, portales vetustos
y calles estrechas, como si las casas
tampoco quisieran separarse mucho...

Estoy en la orilla
de un sendero abrupto.

Miro la serpiente de la carretera
que en cada montaña da vueltas a un nudo;
y entonces comprendo que el camino es largo,
que el terreno es brusco,
que la cuesta es ardua,
que el paisaje es mustio...

¡Señor! ¡Ya me canso de viajar! ¡Ya siento
nostalgia, ya ansio descansar muy junto
de los míos...! Todos rodearán mi asiento
para que les diga mis penas y triunfos;
y yo, a la manera del que recorriera
un álbum de cromos, contaré con gusto
las mil y una noches de mis aventuras
y acabaré en esta frase de infortunio:

—¡He vivido poco!
¡Me he cansado mucho!

EL SUEÑO DEL CAIMÁN

Enorme tronco que arrastró la ola,
yace el caimán varado en la ribera;
espinazo de abrupta cordillera,
fauces de abismo y formidable cola.

El sol le envuelve en fúlgida aureola,
y parece lucir cota y cimera,
Cual monstruo de metal que reverbera
y que, al reverberar, se tornasola.

Inmóvil como un ídolo sagrado,

ceñido en mallas de compacto acero,
está ante el agua estático y sombrío,
a manera de un príncipe encantado
que vive eternamente prisionero
en el palacio de cristal de un río...

RAMÓN DEL VALLE INCLAN

(1869-1936)

ROSA DEL CAMINANTE

Alarnos fríos en un claro cielo
azul, con timideces de cristal,
sobre el río la bruma como un velo,
y las dos torres de la catedral.

Los hombres, secos y reconcentrados,
las mujeres deshechas de parir;
rostros oscuros llenos de cuidados,
todas las bocas clásico el decir.

La fuente seca. En torno al vocerío,
los odres a la puerta del mesón,
y las recuas que bajan hacia el río,
y las niñas que acuden al sermón.
¡Mejillas sonrosadas por el frío
de Astorga, de Zamora, de León!

LA TRAE UN CUERVO

¡Tengo rota la vida! En el combate
de tantos años ya rai aliento cede,
y al orgulloso pensamiento abate
la idea de la muerte, que lo obsede.

Quisiera entrar en mí, vivir conmigo,
poder hacer la cruz sobre mi frente,
y sin saber de amigo ni enemigo,
apartado, vivir devotamente.

¿Dónde la verde quiebra de la altura
con rebaños y músicos pastores?
¿Dónde gozar de la visión tan pura
que hace hermanas las almas y las flores?
¿Dónde cavar en paz la sepultura
y hacer místico pan con mis dolores?

MANUEL MACHADO

(1874-1947)

CASTILLA

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga

Cerrado está el mesón a piedra y lodo.
Nadie responde. Al pomo de la espada
y al cuento de las picas el postigo
va a ceder... ¡Quema el sol, el aire abrasa!

A los terribles golpes,
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal responde... Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral. Es toda
ojos azules y en los ojos, lágrimas.

Oro pálido nimba
su carita curiosa y asustada.
«¡Buen Cid, pasad...! El rey nos dará muerte,
arruinará la casa,
y sembrará de sal el pobre campo
que mi padre trabaja...
Idos. El cielo os colme de venturas...
¡En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada!»

Calla la niña y llora sin gemido...
Un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guerreros,
y una voz inflexible grita: «¡En marcha!»
El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

ADELFO

Yo soy como las gentes que a mi tierra vinieron;
soy de la raza mora, vieja amiga del Sol...
que todo lo ganaron y todo lo perdieron.
Tengo el alma de nardo del árabe español.

Mi voluntad se ha muerto una noche de luna
en que era muy hermoso no pensar ni querer...
Mi ideal es tenderme, sin ilusión ninguna...
De cuando en cuando un beso y un nombre de mujer.

En mi alma, hermana de la tarde, no hay contornos
...y la rosa simbólica de mi única pasión
es una flor que nace en tierras ignoradas
y que no tiene aroma, ni forma, ni color.

Besos, ¡pero no darlos! ¡Gloria, la que me deben!
Que todo como un aura se venga para mí;
que las olas me traigan y las olas me lleven,
y que jamás me obliguen el camino a elegir.
¡Ambición! No la tengo. ¡Amor! No lo he sentido.
No ardí nunca en un fuego de fe ni gratitud.
Un vago afán de arte tuve... Ya lo he perdido.
Ni el vicio me seduce, ni adoro la virtud.

De mi alta aristocracia dudar jamás se pudo.
No se ganan, se heredan, elegancia y blasón...
Pero el lema de casa, el mote del escudo,
es una nube vaga que eclipsa un vano sol.

Nada os pido. Ni os amo, ni os odio. Con dejarme,
lo que hago por vosotros hacer podéis por mí...
¡Que la vida se tome la pena de matarme,
ya que yo no me tomo la pena de vivir...!

Mi voluntad se ha muerto una noche de luna
en que era muy hermoso no pensar ni querer...
De cuando en cuando un beso sin ilusión ninguna.
¡El beso generoso que no he de devolver!

FELIPE IV

Nadie más cortesano ni pulido
que nuestro rey Felipe, que Dios guarde,
siempre de negro hasta los pies vestido.

Es pálida su tez, como la tarde,
cansado el oro de su pelo undoso,
y de sus ojos, el azul, cobarde.

Sobre su augusto pecho generoso
ni joyeles perturban ni cadenas
el negro terciopelo silencioso.

Y, en vez de cetro real, sostiene apenas,
con desmayo galán, un guante de ante
la blanca mano de azuladas venas.

CANTO A ANDALUCÍA

Cádiz, salada claridad; Granada
agua oculta que llora.
Romana y mora, Córdoba callada.
Málaga cantora.
Almería dorada.
Plateado Jaén. Huelva a la orilla
de las tres carabelas.

Y Sevilla.

AMADO ÑERVO

(1870-1919)

A KEMPIS

*Sicut nubes, quasi naves,
velut umbra...*

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste;
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!

¡Oh, Kempis, antes de leerte, amaba
la luz, las vegas, el mar Océano;

mas tú dijiste que todo acaba,
que todo muere, que todo es vano!

Antes, llevado de mis antojos,
besé los labios que al beso invitan,
las rubias trenzas, los grandes ojos,
¡sin acordarme que se marchitan!

Mas como afirman doctores graves
que tú, maestro, citas y nombras,
que el hombre pasa *como las naves,*
como las nubes, como las sombras,

huyo de todo terreno lazo,
ningún cariño mi mente alegra
y con tu libro bajo del brazo
voy recorriendo la noche negra...

¡Oh, Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, qué mal me hiciste!
Ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!

LEOPOLDO LUGONES

(1874-1938)

A TI, ÚNICA

(Quinteto de la luna y del mar)

PIANO

Un poco de cielo y un poco de lago
donde pesca estrellas el grácil bambú
y al fondo del parque, como íntimo halago,
la noche que mira como miras tú.

Florece en los lirios de tu poesía
la candida luna que sale del mar,
y el flébil delirio de azul melodía,
te infunde una vaga congoja de amar.

Los dulces suspiros que tu alma perfuman
te dan, como a ella, celeste ascensión.

La noche... tus ojos..., un poco de Schumann...
y mis manos llenas de tu corazón.

PRIMER VIOLIN

Largamente, hasta tu pie
se azula el mar ya desierto,
y la luna es de oro muerto
en la tarde rosa té.

Al soslayo de la duna
recio el gigante trabaja,
susurrándote en voz baja
los ensueños de la luna.

Y en lenta palpitación,
más grave ya con la sombra,
viene a tenderte de alfombra
su melena de león.

SEGUNDO VIOLIN

La luna te desampara
y hunde en el confín remoto
su punto de huevo roto
que vierte en el mar su clara.

Medianoche van a dar,
y al gemido de la ola,
te angustias, trémula y sola,
entre mi alma y el mar.

Dulce luna del mar que alargas la hora
de los sueños de amor; plácida perla
que el corazón en lágrima atesora
y no quiere llorar por no perderla.

Así el fiel corazón se queda grave,
y por eso el amor, áspero o blando,
trae un deseo de llorar, tan suave,
que sólo amarás bien si amas llorando.

VTOT.ONCF.I.O

Divina calma del mar
donde la luna dilata
largo reguero de plata
que induce a peregrinar,
en la pureza infinita
en que se ha abismado el cielo,
un ilusorio pañuelo
tus adioses solicita.

Y ante la excelsa quietud,
cuando en mis brazos te estrecho
es tu alma, sobre mi pecho,
melancólico laúd.

GABRIELA MISTRAL

(1889-1957)

NOCTURNO

Padre nuestro, que estás en los cielos,
¿por qué te has olvidado de mí?
Te acordaste del fruto en febrero,
al llagarse su pulpa rubí.
¡Llevo abierto también mi costado
y no quieres mirar hacia mí!

Te acordaste del negro racimo
y lo diste al lagar carmesí,
y aventaste las hojas del álamo
con tu aliento, en el aire sutil.
¡Y en el ancho lagar de la muerte
aún no quieres mi pecho oprimir!

Caminando vi abrir las violetas;
el falerno del viento bebí,
y he bajado, amarillos, mis párpados
para no ver enero ni abril.
Y he apretado la boca, anegada
de la estrofa que no he de exprimir.
¡Has herido la nube de otoño
y no quieres volverte hacia mí!

Me vendió el que besó mi mejilla;
me negó por la túnica ruin.
Yo en mis versos el rostro con sangre,
como Tú sobre el paño, le di;
y en mi noche del Huerto me han sido,
Juan cobarde, y el Ángel hostil.

Ha venido el cansancio infinito
a clavarse en mis ojos, al fin;
el cansancio, del día que muere,
y el del alba, que debe venir;

¡el cansancio del cielo de estaño
y el cansancio del cielo de añil!

Ahora suelto la mártir sandalia
y las trenzas, pidiendo dormir.
Y perdida en la noche levanto
el clamor aprendido de ti:
*Padre nuestro que estás en los cielos,
¿por qué te has olvidado de mí?*

ALFONSINA STORNI

(1892-1938)

CARTA LÍRICA A OTRA MUJER

Vuestro nombre no sé, ni vuestro rostro
conozco yo, y os imagino blanca,
débil como los brotes iniciales,
pequeña, dulce... Ya ni sé... Divina.
En vuestros ojos, placidez de lago
que se abandona al sol y dulcemente
le absorbe su oro mientras todo calla.

Y vuestras manos, finas, como aqueste
dolor, el mío, que se alarga, alarga,
y luego se me muere y se concluye,
así como lo veis, en algún verso.

¡Ah!, ¿sois así? Decidme si en la boca
tenéis un rumoroso colmenero,
si las orejas vuestras son a modo
de pétalos de rosas ahuecados...
Decidme si lloráis, humildemente,
mirando las estrellas tan lejanas,
y si en las manos tibias se os aduermen
palomas blancas y canarios de oro.

Porque todo eso y más vos sois, sin duda,
vos, que tenéis el hombre que adoraba
entre las manos dulce, vos la bella
que habéis matado, sin saberlo acaso,
toda esperanza mía... Vos, criatura.
Porque él es todo vuestro: cuerpo y alma
estáis gustando del amor secreto
que guardé silencioso... Dios lo sabe
por qué, que yo no alcanzo a penetrarlo.
Os lo confieso que una vez estuvo
tan cerca de mi brazo, que, a extenderlo,
acaso mía aquella dicha vuestra
me fuera ahora... ¡Sí!, acaso mía...
Mas ved, estaba el alma tan gastada,
que el brazo mío no alcanzó a extenderse;
la sed divina contenida entonces
me pulió el alma... ¡Y él ha sido vuestro!
¿Comprendéis bien? Ahora, en vuestros brazos,
él se adormece y le decís palabras
pequeñas y menudas que semejan
pétalos voladeros y muy blancos.
¡Oh, ceñidle la frente! ¡Era tan amplia!
¡Arrancaban tan firmes los cabellos
a grandes ondas, que, a tenerla cerca,
no hicieran otra cosa que ceñirla!
Luego, dejad que en vuestras manos vaguen
los labios suyos; él me dijo un día
que nada era tan dulce al alma suya
como besar las femeninas manos...
Y acaso alguna vez, yo, la que anduve
vagando por afuera de la vida
—como aquellos filósofos mendigos
que van a las ventanas señoriales
a mirar sin envidia toda fiesta—,
me allegue humildemente a vuestro lado
y con palabras quedas, susurrantes,
os pida vuestras manos un momento
para besarlas yo como él las besa...

Y al recubrirlas lenta, lentamente,
vaya pensando; aquí se aposentaron
¿cuánto tiempo, sus labios, cuánto tiempo
en las divinas manos que son tuyas?

¡Oh, qué amargo deleite, este deleite
de buscar huellas tuyas y seguirlas,
sobre las manos suaves tan sedosas,
tan finas, con sus venas tan azules!
¡Oh, que nada podría, ni ser tuya,
ni dominarle el alma ni tenerlo
rendido aquí a mis pies, recompensarme
este horrible deleite de hacer mío
un inefable, apasionado rastro!...
Y allí en vos misma, si, pues sois barrera,
barrera ardiente, viva, que al tocarla
ya me remueve este cansancio amargo,
este silencio de alma en que me escudo,
este dolor mortal en que me abismo,
esta inmovilidad del sentimiento
que sólo salta bruscamente cuando
¡nada es posible!

JUANA DE IBARBOUROU

(1895-1979)

LA HIGUERA

Porque es áspera y fea,
porque todas sus ramas son grises
yo le tengo piedad a la higuera.
En mi quinta hay cien árboles bellos:
círuelos redondos,
limoneros rectos
y naranjos de brotes lustrosos.
En las primaveras
todos ellos se cubren de flores
en torno a la higuera.

Y la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos, que nunca
de apretados capullos se viste...

Por eso,
cada vez que yo paso a su lado
digo, procurando
hacer dulce y alegre mi acento:
«Es la higuera el más bello
de los árboles todos del huerto.»

Si ella escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué dulzura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!

Y tal vez, a la noche,
cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo le cuente:

—¡Hoy a mí me dijeron hermosa!

INTELECTUALISMO

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

(1881-1958)

SONETOS

I

A tu abandono opongo la elevada
torre de mi divino pensamiento.
Subido a ella, el corazón sangriento
verá la mar, por él empurpurada.

Fabricaré en mi sombra la alborada,
mi lira guardaré del vano viento,
buscaré en mis entrañas mi sustento...
Mas, ¡ay!, ¿y si esta paz no fuera nada?

—¡Nada, sí, nada, nada...! —O que cayera
mi corazón al agua, y de este modo
fuese el mundo un castillo hueco y frío...

Que tú eres tú, la humana primavera,
la tierra, el aire, el agua, el fuego, ¡todo!
... ¡y soy yo sólo el pensamiento mío!

II

Estaba echado yo en la tierra, enfrente
del infinito campo de Castilla,
que el otoño envolvía en la amarilla
dulzura de su claro sol poniente.

Lento, el arado, paralelamente,
abría el haza oscura, y la sencilla
mano abierta dejaba la semilla
en su entraña partida honradamente.

Pensé arrancarme el corazón y echarlo,
pleno de su sentir alto y profundo,
al ancho surco del terruño tierno;
a ver si con romperlo y con sembrarlo
la primavera le mostraba al mundo
el árbol puro del amor eterno.

LA ROSA

No la toques ya más,
¡que así es la rosa!

CON MI MITAD ALLÍ

¡Mi plata aquí en el sur, en este sur,
conciencia en plata lueidera palpitando
con la mañana limpia,
cuando la primavera saca flor a mis entrañas!

Mi plata aquí, respuesta de la plata
que soñaba esta plata en la mañana limpia
de mi Moguer de plata,
de mi Puerto de plata,
niño yo triste soñando siempre
¡el ultramar con la ultratierra, el ultracielo!

Y el ultracielo estaba aquí
con esta tierra, la ultratierra;
este ultramar con este mar;
y aquí en este ultramar, mi nombre encontró
norte y sur, su conciencia penitente,
porque ésta le faltaba.

Y estoy alegre de alegría llena
con mi mitad allí, mi allí, complementándome,
pues que ya tengo mi totalidad,
la plata mía aquí, en el sur, en este sur.

EL TODO INTERNO

He llegado a una tierra de llegada.

.....
¡Qué luz entre ojos, labios, manos;
qué primavera de latir;
qué tú entre ellos, en nosotros, tú;
qué luz, qué perspectivas
de pecho y frente (joven, mayor, niño),
qué cantar, qué decir,
qué abrazar, qué besar;
qué elevación de ti en nosotros
hasta llegar a ti!,
a este tú que pones sobre ti

para que todos lleguen por la escala
de carne y alma
a esta conciencia desvelada que es el astro
que acumula y completa, en unificación,
todos los astros en el todo eterno.
El todo eterno que es el todo interno.

JORGE GUILLEN

(1893-1984)

EL AIRE

Aire: nada, casi nada,
o con un ser muy secreto,
o sin materia tal vez,
nada, casi nada: cielo.

Con sigilo se difunde,
nadie puede ver su cuerpo.
He ahí su misma idea,
aire claro, buen silencio.

Hasta el espíritu el aire,
que es ya brisa va ascendiendo
mientras una claridad
traspasa la brisa al vuelo.

Un frescor de transparencia
se desliza como un témpano
de luz que fuese cristal
adelgazándose en céfiro.

¡Qué celeste levedad!
¡Un aire apenas terreno,

apenas una blanca
donde lo más puro es cierto!

Aire noble, que se otorga
distancias, alejamientos.
Ocultando su belleza
no quiere parecer nuevo.

Aire que respiro a fondo,
de muchos soles muy denso,
para mi avidez actual
aire en que respiro tiempo.

Aquellos días de entonces
vagan ahora disueltos
en este esplendor que impulsa
3o más leve hacia lo eterno.

Muros ya cerca del campo
guardan ocres sus reflejos
de tardes enternecidas
en los altos del recuerdo.

¡Cómo yerra por la atmósfera
su dulzura, conduciendo
los pasos y las palabras
adonde van sin saberlo!

Algo cristalino en vías
quizá de enamoramiento
busca en una aura dorada
sendas para el embeleso.

Respirando, respirando
tanto a mis anchas entiendo
que gozó del paraíso
más embriagador: el nuestro.

Y la vida, sin cesar
humildemente valiendo
callada va por el aire,
es aire, simple portento.

Vida, vida, nada más
este soplo que da aliento,
aliento con una fe:
sí, lo extraordinario es esto.

Esto: la luz en el aire,
y con el aire un anhelo.
¡Anhelo de transparencia,
sumo bien! Respiro, creo.

Más allá del soliloquio,
todo mi amor dirigiendo,
se abalanzan los balcones
al aire del universo.

¡Balcones como vigías
hasta de los más extremos
puntos que la tarde ofrece
posibles, amarillentos!

Mis ojos van abarcando
la ordenación de lo inmenso.
Me la entrega el panorama,
profundo cristal de espejo.

Entre el chopo y la ribera,
entre el río y el remero
sirve, transición de gris,
un aire que nunca es término.
¡Márgenes de la hermosura!
A través de su despejo,
el tropel de pormenores
no es tropel. ¡Qué bien sujeto!

Profundizando en el aire
no están solos, están dentro
los jardines, las verjas,
las esquinas, los aleros...

En el contorno del límite
se complacen los objetos,
y su propia desnudez
los redondea: son ellos.

¡Islote primaveral,
tan verdes los grises! Fresnos,
aguzando sus ramillas,
tienden un aire más tierno.

El soto. La fronda. Límpidos.
Son esos huecos aéreos
quienes mejor me serenán,
si a contemplarlos acierto.

Feliz el afán, se colma
la tensión de un día pleno.
Volúmenes de follajes
alzan un solo sosiego.

Torres se doran amigas
de las mieses y los cerros,

y entre la luz y las piedras
hay retozos de aleteos.

En bandadas remontándose
juegan los pájaros. Vedlos.
Todos van, retornan, giran,
contribuyen al gran juego.

¡Juego tal vez de una fuerza
no muy solemne, tanteo
de formas que sí consiguen
la perfección del momento!

Esta perfección, tan viva
que se extiende al centelleo
más distante, me presenta
como una red cuanto espero.

¡Aquel desgarrón de sol!
Arden nubes, y no lejos,
mientras, sin saber por qué
se ilumina mi deseo.

Arbolados horizontes
—verdor imperecedero—,
dan sus cimas al dominio
celestes, gloria en efecto.

Gloria de blancos y azules
purísimos, violentos,
algazaras de celajes
que anuncian dioses y fuegos.

La realidad, por de pronto,
sobrepasa anuncio y sueño
bajo el aire, por el aire
ceñido de firmamento.

El aire claro es quien sueña
mejor. ¡Soñar de misterio!
Con su creación el aire
me cerca. ¡Divino cerco!

A una creación continua
—soy del aire— me someto.
¡Aire en transparencia! Sea
su señorío supremo.

FEDERICO GARCÍA LORCA

(1899-1936)

EL LAGARTO ESTA LLORANDO

El lagarto está llorando.
La lagarta está llorando.
El lagarto y la lagarta
con delantalitos blancos.
Han perdido sin querer
su anillo de desposados.
¡Ay, su anillito de plomo,
ay, su anillito plumado!
Un cielo grande y sin gente
monta en su globo a los pájaros.
El Sol, capitán redondo,
lleva un chaleco de raso.
¡Miradlos qué viejos son!
¡Qué viejos son los lagartos!
¡Ay cómo lloran y lloran,
¡ay!, ¡ay!, cómo están llorando!

CANCIÓN TONTA

Mamá.
Yo quiero ser de plata.
Hijo,
tendrás mucho frío.
Mamá.
Yo quiero ser de agua.

Hijo,
tendrás mucho frío.
Mamá.
Bórdame en tu almohada.
¡Eso sí!
¡Ahora mismo!

ROMANCE SONAMBULO

Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.
Con la sombra en la cintura
ella sueña en su baranda,
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Verde que te quiero verde.
Bajo la luna gitana,
las cosas la están mirando
y ella no puede mirarlas.
Verde que te quiero verde.
Grandes estrellas de escarcha,
vienen con el pez de sombra
que abre el camino del alba.
La higuera frota su viento
con la lija de sus ramas,
y el monte, gato garduño,
eriza sus pitas agrias.
¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde?
Ella sigue en su baranda,
verde carne, pelo verde,
soñando en la mar amarga.
—Compadre, quiero cambiar
mi caballo por su casa,
mi montura por su espejo,
mi cuchillo por su manta.

Compadre, vengo sangrando,
desde los puertos de Cabra.

—Si yo pudiera, mocito,
este trato se cerraba.

Pero yo ya no soy yo,
ni mi casa es ya mi casa.

—Compadre, quiero morir,
decentemente en mi cama.

De acero, si puede ser,
con las sábanas de Holanda.

¿No ves la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?

Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca.

Tu sangre rezuma y huele
alrededor de tu faja.

Pero yo ya no soy yo,
ni mi casa es ya mi casa.

—Dejadme subir al menos
hasta las altas barandas,

¡dejadme subir!, ¡dejadme
hasta las verdes barandas.

Barandales de la luna
por donde retumba el agua.

Ya suben los dos compadres
hacia las altas barandas.

Dejando un rastro de sangre.
Dejando un rastro de lágrimas.

Temblaban en los tejados
farolillos de hojalata.

Mil panderos de cristal
herían la madrugada.

Verde que te quiero verde,
verde viento, verdes ramas.

Los dos compadres subieron.
El largo viento dejaba

en la boca un raro gusto
de hiél, de menta y de albahaca.

—¡Compadre! ¿Dónde está, dime?
¿Dónde está tu niña amarga?

¡Cuántas veces te esperó!
¡Cuántas veces te esperara,

cara fresca, negro pelo,
en esta verde baranda!

Sobre el rostro del aljibe
se mecía la gitana.

Verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.

Un carámbano de luna
la sostiene sobre el agua.

La noche se puso íntima
como una pequeña plaza.

Guardias civiles borrachos
en la puerta golpeaban.

Verde que te quiero verde,
verde viento, verdes ramas.

El barco sobre la mar.
Y el caballo en la montaña.

LA CASADA INFIEL

Y que yo me la llevé al río
creyendo que era mozueta,
pero tenía marido.

Fue la noche de Santiago
y casi por compromiso.

Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.

En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos,

y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.

El almidón de su enagua
me sonaba en el oído

como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos.

Sin luz de plata en sus copas
los árboles han crecido,

y un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.

Pasadas las zarzamoras,
los juncos y los espinos,
bajo su mata de pelo
hice un hoyo sobre el limo.
Yo me quité la corbata.
Ella se quitó el vestido.
Yo, el cinturón con revólver,
ella, sus cuatro corpinos.
Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino,
ni los cristales con luna
relumbran con ese brillo.
Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.
Aquella noche corrí
el mejor de los caminos,
montado en potra de nácar
sin bridas y sin estribos.
No quiero decir, por hombre,
las cosas que ella me dijo.
La luz del entendimiento
me hace ser muy comedido.
Sucia de besos y arena
yo me la llevé del río.
Con el aire se batían
las espadas de los lirios.

Me porté como quien soy,
como un gitano legítimo.
La regalé un costurero
grande, de raso pajizo,
y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozueta
cuando la llevaba al río.

PRENDIMIENTO DE ANTOÑITO EL CAMBORIO EN EL CAMINO DE SEVILLA

Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
con una vara de mimbre
va a Sevilla a ver los toros.
Moreno de verde luna
anda despacio y garboso.
Sus empavonados bucles
le brillan entre los ojos.
A la mitad del camino
cortó limones redondos,
y los fue tirando al agua
hasta que la puso de oro.
Y a la mitad del camino,
bajo las ramas de un olmo,
guardia civil caminera
lo llevó codo con codo.

El día se va despacio,
la tarde colgada a un hombro,
dando una larga torera
sobre el mar y los arroyos.
Las aceitunas aguardan
la noche de Capricornio
y una corta brisa, ecuestre,
salta los montes de plomo.
Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
vienes sin vara de mimbre
entre los cinco tricornios.

Antonio, ¿quién eres tú?
Si te llamas Camborio,
hubieras hecho una fuente
de sangre con cinco chorros.
Ni tú eres hijo de nadie,
ni legítimo Camborio.
¿Se acabaron los gitanos
que iban por el monte solos!

Están los viejos cuchillos
tiritando bajo el polvo.

A las nueve de la noche
lo llevan al calabozo,
mientras los guardias civiles
beben limonada todos.
Y a las nueve de la noche
le cierran el calabozo,
mientras el ciclo reluce
como la grupa de un potro.

MUERTE DE ANTOÑITO EL CAMBORIO

Voces de muerte sonaron
cerca del Guadalquivir.
Voces antiguas que cercan
voz de clavel varonil.
Les ctavó sobre las botas
mordiscos de jabalí.
En la lucha daba saltos
jabonados de delfín.
Bañó con sangre enemiga
su corbata carmesí,
pero eran cuatro puñales
y tuvo que sucumbír.
Cuando las estrellas clavan
rejones al agua gris,
cuando los erales sueñan
verónicas de alhelí,
voces de muerto sonaron
cerca del Guadalquivir.

«Antonio Torres Heredia,
Camborio de dura crin,
moreno de verde luna,
voz de clavel varonil:
¿Quién te ha quitado la vida
cerca del Guadalquivir?»

«Mis cuatro primos Heredias
hijos de Benamejé.
Lo que en otros no envidiaban
ya lo envidiaban en mí.
Zapatos color corinto,
medallones de marfil,
y este cutis amasado
con aceituna y jazmín.»
«¡Ay, Antoñito el Camborio,
digno de una emperatriz!
Acuérdate de la Virgen
porque te vas a morir.»
«¡Ay Federico García,
llama a la Guardia Civil!
Ya mi talle se ha quebrado
como caña de maíz.»

Tres golpes de sangre tuvo
y se murió de perfil.
Viva moneda que nunca
se volverá a repetir.
Un ángel marchoso pone
su cabeza en un cojín.
Otros de rumor cansado,
encendieron un candil.
Y cuando los cuatro primos
llegan a Benamejé,
voces de muerte cesaron
cerca del Guadalquivir.

BURLA DE DON PEDRO A CABALLO

(Fragmento)

A una ciudad lejana
ha llegado don Pedro.
Una ciudad de oro
entre un bosque de cedros.

¿Es Belén? Por el aire
yerbaluisa y romero.
Brillan las azoteas
y las nubes. Don Pedro
pasa por arcos rotos.
Dos mujeres y un viejo
con velones de plata
le salen al encuentro.
Los chopos dicen: No.
Y el ruiseñor: Veremos.

LLANTO POR IGNACIO SÁNCHEZ MEJIAS

I

LA COGIDA Y LA MUERTE

A las cinco de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.
Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.
Lo demás era muerte y sólo muerte
a las cinco de la tarde.
El viento se llevó los algodones
a las cinco de la tarde.
Y el óxido sembró cristal y níquel
a las cinco de la tarde.
Ya luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde.
Y un muslo con un asta desolada
a las cinco de la tarde.
Comenzaron los sones del bordón
a las cinco de la tarde.

Las campanas de arsénico y el humo
a las cinco de la tarde.
En las esquinas grupos de silencio
a las cinco de la tarde.
¡Y el toro solo corazón arriba!,
a las cinco de la tarde.
Cuando el sudor de nieve fue llegando
a las cinco de la tarde,
cuando la plaza se cubrió de yodo
a las cinco de la tarde,
la muerte puso huevos en la herida
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
A las cinco en punto de la tarde.
Un ataúd con ruedas es la cama
a las cinco de la tarde.
Huesos y flautas suenan en su oído
a las cinco de la tarde.
El toro ya mugía por su frente
a las cinco de la tarde.
El cuarto se irisaba de agonía
a las cinco de la tarde.
A lo lejos ya viene la gangrena
a las cinco de la tarde.
Trompa de lirio por las verdes ingles
a las cinco de la tarde.
Las heridas quemaban como soles
a las cinco de la tarde,
y el gentío rompía las ventanas
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
¡Ay, que terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

II

LA SANGRE DERRAMADA

¡Que no quiero verla!
Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre
de Ignacio sobre la arena.
¡Que no quiero verla!
La luna de par en par.
Caballo de nubes quietas,
y la plaza gris del sueño
con sauces en las barreras.
¡Que no quiero verla!
Que mi recuerdo se quema.
¡Avisad a los jazmines
con su blancura pequeña!
¡Que no quiero verla!
La vaca del viejo mundo
pasaba su triste lengua
sobre el hocico de sangres
derramadas en la arena,
y los Toros de Guisando,
casi muerte, casi piedra,
mugieron como dos siglos
hartos de pisar la tierra.
No.
¡Que no quiero verla!
Por las gradas sube Ignacio
con toda su muerte a cuestras.
Buscaba el amanecer,
y el amanecer no era.
Busca su perfil seguro,
y el sueño lo desorienta.
Buscaba su hermoso cuerpo
y encontró su sangre abierta.
¡No me digáis que la vea!
¡No quiero sentir el chorro

cada vez con menos fuerza;
ese chorro que ilumina
los tendidos y se vuelca
sobre la pana y el cuero
de muchedumbre sedienta!
¡Quién me grita que me asome!
¡No me digáis que la vea!

No se cerraron sus ojos
cuando vio los cuernos cerca,
pero las madres terribles
levantaron la cabeza.
Y a través de las ganaderías
hubo un aire de voces secretas
que gritaban a toros celestes,
mayorales de pálida niebla.
No hubo príncipe en Sevilla
que comparársele pueda,
ni espada como su espada,
ni corazón tan de veras.
Como un río de leones
su maravillosa fuerza,
y como un torso de mármol
se dibujaba prudencia.
Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza
donde su risa era un nardo
de sal y de inteligencia.
¡Qué gran torero en la plaza!
¡Qué gran serrano en la sierra!
¡Qué blando con las espigas!
¡Qué duro con las espuelas!
¡Qué tierno con el rocío!
¡Qué deslumbrante en la feria!
¡Qué tremendo con las últimas
banderillas de tinieblas!

Pero ya duerme sin fin.
Ya los musgos y la hierba
abren con dedos seguros
la flor de su calavera.
Y su sangre ya viene cantando:
cantando por marismas y praderas,
resbalando por cuernos ateridos,

vacilando sin alma por la niebla,
tropezando con miles de pezuñas
como una larga, oscura, triste lengua,
para formar un charco de agonía
junto al Guadalquivir de la estrellas.
¡Oh blanco muro de España!
¡Oh negro toro de pena!
¡Oh sangre dura de Ignacio!
¡Oh ruiseñor de sus venas!
No.
¡Que no quiero verla!
Que no hay cáliz que la contenga,
que no hay golondrinas que se la beban,
no hay escarcha de luz que la enfríe,
no hay ranto ni diluvio de azucenas,
no hay cristal que la cubra de plata.
No.
¡Yo no quiero verla!!

III

CUERPO PRESENTE

La piedra es una frente donde los sueños gimen
sin tener agua curva ni cipreses helados.
La piedra es una espalda para llevar al tiempo
con árboles de lágrimas y cintas y planetas.

Yo he visto lluvias grises correr hacia las olas
levantando sus tiernos brazos acribillados,
para no ser cazadas por la piedra tendida
que desata sus miembros sin empapar la sangre.

Porque la piedra coge simientes y nublados,
esqueletos de alondras y lobos de penumbra;
pero no da sonidos, ni cristales, ni fuego,
sino plazas y plazas y otras plazas sin muros.

Ya está sobre la piedra Ignacio el bien nacido.
Ya se acabó; ¿qué pasa? Contemplad su figura:

La muerte le ha cubierto de pálidos azufres
y le ha puesto cabeza de oscuro minotauro.

Ya se acabó. La lluvia penetra por su boca.
El aire como loco deja su pecho hundido,
y el Amor, empapado con lágrimas de nieve,
se calienta en la cumbre de las ganaderías.

¿Qué dicen? Un silencio con hedores reposa.
Estamos con un cuerpo presente que se esfuma,
con una forma clara que tuvo ruiseñores
y la vemos llenarse de agujeros sin fondo.

¿Quién arruga el sudario? ¡No es verdad lo que dice!
Aquí no canta nadie, ni llora en el rincón,
ni pica las espuelas, ni espanta la serpiente:
aquí no quiero más que los ojos redondos
para ver este cuerpo sin posible descanso.

Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura.
Los que doman caballos y dominan los ríos:
los hombres que les suena el esqueleto y cantan
con una boca llena de sol y pedernales.

Aquí quiero yo verlos. Delante de la piedra.
Delante de este cuerpo con las riendas quebradas.
Yo quiero que me enseñen dónde está la salida
para este capitán atado por la muerte.

Yo quiero que me enseñen un llanto como un río
que tenga dulces nieblas y profundas orillas,
para llevar el cuerpo de Ignacio y que se pierda
sin escuchar el doble resuello de los toros.

Que se pierda en la plaza redonda de la luna
que finge cuando niña doliente res inmóvil,
que se pierde en la noche sin canto de los peces
y en la maleza blanca del humo congelado.

No quiero que le tapen la cara con pañuelos
para que se acostumbre con la muerte que lleva.
Vete, Ignacio: No sientas el caliente bramido.
Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar!

IV

ALMA AUSENTE

No te conoce el toro ni la higuera,
ni caballos ni hormigas de tu casa.
No te conoce el niño ni la tarde,
porque te has muerto para siempre.

No te conoce el lomo de la piedra,
ni el raso negro donde te destrozás.
No te conoce tu recuerdo mudo
porque te has muerto para siempre.

El otoño vendrá con caracolas,
uva de niebla y montes agrupados,
pero nadie querrá mirar tus ojos
porque te has muerto para siempre.

Porque te has muerto para siempre,
como todos los muertos de la Tierra,
como todos los muertos que se olvidan
en un montón de perros apagados.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.
Yo canto para luego tu perfil y tu gracia.
La madurez insigne de tu conocimiento.
Tu apetencia de muerte y el gusto de su boca.
La tristeza que tuvo tu valiente alegría.

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.
Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos.

RAFAEL ALBERTI

(1902)

SIERRA DE PANCORBO

Ya no sé, mi dulce amiga,
mi amante, mi dulce amante,
ni cuáles son las encinas,
ni cuáles son ya los chopos,
ni cuáles son los nogales,
que el viento se ha vuelto loco
juntando todas las hojas,
tirando todos los árboles.

EL ÁNGEL DE LOS NÚMEROS

Virgenes con escuadras
y compases, velando
las celestes pizarras.

Y el ángel de los números,
pensativo, volando
del 1 al 2, del 2
al 3, del 3 al 4.

Tizas frías y esponjas
rayaban y borrraban
la luz de los espacios.

Ni sol, luna, ni estrellas,
ni el repentino verde

del rayo y el relámpago,
ni el aire. Sólo nieblas.

 Vírgenes sin escuadras,
sin compases, llorando.

 Y en las muertas pizarras
el ángel de los números,
sin vida, amortajado,
sobre el 1 y el 2,
sobre el 3, sobre el 4...

INVITACIÓN AL AIRE

Te invito, sombra, al aire.
Sombra de veinte siglos,
a la verdad del aire,
del aire, aire, aire.

 Sombra que nunca sales
de tu cueva y al mundo
no devolviste el silbo
que al nacer te dio el aire,
el aire, aire, aire.

 Sombra sin luz, minera
por las profundidades
de veinte tumbas, veinte
siglos huecos sin aire,
sin aire, aire, aire.

 ¡Sombra, a los picos, sombra,
de la verdad del aire,
del aire, aire, aire!

LUIS CERNUDA

(1902-1963)

QUISIERA ESTAR SOLO EN EL SUR

Quizá mis lentos ojos no verán más el Sur,
de ligeros paisajes dormidos en el aire,
con cuerpos a la sombra de ramas como flores,
o huyendo en un galope de caballos furiosos.

 El Sur es un desierto que llora mientras canta,
y esa voz no se extingue como pájaro muerto.
Hacia el mar encamina sus deseos amargos,
abriendo un eco débil que vive lentamente.

 En el Sur, tan distante, quiero estar confundido.
La lluvia allí no es más que una rosa entreabierta;
su niebla misma ríe, risa blanca en el viento,
su oscuridad, su luz, son bellezas iguales.

PAISAJES

I

Los muros, nada más.
Yace la vida inerte,
sin vida, sin ruido,
sin palabras crueles.

 La luz, lívida, escapa,
y el cristal ya se afirma
contra la noche incierta
de arrebatadas lluvias.

Alzada, resucita
tal otra vez la casa:
los tiempos son idénticos,
distintas las miradas.
¿Ha cerrado la puerta?
El olvido me abre
sus desnudas estancias
grises, blancas, sin aire.
Pero nadie suspira.
Un llanto entre las manos
solo. Silencio, nada:
la oscuridad temblando.

II

La soledad. No se siente
el mundo: sus hojas sella.
Ya la luz abre su huella
en la tersura indolente.
Acogida está la frente
al regazo del hastío.
¿Qué prisa, qué desvarío
a la belleza hizo ajena?
Porque sólo el tiempo llena
el blanco papel vacío.

III

Escondido en los muros
este jardín me brinda
sus ramas y sus aguas
de secreta delicia.
¡Qué silencio! ¿Es así
el mundo... ? Cruza el cielo,
desfilando paisajes,
risueño, hacia lo lejos.
¡Tierra indolente! En vano
resplandece el destino.

Junto a las aguas quietas
sueño y pienso que vivo.
Mas el tiempo ya tasa
el poder de esta hora:
madura su medida,
escapa con sus rosas.
Y el aire fresco vuelve
con la noche cercana,
su tersura olvidando
las ramas y las aguas.

NO ES NADA, ES UN SUSPIRO

No es nada, es un suspiro,
pero nunca sació nadie esa nada
ni nadie supo nunca de qué alta roca nace.
Ni puedes tú saberlo, tú, que eres
nuestro afán, nuestro amor,
nuestra angustia de hombres;
palabra que creamos
en horas de dolor solitario.
Un suspiro no es nada,
como tampoco es nada
el viento entre los chopos,
la bruma sobre el mar
o ese impulso que guía
un cuerpo hacia otro cuerpo.
Nada mi fe, mi llama,
ni este vivir oscuro que la lleva;
su latido o su ardor
no son sino un suspiro,
aire triste o risueño
con el viento que escapa.
Sombra, si tú lo sabes, dime;
deja el hondo fluir
libre sobre su imagen invisible,
acuérdate del hombre que suspira

antes de que la luz vele su muerte,
vuelto él también latir de aire,
suspiro entre tus manos poderosas.

PEDRO SALINAS

(1892-1951)

LA VOZ A TI DEBIDA

I

Sí, ¡todo con exceso!
¡La luz, la vida, el mar!
Plural, todo plural,
luces, vidas y mares.
A subir, a ascender
de docenas a cientos,
de cientos a millar,
en una jubilosa
repetición sin fin,
de tu amor, unidad.

Tablas, plumas y máquinas
todo a multiplicar,
caricia por caricia
abrazo por volcán.
Hay que cansar los números.
Que cuenten sin parar,
que se embriaguen contando,
y que no sepan ya
cuál de ellos será el último;
¡qué vivir sin final!
Que un gran tropel de ceros
asalte nuestras dichas
esbeltas, al pasar,

y las lleve a su cima.
Que se rompan las cifras,
sin poder calcular
ni el tiempo, ni los besos.
Y al otro lado ya
de cómputos, de sinos,
entregarnos a ciegas
—¡exceso, qué penúltimo!—,
a un gran fondo azaroso
que irresistiblemente
está
cantándonos a gritos
fúlgidos de futuro:
«Eso no es nada aún.
Búscaos bien, hay más.»

EN ANSIAS INFLAMADA

¡Tinieblas, más tinieblas!
Sólo claro el afán.
No hay más luz que la luz
que se quiere, el final.
Nubes y nubes llegan
creciendo oscuridad.
Lo azul, allí, radiante,
estaba, ya no está.
Se marchó de los ojos,
vive sólo en la fe
de un azul que hay detrás.
Avanzar en tinieblas,
claridades buscar
a ciegas. ¡Qué difícil!
Pero el hallazgo, así,
valdría mucho más.
¿Será hoy, mañana, nunca?
¿Seré yo el que la encuentre
o ella me encontrará?
¿Nos buscamos o busca
sólo mi soledad?

Retumban las preguntas
y los ecos contestan:
«Azar, azar, azar.»
¡Y ya no hay que arredrarse:
ya es donación la vida,
es entrega total
a la busca del signo
que la flor ni la piedra
nos quieren entregar!
¡Tensión del ser completo!
¡Totalidad! Igual
al gran amor en colmo
buscando claridad
a través del misterio
nunca bastante claro
por desnudo que esté,
de la carne mortal.

GERARDO DIEGO

(1896-1987)

LA GIRALDA

Giralda es prisma puro de Sevilla
nivelada del plomo y de la estrella,
molde en engaste azul, torre sin mella,
palma de arquitectura sin semilla.

Si su espejo la brisa en frente brilla,
no te contemples —¡ay, Narcisa!— en ella;
que no se mude esa tu piel doncella,
toda naranja al sol que se te humilla,

Al contraluz de luna limonera,
tu arista es el bisel, hoja barbera,
que su más bella vertical depura.

Resbala el tacto su caricia vana.
Yo mudejar te quiero y no cristiana.
Volumen nada más: base y altura.

ROMANCE DEL DUERO

Río Duero, río Duero,
nadie a acompañarte baja:
nadie se detiene a oír
tu eterna estrofa de agua.

Indiferente o cobarde,
la ciudad vuelve la espalda.
No quiere ver en tu espejo
su muralla desdentada.

Tú, viejo Duero, sonrías
entre tus barbas de plata,
moliendo con tus romances
las cosechas mal logradas.

Y entre los santos de piedra
y los álamos de magia
pasas llevando en tus ondas
palabras de amor, palabras.

Quién pudiera, como tú,
a la vez quieto y en marcha,
cantar siempre el mismo verso,
pero con distinta agua.

Río Duero, río Duero,
nadie a estar contigo baja,
ya nadie quiere atender
tu eterna estrofa olvidada,
sino los enamorados
que preguntan por sus almas
y siembran en tus espumas
palabras de amor, palabras.

VICENTE ALEIXANDRE

(1898-1984)

LA MUERTE

¡Ah!, eres tú, eres tú, eterno nombre sin fecha,
bravía lucha del mar con la sed,
cantil todo de agua que amenazas hundirte
sobre mi forma lisa, lámina sin recuerdo.

Eres tú, sombra del mar poderoso,
genial rencor verde donde todos los peces son como
[piedras por el aire
abatimiento o pesadumbre que amenazas mi vida
como un amor que con la muerte acaba.

Mátame si tú quieres, mar de plomo impiadoso,
gota inmensa que contiene la tierra,
fuego destructor de mi vida sin numen
aquí en la playa donde la luz se arrastra.

Mátame como si un puñal, un sol dorado o lúcido,
una mirada buida de un inviolable ojo,
un brazo prepotente en que la desnudez fuese el frío,
un relámpago que buscarse mi pecho o su destino...

¡Ah, pronto, pronto; quiero morir frente a ti, mar,
frente a ti, mar vertical cuyas espumas tocan los cielos,
a ti cuyos celestes peces entre nubes
son como pájaros olvidados del hondo!

Vengan a mí tus espumas rompientes, cristalinas;
vengan los brazos verdes desplomándose,
venga la asfixia cuando el cuerpo se crispa
sumido bajo los labios negros que se derrumban.

Luzca el morado sol sobre la muerte uniforme.
Venga la muerte total en la playa que sostengo,
en esta terrena playa que en mi pecho gravita,
por la que unos pies ligeros parece que se escapan.

Quiero el color rosa o la vida,
quiero el rojo o su amarillo frenético,
quiero ese túnel donde el olor se disuelve
en el negro falaz con que la muerte ríe en la boca.

Quiero besar el perfil de la mudez penúltima,
cuando el mar se retira apresurándose,
cuando sobre la arena quedan sólo unas conchas,
unas frías escamas de unos peces amándose.

Muerte como el puñado de arena,
como el agua que en el hoyo queda solitaria,
como la gaviota que en medio de la noche
tiene un color de sangre sobre el mar que no existe.

DÁMASO ALONSO

(1898)

MUJER CON ALCUZA

¿Adonde va esa mujer,
arrastrándose por la acera
ahora que es ya casi de noche,
con la alcuza en la mano?
Acercaos: no nos ve.
Yo no sé qué es más gris,
si el acero frío de sus ojos,
si el gris desvaído de ese chai
con el que se envuelve el cuello y la cabeza,
o si el paisaje desolado de su alma.
Va despacio, arrastrando los pies,
desgastando suela, desgastando losa,
pero llevada
por un terror
oscuro,
por una voluntad
de esquivar algo horrible.
Sí, estamos equivocados.
Esta mujer no avanza por la acera
de esta ciudad,

esta mujer va por un campo yerto,
entre zanjas abiertas, zanjas antiguas, zanjas recientes,
y tristes caballones,
de humana dimensión, de tierra removida,
de tierra
que ya no cabe en el hoyo de donde se sacó,
entre abismales pozos sombríos,
y turbias simas súbitas,
llenas de barro y agua fangosa y sudarios harapientos
[del color de la desesperanza.

Oh sí, la conozco.
Esta mujer yo la conozco: ha venido en un tren,
en un tren muy largo;
ha viajado durante muchos días
y durante muchas noches:
unas veces nevaba y hacía mucho frío,
otras veces lucía el sol y sacudía el viento
arbustos juveniles
en los campos en donde incesantemente estallan extra-
[ñas flores encendidas.

Y ella ha viajado y ha viajado,
mareada por el ruido de la conversación,
por el traqueteo de las ruedas
y por el humo, por el olor a nicotina rancia.
¡Oh!:
noches y días,
días y noches,
noches y días,
días y noches,
y muchos, muchos días,
y muchas, muchas noches.
Pero el horrible tren ha ido parando
en tantas estaciones diferentes,
que ella no sabe con exactitud ni cómo se llamaban,
ni los sitios,
ni las épocas.
Ella
recuerda sólo
que en todas hacía frío,
que en todas estaba oscuro,
y que al partir, al arrancar el tren,
ha comprendido siempre

cuan bestial es el topetazo de la injusticia absoluta,
ha sentido siempre
una tristeza que era como un ciempiés monstruoso que
[le colgara de la mejilla,
corno si con el arrancar del tren le arrancaran el alma,
como si con el arrancar del tren le arrancaran innume-
[rabies margaritas, blancas cual su alegría
[infantil en la fiesta del pueblo,
como si le arrancaran los días azules, el gozo de amar
[a Dios y esa voluntad de minutos en
[sucesión que llamamos vivir.

Pero las lúgubres estaciones se alejaban,
y ella se asomaba frenética a las ventanillas,
gritando y retorciéndose,
sólo
para ver alejarse en la infinita llanura
eso, una solitaria estación,
un lugar
señalado en las tres dimensiones del gran espacio
[cósmico

por una cruz
bajo las estrellas.
Y por fin se ha dormido,
sí, ha dormitado en la sombra,
arrullada por un fondo de lejanas conversaciones,
por gritos ahogados y empañadas risas,
como de gentes que hablaran a través de mantas bien
[espesas,
sólo rasgadas de improviso
por lloros de niños que despiertan mojados a la media-
[noche,
o por cortantes chillidos de mozas a las que en los túne-
[les les pellizcan las nalgas,
.. .aún mareada por el humo del tabaco.
Y ha viajado noches y días,
sí, muchos días,
y muchas noches.
Siempre parando en estaciones diferentes,
siempre con un ansia turbia, de bajar ella también,
[de quedarse ella también,
¡ay!,
para siempre partir de nuevo con el alma desgarrada,

para siempre dormitar de nuevo en trayectos inaca-
[bables,
...No ha sabido cómo.
Su sueño era cada vez más profundo,
iban cesando,
casi habían cesado por fin los ruidos a su alrededor:
sólo alguna vez una risa como un puñal que brilla un
[instante en las sombras,
algún chillido como un limón agrio que pone amarilla
[un momento la noche.

Y luego nada.
Sólo la velocidad,
sólo el traqueteo de maderas y hierros
del tren,
sólo el ruido del tren.
Y esta mujer se ha despertado en la noche,
y estaba sola,
y ha mirado a su alrededor,
y estaba sola,
y ha comenzado a correr por los pasillos del tren,
de un vagón a otro,
y estaba sola,
y ha buscado al revisor, a los mozos del tren,
a algún empleado,
a algún mendigo que viajara oculto bajo un asiento,
y estaba sola,
y ha gritado en la oscuridad,
y estaba sola,
y ha preguntado
quién conducía,
quién movía aquel horrible tren.
Y no le ha contestado nadie,
porque estaba sola,
porque estaba sola.
Y ha seguido días y días,
loca, frenética,
en el enorme tren vacío,
donde no va nadie,
que no conduce nadie.
...Y ésa es la terrible,
la estúpida fuerza sin pupilas,
que aún hace que esa mujer

avance y avance por la acera,
desgastando la suela de sus viejos zapatones,
desgastando las losas,
entre zanjas abiertas a un lado y otro,
entre caballones de tierra,
de dos metros de longitud,
con este tamaño preciso
de nuestra ternura de cuerpos humanos.
Ah, por eso esa mujer avanza (en la mano, como el
[atributo de una semidiosa, su alcuza),
abriendo con amor el aire, abriéndolo con delicadeza
[exquisita,
como si caminara surcando un trugal en granazón,
sí, como si fuera surcando un mar de cruces, o un
[bosque de cruces, o una nebulosa de cruces,
de cercanas cruces,
de cruces lejanas.
Ella,
en este crepúsculo que cada vez se ensombrece más,
se inclina,
va curvada como un signo de interrogación,
con la espina dorsal arqueada
sobre el suelo.
¿Es que se asoma por el marco de su propio cuerpo de
[madera,
como si se asomara por la ventanilla
de un tren,
al ver alejarse la estación anónima
en que se debía haber quedado?
¿Es que le pesan, es que le cuelgan del cerebro
sus recuerdos de tierra en putrefacción,
y se le tensan tirantes cables invisibles
desde sus tumbas diseminadas?
¿O es que, como esos almendros
que en el verano estuvieron cargados de demasiada
[fruta,
conserva aún en invierno el tierno vicio,
guarda aún el dulce alabe
de la cargazón y de la compañía,
en sus tristes ramas desnudas, donde ya ni se posan
[los pájaros?

INSOMNIO

Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas).
A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo en este nicho en que hace 45 años que me pudro, y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar a los perros, o fluir blandamente la luz de la luna. Y paso largas horas gimiendo como el huracán, ladrando como el perro enfurecido, fluyendo como la leche de ía ubre caliente de una gran vaca amarilla.
Y paso largas horas preguntándole a Dios, preguntándole por qué se pudre lentamente mi alma, por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de Madrid, por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en el mundo.
Dime, ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre?
¿Temes que se te sequen los grandes rosales del día, las tristes azucenas letales de tus noches?

HUMANISMO

MIGUEL DE UNAMUNO

(1864-1936)

Lope de Vega, claro, de improviso:
«Si el cuerpo quiere ser tierra en la tierra,
el alma quiere ser cielo en el cielo.»
Pero debe enmendársele el inciso:
«Si el cuerpo quiere ser cielo en la tierra,
el alma quiere ser cuerpo en el cielo.»

Juan de la Cruz, madrecito,
alma de sonrisa seria,
que sigues tu senderito
por tinieblas de miseria,
de la mano suave y fuerte
de tu padraza Teresa,
la que corteja la muerte;
la vida, ¡cómo te pesa!
Marchas por la noche oscura,
te va guiando la brisa.
Te quitas de toda hechura,
te basta con la sonrisa.
De Dios el silencio santo,
colmo de noche sin luna,

vas llenando con tu can Lo,
para Dios canto de cuna.

Madrecito de esperanza,
nuestra desesperación,
gracias a tu canto alcanza
a adormecer la razón.

SALAMANCA SALAMANCA

Salamanca, Salamanca,
renaciente maravilla,
académica palanca,
de mi visión de Castilla.

Oro en sillares de soto
en las riberas del Tormes;
del viejo saber remoto
guardas recuerdos conformes.

Hechizo salmanticense
de pedantesca dulzura;
gramática del Brócense,
florón de literatura.

¡Ay mi Castilla latina
con raíz gramatical,
ay tierra que se declina
por luz sobrenatural!

EL CRISTO DE VELAZQUEZ

(Fragmento)

Amor de Ti nos quema, blanco cuerpo;
amor que es hambre, amor de las entrañas;

hambre de la palabra creadora
que se hizo carne; fiero amor de vida
que no se sacia con abrazos, besos,
ni con enlace conyugal alguno.

Sólo comerte nos apaga el ansia,
pan de inmortalidad, carne divina.
Nuestro amor entrañado, amor hecho hambre,
¡oh Cordero de Dios!, manjar Te quiere;
quiere saber sabor de tus redaños,
comer tu corazón, y que su pulpa
como maná celeste se derrita
sobre el ardor de nuestra seca lengua,
que no es gozar en Ti; es hacerte nuestro,
carne de nuestra carne, y tus dolores
pasar para vivir muerte de vida.

Y tus brazos abriendo como en muestra
de entregarte amoroso, nos repites:
«¡Venid, comed, tomad; éste es mi cuerpo!»
¡Carne de Dios, verbo encarnado, encarna
nuestra divina hambre carnal de Ti!

* * *

Leer, leer, leer, vivir la vida
que otros soñaron.

Leer, leer, leer, el alma olvida
las cosas que pasaron.

Se quedan las que quedan, las ficciones,
las flores de la pluma,
las olas, las humanas creaciones,
el poso de la espuma.

Leer, leer, leer; ¿seré lectura
mañana también yo?
¿Seré mi creador, mi criatura,
seré lo que pasó?

El cuerpo canta;
la sangre aulla;

la tierra charla;
la mar murmura;
el ciclo calla
y el hombre escucha.

ANTONIO MACHADO

(1875-1939)

A UN OLMO SECO

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;

antes que, rojo en el hogar, mañana
ardas, de alguna mísera caseta
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hacia la mar te-empuje,
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

ANOCHE, CUANDO DORMÍA

Anoche, cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.
Di, ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
en donde nunca bebí?

Anoche, cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;
y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas
blanda cera y dulce miel.

Anoche, cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que un ardiente sol lucía

dentro de mi corazón.
Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar,
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar...

Anoche, cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

YO VOY SOÑANDO CAMINOS

¡Yo voy soñando caminos
de la tarde! ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas...!
¿A dónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero,
a lo largo del sendero...
—¡la tarde 'cayendo está!—
«En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancársela un día:
ya no siento el corazón.»

Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece,
y el camino que serpea
y débilmente blanquea,
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:
«Aguda espina dorada,
¡quién te pudiera sentir
en el corazón clavada!»

LAS MOSCAS

Vosotras, las familiares,
inevitables, golosas,
vosotras, moscas vulgares,
me evocáis todas las cosas.

¡Oh, viejas moscas voraces
como abejas en abril,
viejas moscas pertinaces
sobre mi calva infantil!

¡Moscas del primer hastío
en el salón familiar,
las claras tardes de estío
en que yo empecé a soñar!

Y en la aborrecida escuela,
raudas moscas divertidas,
perseguidas
por amor de lo que vuela
—que todo es volar—, sonoras,
rebotando en los cristales
en los días otoñales...

Moscas de todas las horas,
de infancia y adolescencia,
de mi juventud dorada;
de esta segunda inocencia
que da en no creer en nada,
de siempre... Moscas vulgares,
que de puro familiares
no tendréis digno cantor:
yo sé que os habéis posado

sobre el juguete encantado,
sobre el libróte cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos
de los muertos.

Inevitables golosas,
que ni labráis como abejas,
ni brilláis cual mariposas;
pequeñitas, revoltosas,
vosotras, amigas viejas,
me evocáis todas las cosas.

EN TREN

Yo, para todo viaje
—siempre sobre la madera
de mi vagón de tercera—,
voy ligero de equipaje.
Si es de noche, porque no
acostumbro a dormir yo,
y de día, por mirar
los arbolitos pasar,
yo nunca duermo en el txen
y, sin embargo, voy bien.
¡Este placer de alejarse!
Londres, Madrid, Ponferrada,
tan lindos... para marcharse.
Lo molesto es la llegada.
Luego, el tren, al caminar,
siempre nos hace soñar;
y casi, casi olvidamos
el jamelgo que montamos.
¡Oh, el pollino
que sabe bien el camino!
¿Dónde estamos?
¿Dónde todos nos bajamos?

.

El tren camina y camina
y la máquina resuella,
y tose con tos ferina.
¡Vamos en una centella!

CAMPOS DE SORIA

Es la tierra de Soria árida y fría.
Por las colinas y las sierras calvas,
verdes pradillos, cerros cenicientos,
la primavera pasa
dejando entre las hierbas olorosas
sus diminutas margaritas blancas.

La tierra no revive, el campo sueña.
Al empezar abril está nevada
la espalda del Moncayo;
el caminante lleva en su bufanda
envueltos cuello y boca, y los pastores
pasan cubiertos con sus luengas capas.

¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas
por donde *traza*, el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, oscuros encinares,
ariscos pedregales, calvas sierras,
caminos blancos y álamos del río,
tardes de Soria, mística y guerrera,
hoy siento por vosotros, en el fondo
del corazón, tristeza,
tristeza que es amor! ¡Campos de Soria
donde parece que las rocas sueñan,
conmigo vais! ¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas!

LA TIERRA DE ALVARGONZALEZ

LA CASA

La casa de Alvargonzález
era una casona vieja,
con cuatro estrechas ventanas
separada de la aldea
cientos pasos, y entre dos olmos
que, gigantes centinelas,
sombra le dan en verano,
y en el otoño hojas secas.

Es casa de labradores,
gente aunque rica plebeya,
donde el hogar humeante
con sus escaños de piedra
se ve sin entrar, si tiene
abierta al campo la puerta.

Al arrimo del rescoldo
del hogar borbotonean
dos pucherillos de barro,
que a dos familias sustentan.

A diestra mano, la cuadra
y el corral; a la siniestra,
huerto y abeja y, al fondo,
una gastada escalera
que va a las habitaciones
partidas en dos viviendas.

Los Alvargonzález moran
con sus mujeres en ellas.
A ambas parejas que hubieron,
sin que lograrse pudieran,
dos hijos, sobrado espacio
les da la casa paterna.

En una estancia que tiene
luz al huerto, hay una mesa
con gruesa tabla de roble,

dos sillones de vaqueta,
colgado en el muro, un negro
abaco de enormes cuentas,
y unas espuelas mohosas
sobre un arcón de madera.

Era una estancia olvidada
donde hoy Miguel se aposenta.
Y era allí donde los padres
veían en primavera
el huerto en flor, y en el cielo
de mayo, azul, la cigüeña
—cuando las rosas se abren
y los zarzales blanquean—,
que enseñaba a sus hijuelos
a usar de las alas lentas.

Y en las noches del verano,
cuando la calor desvela,
desde la ventana al dulce
ruiseñor cantar oyeran.

Fue allí donde Alvargonzález,
del orgullo de su huerta
y del amor de los suyos,
sacó sueños de grandeza.

EL MAÑANA EFÍMERO

La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía,
devota de Frascuelo y de María,
de espíritu burlón y de alma quieta,
ha de tener su mármol y su día,
su infalible mañana y su poeta.
El vano ayer engendrará un mañana
vacío y, ¡por ventura!, pasajero.
Será un joven lechuzo y tarambana,
un sayón con hechuras de bolero;
a la moda de Francia realista,

un poco al uso de París pagano,
y al estilo de España especialista
en el vicio al alcance de la mano.
Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahúr, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora y embiste,
cuando se digna usar de la cabeza,
aún tendrá luego parto de varones
amantes de sagradas tradiciones
y de sagradas formas y maneras;
florecerán las barbas apostólicas,
y otras calvas en otras calaveras
brillarán, venerables y católicas.
El vano ayer engendrará un mañana
vacío y, ¡por ventura!, pasajero,
la sombra de un lechuzo tarambana,
de un sayón con hechuras de bolero,
el vacuo ayer dará un mañana huero.
Como la náusea de un borracho ahito
de vino malo, un rojo sol corona
de haces turbias las cumbres de granito;
hay un mañana estomagante escrito
en la tarde pragmática y dulzona.
Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.

PONED SOBRE LOS CAMPOS

Poned sobre los campos
un carbonero, un sabio y un poeta.
Veréis cómo el poeta admira y calla,

el sabio mira y piensa...
Seguramente, el carbonero busca
las moras o las setas.
Llevadlos al teatro
y sólo el carbonero no bosteza.
Quien prefiere lo vivo a lo pintado
es el hombre que piensa, canta o sueña.
El carbonero tiene
llena de fantasías la cabeza.

—DICES...?

¿Dices que nada se crea?
No te importe, con el barro
de la tierra, haz una copa
para que beba tu hermano.

NUESTRO ESPAÑOL

Nuestro español bosteza.
¿Es hambre? ¿Sueño? ¿Hastío?
Doctor: ¿tendrá el estómago vacío?
—El vacío es más bien en la cabeza.

YA HAY UN ESPAÑOL

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.

Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

ESTE DONQUIJOTESCO

Este donquijotesco
don Miguel de Unamuno, fuerte vasco,
lleva el arnés grotesco
y el irrisorio casco
del buen manchego. Don Miguel camina,
jinete de quimérica montura,
metiendo espuela de oro a su locura,
sin miedo de la lengua que malsina.

A un pueblo de arrieros,
lechuzos y tahúres y logreros
dicta lecciones de Caballería.
Y el alma desalmada de su raza,
que bajo el golpe de su férrea maza
aún duerme, puede que despierte un día.

Quiere enseñar el ceño de la duda,
antes de que cabalgue, al caballero;
cual nuevo Hamlet, a mirar desnuda
cerca del corazón la hoja de acero.

Tiene el aliento de una estirpe fuerte
que soñó más allá de sus hogares,
y que el oro buscó tras de los mares.
El señala la gloria tras la muerte.
Quiere ser fundador y dice: Creo;
Dios y adelante el ánima española...
Y es tan bueno y mejor que fue Loyola:
sabe a Jesús y escupe al fariseo.

CANCIONES

La primavera ha venido.
Nadie sabe cómo ha sido.

* * *

Entre el vivir y el soñar
hay una tercera cosa:
Adivínala.

* * *

En mi soledad
he visto cosas muy claras
que no son verdad.

* * *

Poned atención:
un corazón solitario
no es un corazón.

* * *

¿Tu verdad? No, la Verdad
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.

* * *

Tengo a mis amigos
en mi soledad;
cuando estoy con ellos,
¡qué lejos están!

OTRO CLIMA

¡Oh cámaras del tiempo y galerías
del alma, tan desnudas!,
dijo el poeta. De los claros días
pasan las sombras mudas.
Se apaga el canto de las viejas horas
cual rezo de alegrías enclaustradas;
el tiempo lleva un desfilar de auroras
con séquito de estrellas empañadas.
¿Un mundo muere? ¿Nace
un mundo? ¿En la marina
panza del globo hace
nueva nave su estela diamantina?
¿Quillas al sol la vieja flota yace?
¿Es el mundo nacido en el pecado
el mundo del trabajo y la fatiga?
¿Un mundo nuevo para ser salvado
otra vez? ¿Otra vez? Que Dios lo diga.
Calló el poeta, el hombre solitario,
porque un aire de cielo atarecido
le amortecía el fino estradivario.
Sangrábale el oído.
Desde la cumbre vio el desierto llano
con sombras de gigante con escudos,
y en el verde fragor del océano
torsos de esclavos jadear desnudos.
Y un *nihil* de fuego escrito
tras de la selva huraña,
en áspero granito,
y el rayo de un camino en la montaña..

LEÓN FELIPE

(1884-1968)

Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan sólo lo que he visto.
Y he visto:
Que los gritos de angustia del hombre los ahogan con
[cuentos...
Que el llanto del hombre lo taponan con cuentos...
Que los huesos del hombre los entierran con cuentos...
Y que el miedo del hombre
ha inventado todos los cuentos.
Yo sé muy pocas cosas, es verdad.
Pero me he dormido con todos los cuentos...
Y sé todos los cuentos.

PIE PARA EL NIÑO DE VALLECAS DE VELAZQUEZ

De aquí no se va nadie.
Mientras esta cabeza rota
del Niño de Vallecas exista
de aquí no se va nadie. Nadie.
Ni el místico ni el suicida.
Antes hay que deshacer este entuerto,
antes hay que resolver este enigma.
Y hay que resolverlo entre todos,
y hay que resolverlo sin cobardía,
sin huir
con unas alas de percalina
o haciendo un agujero

en la tarima.
De aquí no se va nadie. Nadie.
Ni el místico ni el Suicida,
Y es inútil,
inútil toda huida
(ni por abajo ni por arriba).
Se vuelve siempre. Siempre.
Hasta que un día (¡un buen día!)
el yelmo de Mambrino
—halo ya, no yelmo ni bacía—
se acomode a las sienas de Sancho
y a las tuyas y a las mías
como pintiparado,
como hecho a la medida.
Entonces nos iremos todos
por las bambalinas.
Tú y yo y Sancho y el Niño de Vallecas
y el místico suicida.

¡Qué pena si este camino fuera de muchísimas leguas
y siempre se repitieran
los mismos pueblos, las mismas ventas,
los mismos rebaños, las mismas recuas!
¡Qué pena si esta vida tuviera
—esta vida nuestra—
mil años de existencia!
¿Quién la haría hasta el fin llevadera?
¿Quién la soportaría toda sin protesta?
¿Quién lee diez siglos de la historia y no la cierra
al ver las mismas cosas siempre con distinta fecha?
Los mismos pueblos, las mismas ventas,
los mismos tiranos, las mismas cadenas,
los mismos farsantes, las mismas sectas
¡y los mismos, los mismos poetas!
¡Qué pena
que sea así todo siempre, siempre de la misma manera!

PABLO NERUDA

(1904-1973)

ODA A LA POBREZA

Cuando nací,
pobreza,
me seguiste,
me mirabas
a través
de las tablas podridas
por el profundo invierno.
De pronto
eran tus ojos
los que miraban desde los agujeros.
Las goteras,
de noche,
repetían
tu nombre y tu apellido
o a veces
el salto quebrado,
el traje roto,
los zapatos abiertos,
me advertían.
Allí estabas
acechándome
tus dientes de carcoma,
tus ojos de pantano,
tu lengua gris
que corta
la ropa, la madera,
los huesos y la sangre,
allí estabas
buscándome,

siguiéndome,
desde mi nacimiento
por las calles.

Cuando alquilé una pieza
pequeña, en los suburbios,
sentada en una silla
me esperabas,
o al descorrer las sábanas
en un hotel oscuro,
adolescente,
no encontré la fragancia
de la rosa desnuda,
sino el silbido frío
de tu boca.
Pobreza,
me seguiste
por los cuarteles y los hospitales,
por la paz y la guerra.
Cuando enfermé tocaron
a la puerta:
no era el doctor, entraba
otra vez la pobreza.
Te vi sacar mis muebles
a la calle:
los hombres
los dejaban caer como pedradas.
Tú, con amor horrible,
de un montón de abandono
en medio de la calle y de la lluvia
ibas haciendo
un trono desdentado
y mirando a los pobres
recogías
mi último plato haciéndolo diadema.
Ahora,
pobreza,
yo te sigo.
Como fuiste implacable,
soy implacable.
Junto
a cada pobre
rae encontrarás cantando,

bajo
cada sábana
de hospital imposible
encontrarás mi canto.
Te sigo,
pobreza,
te vigilo,
te acerco,
te disparo,
te aislo,
te cerceno las uñas,
te rompo
los dientes que te quedan.
Estoy
en todas partes:
en el océano con los pescadores,
en la mina
los hombres
al limpiarse la frente,
secarse el sudor negro,
encuentran
mis poemas.
Yo salgo cada día
con la obrera textil.
Tengo las manos blancas
de dar el pan en las panaderías.
Donde vayas,
pobreza,
mi canto
está cantando,
mi vida
está viviendo,
mi sangre
está luchando.
Derrotaré
tus pálidas banderas
en donde se levanten.
Otros poetas
antaño te llamaron
santa,
veneraron tu capa,
se alimentaron de humo

y desaparecieron.
Yo
te desafío,
con duros versos te golpeo el rostro,
te embarco y te destierro.
Yo con otros,
con otros, muchos otros,
te vamos expulsando
de la tierra a la luna
para que allí te quedes
fría y encarcelada
mirando con un ojo
el pan y los racimos
que cubrirá la tierra
de mañana.

PUEDO ESCRIBIR LOS VERSOS...

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Escribir, por ejemplo: «La noche está estrellada,
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos.»
El viento de la noche gira en el cielo y canta.
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.
En las noches como ésta la tuve entre mis brazos.
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.
Ella me quiso, a veces yo también la quería.
¡Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos!
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Pensar que no la Lengo. Sentir que la he perdido.
Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.
¡Qué importa que mi amor no pudiera guardarla!
La noche está estrellada y ella no está conmigo.
Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.

Mi alma no se contenta con haberla perdido.
Como para acercarla mi mirada la busca.
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.
La misma noche que hace blanquear los mismos
[árboles.
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.
Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.
De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.
Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.
¡Es tan corto el amor y es tan largo el olvido!
Porque en noches como ésta la tuve entre mis bra-
[zos,
mi alma no se contenta con haberla perdido.
Aunque éste sea el último dolor que ella me causa
y éstos sean los últimos versos que yo le escribo.

CESAR VALLEJO

(1892-1938)

PIEDRA NEGRA SOBRE UNA PIEDRA BLANCA

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París —y no me corro—
tal vez un jueves, como es hoy, de otoño.
Jueves será, porque hoy, jueves, que proso
estos versos, los húmeros me he puesto
a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto,
con todo mi camino, a verme solo.
César Vallejo ha muerto, le pegaban

todos sin que él les haga nada;
Ic daban duro con un palo y duro
también con una sogá; son testigos
los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos...

UN HOMBRE PASA

Un hombre pasa con un pan al hombro.
¿Voy a escribir, después, sobre mi doble?
Otro se sienta, ráscase, extrae un piojo de su axila,
mátalo.
¿Con qué valor hablar de sicoanálisis?
Otro ha entrado a mí pecho con un palo en la mano.
¿Hablar luego de Sócrates al médico?
Un cojo pasa dando el brazo a un niño.
¿Voy, después, a leer a André Bretón?
Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre.
¿Cabrán aludir jamás al Yo profundo?
Otro busca en el fango huesos, cascarras.
¿Cómo escribir después del Infinito?
Un albañil cae de un techo, muere, y ya no almuerza.
¿Innovar luego el tropo, la metáfora?
Un comerciante roba un gramo del peso a un cliente.
¿Hablar, después, de cuarta dimensión?
Un banquero falsea su balance.
¿Con qué cara llorar en el teatro?
Un paria duerme con el pie a la espalda.
¿Hablar, después, a nadie de Picasso?
Alguien va en un entierro sollozando,
¿Cómo luego ingresar en la Academia?
Alguien limpia su fusil en la cocina,
¿Con qué valor hablar del más allá?
Alguien pasa contando con sus dedos.
¿Cómo hablar del no-yo sin dar un grito?

LA PAZ

La paz, la avispa, el taco, las vertientes,
el muerto, los decilitros, el buho,
los lugares, la tina, los sarcófagos, el vaso, las morenas,
el desconocimiento, la olla, el monaguillo,
las gotas, el olvido,
la potestad, los primos, los arcángeles, la aguja,
los párrocos, el ébano, el desaire,
la parte, el tipo, el estupor, el alma...
Dúctil, azafranado, externo, nítido,
portátil, viejo, trece, ensangrentado,
fotografías, listas, tumefactas,
conexas, largas, encintadas, pérfidas...
Ardiendo, comparando,
viviendo, enfureciéndose,
golpeando, analizando, oyendo, estremeciéndose.
Después, éstos aquí,
muriéndose, sosteniéndose, situándose, llorando...
después, encima,
quizás, mientras, detrás, tanto, tan, nunca,
debajo, acaso, lejos,
siempre, aquello, mañana, cuanto,
¡cuánto!...
Lo horrible, lo suntuario, lo lentísimo,
lo agosto, lo infructuoso,
lo aciago, lo crispante, lo mojado, lo fatal,
lo todo, lo pui ísimo, lo lóbrego,
lo acerbo, lo satánico, lo táctil, lo profundo...

REDOBLE FÚNEBRE A LOS ESCOMBROS DE DURANGO

Padre polvo que subes de España,
Dios te salve, libere y corone,

padre polvo que asciende del alma.
Padre polvo que subes del fuego,
Dios te salve, te calce y dé un tronó,
padre polvo que estás en los cielos.

MIGUEL HERNÁNDEZ

(1910-1942)

SONETOS

1

Tengo estos huesos hechos a las penas
y a las cavilaciones estas sienes;
pena que vas, cavilación que vienes
como el mar de la playa a las arenas.

Como el mar de la playa a las arenas,
voy en este naufragio de vaivenes,
por una noche oscura de sartenes
redondas, pobres, tristes y morenas.

Nadie me salvará de este naufragio
si no es tu amor, la tabla que procuro,
si no es tu voz, el norte que pretendo.'

Eludiendo por eso el mal presagio
de que ni en ti siquiera habré seguro,
voy entre pena y pena sonriendo.

2

Como el toro he nacido para el luto
y el dolor, como el toro estoy marcado
por un hierro infernal en el costado
y por varón en la ingle como un fruto.

Como el toro lo encuentra diminuto
todo mi corazón desmesurado,
y del rostro del beso enamorado,
como el toro a tu amor se lo disputo.

Como el toro me crezco en el castigo,
la lengua en corazón tengo bañada
y llevo al cuello un vendaval sonoro,

Como el toro te sigo y te persigo,
y dejas mi deseo en una espada,
como el toro burlado, como el toro.

ELEGÍA

Yo quiero ser, llorando, el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos

y siento más tu muerte que mi vida,
Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo,
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes,
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte,
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamoi-dazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera
de angelicales ceras y labores.

Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

Alegrarás las sombras de mis cejas,
y tu sangre se irán a cada lado
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

MENOS TU VIENTRE

Menos tu vientre
todo es confuso.

Menos tu vientre
todo es futuro
fugaz, pasado
baldío, turbio.

Menos tu vientre
todo es oculto,
menos tu vientre
todo inseguro,
todo postrero
polvo del mundo.

Menos tu vientre
todo es oscuro,
menos tu vientre
claro y profundo.

HIJO DE LA LUZ Y DE LA SOMBRA

III

Tejidos en el alba, grabados, dos panales
no pueden detener la miel en los pezones.
Tus pechos en el alba: maternos manantiales,
luchan y se atropellan con blancas efusiones.

Se han desbordado, esposa, lunarmente tus venas,
hasta inundar la casa que tu sabor rezuma.
Y es como si brotaras de un pueblo de colmenas,
tú toda una colmena de leche con espuma.

Es como si tu sangre fuera dulzura y toda
laboriosas abejas filtradas por tus poros.
Oigo un clamor de leche, de inundación, de boda
junto a ti, recorrida por caudales sonoros.

Caudalosa mujer: en tu vientre me entierro,
tu caudaloso vientre será mi sepultura.
Si quemaran mis huesos con la llama del hierro,
verían que grabada llevo allí tu figura.

Para siempre fundidos en el hijo quedamos;
fundidos como anhelan nuestras ansias voraces:
en un ramo de tiempo, de sangre, los dos ramos,
en un haz de caricias, de pelo, los dos haces.

Los muertos, con un fuego congelado que abrasa,
laten juntos a los vivos de una manera terca.
Viene a ocupar el hijo los campos y la casa
que tú y yo abandonamos quedándonos muy cerca.

Haremos de este hijo generador sustento,
y hará de nuestra carne materia decisiva:
donde asienten su alma las manos y el aliento
las hélices circulen, la agricultura viva.

El hará que esta vida no caiga derribada,
pedazo desprendido de nuestros dos pedazos,
que de nuestras dos bocas hará una sola espada
y dos brazos eternos de nuestros cuatro brazos.

No te quiero en ti sola: te quiero en tu ascendencia
y en cuanto de tu vientre descenderá mañana.
Porque la especie humana me han dado por herencia,
la familia del hijo será la especie humana.

Con el amor a cuestras, dormidos y despiertos,
seguiremos besándonos en el hijo profundo.
Besándonos tú y yo, se besan nuestros muertos,
se besan los primeros pobladores del mundo.

CRONOLÓGICO

5 NOTA PRELIMINAR

PRIMEROS TIEMPOS

- 9 Anónimo. *Cantar de Mió Cid*
- 10 Anónimo. *Cantar de los lujantes de Lara*
- 10 Gonzalo de Berceo. *Cántica*
- 11 *El labrador avaro*
- 12 Anónimo. Libro de Alexandre: *Alabanza de la patria*
- 13 Anónimo. *Poema de Fernán González*
- 14 Sem Tob. *Proverbios morales*
- 16 Pedro López de Ayala. *Aquí jabla de la guerra*
- 17 Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. *Cántica de serrana*
- 20 *De las propiedades que las duennas chicas han*

SIGLO XV

- 25 Alfonso Alvarez de Villasandino. *Cantiga*
- 26 Micer Francisco Imperial. *Desir a las syete virtudes*
- 27 Marqués de Sanüllana. *Serranillas*
- 29 Juan de Mena. *Laberinto*
- 30 *Coplas de la panadera*
- 31 Gómez Manrique. *Batalla de amores*
- 33 Jorge Manrique. *Coplas a la muerte de su padre*
- 45 Juan del Encina. *Villancico*
- 46 Cancionero. *Dentro, en el vergel*
- 46 *Rodrigo Martínez*
- 47 *Por vos mal me viene*
- 47 *No quiero ser monja, no*
- 47 *¡Ay, que non era!*

ROMANCERO. — ROMANCES HISTÓRICOS

- 48 *De Bernardo del Carpió*
- 49 *La jura de Santa Gadea*

ROMANCES FRONTERIZOS

- 50 *Abenámar*
52 *¡Ay, de mi Alhama!*

ROMANCES CAROLINGIOS

- 53 *Doña Alda*

ROMANCES NOVELESCOS

- 55 *Blanca-niña*
56 *El prisionero*
56 *De la hija del rey de Francia*
58 *De la rosa fresca*

ROMANCES LÍRICOS

- 59 *Fontefrida*
60 *El conde Amalaos*

SIGLO DE ORO

SIGLO XVI

- 63 Gil Vicente. *Del rosal vengo, mi madre*
63 *Canción*
64 *Cantiga*
65 Cristóbal de Castillejo. *Visita de amor*
66 *Sátira*
68 Juan Boscán. *Soneto*
69 Garcilaso de la Vega. *Sonetos*
69 *Cuando me paro a contemplar mi estado*
69 *¡Oh dulces prendas por mí mal halladas...!*
70 *Si para refrenar este deseo*
70 *Égloga primera*

- 81 *A la flor de Gnido*
84 Santa Teresa de Jesús. *Vivo sin vivir en mí*
86 Fray Luis de León. *Vida retirada*
88 *A Francisco Salinas*
89 *A Felipe Ruiz*
91 *Noche serena*
93 *En la Ascensión*
94 *Al salir de la prisión*
95 *Morada del cielo*
96 *Imitación de diversos*
97 *Soneto*
98 Alonso de Ercilla. *La Araucana (fragmentos)*
100 Baltasar del Alcázar. *Una cena*
103 *Su modo de vivir en la vejez*
104 *A un giboso de delante*
105 *Adivinanza*
105 Fernando de Herrera. *Por la victoria de Lepanto*
110 *Por la pérdida del rey don Sebastián*
113 San Juan de la Cruz. *Cántico espiritual*
119 *Canciones del alma*
120 *Llama de amor viva*
121 *Éntreme por donde no supe*
123 *Tras de un amoroso lance*
124 *Sin arrimo y con arrimo*
124 *¡Que bien sé yo la fonte!*
126 Anónimo. *Soneto a Jesús Crucificado*
126 Anónimo. *Epístola moral a Fabio*
132 Gil Polo. *Canción*
136 Francisco de la Torre. *La cierva*
138 Rodrigo Caro. *A las ruinas de Itálica*

SIGLO XVII

- 145 Miguel de Cervantes. *Ovillejos*
346 *Al túmulo de Felipe II*
146 *Busco en la muerte la vida*
147 *Diálogo entre Babieca y Rocinante*
147 Luis de Góngora. *Angélica y Medoro*
151 *Servía en Oran al rey*
152 *Entre los sueltos caballos*
155 *Ande yo caliente*

- 157 *La más bella niña*
 158 *Hermana Marica*
 160 *El forzado*
 162 *Sonetos:*
 162 *Mientras por competir con tu cabello*
 162 *Ni en este monte, este aire, ni en este río*
 163 *A Córdoba*
 163 Lope de Vega. *Canción*
 166 *A mis soledades voy*
 169 *Pobre barquilla mía*
 171 *Cena de Isidro y María de la Cabeza*
 174 *Duerme, mi niño*
 175 *Sonetos:*
 175 *Judit*
 175 *Suelta mi manso, mayoral extraño*
 176 *¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?*
 176 *Pastor, que con tus silbos amorosos*
 177 *Varios efectos del amor*
 177 *Soneto de repente*
 178 Francisco de Quevedo. *Al sueño*
 181 *Epístola satírica y censoria*
 186 *Letrilla satírica*
 188 *Sonetos:*
 188 *Faltar pudo su patria al grande Osuna*
 189. *Ya formidable y espantoso suena*
 189 *Miré los muros de la patria mía*
 190 *A una nariz*
 190 *Un valentón*
 191 Pedro Calderón de la Barca. *Estas que fueron pompa y alegría*
 192 *La vida es sueño* (fragmentos)

SIGLO XVIII

NEOCLASICISMO

- 199 Diego de Torres y Villarroel. *Soneto*
 200 Nicolás Fernández de Moratín. *Fiesta de toros en Madrid*

- 209 José Cadalso. *A Venus*
 210 Juan Meléndez Valdés. *Rosana en los fuegos*
 213 Manuel José Quintana. *A España*
 217 Bartolomé José Gallardo. *Blanca Flor*
 219 Francisco Martínez de la Rosa. *Epístola al duque de Frías* (fragmento)

SIGLO XIX

ROMANTICISMO

- 223 Duque de Rivas. *Un castellano leal* (romances)
 231 *El faro de Malta*
 233 José María Heredia. *Niágara*
 237 José de Espronceda. *Canto a Teresa*
 246 *Canción del pirata*
 248 *Himno a la inmortalidad*
 250 *La desesperación*
 253 *El arrepentimiento*
 258 Gabriel García Tasara. *Himno al Mesías*
 261 Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Amor y orgullo*
 264 José Zorrilla. *La carretera de Al-hamar*
 265 *Corriendo van por la vega*
 267 *Dueña de la negra toca*
 269 *A buen juez mejor testigo*
 288 Antonio de Trueba. *A la orilla del arroyo*
 290 José Selgas. *El estío*
 295 Gustavo Adolfo Bécquer. *Rimas*
 303 *Cerraron sus ojos*
 314 Vicente W. Querol. *En Nochebuena*
 319 Rosalía de Castro. *Las campanas*
 320 *A las orillas del Sar*
 322 José Asunción Silva. *Nocturno*
 324 Ramón de Campoamor. *El tren expreso*
 339 *Lo que hace el tiempo*
 343 *¡Quién supiera escribir!*
 345 Carolina Coronado. *A una estrella*
 346 Federico Balart. *Restitución*
 350 Gaspar Núñez de Arce. *Estrofas*

SIGLO XX

MODERNISMO

- 361 Salvador Rueda. *La sandía*
361 *La vaca*
362 Rubén Darío. *Canción de otoño en primavera*
364 *Sonatina*
365 *Marcha triunfal*
367 *Cosas del Cid*
369 *Los motivos del lobo*
373 *Lo fatal*
373 *Letanías a nuestro señor don Quijote*
375 *Salutación del optimista*
377 *Cantos de vida y esperanza*
380 José Santos Chocano. *¡Quién sabe!*
381 *Nostalgia*
382 *El sueño del caimán*
383 Ramón del Valle Inclán. *Rosa del caminante*
384 *La trae un cuervo*
384 Manuel Machado. *Castilla*
385 *Adelfos*
386 *Felipe IV*
387 *Canto a Andalucía*
387 Amado Nervo. *A Kempis*
388 Leopoldo Lugones. *A ti, única*
391 Gabriela Mistral. *Nocturno*
392 Alfonsina Storni. *Carta lírica*
394 Juana de Ibarbourou. *La higuera*

INTELLECTUALISMO

- 397 Juan Ramón Jiménez. *Sonetos*
397 *A tu abandono opongo*
398 *Estaba echado yo en la tierra*
398 *La rosa*
398 *Con mi mitad allí*
399 *El todo interno*
400 Jorge Guillen. *El aire*
404 Federico García Lorca. *El lagarto está llorando*

- 404 *Canción tonta*
405 *Romance sonámbulo*
407 *La casada infiel*
409 *Prendimiento de Antoñito el Camborio*
410 *Muerte de Antoñito el Camborio*
411 *Burla de don Pedro a caballo*
412 *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*
412 *¡La cogida y la muerte*
414 *II. La sangre derramada*
416 *III. Cuerpo presente*
418 *IV. Alma ausente*
419 Rafael Alberti. *Sierra de Pancorbo*
419 *El ángel de los números*
420 *Invitación al aire*
421 Luis Cernuda. *Quisiera estar solo en el Sur*
421 *Paisajes*
423 *No es nada, es un suspiro*
424 Pedro Salinas. *La voz a ti debida*
425 *En ansias inflamada*
426 Gerardo Diego. *La Giralda*
427 *Romance del Duero*
428 Vicente Aleixandre. *La muerte*
429 Dámaso Alonso. *Mujer con alcuza*
433 *Insomnio*

HUMANISMO

- 435 Miguel de Unamuno. *Lope de Vega, claro, de improviso*
435 *Juan de la Cruz, madrecito*
436 *Salamanca, Salamanca*
436 *El Cristo de Velázquez* (fragmento)
437 *Leer, leer, leer, vivir la vida*
438 *El cuerpo canta*
438 Antonio Machado. *A un olmo seco*
439 *Anoche, cuando dormía*
440 *Yo voy soñando caminos*
441 *Las moscas*
442 *En tren*
443 *Campos de Soria*
444 *La tierra de Alvargonzález* (fragmento)

ALFABÉTICO DE AUTORES

445	<i>El mañana efímero</i>	Alberti, Rafael	419
446	<i>Poned sobre los campos</i>	Alcázar, Baltasar del	100
447	<i>¿Dices...?</i>	Aleixandre, Vicente	428
447	<i>Nuestro español</i>	Alonso, Dámaso	429
447	<i>Ya hay un español</i>	Alvarez de Villasandino, Alfonso	25
449	<i>Este donquijotesco</i>	Arcipreste de Hita	17
449	<i>Canciones</i>	Balart, Federico	346
450	<i>Otro clima</i>	Bécquer, Gustavo Adolfo	295
451	León Felipe. <i>Yo no sé muchas cosas, es verdad</i>	Berceo, Gonzalo de	10
451	<i>Pie para el Niño de Vallecas de Velázquez</i>	Boscán, Juan	68
452	<i>¡Qué pena si este camino fuera de muchísimas leguas...!</i>	Cadalso, José	209
453	Pablo Neruda. <i>Oda a la pobreza</i>	Calderón de la Barca, Pedro	191
456	<i>Puedo escribir los versos...</i>	Campoamor, Ramón de	324
457	César Vallejo. <i>Piedra negra sobre una piedra blanca</i>	Caro, Rodrigo	138
458	<i>Un hombre pasa</i>	Castillejo, Cristóbal de	65
459	<i>La paz</i>	Castro, Rosalía de	319
459	<i>Redoble fúnebre a los escombros de Durango</i>	Cernuda, Luis	421
460	Miguel Hernández. <i>Tengo estos huesos hechos a las penas</i>	Cervantes, Miguel de	145
461	<i>Corno el toro nacido para el luto</i>	Coronado, Carolina	345
461	<i>Elegía</i>	Darío, Rubén	362
463	<i>Menos tu vientre</i>	Diego, Gerardo	426
463	<i>Hijo de la luz y de la sombra</i>	Duque de Rivas	223
		Encina, Juan del	45
		Ercilla, Alonso de	98
		Espronceda, José de	237
		Felipe, León	451
		Fernández de Moratín, Nicolás	200
		Fray Luis de León	86
		Gallardo, Bartolomé José	217
		García Lorca, Federico	404
		García Tasara, Gabriel	258
		Gómez de Avellaneda, Gertrudis	261
		Góngora, Luis de	147
		Guillen, Jorge	400
		Heredia, José María	233
		Hernández, Miguel	460
		Herrera, Fernando de	105
		Ibarbourou, Juana de	394

Jiménez, Juan Ramón	397
Lope de Vega, Félix	163
López de Ayala, Pedro	16
Lugones, Leopoldo	388
Machado, Antonio	438
Machado, Manuel	384
Manrique, Gómez	31
Manrique, Jorge	33
Martínez de la Rosa, Francisco	219
Marqués de Santillana	27
Meléndez Valdés, Juan	210
Mena, Juan de	29
Micer Francisco Imperial	26
Mistral, Gabriela	391
Ñervo, Amado	387
Neruda, Pablo	453
Núñez de Arce, Gaspar	350
Polo, Gil	132
Qucrol, Vicente W.	314
Ouevedo, Francisco de	178
Quintana, José Manuel	213
Rabí Sem Tob	14
Rueda, Salvador	361
Salinas, Pedro	424
San Juan de la Cruz	113
Santa Teresa de Jesús	84
Santos Chocano, José	380
Selgas, José	290
Silva, José Asunción	322
Storni, Alfonsina	392
Torre, Francisco de la	136
Torres y Villarroel, Diego de	199
Trueba, Antonio de	288
Unamuno, Miguel de	435
Valle-Inclán, Ramón del	383
Vallejo, César	457
Vega, Garcilaso de la	69
Vicente, Gil	63
Zorrilla, José	264